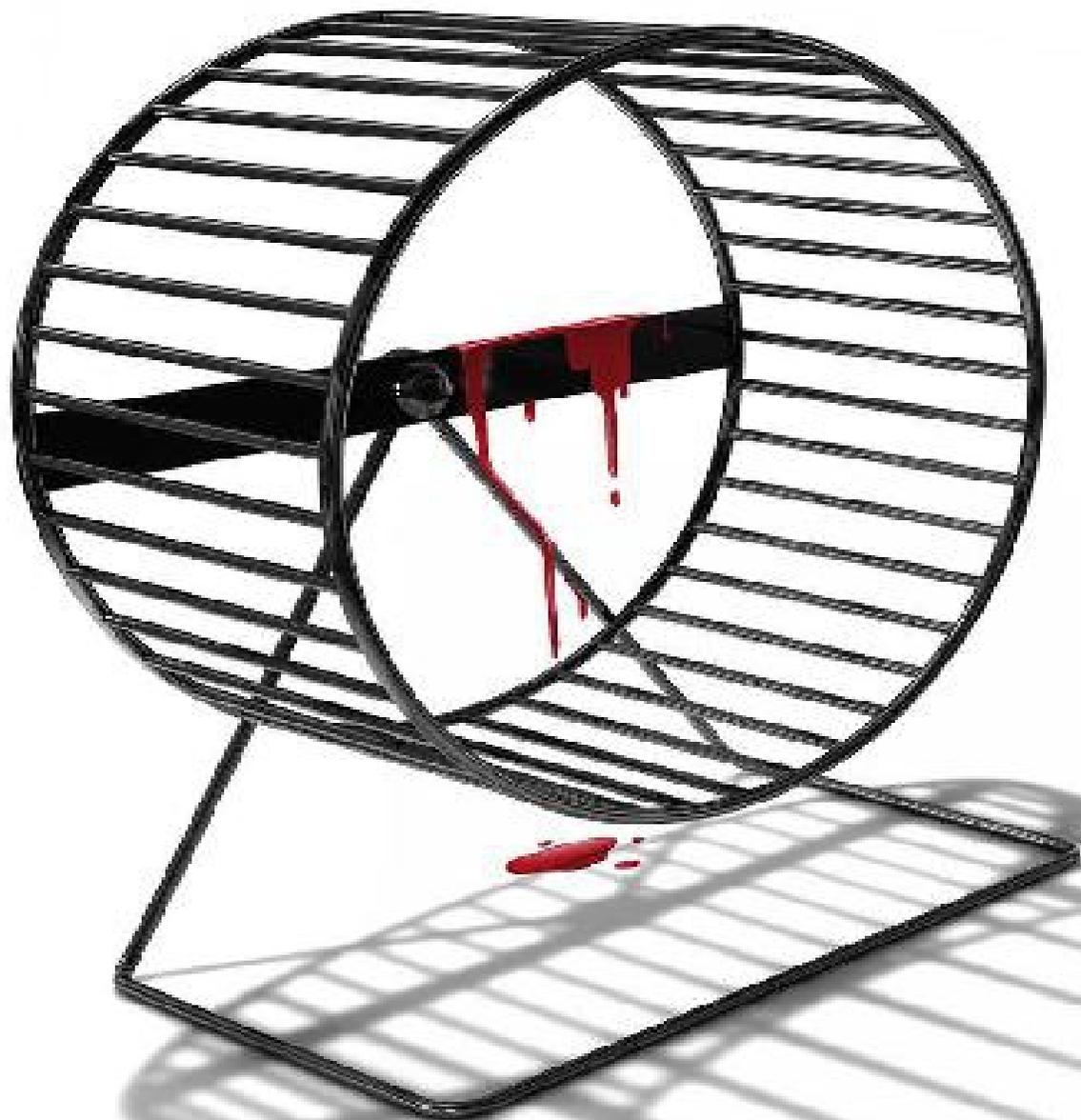


Susana
Martín Gijón
Especie



Susana
Martín Gijón
Especie

NEGRA
ALEAGUARA



Si se observa con atención, el mundo es un lugar tan extraño que hemos de corregir nuestra mirada de modo constante.

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Primera parte

El hombre se despierta. Al principio no ve nada, pero poco a poco distingue que desde alguna parte se cuela un hilo de luz. Tenue, casi imperceptible. Sus ojos tratan de escarbar en ella, de acomodarse a la débil penumbra de ese lugar. No sabe dónde está ni cómo ha llegado hasta ahí. Solo sabe que todo el cuerpo le duele terriblemente. Difícil discernir qué parte tiene más lastimada. Está de pie, pero tan débil que no sería capaz de sostenerse por sí mismo. La razón por la que no resbala y se deja caer es porque no puede. Está literalmente encajado entre cuatro paredes que le llegan a la altura del cuello. El cuello. Hay algo que le mortifica. Trata de mirar hacia abajo y un metal frío y cortante se le clava en la barbilla. Una cadena atenaza su cuello y le amarra a ese cajón minúsculo y oscuro al que ha sido confinado. En sus muñecas y tobillos, unos grilletes le aprisionan impidiendo cualquier tentativa de movimiento. Pero lo peor es la sed, que martiriza su garganta reseca como si le fuera a arrasar por dentro. Le entra el pánico, siente que se asfixia y la sangre le bombea en los oídos sin parar. Trata de controlar la respiración. Por el momento, no le queda más que dejarse llevar. Se acomoda como puede en la hedionda negrura del cajón y sigue respirando a voluntad. Bajo sus pies, un traqueteo adormecedor. Está siendo transportado. Tarde o temprano llegarán a alguna parte. Entonces quizá sepa qué es lo que le espera a continuación.

Domingo, 6 de octubre

1.

Hace un calor del demonio.

Son las diez de la noche pero el termómetro no baja de los treinta y cinco grados. A pesar de los manguerazos del camarero, el asfalto sigue hirviendo y contribuye a mantener un ambiente tórrido y asfixiante. Camino lleva una camisa verde oliva y una falda blanca de lino que realza sus piernas bronceadas. La estira cuanto puede para evitar el contacto con la butaca de plástico que se le pega al culo. Se ha recogido el largo cabello rubio en una coleta y se ha puesto unos pendientes verdes a juego con la blusa. Hace menos de media hora que ha salido de casa recién duchada, pero ya ha roto a sudar de nuevo. Se mira bajo las axilas y comprueba disgustada que se le han formado los cercos oscuros que tanto detesta. Saca el abanico del bolso y trata de airearlos, pero se detiene con disimulo cuando divisa a Paco en la distancia. A él no parece pasarle factura el calor. Va lidiando con sus dos muletas con destreza. Lleva una camisa floreada al más puro estilo hawaiano y un pantalón corto con bolsillos a los lados. No está acostumbrada a un estilo tan informal, aunque reconoce que le sienta bien. Como siempre que le ve, se le hace un nudo en el estómago y se vuelve terriblemente torpe. Para aparentar normalidad, agarra el botellín y lo vacía de un trago. Después juega con él, pasándoselo de una mano a la otra mientras Paco acaba de llegar.

Tras salir del coma, los doctores fueron muy cautos sobre la posibilidad de una recuperación total. Uno incluso llegó a decir que no volvería a andar; se equivocaba. Al inspector Arenas no le gana nadie a testarudo y él estaba decidido a reponerse. Así que eso es justo lo que está haciendo. Ella sonrío al ver cómo se esfuerza en los últimos pasos. Ahora se da cuenta de que él también está sudando a mares, pero no aparenta importarle lo más mínimo. Le parece increíble el cambio operado en solo un par de meses.

—Estás más gordo —le suelta por todo saludo cuando alcanza la terraza del bar.

—Falta me hacía —Paco sonrío. Eso en boca de Camino es un halago. Ni sabe ni quiere hacerlo mejor—. El hospital me dejó en los huesos, parecía un puto esqueleto.

—Tampoco es que hayas sido nunca un luchador de sumo.

—Pues tú en cambio estás muy bien.

Camino se sonroja. Según los cánones de belleza actuales, le sobran diez o quince kilos. A ella esos estándares sociales le importan un pimiento. Ya hay bastantes reglas que obedecer en la vida

de adulta como para autoimponerse alguna más. Además, le gusta su cuerpo de curvas generosas compatible con una buena forma física. Pero aún no se acostumbra a los nuevos modos del inspector. Antes jamás le hubiera lanzado ni medio piropo. También con respecto a ella se ha obrado un cambio desde que salió del coma. Y eso es algo que le da mucho vértigo, aunque se acerca al borde del precipicio cada vez que puede y mira de frente a sus propios miedos. Está dispuesta a vencerlos.

—¿Qué tal el fin de semana? —Paco lanza la pregunta al aire, como si fuera poco más que una fórmula de cortesía, pero está lejos de serlo y Camino lo sabe. Lo ve en el fondo de sus ojos. Curiosidad, intriga, y algo más que atisba y no acierta a descifrar. ¿Celos?

—Normal, lo de siempre —dice ella con una mueca de quitarle importancia.

—¿Saliste a bailar?

—Había campeonato de salsa en el Azúcar. Quedamos los terceros.

—No está mal. ¿Qué se cuenta Víctor?

Víctor es el compañero de baile de Camino. Hacen una pareja desigual. Él, con diez años menos, espigado y finolis; ella, tosca y regordeta, muy distinta a las jóvenes esbeltas que frecuentan la academia. Pero cuando se juntan los dos, se compenetran como nadie y a menudo acaban cediéndoles el centro de la pista.

—Ha roto con su novio. Tuve que emborracharme con él después de los bailes.

—Qué coraje, lo que hay que hacer por los amigos.

—Lo que haga falta —Camino hace una seña al camarero para que traiga otros dos botellines.

—Pues se ve que os pillasteis una buena cogorza, todavía se te notan las ojeras.

—¿Cuándo vuelves al tajo? —ella cambia de asunto. Lo cierto es que se ha despertado esta mañana en la cama del *speaker* que animó la competición, un cubano mestizo de pelo afro que la hipnotizó con su forma de moverse y con los mojitos que aparecían en sus manos como por arte de magia. Desde que Paco salió del coma había dejado a un lado su parte más promiscua, y ahora se siente rara. Se ha despertado con un remordimiento absurdo y ha salido pitando del piso del cubano, que estaba preparando un desayuno al estilo de la isla y se ha quedado con un palmo de narices y el mandil puesto sobre los *slips* de superhéroe.

—Dame un respiro, anda. No hace ni dos meses que me mandaron a casa.

—Ni hablar. Vuelve ya, estoy harta de ser la jefa.

—Pues yo creo que se te da bien.

—No digas tonterías.

—De hecho, creo que deberías seguir así.

—¿Así, cómo?

—Como hasta ahora. Coordinando el Grupo de Homicidios.

Camino entorna los ojos. Deja pasar unos segundos, el tiempo de calibrar las palabras del

inspector.

—¿Y tú? —dice, temiéndose la respuesta.

—Yo ya estoy viejo. Es hora de pasarme a la fila de atrás.

—Pero bueno, ¿es que esa bala que tienes ahí metida te está friendo el cerebro?

—La bala está quietecita. Y que siga así.

Camino se muerde el labio. A veces se pasa de bruta.

—Perdona. Pero, ¿puedo saber a qué viene eso?

—Solo estoy pensándolo.

—Pues no lo pienses más. Te necesitamos.

Paco da un trago a su cerveza y coge la carta. Estudia el listado de raciones como si acaso no se las supiera ya de memoria.

—¿Unas puntillitas?

—Adobo —ella le mira desafiante.

—Las dos cosas.

—Tú mismo. Ya verás qué *pechá* nos vamos a pegar —Paco sabe tan bien como ella que las raciones son enormes. Pero no será Camino quien se acochine. Si quiere pedir, que pida. Y que se ponga gordo.

—Estupendo —dice él mientras llama al camarero por su nombre de pila y sonrío satisfecho. Ha logrado su objetivo: aparcar el tema.

Camino se percata demasiado tarde. Intuye que no tiene que apretarle más, pero no le ha gustado lo que ha oído. Ella cuenta los días para que Paco Arenas regrese a la Brigada y tome los mandos del Grupo de Homicidios. No es solo que a ella no se le dé bien dirigir un equipo, es que le echa muchísimo de menos. Y así, al menos tendrá la excusa de verle a diario.

—Ya se ha jubilado Teresa —deja caer como quien no quiere la cosa.

—¿Ya?

—Cumplió los sesenta y cinco la semana pasada.

—Vaya, cómo pasa el tiempo. Estaría feliz.

—Como unas castañuelas. Dice que va a dedicarse a ser abuela a tiempo completo.

—Pues tiene para entretenerse.

—Ya lo creo. Ocho polluelos. Por cierto, está organizando una barbacoa en su casa. Vendrás, ¿no?

—No lo sé.

—Vamos, tienes que ir. Todos están deseando verte así de recuperado.

Paco frunce el ceño. La verdad es que le apetece reunirse con su equipo. Y despedir por todo lo alto a la mujer policía más veterana de Sevilla. Pero teme que traten de convencerle igual que Camino. Y, aunque a ella aún no se lo reconozca, lo tiene decidido. Ya ha pasado demasiados años

de su vida entregado a la profesión. Le faltó poco para no contarle, y no quiere ponerse en riesgo de nuevo. Quiere vivir, y quiere tomar las decisiones que siempre fue relegando.

—Me lo pensaré. ¿Quién vendrá en sustitución de Teresa?

—Ya ha venido, empezó el martes pasado. Eva Gallego. Evita, quiere que la llamen. Como si tuviera seis años.

—¿Y qué tal?

—Un poco *desaboría*. Y habla como una señorita, toda fina ella. Además, está muy verde.

—Habrá que enseñarla.

—He pensado en poner a Fito de pareja con ella —en los últimos tiempos, Camino se ha acostumbrado a contarle las decisiones a Paco y dejar que le dé su opinión. Es lo que tanto necesitó cuando él entró en coma y a ella le asignaron de forma provisional la Jefatura del Grupo de Homicidios. Se sintió terriblemente sola, sin su amigo y su mentor. Así que ahora que puede, se aprovecha.

—¿A Fito? ¿Por qué a él?

—Por ser subinspector. Es el único que no es de la escala básica.

—Si ese es tu criterio, Fito no es el único.

—¿Yo? —ella ve por dónde va—. Lo que me faltaba. Adiestrar a una pipiola.

—Es lo que hice yo contigo.

—Yo no estaba tan verde.

—Que te lo crees tú.

Camino suelta un bufido que hace reír al inspector.

—Viene de Seguridad Ciudadana, pero parece que viene de *Dora la exploradora*.

—No seas mala.

—Que no, que cada vez entran más perdidos, de verdad.

—Eso mismo decía yo.

La carcajada de Paco se oye en toda la terraza.

—Menos guasa, tú. Ya sabes que no tengo paciencia para esas cosas. Y con el hablar redicho que se gasta, me saca de quicio. No la aguantaría ni media jornada. ¿Ves como tienes que volver? Tú enseñas a la pipiola y yo sigo a lo mío.

—Claro, claro. Anda, cuéntame con qué estáis ahora.

A eso el veterano no se puede resistir. Dieciocho años en Homicidios son muchos años.

—Nada importante. Algunos casos antiguos sin resolver, alguna que otra desaparición.

En ese momento ve a Rafa, el hijo de Paco, acercarse con el perro. Ella achina los ojos. Siempre aparece. Está segura de que le manda Flor, a quien nunca le ha gustado Camino y de la que no se fía nada. Y hace bien.

—Hola —saluda Rafa cohibido.

—Hola. Dile a tu madre que voy en un rato, ¿vale?

—Vale. Voy a dar una vuelta a Mago.

—Muy bien, hijo. Hasta luego —Paco acaricia al perro, un mastín canela de orejas caídas y pelaje tupido que mueve la cola feliz de haberlo encontrado.

El chico se despide con una mano y tira de la correa, pero Mago quiere quedarse con ellos. Se hace un silencio embarazoso hasta que Rafa consigue retomar su paseo y perderse en la distancia. Lo rompe Camino un minuto más tarde, intentando aparentar normalidad.

—¿Qué tal está Flor?

Paco se revuelve incómodo en su silla. Le sale un tono demasiado frío.

—Bien, como siempre.

Permanecen callados. Ninguno sabe cómo seguir. Antes nunca les había hecho falta pronunciar muchas palabras para entenderse. Ahora ni siquiera las palabras llegan. Es más, parece que entorpecen.

Como cada vez que Rafa se deja ver, el clima de confianza se ha roto. Y como siempre que eso ocurre, Paco acaba mirando el reloj y diciendo lo mismo. Siempre lo mismo.

—Se ha hecho tarde. ¿Quedamos el domingo que viene?

2.

Tres de la mañana.

A pesar de que el sol se ocultó hace bastantes horas, el calor sigue siendo sofocante. Sin embargo, las tres personas que van en el todoterreno negro están cubiertas de arriba abajo. Pantalones largos, camisetas de manga larga, botas de campo por encima de los tobillos. Todo de un riguroso negro, como la noche de luna menguante elegida para la ocasión.

Recorren un camino polvoriento desde hace varios minutos. En el interior del coche no se oye otra cosa que el suave rugido del motor y el golpeteo nervioso de unos dedos en el volante. Las uñas repiquetean sin tregua de una forma que irritaría a cualquiera, pero nadie se queja dentro de ese vehículo. Cada uno está a lo suyo, quizá sumido en qué pasará si algo sale mal, quizá tan solo concentrado en la tarea que tienen por delante. Al girar en una curva pronunciada, el copiloto hace una seña al conductor, que asiente de forma casi imperceptible. Apaga el motor y continúa en punto muerto por una ligera cuesta varias decenas de metros más. Cuando el automóvil se para por sí mismo, echa el freno de mano y mira a los otros dos, que asienten al unísono. El copiloto abre una mochila y extrae de ella tres pares de guantes de látex. Entrega dos de ellos a sus compañeros, que se los enfundan sin pérdida de tiempo. A continuación saca tres pasamontañas y repite la operación de reparto. Ahora sus rostros permanecen tapados, dejando solo a la vista seis ojos graves pero decididos. El conductor señala su reloj. Los otros dos consultan el suyo. Las miradas no dejan lugar a dudas: ha llegado el momento. Sin más, salen del coche y se dirigen hacia su objetivo.

3.

Laura le da la vuelta a la almohada.

Está empapada en sudor, igual que ella. Lleva tres horas caracoleando en la cama y ya no sabe cómo ponerse. Se resigna a la certidumbre de que el sueño hoy no va a acompañarla y enciende el flexo. Sus ojos buscan el teléfono y, aunque anticipa el resultado vano de su acción, igualmente lo agarra, comprueba que funciona, que no ha recibido nada, y llama por enésima vez al móvil de su marido. La señal de apagado le hace sentir la misma desazón que el resto de las veces anteriores. ¿Dónde está Gerardo? Repasa cada momento que han estado juntos desde que se levantaron y sigue pensando que no había nada raro en él. Al contrario. Todo sucedió como tenía que suceder. Se despertaron e hicieron el amor con ternura, igual que cada domingo. No es que hayan entrado en la rutina tediosa de esas parejas que relegan el sexo a los fines de semana, pero los domingos son especiales para los dos. El único día en el que ella no tiene que madrugar y pueden regalarse una mañana donde las prisas no tengan cabida, de caricias y mimos, de sexo pausado, de lamer y morder y chupar y gemir y frotar y bajar y subir y cambiar de posición y volver a empezar y mirarse a los ojos mientras se funden el uno en el otro y sonreírse como si fueran dos adolescentes que se acaban de enamorar pero con la ventaja de conocer al milímetro el cuerpo del amante. Después de un orgasmo pletórico y simultáneo, entrenado en los años de experiencias conjuntas, se quedaron abrazados dormitando un rato más y luego él le dio un beso en los labios, le dedicó una mirada apreciativa a su cuerpo desnudo y se levantó a preparar el café y las tostadas permitiendo que ella remoloneara durante unos minutos. Cuando todo estuvo listo, la llamó desde la cocina y ella apareció con una camiseta de él y el sueño aún prendido a las pestañas. Desayunaron viendo las noticias, otro futbolista que ha defraudado a Hacienda, otro naufragio de una barca en el Mediterráneo, otra inundación en un país caribeño que necesitará años para rehacerse de la catástrofe. Ella hizo un comentario triste y Gerardo apagó el televisor. «A mí nadie me va a amargar el desayuno contigo», dijo besándola de nuevo y rellenando las tazas de ambos, y ella sonrió y contestó que tenía razón, que solo contaban ellos dos, y le puso una cucharada de azúcar extra a cada uno para endulzarlo más, porque sí, porque la vida se componía de momentos como ese y era de una grisura tremenda afligirse por algo que no podía cambiar. Gerardo la miró de esa forma que solo la mira él y le dijo que es por esas cosas por las que la quiere cada vez más.

Los domingos son los días más concurridos en el restaurante que regenta Gerardo, de modo que él siempre anda por allí un par de horas antes de que los platos comiencen a servirse. Se duchó, se arregló las patillas y salió de casa pertrechado con una gran sonrisa. Llevaba unos pantalones chinos cámel y un polo rojo de Ralph Lauren a juego con las abarcas. Estaba tan impecable como siempre.

Ella dedicaría el resto de la mañana a sí misma, cuidándose y consintiéndose lo que no había podido durante la semana. Se extendió una mascarilla facial, se hizo la pedicura y preparó un baño de sales aromáticas en el que se solazó durante una hora larga. El plan era tumbarse en la terraza a terminar una novela romántica que la tenía arrebatada y después, cuando dieran las cuatro, acercarse al restaurante. Para esa hora el jaleo habría disminuido y Gerardo podría sentarse con ella a degustar un arroz con pulpititos, el plato estrella de la casa y también el preferido de ambos. Pero cuando salió de la bañera vio que el móvil parpadeaba con esa cadencia cansina que acaba venciendo el deseo de ignorarlo. Comprobó que la llamada provenía del restaurante y la devolvió con una sonrisa en los labios que se le quedó congelada, porque a su «dime, cariño» no contestó Gerardo. Era Mateo, el jefe de sala, y preguntaba por su marido. Le esperaban desde hacía mucho y no eran capaces de dar con él. Ella le confirmó que había salido un par de horas antes. Y ahí era donde se perdía la pista.

Ahora Laura alcanza el papel que yace sobre su mesita de noche y lo relee con angustia. Es la denuncia que ha puesto en la policía. «No esperes a que pase el tiempo, las primeras horas son cruciales, denuncia cuanto antes.» Está harta de oírlo en las campañas pagadas con el dinero de los ciudadanos. Pero a la hora de la verdad, nadie la ha tomado en serio. «¿Que no ve a su marido desde esta mañana?» «Espere un poco, mujer.» «¿Seguro que no habían discutido?» Ha tenido que insistir mucho para dejar interpuesta esa maldita denuncia, y no ha escatimado ni un solo detalle. Ni la pulsera de hilo trenzado con los colores de la bandera española, ni el premolar torcido que nunca quiso arreglarse, ni la cicatriz que le dejó la operación de la rodilla izquierda. Porque por mucho que le digan, ella sabe que no es una desaparición voluntaria. A su marido le gusta su vida. Le gusta ella, le gusta su negocio, le gusta todo, carajo. Se lo repite como un mantra, hasta que, poco a poco, el tono monótono y el cansancio emocional van haciendo mella y acaban adormeciéndola. Para cuando despuntan los primeros rayos de luz, Laura está soñando con que Gerardo vuelve a casa. Con que el día de ayer fue solo una pesadilla y lo que ahora se proyecta en su cerebro es la única realidad. A la que necesita aferrarse con todas sus fuerzas.

4.

Las tres sombras apenas se distinguen en la noche.

Pero si uno se fija, podrá advertir las diferencias. Mientras que la mayor ronda los dos metros y es grande y corpulenta, la más pequeña no excede en mucho el metro y medio de altura. Las tres, sin embargo, se mueven con agilidad entre la arboleda. Orillan un cobertizo descuajeringado y continúan hasta llegar a la altura de la valla. La bordean y localizan el lugar en el que alguien ha abierto con unas tenazas un agujero a ras de suelo de unos cuarenta centímetros, suficiente para pasar reptando a través de él.

Una vez dentro del recinto, avanzan en fila india hasta el edificio señalado. La sombra más pequeña saca de su mochila una ganzúa y una llave de tensión. Manipula con pericia la cerradura hasta forzarla. Al abrir la puerta, la claridad blanca que emana del interior las ciega por un instante. Se separan unos metros hasta permitir que sus pupilas se autorregulen. Cada paso, cada gesto parece estudiado y planificado a la perfección. Se introducen en la nave, en la que focos de gran potencia las trasladan a una realidad diferente, donde es pleno día. Donde la noche de la que provienen ni siquiera existe.

Es un lugar de todo punto artificial. La temperatura y la luz se ajustan de forma automática, así como la humedad y la ventilación. No tiene nada que ver con lo que hay de puertas para afuera. Tecnología punta en mitad de la nada. Todo está sistematizado, mecanizado. Todo menos la mierda. Porque a esas alturas, las tres llevan el calzado hasta arriba de mierda.

—¡Aquí! ¡Rápido, vamos!

Abren las compuertas y decenas de gallinas salen en estampida. Es como si hubieran destapado un grifo a presión. Hay cinco pisos de jaulas en batería, unas encima de las otras. En cada jaula hay en torno a quince gallinas confinadas, en un espacio tan reducido que no pueden ni tan siquiera extender las alas. Tienen los picos mutilados y las patas heridas por las bases de alambre que las separan del piso inferior. En una sincronización perfecta, las sombras van abriendo compuerta tras compuerta. El ruido ahora es ensordecedor. Las aves corren con todas sus fuerzas, aleteando y cacareando. Traspasan la puerta de entrada y salen, por primera vez en su vida, al campo abierto.

Las tres sombras las siguen. Saben que ellas también tienen que huir como las gallinas, pero, por unos segundos, se permiten observarlas. Observar a esos seres escapar de la esclavitud, del hacinamiento, de una vida miserable que no es ni siquiera vida, porque, hasta entonces, han sido

tratadas como mercancía que explotar produciendo un huevo tras otro. Ahora, por fin, son libres. Y presenciar ese trance les parece de una belleza sin igual. De una satisfacción interior que pocas cosas más les depararán en sus anodinas existencias. Pero se acabó. El tiempo apremia. A un nuevo gesto, las tres corren, sumándose a la fuga para desandar el trayecto. En el mundo quedan muchos más animales que liberar.

Lunes, 7 de octubre

5.

Camino entra en la sala de briefing.

Mira la cafetera con pena: está vacía. Desde que Teresa se jubiló, nadie le toma el relevo en el arte de prepararla cada mañana. Fito sostiene un vaso de plástico con el brebaje inmundo de la máquina que hay en la primera planta. Lupe ha empezado a traerse el termo de casa. Pascual se pilló un capuchino en el Starbucks de Puerta de Jerez y se cruza la avenida dando un paseo al tiempo que se lo bebe, como los yanquis. Y la nueva..., de la nueva mejor ni hablar. No toma café. Camino no se fía de la gente que funciona sin café. Todo lo más que le ha visto prepararse es una infusión de rooibos. Al menos podía beber té de toda la vida.

—Buenos días —la inspectora alza la voz para hacerse oír entre el parloteo.

Todos le devuelven el saludo y van abandonando las conversaciones. Les ha reunido para repartir las tareas, pero últimamente Sevilla está tranquila.

Hace un calor impropio de octubre. Los meteorólogos no dejan de hablar de una nueva ola de calor. La sala está caldeada ya a esas horas. Camino se agobia nada más entrar.

—¿Qué pasa con el aire acondicionado?

—Sigue averiado.

—No hay café, no hay aire..., ¿así cómo quieren que trabajemos?

—Al menos tampoco hay muertos —se consuela Pascual Molina, el oficial grandullón, con dos metros de altura y unos ciento diez kilos de peso. Pero ni su tamaño ni el bigote de guardia civil tardofranquista imponen demasiado en cuanto uno le mira a los ojos y comprueba que tiene una cara de buenazo que no puede con ella.

—Con este calor a ver quién mata.

Eso último lo ha dicho Evita Gallego. Sus compañeros se giran a mirarla. Cómo se nota que es nueva en Homicidios. Pero parece que, más que nueva, es recién nacida. Todo el mundo sabe lo que ocurrió en Sevilla durante la última ola de calor. Aún perduran los ecos del caso que tuvo en jaque a la ciudad entera.

—Matar no matan, pero atracan granjas. El calor afecta a las mulleras —dice Águedo. Se acaba de incorporar de una baja por haberse torcido el tobillo surfeando durante el permiso de paternidad, y Camino todavía no sabe muy bien cómo abordarle.

—¿Granjas? —Lupe le mira distraída.

—¿No lo has visto en el periódico? —Águedo teclea en su ordenador y busca la noticia en el apartado «Provincia» de *El Diario de Sevilla*. Después lo voltea y se lo alcanza a su compañera.

—«Allanamiento de granja industrial.» —Lupe lee en voz alta—: «En la noche de ayer, varios encapuchados se introdujeron en las instalaciones que el Grupo Huevos Martínez tiene en el término municipal de El Viso del Alcor y procedieron a la suelta de las aves de su propiedad. Aunque parte de ellas han podido recuperarse, se estima que en torno a ochenta gallinas ponedoras continúan extraviadas, lo que supone una merma económica para la empresa, que ya anunció el mes pasado que con la nueva normativa impuesta por la Unión Europea sus beneficios disminuirían ostensiblemente...»

—Espera, espera —Fito la interrumpe con una sonrisa de oreja a oreja—. O sea, que los notas se han metido en la granja y han dejado a las gallinas en libertad. ¡Putos *cracks*!

—¡Exacto! ¡La liberación de las gallinas ponedoras! —Águedo prorrumpe en una carcajada estruendosa.

—De verdad, ni que no hubiera problemas en el mundo —Lupe cabecea, atónita—. Ya podían emplear su tiempo en algo útil. Ayudar en un comedor social o echar la tarde con viejitos que no tienen a nadie. Pero... ¿rescatar gallinas? ¿En serio?

—Esa granja ya ha sido objeto de polémica otras veces —tercia Pascual—. Las tienen en unas condiciones deplorables.

—Qué puesto estás.

Camino se empieza a aburrir, así que ha usado su tono más mordaz. Pero Pascual quiere aclarar el tema.

—Yo siempre compro huevos con el código cero. Si me pilla mi hija con otros, me tira la tortilla a la cara.

—¿Código cero? ¿Y eso qué demonios significa? —pregunta Fito.

—De producción ecológica. A medida que sube el número, menos derechos para las gallinas.

—Bueno, ya está bien. Una cosa es que no haya asesinos sueltos por las calles y otra que nos pasemos la mañana hablando de huevos.

—Para una vez que estamos tranquilos, jefa.

—No habrá muertos, pero hay desaparecidos. Cuatro más en el último mes —Camino lanza la carpeta de cartulina marrón al centro de la mesa. Fito la recoge y comienza a hojearla.

—Este es nuevo.

—Lo denunció ayer su mujer. Salió de casa por la mañana en dirección al trabajo pero nunca llegó.

—Se iría de picos pardos, seguro que le tenía hartos.

Las cabezas se giran hacia Águedo. Sabe que, desde que en la Brigada hay mayoría de mujeres, debería andarse con más ojo. Pero se divierte con esas bromas.

—Harta estará tu mujer de ti, que te pillaste la paternidad para coger olas.

—Es que en Cádiz se estaba más fresquito. Además, de vez en cuando la ayudaba.

—¿La ayudabas? —a Lupe se la ve dispuesta a tirársele a la yugular.

Camino pone los ojos en blanco. Se siente como una maestra de primaria. Todo el día riñendo, todo el día espoleando para que se centren. «Que vuelva Paco, por Dios.»

—Ya vale. Hay que repasar el historial de todos y ponerse con el último.

—No son crímenes de sangre —apunta la nueva.

—¿Cómo?

—Yo creía que aquí se investigaban crímenes de sangre. Por eso pedí este destino. Estas personas solo están desaparecidas, se habrán cansado de la vida familiar. Pasa todos los días.

—Qué cobardes, y se van sin decir nada —se crece Lupe.

A Camino se le empieza a calentar la sangre. Mira que habla poco la redicha, pero cuando lo hace, lo borda. Y encima va Lupe y la apoya.

—A ver, Gallego.

—Me llamo Evita.

—Aquí te llamas Gallego. Esa es una de las primeras cosas que tienes que aprender. Que, mientras yo sea la jefa, te llamas como me parezca y haces lo que yo diga. Y que aquí se investiga lo que a mí se me ponga en los ovarios investigar. ¿Estamos? —Evita baja la cabeza con gesto enfurruñado—. ¿Estamos? —Camino alza la voz. Los demás miran sus notas, su móvil, un cuadro en la pared de enfrente. Les falta silbar.

—Estamos.

—Entonces vamos a investigar esos casos.

La inspectora coge de nuevo la carpeta. Está pensando en cómo hacerlo cuando el subinspector alza la voz.

—Solo el cinco por ciento de las desapariciones están consideradas de alto riesgo.

¿Fito también? Camino no da crédito. Ese policía pagado de sí mismo le hizo la vida imposible cuando comenzó a coordinar el Grupo de Homicidios, pero creía que las cosas se habían limado entre ellos. Su suspiro resuena en toda la estancia.

—¿Qué quieres decir, Alcalá?

—Nada, que la nueva tiene parte de razón. La mayoría de los desaparecidos lo son por voluntad propia.

—Pues hoy nos vamos a dedicar a descubrir si estos también lo son. ¿Algo más que objetar? —revisa a todos con expresión crispada. No se oye ni un parpadeo—. Muy bien, pues en marcha. Alcalá, ponte con el último desaparecido. Estudias el expediente y le haces una visita a la mujer de ese hombre, a ver si es verdad que se ha fugado —Camino se queda pensativa un momento—. Vete con él, Quintana.

Lupe asiente sin disimular su satisfacción. Cuando empezó a trabajar en Homicidios, solo hacía el papeleo. Le costó mucho que la inspectora confiara en ella, y sabe que su implicación determinante en el caso Progenie la ayudó a que cambiara la forma de verla. No es que el engreído de Fito sea su compañero predilecto, pero es subinspector y un tipo serio en lo profesional. Está segura de que si deja a un lado los prejuicios, podrá aprender mucho de él.

Evita la mira recelosa. «Qué suerte», piensa. Tenía la esperanza de que la mandaran con Fito, aunque fuera solo para recrearse la vista, que a ella con su novio le va bien. Pero el subinspector le parece el hombre más atractivo del planeta. Con esa mandíbula cuadrada oscurecida por la barba de un día, esos ojos penetrantes que conjuntan tan bien con la sonrisa cínica y el humor ácido que rara vez abandona. Y su cuerpo tampoco lo pone fácil, la camiseta se pega a sus bíceps como cualquier mujer hetero en la Tierra desearía hacer. Y ese culo... Qué culo tiene ese hombre.

—Águedo, tú te pones con el segundo desaparecido —prosigue la inspectora, ajena a lo que pasa por la cabeza de la nueva—. Hale, a currar.

—¿Y yo? —la mente de Evita regresa a la sala al darse cuenta de que no le han encomendado nada.

Camino lo piensa un segundo antes de decidirse. Se acuerda de la conversación con el inspector Arenas. Evalúa las opciones. Ella valora mucho los consejos de Paco. Mucho. Pero no tanto como para cargar con la nueva.

—Te quedas con Águedo a ayudarle en lo que necesite. Y vas tomando nota de todo —después mira a Pascual—. Molina, tú conmigo. Vamos a tener una charla con los padres del primer desaparecido, que ya lleva mucho tiempo sin dar señales.

—¿Con los padres? No recuerdo que fuera menor.

—Tiene cuarenta y dos años, pero vivía con ellos.

—Con cuarenta y dos tacos —Lupe reniega y suelta un juramento. Solo de pensar que su Jonás pueda emular esa hazaña se le ponen los pelos de punta.

—Sí, mi alma, es lo que hay. En este país no sueltan la teta de mamá hasta la jubilación —y con una media sonrisa, como si le hubiera leído el pensamiento—: Prepárate para lo que te espera.

Ahora sí, Camino da por zanjado el reparto de tareas y se pone en pie. Pascual la sigue y se alegra de que los cambios no hayan ido con él, temía que con la irrupción de una persona nueva se reorganizara el equipo. Se ha acostumbrado a ser el adjunto de la jefa y a todas sus excentricidades. No es que puedan considerarse amigos, pero le ha tomado algo parecido al afecto. Para bien o para mal, Camino Vargas está ya dentro de su zona de confort.

6.

—*Aquí es.*

Camino pulsa el timbre y ambos oyen el ruido de pasos cansados. Les abre una mujer de unos setenta años con pelo corto blanco y mirada amable. Está algo obesa. Lleva pantalones de tela ligeros, camisa de sisa apretada de la que emergen unos brazos rollizos y sandalias de esparto. Ropa de manufactura barata pero que ella porta con una elegancia modesta.

—Buenos días. Camino Vargas, inspectora del Grupo de Homicidios de la Brigada Provincial. Él es el oficial Pascual Molina.

A la mujer le tiemblan las rodillas, le cambia la expresión y parece que va a desfallecer. Pascual se da cuenta de lo que pasa por su mente y se apresura a aclararlo.

—Aún no sabemos nada de su hijo. Solo queremos hacerles unas preguntas para ayudar a encontrarlo.

—Gracias a Dios. Entren, por favor.

Pasan a un salón humilde, de sillones vencidos por el uso y muebles atestados de fotografías. De pie hay un hombre de aproximadamente la misma edad de la mujer. Tiene una barriga que se muestra en todo su esplendor por encima del cinturón, cabello aún negro vetado de canas sobre unas orejas de soplillo, barba cerrada y aspecto de hombre rudo.

—Papá, vienen a hablar de Gabi.

—¿Papá? —Pascual está confuso.

—Perdone, es mi marido —aclara la mujer—. Desde que tuvimos al niño nos empezamos a llamar así. Gabi nos sigue diciendo papá y mamá, y entre nosotros, pues también. La fuerza de la costumbre.

Camino cruza una mirada elocuente con Pascual. Si le siguen tratando como a un bebé, no le extraña que no se haya ido de casa con cuarenta y dos tacos.

—Me llamo Manuel. Siéntense. Mamá..., ejem, María, ponles un café.

Ella se va a la cocina sin rechistar.

—Han descubierto algo, ¿verdad? —suelta en cuanto se queda a solas con los policías.

—¿Cómo?

—Mí hijo. A mí pueden decírmelo. ¿Qué ha pasado?

—No sabemos nada, Manuel —Camino contesta a medias entre el enfado y el desconcierto—.

Si lo supiéramos, no se lo ocultaríamos a su mujer.

—Pues deberían. Tiene la tensión alta, estas cosas hay que llevarlas con mucho tacto. Bueno, ¿qué quieren que les cuente?

—Su hijo vive con ustedes, ¿es así?

—Por desgracia, sí.

—¿Por desgracia?

—Que un hijo no sea capaz de hacer su vida es un fracaso para los padres, ¿no creen? Pero con este no hay manera. Primero que si la burbuja inmobiliaria, luego que si el paro, que si la depresión... Siempre hay una excusa.

—¿Está deprimido?

—Eso dice. Porque no encuentra trabajo. Entre nosotros, yo creo que tampoco lo busca mucho.

La señora llega con los cafés servidos en unas tacitas color ámbar del irrompible Duralex. Camino las ha visto toda la vida en casa de su madre, de sus tías, de sus vecinas, de las madres de sus amigas y de cualquiera que tuviera un mínimo de sentido común porque sabía que eso sí que era una inversión segura y no comprar un piso sobre planos.

A María, como buena mujer de su época, no le ha quedado otra que aprender a hacer varias cosas a la vez, y no ha perdido ripio de lo que se ha dicho mientras ella se encargaba del papel de anfitriona. Retoma la última frase de su marido.

—No digas eso, papá. Gabi se esfuerza. Es solo que la cosa está muy mal, ¿verdad, señora inspectora?

Camino se queda callada. Como no quiere soltar ninguna grosería y no sabe qué decir, se dedica a morderse una uña. Pascual contesta en su lugar:

—Bien no está, tiene usted razón. Y cada vez peor para los curritos y mejor para los de siempre.

La mujer parece satisfecha con la respuesta. Les acerca los cafés, comenzando por Pascual.

—Pues eso. No es que a nosotros nos sobre, pero aquí al menos tiene un techo. Y un plato sobre la mesa nunca le va a faltar.

—Así está el tío, redondo —se queja el padre.

Camino y Pascual se miran de reojo. Es verdad. Los padres están de buen año, pero por las fotos el hijo se ve más gordo que un gato castrado. No caben dudas sobre su genealogía. Además de la obesidad, le cayeron las mismas orejas que al padre.

—Ni las lavadoras, ni la plancha, ni la *güifi* esa de los cojones. Eso tampoco le falta —continúa él—. Así no hay quien se independice.

—Ya basta, Manuel. Además, a mí no me cuesta nada.

—¿Que no te cuesta? Si tienes la tensión por las nubes, mujer.

—¿Qué hay de su entorno más cercano? —Camino les interrumpe con brusquedad. No ha ido

allí para ver discutir a esos dos—. ¿Alguna novia, amigos con los que salga de forma habitual?

La mujer la mira agradecida por el cambio de tema.

—Mi Gabi no es de esos que están siempre ennoviados.

—Ni siempre ni nunca —precisa el padre.

—¿Nunca les ha presentado a ninguna pareja?

—Dice que está bien así. Y yo le creo, ni que hiciera falta tener a alguien todo el día pegado —
María mira de reojo a Manuel, que no se da por aludido.

—¿Y otro tipo de amistades?

—No tiene muchos amigos, al menos que nosotros conozcamos. Es muy reservado para sus cosas.

—Su marido nos ha dicho que anda un poco desanimado.

—Nunca ha sido la alegría de la fiesta, esa es la verdad. Pero desde aquello, menos todavía.
Manuel la regaña.

—María, no te metas en camisa de once varas.

—¿A qué se refiere? —indaga Camino.

—Nada, cosas del pasado —asegura el padre.

—¿Qué sucedió?

—Le echaron del trabajo en el que estaba fijo. Para una cosa que había hecho a derechas...
Desde entonces ha ido dando tumbos.

—No lo llevó nada bien —María lo suelta en tono compungido.

—Claro, es lógico —dice Pascual, siempre conciliador.

Camino vuelve a enderezar la conversación:

—Cuéntenos el día a día de su hijo.

—Pues es que no hay mucho que contar, porque mi Gabi es un chico muy tranquilo. Se levanta como a media mañana, desayuna y se pone con el ordenador. A la una baja a por el pan, se toma una cañita en el bar de abajo y sube a comer. Luego por la tarde se encierra en su habitación con sus películas. Es muy..., ¿cómo se dice?

—¿Vago? —susurra Camino a Pascual, que le pega un codazo indisimulado. María les mira con extrañeza.

—¿Cinéfilo? —se apresura a decir el oficial.

—Eso. Y ya no le vemos el pelo hasta la hora de cenar.

—¿No sale a buscar trabajo? —pregunta Camino sin delicadeza.

—Ahora desde el ordenador se puede hacer de todo. Echa los currículos por ahí. Por eso necesita internet.

—Mucho cuento —se oye el murmullo de fondo de Manuel.

—Entonces, ¿no sale nunca? Por las noches y tal.

—Muy de vez en cuando.

—¿Dónde va?

—No le pregunto, no soy una madre de esas metomentodo. Es su vida privada.

—María, tráeme un poco más de azúcar —ordena el marido.

Ella le mira molesta. Por un momento parece que va a negarse, pero no lo hace. Se levanta y va hacia la cocina. El padre no pierde el tiempo. Les lanza una mirada de águila vieja y lo suelta en un susurro:

—Yo creo que se va de putas.

—¿Cómo dice?

—A ver, no tiene mujer ni novia a la que agarrarse. Y con esas pintas que se gasta tampoco lo pone fácil. Un hombre tiene sus necesidades, ¿sabe?

—No, no sé —Camino se contiene como puede. No soporta las machotadas y menos si son de ese estilo viejuno. Le dan ganas de pegarle un capón.

—Porque usted no es un hombre. Será policía y todo eso, pero hombre no es.

—Pero ¿cómo sabe que «se va de putas»? —Camino lo dice arrugando la frente. Hasta la expresión le molesta.

—¿A dónde va a ir si no? Todos lo hemos hecho alguna vez, cuanto más un solterón como él — le hace un guiño cómplice a Pascual—. Dígaselo a su compañera, anda.

—Que le diga qué.

—Pues que todos vamos de vez en cuando. ¿Es que usted no lo ha hecho nunca?

Pascual le clava una mirada severa durante unos segundos.

—Nunca.

Camino sonrío para sus adentros. Ese es su Molina. Marcial, rígido, cumplidor de todas las normas morales y legales. Insoportable a veces, pero hoy le plantaría un beso por darle en las narices a ese cavernícola.

—Mentiroso —le dice el hombre con tono infantil. Pero antes de que Pascual pueda darle la réplica, le hace un gesto para que calle—. Chssss, que vuelve mi mujer.

María le deja el azucarero delante de malas maneras y se vuelve a acomodar. También ha traído una bandejita de cartón dorado, de esas que solo se reutilizan en las casas humildes. Viene hasta arriba de tejas caseras. Camino saliva solo con verlas.

—¿Por dónde íbamos?

—¿Se le ocurre algo que pueda facilitar la búsqueda de su hijo? —dice la inspectora mientras alcanza la primera teja y la moja en el café.

—Pues que estoy segura de que le ha ocurrido algo, que mi Gabi no se iría así como así. Pero eso lo dije cuando desapareció, y ya hace casi un mes.

—¿Está de acuerdo con eso, Manuel? —pregunta Pascual, abochornado al ver a su jefa

comiendo a dos carrillos.

—Pues claro, menudo chollo de vida tiene montado.

—Además, no se llevó nada —continúa María—. Ni siquiera sus pastillas. Salió a por el pan y ya no volvió.

—¿Qué pastillas?

—Tiene de varios tipos.

—¿Podríamos verlas?

—Supongo que sí, están en su habitación.

—La acompañamos y echamos un vistazo.

Camino sabe que en el dormitorio de alguien se esconde su verdadero ser. Solo hay que disciplinar la mirada para descubrirlo. Se sacude el azúcar en polvo, pilla una última teja y se levanta.

—Como usted diga. Yo no he entrado desde que se fue, salvo para pasar la aspiradora. Ya le digo que soy muy respetuosa.

Recorren un pasillo estrecho y oscuro. La puerta del fondo está cerrada. En ella hay una pegatina gigante en la que se lee «privado» y en el picaporte uno de esos letreros de los hoteles que se giran según la directriz sea «no molestar» o «arregle la habitación».

—Pues sí que vive como en un hotel —a Camino le ha espantado tanto que lo suelta sin pensar.

Pascual le lanza una mirada en forma de mudo reproche, pero a la madre no parece importarle. Esboza una sonrisa triste.

—Son cosas de Gabi.

María abre la puerta con cautela, como si corriera el riesgo de importunar a su hijo. Camino va con menos remilgos. Se abre paso y se planta en mitad del cuarto. Es una habitación pequeña, no alcanzará los seis metros cuadrados. Una cama individual de noventa centímetros, en la que a duras penas puede caber ese gordinflón, está de espaldas a la ventana dominando la estancia. Tiene una colcha de un ganchillo primoroso, varios cojines color pastel y un par de peluches que desentonan con el resto de la decoración: pósteres de mujeres hipersexualizadas con pechos como globos y tangas minúsculos. A la inspectora se le dibuja una mueca de desagrado. Aquello parece un taller mecánico de los noventa. Delante de la cama, estratégicamente montada en la pared, hay una pantalla gigante y, en la mesita de noche, el proyector y el portátil configuran todo lo necesario para las sesiones de cine de Gabriel.

—¿Y qué género de películas dice que le gusta a su hijo?

—Ay, inspectora, yo en eso tampoco me meto.

María va directa a la mesilla y abre el tercer cajón. Bajo una pila de revistas manoseadas *Playboy* y *Penthouse* aparecen los medicamentos. Coge una por una las cajas y se las muestra a

los policías, que las miran sorprendidos. Benzodiacepinas de varios tipos, estimulantes y analgésicos opiáceos. El pack completo del hombre que no encuentra su sitio en el mundo.

Pascual anota cada uno de los nombres en su libreta.

—De acuerdo, gracias —dice cuando acaba. Mira a la inspectora y sabe que está pensando lo mismo. Si el pobre Gabriel se metía todo eso es que andaba bien jodido. No ha necesitado a nadie que se lo lleve contra su voluntad.

—Estas medicaciones no se dan sin prescripción. ¿Estaba en tratamiento?

—Le veía el equipo de salud mental desde hace un par de años. Pero no parecía que le ayudara mucho, porque seguía igual. Y cada vez con más pastillas.

—Está bien. Gracias por atendernos —Camino sale de la habitación. Ahí ya no hay mucho más que ver.

—Les acompaño —dice el hombre desde el pasillo. La mujer no se mueve, se ha sentado en la cama de su hijo y se ha quedado cabizbaja, como si les hubiera adivinado el pensamiento.

Cuando llegan a la entrada, Manuel les abre la puerta. Ha aparcado su cinismo y esa fachada de padre harto de todo.

—Era un buen chico, nuestro Gabi.

Camino se da cuenta de que habla en pasado por primera vez.

—No pierda la esperanza, Manuel —suaviza el tono.

—Haremos todo lo que esté en nuestra mano —secunda el oficial. Va a despedirse, pero se lo piensa un instante—: Una cosa más.

—¿Sí?

—Lo de las necesidades masculinas.

—¿Qué pasa? —Manuel recupera una media sonrisa pícaro.

—Evolucione. Es una gilipollez.

El hombre se queda perplejo, sin saber qué replicar. Le tiembla la boca de rabia. Al final opta por cerrarles la puerta.

Camino está en el zaguán, tan desconcertada como el propio Manuel. Mira a Pascual con su pose seria, y suelta una carcajada. Y ahora sí, le planta un beso en su mejilla recién afeitada en la que perduran los efluvios de Brummel.

—¿Qué haces, jefa? —se zafa él.

—No te me vengas arriba, que estoy ovulando. Mañana vuelvo a estar más arisca que un hurón.

Pascual ignora el comentario de su jefa. Le sigue haciendo sentir incómodo que hable de esos temas, pero ella no le ahorra detalle. Que si esa noche sale a por todas porque el ciclo le tiene la libido a mil, que si se ha puesto mal el tãmpax y le está haciendo polvo, o que le mire el culo y compruebe que no se ha manchado. A él para lo único que le sirve todo eso es para echar cuentas

de cuándo está al caer el síndrome premenstrual y así no ponerse demasiado a tiro, como hacía con su mujer. Ahora redirige la conversación hacia el caso.

—De todas formas, no me extraña que el padre pensara que Gabriel salía a buscar sexo fácil. ¿Has visto su habitación? Ahí había más porno junto que en un banco de semen.

—Ya, el tipo se la meneaba como un mono.

—Lo que quiero decir es que igual sí que deberíamos preguntar en las zonas de prostitución.

—No veo la correspondencia. Las tías también nos hacemos pajas cuando nos viene en gana y no por eso pagamos para que jovencitos nos chupen el coño.

—Jefa, no seas bestia —Pascual se sonroja hasta las raíces. Con esta mujer no hay manera.

Ella sonríe ufana por haber logrado escandalizarle al fin. Pero luego, como si acabara de recordar por qué están allí, se le oscurece la mirada.

—¿Sabes cuántos suicidios se han contabilizado en la provincia en lo que va de año? —el oficial niega, esperando la respuesta. La de los números y la buena memoria es ella—. Noventa y tres, Molina, noventa y tres. Y todavía queda el último trimestre del año. Ya son el doble que por accidentes de tráfico, y sin embargo sigue siendo un tabú. No se habla, luego no se aborda, no se previene, no se ayuda a esas personas a ver el final del túnel.

Él la escucha con un poso de tristeza.

—Pobre hombre. ¿Dónde habrá acabado?

—No lo sé. Pero me pregunto cómo lo hizo para que no se haya encontrado el cuerpo a estas alturas.

7.

—*Buenos días, Juani.*

Un caballero de mediana edad con pinta de serio y arisco franquea la entrada. Como cada lunes desde hace diez años, Juani llega a las ocho de la mañana para limpiar el edificio. Cada vez le cuesta más, pero ella nunca se queja. Permanecerá en él hasta que cada peldaño de escalera quede reluciente, aunque tarde el doble que hace diez años. Y aunque le paguen lo mismo.

—Huele mal —comenta el hombre—. Yo creo que los de la botellona se han vuelto a colar. El día que los pille meando les voy a echar encima un cubo de agua y se van a ir bien finos.

—Lo que se irán será fresquitos —dice Juani, olfateando el aire y asomándose al hueco de la escalera—. Por aquí no hay nada raro.

—No sé, con este bochorno lo llevo todo peor. Si uno va perdiendo las facultades con los años, ¿por qué no podré yo también perder el olfato? Cada vez aguanto menos los olores, hija.

—No se preocupe, don Antonio. Para cuando yo salga de aquí, solo olerá a lejía.

—Ay, hija, eso también me molesta.

Juani se despide y, tras cambiarse en el cuartucho de la limpieza, carga los bártulos y comienza trabajosamente a subir las escaleras. En ese edificio antiguo no hay ascensor, ni ganas que tiene el propietario de gastarse el dinero en ponerlo. Don Antonio ya no vive allí y solo se guarda para sí la planta más baja. Son tres pisos más el que da a los trasteros, que también hay que limpiarlo, aunque nadie suba ya. Juani se lo salta cada vez con más frecuencia. Al principio se sentía mal por hacerlo, sobre todo porque no se le escapa que don Antonio podría haberla sustituido hace mucho por una de esas empresas de limpieza, como las que le hacen los pisos cada vez que los abandona un grupo de turistas. Pero él es un hombre de tradiciones y de lealtades, y sabe que esos eurillos semanales le vienen muy bien para complementar la pensión exigua que le dejó su marido al morir. Y que se hace vieja y tampoco daría para más. Así que la mantiene en su tarea de limpiar las escaleras, una tarea que una de esas jóvenes carne de franquicia haría sin despeinarse. Por eso no se queja nunca. Por eso tenía remordimientos las primeras veces que se saltaba el piso de los trasteros, pero después se dio cuenta de que no importaba, porque nadie pisa nunca ahí arriba. Ya hace unas tres semanas que no sube. Hoy el bloque está recalentado por el sol que azota sin piedad desde hace días, y además no tiene la rodilla como para andar haciendo trabajo extra. Sin embargo, cuando llega al tercero un olor desagradable golpea sus fosas nasales. Proviene de la

planta de arriba. Don Antonio tenía razón. Huele fatal, pero no, no es meado. Disgustada, agarra otra vez el cubo de la fregona y sube a regañadientes el piso que le queda. Al girar la escalera, lo ve. Por un momento todo su cuerpo se paraliza como si le hubieran lanzado un hechizo, el cubo se le resbala de las manos agrietadas y el agua con lejía se desparrama escaleras abajo, inundándolo todo. Ahora las piernas le fallan, tiene que sujetarse a la barandilla para no correr la misma suerte que el cubo. Inspira en busca de oxígeno y, cuando lo consigue, un chillido retumba en todo el edificio.

8.

La inspectora le quita un pelo blanco de la camisa a Pascual.

—¿Es que tu gato no deja nunca de despeluchar?

—A todo el mundo se le cae el pelo en otoño.

—Joder, Molina, pero a él se le lleva cayendo desde que lo adoptaste —Pascual se encoge de hombros. La verdad es que ya se ha acostumbrado y los pelos ni los ve—. Oye, y ¿cómo hiciste con la alergia? Ya no estornudas tanto.

—Me tomo unas pastillas.

Camino le mira como si no le comprendiera.

—Antihistamínicos —aclara él.

Ella sube sin querer el tono de voz. Hay cosas que nunca entenderá, por muy claritas que se las expliquen.

—¿Para poder tener un gato que te araña los sillones y te lo pone todo perdido?

—Ya sabes que a Sami le gusta.

—¿Ves? Los niños. Otro disparate. Os vais echando encima una condena tras otra. Matrimonios, hipotecas, hijos, animales... Y luego, cuando consigues romper una de las ataduras, vas tú y te enamoras. Por cierto, ¿qué es de Mamen? Hace tiempo que no la veo.

Mamen es la medio hermana de una de las víctimas del caso Progenie, una gigante casi tan alta como el propio oficial. En cuanto la vio, Pascual supo a sus cuarenta y muchos años lo que era un flechazo. Y ella le correspondió.

—Lo hemos dejado.

Camino se queda cortada. Otra más de esas ocasiones en las que mete la pata y no sabe por dónde salir.

El oficial le resta importancia.

—Estoy muy bien ahora. Lo de Mamen me sirvió para remontar el vuelo, pero no teníamos nada en común y los dos decidimos que era mejor así. A estas alturas no estábamos ninguno para complicarnos la vida.

—Pues me alegro —dice ella con torpeza, pero de corazón. Es cierto que tras el divorcio Pascual estaba insoportable y Camino temió que se volviera uno de esos amargados que le roban a

una la energía. Ahora vuelve a ser el bonachón de siempre. Como no sabe qué más añadir, echa mano del móvil. Se le escapa un silbido de sorpresa—: Ocho perdidas de la Brigada.

Él la mira con cara de pasmo. Le parece inconcebible que la jefa del Grupo de Homicidios lleve el teléfono silenciado y solo lo revise cuando se acuerda. Pero se cuida muy bien de decirlo, porque es la jefa y porque no le iba a hacer ni puñetero caso. La observa mientras ella conecta con la central.

—¿Sí? Dime, Águedo. Estábamos recabando información de uno de los desaparecidos. ¿Urgentísimo? Ya será menos, ni siquiera hemos parado a tomarnos la tostada todavía. ¿Cómo? — el semblante de la inspectora cambia por completo—. Vamos para allá ahora mismo.

Camino acelera el paso en dirección al coche, tanto que hasta a un bigardo como el oficial le cuesta darle alcance.

—¿Qué?

—Si es que no se puede hablar. No se puede hablar —ella va rezongando. Empieza a sentir las oleadas de cabreo e impotencia que siempre la acompañan cuando recibe una noticia de esa índole.

—¿Qué ha pasado? —Pascual insiste mientras le sigue el paso, jadeando como un bulldog.

—Que si qué tranquila está la cosa, que si con el calor la gente no mata, que si mira qué bien... ¿No queríais muertos? Pues hala, ya tenemos uno.

—¿Suicidio? ¿Puede ser Gabriel?

—Yo no sé quién será, pero de suicidio nada. Matado y bien matado. Conduce tú —la inspectora le lanza las llaves, que él atrapa al vuelo.

—¿A dónde?

—A la plaza de la Alfalfa. Y a tope, o no llegamos en tres días. Con este calor nadie anda.

Pascual coloca el rotativo en el techo del coche y hace sonar las sirenas. En unos segundos, el camuflado se ha quitado el disfraz y se muestra como el vehículo policial que es. Después, acelera a fondo. Los destellos azules iluminan la calle mientras el motor ruge revolucionado y los conductores de los coches que atestan la carretera tratan torpemente de hacerse a un lado. El oficial deja escapar un suspiro nervioso. Allá van. A encontrarse con la muerte, una vez más.

9.

Hay alguien vomitando al pie de un árbol.

—¿Micaela? ¿Eres tú?

—Chssssss, calla —la médico forense recrimina a Camino, recomponiéndose como puede—. Que no se entere nadie o echaré a perder mi reputación.

—Desde luego. Con los últimos asesinatos llorabas y con este echas la pota. Vas de mal en peor, doctora —Camino se permite la confianza porque sabe que Micaela ya ha superado el mal trago por el que pasó con la oleada de crímenes que sufrió la capital—. Estás más blanca que tu bata.

—No es para menos —dice la forense al tiempo que se limpia la boca con un pañuelo y se recoloca las gafas—. Venga, os acompaño. Los de la científica ya pululan por allí arriba y el juez estará al caer.

Los tres llegan al tercer piso poniendo atención a no resbalar. Toda la escalera está mojada y desprende un intenso olor a lejía perfumada de limón. Camino va a seguir, pero Micaela la detiene con la mano en alto.

—Prepárate.

—Lo estoy. Para lo peor —replica impaciente apartando su brazo al tiempo que acomete la última subida.

—Para lo peor nunca se está listo.

La obviedad que ha dicho la forense cobra aquí pleno sentido. Porque aunque una se piense que ha visto toda clase de muertes, que con los años ya ha hecho callo y no hay nada que le impresione demasiado, se equivoca. Siempre hay algo atroz que puede aguardar a la vuelta de la esquina. Y una nunca está preparada para enfrentarlo. Pero Camino ya no la escucha. Se ha parado en seco y contempla con los ojos muy abiertos la escena terrorífica que tiene ante sí. Pascual, dos escalones por debajo, ha trastabillado y está conteniendo el aliento y las náuseas. Le dan ganas de vomitar a él también. Y de salir despavorido de allí.

Ante ellos hay un hombre muerto abandonado en el suelo. O, por decirlo con más exactitud, los restos del cuerpo de un hombre muerto. Porque la cabeza no está. Y tampoco los pies ni las manos. Ha sido degollado, amputado y, por si fuera poco, desollado. La visión de eso que no hace tanto fue un hombre y que ahora ha perdido cualquier rastro de humanidad es tan estremecedora

que los que están allí saben que no la olvidarán. Se prenderá a sus pesadillas hasta el día de su propia muerte. Un silencio sombrío se instala entre ellos. Micaela lo respeta, dando a los policías tiempo para que encajen la monstruosidad que están contemplando. Cuando considera que es suficiente, toma la palabra.

—Como imaginaréis, no ha podido ser identificado aún. No hay documentación, no hay dedos de los que tomar las huellas dactilares y no hay cabeza. Ni siquiera hay piel, así que no podemos basarnos en tatuajes, manchas, algo que facilite la búsqueda. Nos queda el ADN. Rezad para que aparezca en la base de datos.

—¿No está demasiado blanco? —Pascual traga saliva.

—Ha sido desangrado. Aún no sé si pre o *post mortem*, pero le han dejado más seco que mi cuenta de ahorro.

—¿Quién demonios ha podido hacer algo así?

Nadie contesta a la pregunta de la inspectora. Los técnicos de la policía científica siguen afanándose en sus tareas en medio de una atmósfera tétrica. Colocan etiquetas numeradas, toman medidas, recogen indicios, sacan fotos. Todos saben que es precisamente ella la responsable de dar con el causante de esa barbarie.

Camino mira a uno de los hombres que se esmera en tomar primeros planos del cadáver desde distintos ángulos. Le reconoce a pesar del gorro, la mascarilla y el uniforme blanco que le cubre de arriba abajo. Lo ha tenido en la escena del crimen en otras ocasiones.

—¿Qué dices, David? ¿Alguna pista del malnacido que nos ha dejado este regalo?

El técnico se detiene y la mira con aire prevenido. «Qué demonios», se dice. Si hay algo en que pueda ayudar, no va a callárselo hasta que lleguen los informes.

—En esta última planta hay señales de arrastre del cuerpo.

—¿Y en las otras no?

—Aquí arriba está lleno de polvo, eso ha permitido dejar marca al remolcarlo.

—O sea, que lo trajeron a rastras. ¿En qué nos ayuda eso?

—No es fácil subir a alguien hasta aquí arriba. No hay ascensor.

—Si hubieran sido dos personas lo habrían transportado, no lo habrían llevado pegando tumbos por las escaleras —Camino necesita un par de segundos para procesarlo.

—Eso creo —David lo confirma a través de la mascarilla.

—Parece que actuó solo. Bien. ¿Tenemos pisadas?

—Varias. Estamos recogiendo las huellas, a ver qué sale.

—Qué más. ¿Pelos, indicios lofoscópicos?

—Un poco de todo. Ya digo que el piso estaba guarrete.

—Avisadme en cuanto se analicen las muestras.

—Claro, inspectora. Acabamos enseguida y las remitimos al laboratorio.

—Gracias, David —Camino se vuelve hacia Micaela—. ¿Edad?

—¿Del muerto?

—No, de mi prima.

—Lo del muerto requiere todo un ejercicio de inventiva. Lo de tu prima, también.

—Pero tú eres la forense. ¿Es que no puedes concretar algo?

Parece que Micaela va a seguir entrando al trapo, pero se lo piensa mejor.

—Te puedo decir que los músculos están totalmente desarrollados, así que le calculo entre veintitantos y sesenta años.

—¿Ese es el margen que nos das para funcionar?

—Es imposible precisar en estas condiciones.

—¿Data de la muerte?

—No tenemos nada, Camino —Micaela la mira con fatiga—. Espero deciros algo más cuando nos metamos con la autopsia. Este me toca a mí.

—¿Ni siquiera puedes calcular el tiempo que lleva muerto? Más o menos.

—Me temo que no.

—¿Por qué?

La forense se reajusta las gafas con gravedad y enfoca la mirada en el suelo.

—¿Ves esas gotas alrededor del cuerpo?

—Sí.

—Fíjate.

Camino pasa por encima de las cintas colocadas por la policía científica y se acerca hasta el cadáver. Bajo él hay un cerco de un líquido sucio, casi transparente.

—Sangre no es.

—Ya te digo que le han vaciado a conciencia. No queda más que el cascarón.

—No. Es agua.

Es la voz de Pascual. Ha seguido sus pasos y está acucillado junto al cuerpo.

—¿Agua?

—Agua —confirma Micaela—. Por el contraste con el calor que hace aquí. Este hombre estuvo sometido a unas temperaturas muy frías.

—¿Quieres decir que le congelaron y luego le mataron?

—No sé qué fue primero. Pero por el aspecto de los músculos, me atrevería a decir que no llegó a sufrir congelación. Y el olor, ¿no lo habéis notado?

—A lejía.

—No —la forense niega con rotundidad—. Eso es abajo, por el cubo que se le vertió a la limpiadora. El muerto. ¿A qué huele el muerto?

Camino deja cualquier escrúpulo a un lado, se agacha y pega su nariz a la víctima, aspirando de

ese pedazo de carne en que la han transformado.

—Repugnante —concluye.

—Trata de afinar un poco más, inspectora.

Ella frunce la frente, olisquea con más fuerza, se toma unos segundos para pensar.

—Huele a algo que no encaja... ¿Amoniaco?

—Exacto.

—¿Qué significa?

La forense va a hablar, pero Pascual se le adelanta:

—El amoniaco se usa a nivel industrial para mantener la temperatura controlada.

Micaela mira al policía percherón con un nuevo reconocimiento.

—Eso es. Trajeron el cadáver refrigerado.

10.

—*Ding dong, ding dong, ding dong.*

—Aquí no hay nadie, jefa.

Camino no hace caso del comentario del oficial y sigue friendo un timbre. Ha dejado en la planta de arriba a los técnicos acabando su trabajo de tomar fotos, medidas y muestras en bolsitas de plástico. Ella no puede hacer nada más allí, ni siquiera pensar, no delante de ese espectáculo innombrable. De modo que se vale del estímulo furioso que le revuelve las tripas para actuar. Unos minutos después, la puerta del tercero se abre y tras ella aparece un joven de soñolientos ojos verdes y pelo naranja alborotado.

—*Hello* —dice, más dormido que molesto.

—Buenos días. ¿Es usted el dueño de la casa?

—*Sorry, I am Swedish. I don't speak espaniol.*

Camino busca la mirada de Pascual en petición de ayuda.

—Ni lo intentes. Solo sé decir *jelou* y *sorri*. Y *zenkiu*, eso también. Que en esta vida siempre hay que ser agradecido.

—Pues ya me contarás.

—Si estuviera aquí mi Sami se iba a enterar ese. Corrige hasta a los guiris. Lo mío me cuesta el colegio bilingüe, que la madre se empeñó y ahora lo pago yo.

—Policía —la inspectora corta por lo sano. Extrae su placa y se la enseña al chaval. Eso sí parece comprenderlo, porque pega un portazo antes de que le dé tiempo ni a meter el pie.

—¡Eh! ¡Abre ahora mismo o tumbo la puerta!

Camino aporrea sin compasión. Pascual la mira intranquilo.

—Jefa, esa puerta es como de papel. Un golpe más y la tumbas de verdad.

—Es lo que quiero.

—El juez está a punto de llegar, se nos cae el pelo si nos pilla. ¿Qué tal si le esperamos y le pedimos permiso? Un mandamiento de entrada, esas cosas, jefa.

—¡Y un mojón! ¡Alguien ha dejado un muerto en el piso de arriba y este me cierra la puerta en las narices! ¡Puede estar destruyendo pruebas, joder! ¡Colabora!

Pascual se lo está pensando, pero antes de tomar una decisión, una chica de pelo rubio platino

abre la puerta. Camino, que iba lanzada, choca contra ella y ambas caen al suelo. La pobre chica grita, porque debajo de la mole que es la inspectora no debe de estar muy cómoda.

—¿Y tú quién eres? —dice Camino alzándose y tendiéndole una mano para ayudarla.

La joven se levanta con muecas de dolor, pero sonrío al entender la pregunta.

—Yo soy Karin. Hablo un poquito de *espaniol*.

—Muy bien, Karin. ¿Dónde está tu compañero?

—Mi *companiero*..., ¿cuál?

—El que ha abierto la puerta. ¿Es que hay más?

Ella vacila, no sabe a qué contestar primero.

—¿Cuántos vivís aquí?

Ahora Karin sonrío de nuevo.

—Seis.

—¿Seis?

—Tres parejas. Tres noches para Sevilla. Interrail.

La inspectora se palmea la frente. Toma asiento en un sillón de la salita, que está llena de ceniceros abarrotados, bolsas de patatas, cartones de pizzas, latas y botellas vacías. Le da la sensación de que esto va para rato. Karin la sigue y se sienta en un extremo del sofá destartalado. La mira con los ojos muy abiertos. Casi parece que le divirtiera la situación. Una anécdota más para contar de su viaje por España. Mientras, Pascual se pone a inspeccionar el piso.

—¿Sabes qué ha ocurrido, Karin?

Ella niega con semblante de pura inocencia.

—Arriba. ¿No has oído el ruido?

—Nosotros dormir. Anoche fiesta. Hasta muy tarde.

De repente, Camino oye un sonido tras ella. Da un respingo y se gira, llevándose la mano a la pistola en un gesto automático. En una alfombra roída y centenaria hay un chico dormido. Tendrá unos veintipocos, está en calzoncillos y de la boca le cae un hilo de saliva que va componiendo una mancha en aumento sobre la alfombra. Tiene una respiración pesada y, cada dos o tres inhalaciones, emite un ronquido más propio de un oso que de un escuchimizado como él. La inspectora niega con la cabeza ante un espectáculo tan lamentable.

—Es Björn. Mucha sangría —aclara Karin con una risita.

—Karin, esto no es ninguna broma.

Pascual viene del baño trayendo del brazo al pelirrojo que abrió la puerta.

—¡Este!

—¿Qué pasa?

Camino se pone en pie, saca las esposas del cinto.

—Estaba tirando marihuana por el váter. Por eso nos cerró en las narices —dice Pascual muy

orgullosa.

La inspectora le mira de hito en hito. No sabe si ponerle las esposas a él. Por tonto.

—Da igual, Molina. Venimos por un asesinato, me la refanfinfla que este sueco se haya fumado unos porros.

—Pero tenía más de cien gramos. Supera el límite de consumo propio.

—Hay seis mochuelos en esta casa de fiesta todo el puñetero día. Cien gramos se los pulen en un rato.

Pascual suelta un bufido. No puede ser. Acaba de pillar a un tipo con tenencia ilícita de estupefacientes punible según el Código Penal.

—¿Y entonces qué? ¿Se lo dejó? ¿Y él se va de rositas?

Camino piensa un momento.

—La maría queda decomisada. Y al chaval me lo sientas aquí a mi vera, que igual con esto le han entrado ganas de colaborar. Que traduzca la rubia.

* * *

Un buen rato después, ambos policías dan por finalizado el interrogatorio. Han hablado con Karin y Peter, que ha resultado ser su pareja, han sacado de la cama a los otros cuatro guiris —a tres de la cama y a uno de la alfombra— y lo único que han averiguado es que tapearon en un bar del centro, les clavaron cinco euros por cada Cruzcampo y decidieron montarse la fiesta en casa. Que por muy suecos que hayan nacido, no dejan de ser estudiantes sin un euro que rascarle al bolsillo. Le compraron los snacks y las botellas de sangría al chino de abajo, pidieron comida rápida a domicilio y pusieron música a toda pastilla. Comieron, bebieron, fumaron y bailaron hasta las cuatro. Si alguien pasó en ese intervalo de tiempo con el muerto a cuestas, ni se inmutaron.

—Molina, toma nota de los datos y el contacto de cada uno de ellos.

—Yo lo hago, pero ya les has oído. Pasado mañana estos se van a Gandía.

—Tú toma nota —ordena la inspectora, de muy mal humor.

Pascual saca su libreta y obedece. La ve alejarse hacia la salida, buscando ya el siguiente vecino al que interrogar. Lleva un trozo de pizza pegado al culo. Cualquiera le dice nada ahora. Disimula una sonrisa, quita el capuchón al boli y pregunta a Karin por su apellido.

11.

La comisaria Ángeles Mora entra sin llamar.

Frente a ella, una mujer de pelo corto castaño, joven y menuda, está concentrada en el chat de su móvil. Se pregunta cómo habrá entrado en el cuerpo. Debe de medir el metro sesenta necesario, ni un centímetro más. Se la presentaron la semana pasada, pero no recuerda su nombre.

—¿No hay nadie más?

La joven despega los ojos del teléfono y la mira con aire ingenuo. Tiene una sonrisa cándida como la de un cachorrillo que provoca en Mora una sensación de desconcertante ternura.

—Solo yo, poniéndome al día con los expedientes de desaparecidos —deja el móvil y se acerca los papeles en un gesto de disimulo terrible.

—Ya. La inspectora no responde a las llamadas. Para variar. ¿Y los demás? ¿No te han asignado una pareja?

—Águedo Casas.

—¿Y por qué no estás con él?

—Se ha ido a tomar café con un colega de la UDYCO.

—Ya veo. ¿Hace mucho de eso?

Evita se da cuenta de que ha metido la pata, pero no le da tiempo a contestar porque en ese momento Águedo entra por la puerta tan campante. Aunque el buen humor le dura lo que tarda en ver a la máxima autoridad de la Brigada. Y la cara que trae.

—Buenos días, comisaria.

—Casas, ha habido un aviso. Un hombre ha aparecido muerto.

—Yo mismo se lo comuniqué a la inspectora.

—No.

—¿No?

—Un segundo aviso. Lo sabrías si hubieras estado en tu puesto de trabajo —dice sin ninguna indulgencia.

—Yo... he ido a hacer unas gestiones.

—Ahórratelo. Camino no coge el teléfono.

—¿Quiere que vayamos nosotros?

A Águedo se le ve cada vez más apurado.

—Déjalo, seguro que te quedan gestiones pendientes —Ángeles le mira con sarcasmo—. Yo misma me personaré.

La comisaria comienza a irse, pero cuando está saliendo por la puerta se gira y mira a Evita.

—Tú. Vente conmigo tú.

12.

Pascual baja los tres pisos que le separan de la calle.

Al llegar, se encuentra a Camino fumándose un cigarrillo. Está hablando con un hombre de unos sesenta años, achaparrado y de tez morena. Es calvo en tres cuartas partes aunque una poblada mata de pelo cano le crece en la coronilla y por encima de las orejas. Tiene el semblante muy serio y unos ojillos negros hundidos bajo cejas de pelo hirsuto que le dan un aspecto de hombrecillo extraño.

—Molina, él es Antonio Franco, el propietario del edificio —Camino se dirige al hombrecillo —. Este es el oficial Pascual Molina.

—Un placer, oficial. Quiero decir, todo lo que puede ser en estas circunstancias —le tiende una mano que Pascual estrecha. Es un apretón firme, quizá demasiado, de un hombre que quiere aparentar seguridad en sí mismo.

—Antonio me estaba contando que tiene alquilado todo el edificio en la plataforma Airbnb — explica Camino.

—Todo menos la planta baja, que me la reservo para mis cosas. Es lo que más renta ahora mismo, ¿sabe? —el hombre mira a Pascual, un policía grande y fornido, con bigote de los de antes. Ese sí que le inspira confianza, y no la rubia regordeta que no le llama ni de usted.

—¿Y quién había esta noche en el edificio?

—Estaban alquilados el tercero y el primero. En el tercero un grupo de foráneos, y en el otro una parejita de Almería.

—¿Y el segundo?

—En obras. Unos salvajes me hicieron un estropicio y he tenido que renovar algunas cosas. Lo tendré listo en un par de días.

—Antonio, ¿quién pudo entrar en el edificio además de los inquilinos?

—Cualquiera.

—¿Cualquiera?

—A ver, yo siempre les pido que se aseguren de que el portal queda bien cerrado, pero de ahí a que lo hagan, ya se sabe. Basta un descuido para que los chavales se cuelen a magrearse en el hueco de la escalera. Y maldita la gracia que me hace.

—De todas formas, la llave, ¿quién la tiene?

—En teoría solo yo, Juani, la empresa de limpieza y los inquilinos.

—¿Solo? —se desespera la inspectora.

—Ha dicho en teoría —señala Pascual.

—Claro. Hacer una copia no cuesta ni dos euros. Mire, ahí mismo, el chino ese las hace —el hombre señala el bazar donde los suecos se abastecieron de sangría.

—Vamos, que colocarle el muerto en casa fue lo más fácil del mundo —resopla la inspectora.

—Tenía que haber cambiado la cerradura por las tarjetas esas que se desactivan solas —se lamenta él—. En cuanto dan las doce del último día pagado, ya no se puede pasar. Ahí se acaban los problemas. Pero es que cuesta un dineral, y como me descuide, me queda lo comido por lo servido.

—Le cobró cuatrocientos euros a los chavales por un par de días, no fastidie.

A Camino no le agrada ese tipejo tacaño y abusón, y ha captado desde el primer momento la reciprocidad de una antipatía sorda, casi intrínseca a la brecha social que separa a los que se aprovechan de los que lo sufren. Pascual le dirige una mirada reprobadora de las suyas, pero ella no se piensa morder la lengua.

—Tres noches. Fueron tres noches —el hombre se defiende—. Hay muchos gastos, ¿sabe? Que si limpiezas, que si desperfectos... No vea cómo quedan los pisos cada vez que se van. Ni un puto vaso dejan limpio.

Un barullo que proviene de la calle de al lado le interrumpe. El griterío se intensifica y Camino le hace una seña al hombrecillo para que espere mientras ella se acerca a echar una ojeada. En realidad no tiene ganas de seguir escuchándole y es una buena excusa para quitarse de en medio y dejarle a Pascual los trámites y las palabras amables. Pero cuando llega a la altura del tumulto, lo que oye la deja paralizada. En cuanto reacciona, se abre paso entre la gente a empujones a la vez que llama a su subalterno.

13.

—*¡Molina! ¡Molina, corre!*

Por el tono de la inspectora, el oficial sabe que ha ocurrido algo grave. Masculla un «disculpe» al dueño del edificio y sale disparado tras ella. Personas de todas las edades y condiciones se arremolinan en la cuesta del Rosario, y Pascual se pregunta de dónde sale tal muchedumbre sin oficio ni beneficio a esas horas de la mañana. Se hace hueco avanzando hacia el punto en el que se enfocan todas las miradas, una placita en mitad de la pendiente más antigua de Sevilla. A medida que se aproxima, las expresiones de horror mezcladas con murmullos y flashes de móviles aumentan.

Cuando al fin llega al centro de la plaza, ve que la inspectora está dando órdenes en un vano intento de que no se contamine la escena. Nadie le hace caso. En su lugar, muchos alumbran con la linterna del móvil hacia una de las claraboyas que a duras penas permiten ver la cisterna subterránea de la época del emperador Adriano. Pascual todavía no entiende qué es lo que provoca tanto revuelo, pero da por hecho que no se trata de un repentino interés arqueológico. Avanza a trompicones mostrando su placa policial hasta situarse a la altura de la claraboya y al fin lo entiende todo. Se pasma de hasta qué punto la sociedad está inmunizada contra la truculencia: en el fondo de la cisterna puede verse en una postura imposible el cadáver de un hombre desnudo. Más que un cadáver, es un cúmulo de carne masacrada. Le han debido de pegar la paliza más brutal de la historia.

—¿Cómo ha podido llegar hasta ahí? —se pregunta estremecida Camino, que observa a su lado a través del vidrio.

Pascual levanta la mirada y la dirige hacia la mole moderna y antiestética que se alza a unos metros. Camino comprende. Es el acceso al recinto subterráneo, que ha permanecido cerrado a pesar de que lo habilitaron hace más de diez años. Sin pensarlo, la inspectora se coloca en tres zancadas frente a la puerta y tira del manillar, que cede sin ningún esfuerzo. Penetra en el interior. Las paredes rezuman humedad, el aire está viciado y el fétido hedor del agua estancada la golpea con fuerza. Una oleada de mosquitos revolotean en torno a ella. Se coloca un pañuelo en nariz y boca y baja las escaleras con cuidado de no patinar en el verdín. Una rata se cruza entre sus piernas. Ahoga un grito al tiempo que tropieza y trata de agarrarse al muro resbaladizo. Ha estado a punto de salir rodando y abrirse la sesera entre toda esa porquería. Sigue descendiendo, con más

atención esta vez, hasta llegar al fondo de la cisterna bimilenaria. Ahora recorre el trayecto hasta la víctima por una pasarela de tablillas de madera en la que se invirtió a fin de que los turistas pudieran conocer ese patrimonio arqueológico. Solo que la cisterna nunca se abrió al público y las tablillas comienzan a pudrirse. Pisa con desconfianza, sorteando las que se encuentran en peor estado. Oye unos chillidos que le ponen los pelos de punta. Son las compañeras del bicho que casi la hace caer, las que pueblan esos lares, molestas ante la intrusión que les ha estropeado el banquete con el que ya se relamían. Se sobrepone a toda la grima y avanza hasta la zona iluminada, donde acaba la pasarela. Exactamente a la altura de la última de las tres claraboyas, enfocado de lleno por un haz de luz, el cadáver machacado del hombre yace bajo una espesa capa de cieno verdigrís. Unos metros más arriba, decenas de caras se pegan al cristal tratando de verlo mejor.

14.

Evita no se atreve a hablar.

Está intimidada. Ella lo único que quería era pasar inadvertida, y ahora va nada menos que la comisaria y se la lleva con ella a ver un muerto. No sabe cómo ha podido ocurrir. Estaba en uno de los despachos de Homicidios, aburrida como una ostra, y en un tris se encuentra metida en un coche patrulla con dirección al escenario de los hechos. De qué hechos, eso aún no se lo han contado.

—Llama a la inspectora, a ver si ahora contesta —la comisaria Mora la saca de sus disquisiciones.

—No tengo el número.

—¿Cómo que no tienes el número?

—Empecé a trabajar hace cuatro días en el grupo, no tengo el número de nadie.

—Menuda organización. Da igual, nos encargaremos nosotras. Por esta vez.

Se hace de nuevo el silencio. Mora mira de reojo a la nueva. Lleva el pelo con un corte de chico y la cara lavada, de una blancura inusual en la que destacan sus ojos, grandes y cobrizos, y una nariz pecosa. No aparenta más de veintidós o veintitrés años. Viste de forma desmañada, con una camiseta ancha de manga corta y unos vaqueros, sin ninguna clase de complemento. Está claro que no se trata de una mujer coqueta, al contrario, parece que quisiera desviar la atención. Si existieran ropas que pudieran volverla invisible, seguro que serían las que esa mujer escogería.

La comisaria no deja pasar la oportunidad de conocerla un poco más.

—No recuerdo tu nombre —dice un poco avergonzada.

—Evita. Evita Gallego.

—No tienes acento sevillano, Evita.

—Soy de León.

—Ajá. Y ¿cómo es que acabaste en la Brigada de la Policía Judicial de la capital andaluza?

—Por lo que se hacen casi todas las tonterías en la vida.

Ángeles enarca las cejas.

—Por amor.

—Exacto.

—Entonces, como yo.

—¿Usted?

—Hace muchos años. Luego aquella relación se rompió. Pero yo ya me había enamorado de otra.

—¿De otra mujer?

—De la ciudad.

—Ah. Yo esa parte aún la tengo pendiente.

Evita sonrío ante esa mujer de gafitas azules y melena plateada, y Mora se da cuenta de que cuando lo hace, todo su rostro se ilumina.

—Llegará. Sevilla es una ciudad hermosa y acogedora.

—Si usted lo dice... Es que entre el calor y los chistes, que no les pillo la gracia...

A Mora los chistes malos de los sevillanos le gustan más que comer con los dedos. Cuanto más tontos, más gracia le hacen. Además, se le da bien contarlos. Incluso se ha lanzado un par de veces en un club nocturno donde organizan encuentros cómicos. Su próximo paso es pulir un monólogo que prepara cuando la vida le deja un respiro. Pero no es algo para compartir con sus subordinados, tiene una imagen que mantener.

—Además, la mitad de las veces no me entero de lo que dicen —continúa Evita—. No es por nada, comisaria, pero se comen la mitad de cada palabra.

—Se llama economía del lenguaje.

—Ya. Pero no es solo eso. Por ejemplo, la primera vez que me llamaron gorda creía que me estaban vacilando. «Gorda, ¿te pongo otra *servesita*?»

—Eso es porque aquí hay mucha guasa.

—Pues a mí me da coraje.

La comisaria ríe.

—Ya veo que te vas adaptando. Si dices coraje y horroroso una media de diez veces al día, te dan el carné oficial.

—Qué coraje me da esta *caló* horrorosa, *illa*.

—Le vas cogiendo el truco, gorda. Pero no olvides llamarme de usted, que soy tu comisaria.

A Evita se le borra la sonrisa de la cara. Sigue un tramo de conducción silenciosa, hasta que Ángeles vuelve a la carga con su escrutinio.

—Entonces, ¿tu pareja es policía?

—No, qué va. Él es... —Evita se interrumpe porque no sabe muy bien cómo definir el trabajo de su novio—. Bueno, se graduó en Derecho.

—Un abogado —simplifica la comisaria al tiempo que tuerce el gesto—. No me caen bien.

—¿Por qué?

—Se empeñan en invalidar nuestro trabajo para que los maleantes que defienden se salgan con la suya. Ya te irás dando cuenta.

Evita sonrío por educación. Ella se siente mucho más segura con un hombre de leyes en casa, diga lo que diga la comisaria.

—En fin, espero que no sea un penalista.

—No, no. Él... trabaja en una oenegé.

—Pues eso está muy bien. Otra forma de ayudar a la gente —frena justo a tiempo para no comerse al vehículo que va delante—. Mira, otra de las maravillas de esta ciudad. Nunca hay tráfico.

Evita tarda en darse cuenta de que ahora la comisaria estaba siendo sarcástica. Fuerza una sonrisa, pero Mora no la ve, se ha concentrado en el lento fluir de los coches. Han cruzado el Guadalquivir por el puente de la Barqueta y avanzan por la calle Calatrava a paso de tortuga.

—¿Y dónde trabajabas antes de venir a Homicidios?

Mora sabe muy bien que en la Judicial no se acaba a la primera, a menos que uno esté muy bien conectado. Vamos, que tenga más enchufes que la regleta de un electricista. Si es el caso, debería saberlo.

—He estado destinada dos años en Seguridad Ciudadana.

—¿En el 091?

—Sí.

—¿Como operaria de sala?

Evita niega con la cabeza.

—Entiendo. En el zeta, con los avisos aquí y allá. Hasta los ovarios de conducir todo el día, ¿no?

—Al principio me hacía mucho lío, pero acabé aprendiéndome el mapa de Sevilla como la palma de mi mano, y me gustaba.

—¿Y por qué pediste el traslado?

—Quería crecer. En la formación tuve un profesor que era de Homicidios y me hizo ver que es donde más podía aportar. Era extremeño, pero también acabó por estas tierras. En fin, no me gusta que la gente muera, o, al menos, que muera antes de que le toque.

—Pues te vas a hinchar a ver muertos.

—Supongo que tendré que encallecerme.

—Sí, eso me temo.

La comisaria ha contestado con expresión taciturna, y ahora ambas se concentran en sus propios pensamientos. Al fondo se vislumbra la frondosidad de los árboles que anteceden a la Alameda de Hércules. Están llegando al lugar de los hechos y Evita aún no sabe qué les aguarda. Quizá no es más que un viejito que ha muerto solo en su casa, algo cada vez más común que ya le ha tocado enfrentar desde el 091. Al menos espera que no lleve mucho tiempo fallecido. Le da tanta pena esa imagen. La soledad más absoluta, que se manifiesta con toda su contundencia cuando la palmas y

nadie se da cuenta hasta que el olor que desprende tu cuerpo pudriéndose alerta al vecindario. Entonces sí, entonces sí avisan, porque aunque no le importaras a nadie, ahora el hedor de lo que un día fuiste les desagrada. Reúne el valor necesario y le pregunta a la jefaza:

—¿Qué ha ocurrido?

Ángeles Mora aparca el coche y la observa como si la estuviera calibrando. Junto a su vehículo está ya el del letrado de la Administración de Justicia, una ambulancia y un par de patrullas de la policía local. La tranquila plazoleta que acoge las esculturas de la Niña de los Peines, Chicuelo y Manolo Caracol se ha visto invadida por todo un operativo que las tres figuras del culto local parecen observar con suspicacia. La comisaria ha estado tan preocupada en llegar que no ha tomado conciencia de las dimensiones de lo sucedido y ahora no sabe cómo contestarle a la nueva. Solo lleva cuatro días, y parece tan frágil. Es como una niña a la que dan ganas de proteger, y no de llevársela a ver algo que le marcará de por vida. Quizá no ha sido una buena decisión, pero es tarde para lamentarse. Esa mujer tiene las riendas de su vida y, entre todas las opciones, ha escogido ser policía de homicidios. El candor y la ternura que irradia no tardarán en desaparecer. Mora ve reflejada en ella a la veinteañera que entró hace mucho tiempo en el cuerpo, y siente nostalgia. Ahora ella es una mujer pragmática, realista, y mucho más cínica de lo que reconoce. Los años y los casos. Pero como Evita misma ha dicho, tendrá que encallecerse. Ángeles echa el freno de mano y clava la mirada en sus inocentes ojos cobrizos:

—Prepárate, muchacha. Vas a estrenarte fuerte.

15.

—*Buenos días, Ramírez.*

Ángeles estrecha la mano que le ofrece el letrado y arruga la nariz. Ramírez siempre huele como una perfumería andante. Hoy la fragancia del perfume se mezcla con la del sudor rancio en una combinación insoportable.

La comisaria se gira buscando al juez de turno.

—¿Y San Millán?

—Está en el bar —el letrado hace un gesto hacia una taberna justo enfrente.

—¿En el bar?

—Le han tenido que poner una tila —refunfuña con cierto engorro. Se pasa la vida defendiendo al joven juez e intentando que se curta, y le fastidia que ahora quede en evidencia delante de la comisaria porque le haya impactado ver un cadáver.

—¿Tan malo es?

—Juzgue usted misma.

—Entiendo. ¿Quién lo encontró? —en ese momento, el teléfono de la comisaria vibra en su bolsillo. Le echa un ojo a la pantalla y comprueba que es Camino—: Por fin, inspectora.

—Comisaria, hay un segundo muerto —escupe Camino sin preámbulos.

—¿Y qué haces que no estás con él?

—Estoy aquí.

—No, yo estoy aquí —Ángeles deja escapar un gruñido.

—¿Está aquí, comisaria? ¿Dónde?

—En el escenario del crimen, con el letrado.

—No les veo con toda esta gente.

Ángeles mira a su alrededor. Allí la única gente son los miembros del operativo haciendo su trabajo y los monumentos de famosos locales.

—Vargas, ¿te estás burlando de mí?

A Camino le cuesta unos segundos comprender lo que está ocurriendo.

—¿Dónde dice que han encontrado ese cadáver, comisaria?

—En la parte norte de la Alameda de Hércules —Ángeles no oye nada y piensa que ha perdido la comunicación. Agita el teléfono y vuelve a pegárselo al oído—. ¿Me oyes, Vargas? ¿Estás ahí?

—Sí, estoy aquí. Pero en la plaza de la Pescadería. Hay un cadáver masacrado. Estaba dentro de la cisterna romana.

—Entonces tenemos tres.

16.

La comisaria está pálida.

Ha colgado el teléfono y observa la pantalla como si en ella pudiera encontrar respuesta a alguna de las preguntas que se agolpan en su mente. El letrado aguarda inquieto, deseando continuar con el procedimiento y marcharse de allí cuanto antes. Está sofocado, tiene la cara colorada y suda la gota gorda. Ángeles se recompone y le dirige unos ojos llenos de consternación.

—Soy todo oídos.

—Lo encontró uno de los camareros. Abrió el bar para los desayunos, y cuando fue a tirar las cajas de leche se topó con la sorpresita en el contenedor marrón.

—Los briks se tiran en el amarillo.

El comentario fuera de lugar de Evita les pilla desprevenidos a ambos. Ramírez la mira con perplejidad. Parece no haber acusado su presencia hasta ese mismo momento.

—¿Y esta quién es?

—Viene conmigo. Y no le falta razón —Mora se siente obligada a defenderla, aunque se le cae la cara de vergüenza.

—Pues dígansele a él, que recicle bien, cojones. Está con el juez bebiéndose otra tila — Ramírez lo dice con retintín y se recuesta en la pared, dispuesto a esperar a que acaben con el trámite.

—¿Qué más?

—Poco. Llamaron a la policía local, comprobaron que era un fiambre e iniciaron el protocolo. Habéis tardado mucho en llegar.

—Pues no perdamos más tiempo. Vamos allá —la comisaria hace un gesto a Evita, que la sigue con muy pocas ganas.

Se introducen en un callejón que lleva a las traseras de una tasca. Las suelas de los zapatos se pegan al suelo pringoso. Hay botellas vacías, cercos de orín en las paredes desconchadas que un día fueron blancas, colillas a mares y algún que otro preservativo usado. Evita se tapa la nariz. Ella misma ha hecho botellón en sitios así cientos de veces, se ha bajado las bragas y aliviado detrás de un contenedor cuando no aguantaba más, se ha magreado con algún desconocido en un calentón o ha olvidado recoger las botellas con la castaña encima sin pizca de remordimiento.

Pero hace mucho de todo aquello. Hace mucho de aquella Evita, y ahora la simple imagen de ese pasaje maloliente se le antoja de lo más repugnante. Desde entonces, los contenedores han aumentado, aunque no parece que la concienciación ciudadana le haya ido al paso. La basura está en todas partes menos dentro de ellos. Hay uno amarillo, otro azul, otro verde, otro gris y el último color implantado en el arcoíris del reciclaje, el marrón: los residuos orgánicos.

Es ese último el que tiene la tapa abierta. Mora mira dentro con desagrado. Tras unos instantes, se retira para recuperarse de esa visión espantosa y ve que su subalterna se ha quedado rezagada.

—No muerde. Al menos, ya no. Vamos, acércate —le dice en un tono que parece una petición, pero que no deja de ser una orden.

Evita da unos pasos vacilantes. Lleva la cara tapada con ambas manos. Al llegar, abre las palmas y separa los dedos poco a poco. Cuenta hasta tres y observa. Allí, encajado en el fondo, yace el cuerpo de un hombre deforme y obeso. Se encuentra desnudo salvo por un vello tupido que va de la cabeza a los pies y bajo el cual se muestra una piel fofa de un tono ceroso amarillento. En su rostro ha quedado cristalizada una mueca grotesca de pánico y tormento, como si supiera que le llegaba su turno pero aun así se resistiese a creerlo con todas sus fuerzas. Los globos de los ojos, muy abiertos, son también de un extraño color amarillo. Evita lo mira, primero con remilgo y después con atención creciente. Se aproxima hasta quedar con la cabeza dentro del contenedor haciendo gala de una sangre fría que impresiona a Mora y a Ramírez.

—Ya podía aprender el juez de la niñita esta —farfulla el letrado.

La comisaria hace una seña de asentimiento. Ahora se alegra de haber llevado a la nueva.

17.

Micaela baja del coche a toda prisa.

Las gotas de sudor resbalan desde su frente y le bañan las mejillas. Tiene los cristales de las gafas medio empañados, y unos cercos bajo las axilas colorean su blusa a pesar del corte en sisa y el estampado floral. El pecho le sube y le baja en espasmos jadeantes.

—Todo el día corriendo de un punto a otro. Una yincana más como esta y acaban conmigo.

—Buenos días, doctora Velasco. ¿Viene de la plaza de la Pescadería?

—Sí, comisaria. Acababa de llegar a San Jerónimo para liarme con los trámites del primer muerto cuando me ha avisado la inspectora. Si lo sé no me muevo, el cadáver ha sido hallado a cien metros del primero. Y todavía estábamos esperando el levantamiento cuando he recibido este nuevo aviso.

—Ahora vamos nosotros para allá, en cuanto se reponga el juez —gruñe Ramírez—. Tampoco damos abasto.

—Quién se lo iba a imaginar, con lo tranquilita que estaba Sevilla.

—Dígame, doctora. ¿Algún paralelismo entre los crímenes?

Ella niega con contundencia.

—Al primero le faltaban la cabeza y los miembros, pero el segundo estaba enterito. Eso sí, le habían metido una tunda de aúpa. ¿Qué hay del nuevo?

—Vaya y échele un vistazo, que con este calor es preferible no retenerlo mucho tiempo —Mora le hace un ademán hacia el contenedor.

Micaela inspira en profundidad, se pasa el dorso de la mano por la frente y se adentra con pasos tranquilos. No puede ser peor que lo que lleva visto hoy. Transcurren unos instantes hasta que su voz emerge del fondo de la calleja.

—¡Jesús!

Tras el grito, a todo el operativo allí trasladado le llegan con una claridad meridiana las arcadas de la forense. Ha vuelto a vomitar.

18.

La inspectora Camino Vargas ha convocado a su equipo con urgencia.

Han dejado lo que tenían entre manos y se han concentrado en la sala de *briefing* para acometer la que se les viene encima: tres muertes espantosas en el corazón de la ciudad. Camino recorre la sala con la mirada. Ahí está toda su gente: el subinspector Fito Alcalá, los oficiales Pascual Molina y Águedo Casas y la policía Lupe Quintana. No. Toda, no.

—Falta la nueva.

—Está con la comisaria —dice Águedo a regañadientes.

—¿Con la comisaria? ¿Por qué?

—Como Mora no podía dar contigo, dijo que se iba ella al lugar del crimen. Y se llevó a la nueva.

—¿Por qué no a ti?

—No lo sé —miente Águedo. Está rabioso porque Evita podía haberle cubierto y no lo ha hecho, pero eso no puede decirlo sin quedar en evidencia.

—Pues empezamos sin ella. ¿Molina?

Pascual comienza el relato escabroso de los hechos acontecidos en la mañana. El hallazgo del hombre decapitado en un cuarto piso de la plaza de la Alfalfa, la aparición de un segundo cadáver apaleado en la cisterna romana de la vecina plaza de la Pescadería y, por último, el aviso de un tercer muerto en la Alameda de Hércules.

—La peña se va a volver loca —dice Fito.

—Ya es tendencia en Twitter —Lupe lleva un rato con el móvil en la mano—. Hashtag del día, #sevillamortal.

Fito se asoma a la pantalla y lee por encima de su hombro el tuit más reciente:

—«Otra razón más para no ir a Sevilla. Si no te mata el calor, llega el loco de turno para darte la puntilla #sevillamortal #poetadelterror.»

—Pero cuánto gilipollas hay suelto —Camino nota cómo se le hace mala sangre.

—A la comisaria le va a dar un jamacuco —dice Águedo.

—Y con razón. Si la histeria se apodera de la ciudad, estamos perdidos. Y ella es la primera a la que apretarán las tuercas. Así que venga, al lío.

Lupe deja el móvil y levanta la mano, como suele hacer cuando quiere aportar algo al caso:

—El último apareció más lejos.

—Correcto. Mientras que la distancia entre los dos primeros se recorre en un par de minutos, el tercero lo han dejado a más de un kilómetro.

—¿Significará algo?

—No lo sé —Camino se levanta y va hacia el mapa de la ciudad clavado con chinchetas en la pared. Coge un rotulador de la pizarra y hace una cruz en cada uno de los tres puntos. Después recorre con una línea la distancia entre ellos. Forman un triángulo alargado.

—Una punta de lanza —sugiere Águedo.

—O una flecha. Señalando algo —es Lupe quien lo dice, y todos miran a la dirección marcada.

—¿El río?

—O quizá más allá. Isla Mágica. O el parque del Alamillo.

—O el hotel ese de lujo que hay entre los dos, ¿cómo se llama?

—Vale —Camino corta la digresión—. Lo de la flecha es una hipótesis, pero necesitamos una base más sólida. Empecemos por los cimientos, que nos hemos ido al tejado con un par.

—¿Crees que es el mismo asesino?

Es Fito, que nunca se anda por las ramas.

Camino reflexiona antes de contestar. Sabe que con el subinspector tiene que ir con pies de plomo.

—Los cadáveres han aparecido de forma simultánea, pero no hay ningún hilo conductor. El *modus operandi* es completamente distinto.

—¿Cuál es la causa de la muerte en el tercero?

—No os lo vais a creer.

—¿Peor que arrancarte la piel y cortarte a cachitos? ¿Peor que molerte a palos hasta la muerte? —dice Fito con su cinismo habitual.

—En realidad, no. Parece que fue un ataque al corazón.

—¿Estás de broma? ¿Y por qué consideramos la posibilidad de homicidio?

—Quizá porque estaba abandonado desnudo dentro de un contenedor de basura. O porque tenemos otros dos muertos que han aparecido asesinados al mismo tiempo —suelta la inspectora con su tono más irónico.

—Como si tenemos ocho. ¿Desde cuándo un asesino mata provocando un ataque al corazón?

—La forense nos dará más datos en cuanto reconstruya cómo fue. De todas formas, le pediré un análisis comparativo de los tres cadáveres.

—¿Un ataque al corazón con una paliza y con un degollamiento? Para eso no necesitas una forense, ya te lo digo yo: no se parecen en nada.

—En todo caso, yo compararía los dos primeros. Pero tampoco les veo el parecido por ningún lado —confiesa Lupe, atreviéndose a ponerse del lado de su compañero.

Pascual carraspea, molesto. No había terminado con su relato y estos ya se han enzarzado.

—Perdona, Molina. Te escuchamos —se disculpa la inspectora.

—El primer cadáver permanece sin identificar. El informe preliminar no ha aclarado nada, tenemos que esperar a la autopsia y los resultados de la científica. En cuanto al segundo, hemos cotejado las fotografías con las de los expedientes de los últimos desaparecidos.

—¿Y? —se interesa Águedo.

—Todo apunta a que se trata del desaparecido número cuatro.

—¿El que fue denunciado ayer, Gerardo Zamora? —Lupe lo pregunta con un nudo en el estómago.

—Sí.

—¡Pero si acabamos de estar con su mujer!

—Pues os va a tocar hablar de nuevo —dice Camino—. Alcalá, pedidle que vaya al Servicio de Patología Forense a identificarle. En cuanto tengamos la confirmación, hay que sentarse de nuevo con ella.

Fito hace un gesto de anuencia. Lupe se ha quedado en *shock*. A esa mujer se la veía muy afectada, se notaba que amaba a su marido de verdad. «Es tan difícil de encontrar eso», piensa. Alguien enamorado de su pareja a pesar del desgaste de los años y la vida en común. Ella se dejó olvidado en algún lugar ese amor por Jacobo, sin siquiera darse cuenta. Como quien se olvida el cepillo de dientes en un hotel de paso.

—Y hay que averiguar quién tenía acceso a la cisterna romana. La entrada no estaba forzada —continúa Camino—. Hablad con el Ayuntamiento, creo que eso lo llevan los del Instituto de la Cultura. Explorad quiénes tenían la llave o pudieron conseguirla, y también si alguien se interesó recientemente por esa instalación. A ver si guardan registros o algo así. Con eso, un poco de suerte y las muestras que pueda recoger científica, lo pillamos.

Fito toma nota en su bloc y confirma que se encargará él.

—¿Y al edificio donde apareció el primero? ¿Quién podía acceder? —pregunta Águedo.

—Cualquiera —Pascual deja escapar un resoplido más propio de un búfalo—. Estaba en una de esas plataformas de alquiler por noches. A estas alturas, media Europa podría tener una copia de la llave. Ya tenemos los datos de los turistas que pernoctaban anoche, los hemos comprobado y no tienen antecedentes.

—¿Has consultado también los del propietario del edificio? —pregunta la inspectora.

—No, pero es un vejete inofensivo.

—Hazlo. Me da mala espina.

—¿Qué hay del tercero, el del ataque al corazón? —retoma Águedo.

—Estamos esperando las fotografías del cadáver para compararlas con las de los expedientes de los otros desaparecidos denunciados —Camino recuerda que le ha estado vibrando el móvil al

comenzar la reunión. Ha dado por hecho que era una jugada de ajedrez de su actual contrincante polaco, que no le da respiro. Se lo saca del bolsillo del vaquero y comprueba las notificaciones —. Ejem..

Pascual la mira con interés.

—¿Han llegado?

—Sí, esto..., me las acaba de enviar la comisaria — miente mientras descarga los archivos y los abre. En ellos se ve a un hombre obeso encajado dentro del contenedor de basura orgánica. A pesar del espeso vello oscuro que le envuelve, se distingue una barriga enorme y amorfa, muy desproporcionada con el resto del cuerpo. A primera vista no parece que le hayan infligido heridas o le hayan golpeado como al número dos. Aumenta la imagen para verle la cara y no puede reprimir una exclamación.

—¿Lo has reconocido? —pregunta Fito, asombrado.

—Lo he visto esta misma mañana.

A Camino le viene a la mente la imagen del chico rollizo que aparecía una y otra vez retratado en el aparador de la casa de María y Manuel. El fin de curso del colegio, la comunión, un día en el zoo, la fiesta de graduación, varios cumpleaños. El proceso de un hombre desde su más tierna infancia hasta la madurez, siempre pegado a las faldas de su madre y de su padre. Ellos sonrientes, él con cara de circunstancias. Lo imagina de esas personas que no se gustan a sí mismas y odian verse reflejadas, y que solo lo toleran muy de vez en cuando por hacer felices a los que tienen al lado. No hay duda de que es él, aunque ahora sí que no le agradaría contemplarse. Además de amarillo, está inflado como un pez globo.

—Gabriel Parra —adivina Pascual.

—Sí. Desaparecido hace veintinueve días.

—¿El que vivía con los padres? —pregunta Lupe.

—El mismo.

—Entonces no fue un suicidio.

Pascual no puede evitar un deje de tristeza al recordar a esa madre abnegada que tendrá que aceptar que su hijo perdió la oportunidad de alcanzar alguna forma de felicidad, algún día.

Los miembros del Grupo de Homicidios comienzan a hacerse cargo de lo sucedido y a sentir la pesada mochila que se les va colocando sobre la espalda. Es una mochila que conocen bien: repleta de responsabilidad, de frustraciones, de esfuerzo, de horas extra, pero sobre todo, de una voluntad que no flaqueará hasta dar con quien haya perpetrado semejantes atrocidades.

Camino deja pasar unos segundos, permitiendo que cada uno se prepare mentalmente a su manera. Después, retoma las riendas.

—Hay que avisar a los padres de Gabriel. Molina, llámalos, por favor —el oficial hace un gesto de resignación. La inspectora siempre esquiva esa tarea y, a ser posible, se la encasqueta a

él. A uno le cuelgan el sambenito de que tiene empatía y ya no hay nada más que hacer—. Yo me voy a ir al tanatorio a seguir de cerca las autopsias —prosigue ella—. Es prioritario identificar al primer muerto. Y, a falta de ideas más lúcidas, hay que establecer conexiones entre los dos que han sido identificados —se detiene un segundo para asegurarse de que nadie va a replicar esta vez—. Águedo, trabaja por ahí: a ver qué tenían en común Gabriel Parra y Gerardo Zamora. Fito y Lupe, vosotros también. Os centráis en la mujer de Gerardo y exploráis esa vía. Quizá Gabriel hizo algún trabajillo para él, o fueron compañeros de colegio, o hacían *running* juntos. Yo qué sé. Cualquier cosa me vale para empezar. Echad también un vistazo a los casos sin resolver, a ver si dais con alguna semejanza. ¿Hay preguntas?

Lo dice esperando que no las haya, y no las hay, porque justo entran la comisaria y Evita y se sientan en dos sillas vacías, una al lado de la otra. Los compañeros se cruzan miradas de recelo, pero nadie se atreve a decir nada.

—Continuad, por favor —pide Mora arrugando la nariz como siempre que algo le disgusta. La sala está caldeada y huele a sudor rancio. Y juraría que también a tabaco.

—En realidad ya nos habíamos organizado —dice Camino, que vuelve cansinamente a su asiento y repite las instrucciones para conocimiento de la comisaria.

—Muy bien. ¿Y qué hay de Evita?

—¿Qué?

—Evita. ¿Qué hará ella?

A Camino le pilla fuera de juego. Es la primera vez que la comisaria se mete en su terreno de esa manera.

—Pues... se quedará aquí por si llega algún dato nuevo. Y puede ir recopilando todo para los informes.

—No la dejes de lado solo porque sea nueva, Vargas. Necesitamos a todos los efectivos al cien por cien. No hace falta que os diga la que hay liada ahí fuera.

—Acaba de llegar, no sabe cómo funciona esto. Primero tiene que aprender.

—¿Aprender? Teníais que haberla visto —Mora recorre la sala con los ojos brillantes—. El juez tomándose una tila en un bar, la forense echando la pota en mitad de la calle, y la novata de la Brigada tan pancha, examinando el cadáver como la más veterana del lugar —mira a Evita, que se ha encogido en su silla como si quisiera desaparecer—. Enhorabuena, hoy has estado a la altura. Que tomen nota los demás.

19.

Camino pega unos golpecitos en el cristal.

Micaela se da la vuelta y, al ver que es la inspectora, hace una seña al auxiliar para interrumpir la autopsia. Suelta el cuchillo de disección, se quita los guantes, deja caer las gafas sobre una cadenita dorada que cuelga de su cuello y abre la puerta con un suspiro.

—¿Puedo quedarme?

—Acabamos de empezar.

—¿Con cuál de ellos?

—Pues con el primero, riguroso orden de entrada. Tenemos trabajo para rato.

—Vale, sigue. Como si yo no estuviera.

—Claro —dice Micaela con sorna. Sabe que la inspectora no parará de hacer preguntas, pero a veces incluso resulta útil. Cuantos más ojos, mejor.

Camino se prepara para lo que se le viene encima. Hace falta una piel muy gruesa para observar una autopsia sin inmutarse. Al principio siempre estaba presente, sin otro ánimo que curtirse en la tarea. Hasta que un día comprendió que, por más disecciones que viera, nunca dejarían de revolverle las tripas. Ahora, si la forense es Micaela, se las salta a menudo. Confía plenamente en la profesionalidad de esa mujer. Sin embargo, la situación que se ha creado es de alerta máxima, y estando allí no tendrá que esperar a un informe en el que quizá se obvie algo que resulte de importancia. Cualquier cosa puede serlo ahora mismo. Mira de frente al cadáver tumbado sobre la camilla de acero inoxidable y contiene un gesto de repugnancia. El *rigor mortis* da a los muertos una apariencia de estatuas de piedra. En el caso de este hombre despellejado, le recuerda al mármol de Levante, diferentes tonalidades de rosa veteadas de blanco. Solo que el creador de esta obra no ha sido un escultor con su cincel, sino un jodido tarado.

—Al menos con este iremos más rápido. Como no hay cabeza que perforar, toda la parte del cerebro nos la saltamos —Micaela ha vuelto a sacar su humor negro a relucir y ya está funcionando con la misma naturalidad que si vendiera entradas para el cine o lavara cabelleras en una peluquería.

—Cualquiera diría que estás embarazada. Eres toda ternura —Camino mastica su propio sarcasmo.

—Ya la he liado bastante echando hasta el hígado en cada rincón de Sevilla. Malditas náuseas

matutinas...

—Dale, anda —pide la inspectora.

La forense pone la grabadora en marcha y reanuda la narración de forma mecánica. Un neón en el techo parpadea sin cesar, dando al conjunto un aire si cabe más lúgubre.

—Cadáver que descansa sobre mesa de autopsia en decúbito dorsal. Ha sido encontrado con la piel desollada y las extremidades amputadas, presumiblemente *post mortem*. Sexo masculino, talla actual del cuerpo: un metro cuarenta teniendo en cuenta que la cabeza ha sido seccionada, así como los pies a la altura de los tobillos. Por la zona en la que se han producido los cortes, podemos inferir en torno a un metro setenta y cinco de altura. No se puede fijar la edad del occiso por el estado en que se halla y por carecer de identificación. Se constatan los siguientes hechos: la cabeza ha sido separada del cuerpo con arma blanca de una hoja no inferior a los treinta centímetros. Se confirma que el desangramiento se operó a partir de la disección de la cabeza. En cuanto a la castradura, se ejecutó a testículo abierto.

—Espera. ¿Castradura? ¿De qué estás hablando?

Micaela detiene la grabadora.

—Le han extirpado los testículos.

—¿Por qué no lo dijiste en el levantamiento?

—No me di cuenta enseguida —se justifica ante el rostro estupefacto de Camino—. Qué quieres, con todo el espectáculo no me fijé en los huevos. O en la falta de ellos, mejor dicho. ¿Puedo seguir?

La inspectora asiente y ella vuelve a darle al botón de grabación.

—Se efectuó un corte quirúrgico en el escroto y se extrajeron ambos testículos. Por el estado de la cicatriz, se realizó días antes de la muerte, quizá semanas.

—¿Semanas? —a Camino le sale un tono más agudo de lo que querría.

—Días, quizá semanas —repite Micaela con tono neutro al tiempo que le lanza una mirada de tedio por la nueva interrupción—. Pasamos ahora a realizar la apertura torácica y abdominal y extraer el paquete de vísceras.

Mientras el auxiliar facilita las herramientas a Micaela para proceder a la evisceración, Camino siente cómo la furia se apodera de ella. Todos los homicidios la remueven, pero cuando el sadismo está presente a ese nivel, su cuerpo y su mente se rebelan. La información que acaba de suministrarle la forense implica que el asesino jugó con su víctima desde el principio, que la tuvo secuestrada y la torturó mucho antes de ponerle fin a su vida. Camino no va a parar hasta dar con quien lo hizo y excluirlo de la sociedad. Se empeña con estoicismo en conservar la calma. Para ello inspira hondo y se concentra en las acciones que Micaela y su ayudante realizan maquinalmente: extraen pulmones, corazón y riñones y van separándolos y pesándolos uno por

uno. Mientras el auxiliar los introduce en botes de formol, Micaela permanece con la vista fija en el cuerpo.

—Está *demasiado* blanco.

La inspectora le dirige una mirada críptica. Contesta con todo el cinismo que es capaz de reunir.

—Será que no se ha ido a la playa una vez mondado.

—Lo digo en serio, obsérvalo. Estos músculos suelen ser de un rojo intenso, pero en el caso que tenemos delante se presentan de un rosa muy desvaído.

—Tú misma lo dijiste, le han desangrado.

—Aun así. Parece el resultado de alguna enfermedad.

—¿Qué tipo de enfermedad?

—No estoy segura. Voy a mandar a analizar el tejido —dice la forense agarrando el bisturí y comenzando a seccionar un fragmento de glúteo.

—De acuerdo.

Pero Micaela no ha acabado de darle vueltas. Una vez que toma la muestra y la introduce en una cápsula, regresa al cuerpo y lo escruta con atención desde detrás de sus gafas de pasta. Agarra los músculos de las piernas varias veces, y luego los de los brazos y el torso. Los aprieta y los suelta, los zarandea.

—¿Qué haces? —Camino la observa con un mohín de desagrado.

La forense arruga la frente al tiempo que frunce sus ojos miopes.

—Quizá no lo justifica del todo, pero hay una razón clara para que los músculos adquieran un color más pálido.

—¿Cuál?

—La falta de ejercicio. Apuesto a que a este hombre lo han tenido mucho tiempo inmovilizado antes de matarlo.

20.

—¿Hola?

Evita suelta las llaves en el recibidor y acaricia a los perros que se abalanzan sobre ella. Una galga de pelaje atigrado y un podenco negro y viejito le ponen las patas encima y tratan de lamerla mientras mueven el rabo con mucha agitación.

—Me vais a derribar —ella ríe al tiempo que les da palmadas a los dos y avanza hacia la cocina, de donde emana un aroma estimulante a comida recién hecha.

—¿Qué tal el día? —Ramón saluda sin apartar los ojos del fuego.

—Bien —ella se acerca a darle un beso y mira la sartén con cara de desconcierto—. ¿Es lo que parece?

—*Pescaíto* frito —replica él con gesto orgulloso.

—¿Y eso?

—Por fin he conseguido que Vicen me pase la receta.

—¿La de La Veganería?

—Sí.

Evita oculta su decepción. Ella se muere por *pescaíto* de verdad. Unos boquerones, unas acedías, unas pijotas, un poco de cazón en adobo... No algas y tofu rebozados con harina de garbanzos. A quién quiere engañar. No es que se arrepienta, está orgullosa de formar parte de ese pequeño porcentaje de humanos que desafía el sistema alimentario actual. Pero un *pescaíto* de vez en cuando, solo de vez en cuando... Venirse a vivir a Andalucía para no probarlo, eso sí que es un crimen. Para compensar su frustración, se sube a la escalera y rescata de lo alto de la despensa la última botella de vino. La descorcha y se sirve una copa generosa mientras su chico acaba de sacar de la sartén los últimos pedazos de tofu mal empanados. Él la mira de reojo. Le fastidia que tome alcohol, y ella lo sabe.

—¿Vas a beberte eso?

—Sí. ¿Y qué? Es ecológico.

—Vale, vale —Ramón levanta las manos en son de paz.

Evita se ventila la copa de un trago y la rellena.

—¿Seguro que ha ido bien? —pregunta él una vez que se sienta y emplata la comida.

—¿Qué?

—En el trabajo, con los nuevos compañeros.

—¿Has visto las noticias?

—Claro.

—Me han llevado a ver a uno de los muertos.

Ramón la mira fijamente.

—¿A cuál?

—Al de la Alameda.

Hay unos segundos de un silencio espeso e incómodo.

—¿Y qué te ha parecido?

A Evita no le apetece recordar la imagen del cadáver amorfo metido en el cubo de la basura mientras come. Compone una mueca de disgusto por toda respuesta.

—Supongo que no es el mejor tema de conversación. Perdona.

—No importa —Evita suaviza el gesto—. Pero es que antes de eso había metido la pata dejando a mi compañero con el culo al aire. Y para rematar, la comisaria va y dice delante del equipo que lo he hecho muy bien y que ya podían otros tomar nota. Ahora todos me odian.

Ramón se queda escrutándola durante unos segundos con una expresión indefinible.

—Mierda, Evita. ¿No quedamos en que pasarías desapercibida?

—Lo intento.

21.

—*¿Te pongo una cervecita?*

Paco Arenas está sentado en el sofá de su casa. Tiene las piernas estiradas y los pies sobre un cojín mullido que su mujer le ha ahuecado antes de colocárselo con mucha suavidad. Mira los programas de la tarde en la televisión con un aburrimiento supremo. Ahora se gira y la mira a ella.

—Flor, me has puesto un café hace media hora.

—Tienes razón. Igual es muy pronto para una cerveza. ¿Qué tal una Coca-Cola fresquita?

—Estoy bien así —trata de que el tono no le salga demasiado huraño.

Flor se caracteriza por ser una esposa atenta, pero desde que él salió del coma, lo servicial que se ha vuelto raya el límite que Paco puede soportar. Le trata como si no fuera capaz de hacer nada por él mismo. Sabe que actúa así por cariño, pero le saca de sus casillas. En su casa se siente ahogado. A decir verdad, el motor que le ayuda a mirar hacia delante son los domingos con Camino. Al menos durante ese paréntesis, sustituye esa sensación asfixiante por los nervios de quinceañero ante la mujer que ama. Ahora se hace la misma pregunta recurrente que le persigue todos los días: ¿cuándo será capaz de dar el paso?, ¿cuándo dejará a Flor?, ¿se lo contará al hijo que tienen en común?, ¿abandonará el hogar familiar? Y, sobre todo, ¿cuándo se lo dirá a Camino? ¿Le deseará ella todavía de esa forma? ¿Estará dispuesta a querer a ese viejo cascarrabias al que ya le queda poco que enseñarle?

Sabe que es algo que tiene que hacer para no arrepentirse el resto de su vida, y sabe que ha llegado el momento. Pero cada vez que lo piensa, la aprensión se le instala en la boca del estómago, se vuelve irascible y le entra el insomnio. Solo de imaginar la situación, él frente a Flor, las palabras que dirá, la reacción de ella, el sentimiento de culpa anticipado..., le entra un miedo escénico que hace que tenga que irse corriendo al baño, muleta en mano. Al final siempre lo acaba relegando un poco más. «Solo un poco más», se dice cada día.

Flor aparece con una bandeja e interrumpe sus pensamientos.

—Mira, un zumo de naranja. Lo acabo de exprimir, bébetelo rápido antes de que se le vayan las vitaminas.

Paco le dedica una mirada estupefacta. ¿De verdad no se da cuenta de que le trata como si tuviera cinco años? Las vitaminas... Es lo mismo que le decía a Rafa a esa edad. De repente le da la sensación de que incluso le complace ese papel. Es difícil desprenderse de los roles asignados,

y Flor siempre ha sido una cuidadora. Y ahora que Rafa se hace mayor, resulta que de nuevo le ha salido alguien a quien cuidar. Pues no. Por ahí sí que no pasa. Se levanta, agarra las muletas y se pone en marcha.

—¿Pero a dónde vas? —su mujer se le queda mirando, sorprendida ante la espantada.

—A que me dé el aire.

Flor oye el golpe de la puerta al cerrarse. Suelta un suspiro, se acomoda en el sofá y le da un sorbo al zumo de naranja mientras cambia de canal.

* * *

Paco camina pesadamente hasta La Esquinita de Pepe, el bar más cercano a su casa y en el que se ha acostumbrado a quedar con Camino desde que salió del hospital. Se acomoda en la terraza con vistas a la previa del partido que está a punto de comenzar y pide esa cerveza que en realidad sí que le apetece.

Un vecino del barrio le saluda con una palmada afectuosa.

—¿Qué, a ver el fútbol?

—Más bien a oxigenarme un poco. El partido me la trae al paio.

—Hombre, que el Osasuna va sexto.

—Queda mucha temporada, qué más da. Además, ya sabes que soy bético hasta la médula.

—Y yo. Por eso voy con el Osasuna.

—Esos odios no hacen bien a nadie.

—Mira, Paco, yo no odio ni a mi suegra, que en paz descanse pronto. A los sevillistas no les deseo ningún mal, ¿eh? Solo quiero que su equipo pierda hasta el autobús.

Paco se deja llevar por la cháchara y las gracietas de su vecino mientras una pizca de brisa comienza a soplar y hace que la tarde de calor plomizo vaya perdiendo fuelle. Siente que por fin empieza a relajarse.

—Oye, ¿y tú qué piensas de los muertos?

—¿Qué muertos?

—Quillo, los que han aparecido hoy en el centro.

El inspector mira sorprendido a su vecino. Ha caído en una monotonía tan bárbara que hoy ni siquiera ha visto las noticias. Flor le deja puesto el canal de Caza y Pesca y se pasa las horas muertas delante del televisor. Ya se sabe de memoria las técnicas que utiliza el águila real para cazar a sus presas y todas las modalidades de pesca en alta mar. Ahora, de personas muertas en Sevilla, ni idea.

Paco consulta su reloj. Están dando las noticias autonómicas.

—Mario, ¿puedes poner Canal Sur?

El camarero le mira como si estuviera loco.

—Va a empezar el partido, Paco.

—Es dentro de quince minutos. Ponlo solo un momento, hombre.

Mario va a por el palo de la fregona y alcanza la tele. Hace mucho que se le acabaron las pilas al mando y no tiene tiempo ni para ir a comprarlas. Paco se lo agradece con un gesto y aprovecha para pedirle otra caña. Que vea que por lo menos hace gasto.

Efectivamente, el noticiero está que arde. Los presentadores conectan con los tres puntos donde han aparecido las víctimas y en cada cual hay un periodista dando todos los detalles que ha podido recabar. Difunden también varias grabaciones de vecinos que han captado imágenes de uno de los cadáveres antes de que los servicios fúnebres pudieran retirarlo. A continuación anuncian una entrevista grabada a la comisaria Mora en el tercer lugar de los hechos. Hay una chica menuda junto a ella que le suena de algo, pero no acierta a saber de qué. En ese instante, el palo de Mario llega hasta el televisor y en la pantalla aparece el Sánchez-Pizjuán lleno de banderas rojiblancas.

—¡Mario!

—Ya se me habían ido los de dos mesas. Lo siento, Paco. La gente no viene al bar a ver las noticias.

Arenas paga de mal humor y se va caminando sin rumbo fijo. Unos minutos después, exhausto por el esfuerzo, se sienta en un banco a reflexionar sobre lo que ha visto. La prensa se ocupa solo del amarillismo y obvia lo que realmente importa. Además, la comisaria habrá tenido buen cuidado de no airear lo que pueda dificultar la investigación. En su interior se está fraguando una batalla encarnizada. El hombre trata de dominar al inspector, le recuerda que a él eso ya no le atañe, pero el inspector lo ha sido durante demasiado tiempo y ha puesto demasiado corazón en ello. Y cuando uno entrega el corazón a algo, es difícil recuperarlo entero de vuelta. Una parte se queda aferrada a la causa, a la persona o a la vida a la que lo entregó. Esa parte del corazón de Arenas es la que marca el número de Camino en su teléfono móvil. La parte del hombre enamorado tiembla al hacerlo, pero en lugar de frenarle, le espolea.

22.

Camino acaba de llegar a casa.

Está desmenuzando un kiwi maduro para sus hormigas. Estas se lanzan con avidez a capturar los trozos y transportarlos sin pérdida de tiempo a través de los túneles del terrario, de modo que la reina tenga su trozo de honor en un tiempo récord. Las mira con una especie de orgullo. La colonia se encuentra en su mejor momento. Hace tiempo que dio con la especie perfecta, y disfruta observando cómo cada casta de obreras ejerce con precisión y laboriosidad la tarea que la naturaleza le ha encomendado. Al contemplarlas trajinar arriba y abajo en las galerías, por unos instantes desconecta de la pesadilla a la que se ha visto sometida desde que le dieron el aviso del primer fallecido.

En alguna parte suena el tono del móvil, una canción reguetonera de Miss Bolivia. Se dice que tiene que cambiarlo antes de que lo escuchen en la Brigada e incite a más polémicas, pero al mismo tiempo le encantaría que machistas como Águedo o como Antonio Franco se tragaran esas letras, *pero ando por otro camino, más bien ando por otro planeta, así que sube la bragueta, cabrón, porque hoy no traje bragas, traje la escopeta*. Busca entre los cojines del sofá, en el bolso que ha dejado caer en el suelo del salón, en la estantería, *muevo el culo como poeta, hago poesía de las nietas, de todas las brujas que nunca pudiste quemar, ¿Cómo paga?, ¿efectivo o tarjeta?* Cuando el tono está a punto de terminar, y con él la llamada, entrevé el aparato dentro del terrario. No tiene tiempo de preguntarse cómo ha llegado hasta ahí, aunque mucho se teme que su subconsciente lo que quiera sea sepultarlo de una vez por todas. En su fuero interno reza porque no sea la comisaria con más malas noticias. Se sorprende al ver el número del inspector Arenas en la pantalla. Nunca la llama entre cita y cita. Suponiendo que a tomar unas cañas y hablar del tiempo se le pueda llamar cita.

—Quedan seis días para el domingo —le suelta nada más oír su voz.

—¿Qué tal estás? He visto las noticias.

Una sombra nubla la mirada de la inspectora al evocar las imágenes del día. Pero después comprende, y le viene a la mente un pensamiento malicioso: «Así que es eso».

—Te pica la curiosidad, ¿eh, inspector? ¿Quieres detalles?

—No sé por qué dices eso.

Un principio de sonrisa se esboza en las comisuras de la inspectora.

—No te puedes contener. Necesitas saber qué ha pasado, ¿a que sí? Pues mira, como ya imaginarás no damos abasto. Mañana te incorporas y así te enteras bien de todo.

—Eres imposible. No te tenía que haber llamado.

—Espera, no cuélgues. Estoy atorada con tanto cadáver —se disculpa—. Ni siquiera he comido, porque me he chupado las dos autopsias más difíciles de mi vida y se me cerró el estómago.

Al otro lado de la línea, Paco comprende. Camino sin comer. Como para no estar de mal humor.

—¿Se te ha abierto ya?

—¿El qué?

—El estómago, qué va a ser —Paco se ruboriza a su pesar, aliviado por estar del otro lado de un teléfono.

—No estoy segura.

—Pues vente a por un serranito y lo comprobamos.

Ella no vacila. No se le ocurre una forma mejor de acabar este día de mierda.

—¿A La Esquinita?

—No, que están con el fútbol. A un bar que hay un poco más lejos. Ahora te mando la ubicación.

—Lo que tarde en llegar —dice ella al tiempo que hunde la nariz en su sobaco. Definitivamente, le hace falta una ducha.

Paco cuelga satisfecho con el resultado de su llamada. Va a ver a Camino y a averiguar de qué van esos tres homicidios. Y además van a ir a un bar donde Rafa no podrá encontrarles.

23.

Camino se deja caer en una silla de aluminio junto a Paco.

—Día duro, ¿eh?

—Una puta locura.

—Cuéntame.

Paco se acomoda y le ofrece un cigarrillo que ella prende con avidez.

Camino comienza a relatarle los hechos, pero él la interrumpe.

—Todo eso ya me lo sé. La prensa no deja de repetirlo. Dime qué tienes.

—Por no tener, no tengo ni una triste hipótesis.

—Entonces dime qué ves.

La inspectora frunce el ceño. Le está pidiendo que use su instinto, pero ella prefiere los hechos, lo que es tangible. Se siente segura deduciendo a partir del resultado de las pruebas concluyentes, no con intuiciones peregrinas. Paco sabe que ambas, intuición y reflexión, son necesarias en un buen policía. Y su tarea consiste en estimular la que menos desarrollada esté.

—Vamos.

—Aún no tenemos resultados de la científica, ni tampoco del tercer cadáver.

—No son resultados lo que te estoy pidiendo.

—Lo sé —le mira a los ojos rezongando un poco más, casi pidiéndole que no insista, y él le devuelve una mirada plena de confianza. Tanta, que le abruma la responsabilidad que conlleva.

—Es muy prematuro. Puedo equivocarme.

—Quien no arriesga, no se equivoca nunca. Y tampoco acierta nunca.

—¿Y qué pasa con el serranito prometido? Yo no puedo pensar en estas condiciones.

Paco reprime una carcajada, hace una seña al camarero y pide. Luego vuelve la atención hacia ella.

—Sé que es el mismo asesino —escupe Camino de una vez.

—Ajá.

—Pero no tengo cómo demostrarlo. Ni siquiera hay nada que pruebe que el tercer hombre no murió de un simple infarto. Y el resto del equipo no está conmigo.

—¿Y si es el mismo solo en los dos primeros casos? ¿Si el tercero ha sido una casualidad?

—No.

Él asiente, pensativo. Ahora sí necesita de su parte racional. Es el método deductivo lo que puede llevarles a confirmar que su intuición está en lo cierto.

—Si quieres relacionar los tres homicidios, tendrás que inferir un perfil criminal común.

—No hay pauta ni ritualidad.

—¿No la hay? ¿O no la has encontrado?

—El *modus operandi* no tiene nada que ver. Y tampoco ha dejado ningún tipo de firma.

—No es lo único en lo que fijarse. Veamos la escena del crimen.

—Cada una es diferente. El cuarto piso de un viejo edificio, una cisterna subterránea y un contenedor de basura.

—¿Crees que están escogidas al azar?

Aquí Camino no duda.

—En absoluto. Colarse en un edificio particular con el riesgo de ser pillado por cualquiera, acceder a unas instalaciones que acogen un importante patrimonio cultural, o incluso lo de meter el cuerpo de un tipo de ciento treinta kilos en un contenedor..., eso no es soltar el muerto en el primer sitio que pillas.

—O sea, que tienen que significar algo.

—Pero no tengo ni idea de qué.

—De todas formas, no fue en esos lugares donde murieron.

—No —reconoce ella—. Los cadáveres fueron trasladados en los tres casos.

—Bien, ya tenemos algo. Hay un escenario principal que desconocemos, quizá el mismo en todos los casos, donde los crímenes se ejecutan. Después se colocan en el secundario, con la puesta en escena escogida por el homicida. Centrémonos en ese lugar de aparición. ¿Qué hay del perfil geográfico?

—En los dos primeros casos estaba cerca. Mismo barrio, mismo entorno. Si se hubiera quedado ahí, pensaría que puede ser su territorio conocido, la zona en la que se siente seguro.

—Sin embargo, con el tercero nos vamos hasta la Alameda.

—Exacto. Los chicos dicen que puede estar señalando algo, pero no lo veo claro... —Camino se detiene a pensar—. ¿Y si se fuera alejando a medida que adquiere confianza?

—Demasiado rápido, necesitaría un tiempo de maduración —ella está de acuerdo. No se ve con fuerzas para continuar con este análisis. Pero Paco no afloja—. Vamos con la victimología.

—Estamos recopilando los datos de los dos identificados para establecer algún vínculo. Domicilio, educación, empleo, hábitos, aficiones, situación económica, amistades... Pero hasta ahora, nada.

—Hay que seguir. Recuerda que un asesino usa a su víctima para contar una historia. A través de ella nos habla de su relación con el mundo. Es ahí donde mejor se refleja su personalidad.

—Y con ella, el porqué de lo que ha hecho.

—Eso es. Sigamos. Tenemos el traslado de los cadáveres. Dime en qué más se parecen esas muertes.

Camino le sostiene la mirada unos segundos.

—En nada.

—Piensa, perezosa.

Parece que va a quejarse, pero acaba asintiendo imperceptiblemente, como si aceptara el reto.

—Punto número uno: aparecen en la misma mañana. Punto número dos: están desnudos. Bueno, ni siquiera. Dos están desnudos y el otro, por no tener, no tiene ni piel.

—No hay ropa. Lo damos por bueno. Sigue.

—Punto número tres... Ya no hay número tres.

—Venga —insiste el inspector.

—En los dos primeros casos hay violencia, mucha violencia. No en el del contenedor.

—Los parecidos —recuerda Arenas.

Camino farfulla algo, apaga el cigarro, abre la cajetilla que él tiene sobre la mesa y coge el último que queda. Lo prende, aspira una calada amplia y estruja la caja. Paco la mira fingiendo ofenderse.

—Tú no te cortes, ¿eh?

Ella mantiene el humo durante unos segundos y lo expulsa en pequeñas y rápidas bocanadas con la boca en forma de «o». Observa satisfecha cómo los aros salen de su boca y se diluyen en el aire. Después le mira desafiante y prosigue:

—Punto tercero: se había denunciado la desaparición de dos de ellos. Puede que de los tres. En cuanto cotejen el ADN nos lo dirán.

Paco levanta la mano para que interrumpa el flujo de información. El camarero se está acercando con una bandeja. Una vez que deja su contenido sobre la mesa y vuelve al interior, retoma la conversación.

—¿Los retenían antes de matarlos? Eso puede ser un factor clave.

—Pues no. Gabriel Parra llevaba un mes sin dar noticias, y según Micaela el que está sin identificar estuvo encerrado durante mucho tiempo. Pero Gerardo Zamora desapareció ayer.

—Háblame de las autopsias.

—Asquerosas —dice ella descorazonada mientras apaga el cigarro y arremete con ferocidad contra el pobre serranito.

—¿Puedes dar algún detalle más?

Camino le mira con sorna.

—De la primera autopsia, lo único que he sacado en claro es que le extirparon los huevos y le tuvieron inmovilizado, y luego, antes de dejarle en aquel edificio de la plaza de la Alfalfa, le hicieron el resto que ya sabes.

—¿Algo más?

—Creemos que lo llevaron hasta allí en un vehículo refrigerante.

—¿Por qué?

—Estaba frío. Y apestaba a amoniaco, utilizado en sistemas de refrigeración por gas para productos perecederos.

—Identificad a los titulares de ese tipo de vehículos.

—Estamos en ello, pero ese sistema ha caído en desuso. Buscamos un furgón isoterma con botellas de gas acopladas. Como no pueden asegurar una temperatura estable para el transporte de la carne, han sido excluidos del mercado.

—Eso debería reducir las opciones.

—Esperemos.

—¿Quién haría algo así? —Paco hace como si pensara en voz alta—. Secuestrarlo, torturarlo de una forma determinada, matarlo, dejarlo en lo alto de un edificio... y jugársela con un transporte tan singular.

—Alguien con un plan muy claro —Camino contesta sin dudar.

—Bien.

—¿Y las otras autopsias?

—La de Gabriel Parra la harán mañana a primera hora. Al no haber signos de violencia, es el que más dudas me genera. Quizá los compañeros estén en lo cierto y no tenga nada que ver.

—Pero sí hubo secuestro.

—Puede ser. Ha pasado un mes desde la denuncia.

—Y apareció al mismo tiempo. El desnudo, los traslados. Sigue tu primer impulso, Camino. Ella asiente poco convencida. De sus impulsos es justo de lo que menos se fia.

—Bien, esperemos a mañana. ¿Y el otro?

—Gerardo Zamora. Casi diría que es el peor.

—Pero a ese no lo tuvieron secuestrado. Ni lo cortaron a trozos, ¿no?

—No. Solo lo mataron a palos —Paco la mira inquisitivamente. Hay algo más. Espera a que Camino lo suelte—: No tenía ni un solo hueso del cuerpo sin partir. Ni uno solo.

—Ensañamiento.

Camino niega con la cabeza.

—Va mucho más allá. No puede ser producto de la ira o de una pérdida de control —Paco asiente. Eso es lo que quiere de ella, que razone, pero también que diga lo primero que se le pasa por la cabeza—. La ira se disipa de forma más rápida. Esto es un trabajo concienzudo.

—¿Entonces?

—Entonces, aquí también había un plan preconcebido. En todos lo hay.

—¿Y eso dónde nos lleva?

—El hombre que buscamos premedita y planifica los crímenes. Y los ejecuta con sangre fría. Tiene un patrón de conducta —dice Camino, asombrándose ella misma.

—Ahí lo tienes. Luego...

—Estamos ante un asesino serial.

A la inspectora le embarga una poderosa convicción por primera vez en todo el día. El presentimiento que estaba rehuendo acaba de transformarse en certeza. Y con ella ha surgido un desasosiego tremendo. Porque un asesino en serie no comete dos ni tres crímenes y después desaparece sin más. Para él, el juego acaba de comenzar.

24.

—¿Qué haces?

Jacobo viene de acostar a Jonás. Han leído juntos, cada uno su libro, hasta que el niño se ha quedado dormido. Está contento porque por fin parece que le coge el gusto a la lectura. Mientras no se lo coja hasta el punto de hacerse filólogo como él todo irá bien.

—Trabajo —contesta una lacónica Lupe sin levantar la vista del portátil.

—Es por lo de los tres muertos, ¿no? Qué barbaridad.

—Estoy buscando conexiones entre dos de ellos.

—¿Y localizas algo? —Jacobo se sienta a su lado.

—Nada. Un empresario de éxito de origen gallego y un pelagatos en paro que vivía con sus padres. Ideologías contrapuestas, intereses diferentes, uno con casa en Nervión y otro del Polígono Sur..., ni en el fútbol coinciden, que el rico era del Barça y el otro del Betis.

—¿Del Barça aquí en Sevilla? Eso sí que es un buen móvil para un crimen.

Su mujer le mira muy seria. Como ve que no está para chistes, Jacobo cambia de estrategia.

—Anda, vente a la cama —la abraza por detrás y le da un mordisco juguetón en el lóbulo de la oreja, que Lupe rechaza con una sacudida, como si quisiera espantar una mosca que le ronda.

—Todavía no. Tengo que dar con algo.

—¿Por qué eres tan exigente contigo misma?

Ella se gira y fija la mirada en su marido.

—¿Te acuerdas de que te conté el otro día que había una chica nueva? ¿La redicha?

—Sí —dice sin estar muy seguro.

—Hoy la comisaria se la ha llevado a ver uno de los crímenes.

—Ah, muy bien. Así va aprendiendo.

—Ya —ella achina los ojos enfadada, pensando que Jacobo nunca se entera de nada—. ¿Sabes cuánto tuve que esperar yo para que la inspectora, no la comisaria, ¿eh?, la inspectora, me llevara con ella a alguna parte?

—¿Mucho?

—Tres meses, Jacobo, tres meses. Tres meses encerrada en la oficina tramitando el papeleo o enviándome a hacer lo que nadie quería hacer.

—Pero te ganaste su reconocimiento —le recuerda.

—Pues cuando han vuelto las dos se han sentado juntitas, como si fueran amigas del alma, y ¿sabes qué nos ha dicho la comisaria? —ahora no espera a que Jacobo responda—, que ya podíamos aprender de ella. Que es todo un ejemplo. Solo porque haya mirado a los ojos a un muerto, ya ves tú. Y a Camino le dice que se apoye en ella. ¡En una novata que entró antes de ayer!

—Se la habrá metido en el bolsillo. A los jefes les encanta que les doren la píldora.

—No sé qué ha hecho, pero estoy segura de que la comisaria no se acuerda ni de mi nombre. Y de «Evita» ya habla todo el mundo en la Brigada. Y ¿sabes de qué estoy también segura?

—¿De qué?

—De que se lo va a aprender, hostia. Mi nombre se lo va a aprender. Que yo no me muevo de aquí hasta que encuentre algo.

Lupe agarra con fuerza el ratón y vuelve a fijar la vista en el ordenador con el empecinamiento del que solo ella es capaz. Jacobo la observa durante unos segundos, hasta que comprende que ese ha sido el final de la conversación. Se levanta con gesto resignado y masculla un «buenas noches, amor» que nadie contesta. Para eso no hubiera estrenado él esos bóxer nuevos tan apretaditos.

25.

—*Los desaparecidos.*

Es Paco quien habla. Camino tiene las manos sobre la cara y se las restriega contra ella como si quisiera limpiarla de todo el horror del día. Alza la cabeza y le mira sin entender.

—Dijiste que había más.

—Cuatro en el último mes.

—Dos de ellos han sido identificados como dos de los muertos. ¿Quiénes son los otros?

—Un anciano con principio de alzhéimer y una mujer de treinta y dos años. El primero se despistó de su cuidador dando un paseo. La mujer se había separado de un novio agresivo. Los de la Unidad de Violencia de Género le están siguiendo la pista al fulano.

—Investígalos. Y habla con Mora para que te notifiquen de forma inmediata cualquier otra desaparición —sin darse cuenta, Paco está asumiendo el rol en el que ha permanecido tantos años. Ha sonado más a orden que a sugerencia.

—No tengo efectivos para coordinar tres casos de homicidio. ¿Cómo pretendes que los destine a eso?

—Organizando el equipo. Cada uno asume un expediente, ya sea de desaparecido o de muerto. Es su responsabilidad exclusiva, y tienen que investigarlo todo. Todo. Y tú tienes que confiar en cada uno de ellos.

—¿Hasta en Fito? —bromea.

—En Fito el primero —Paco contesta muy serio—. Ya sé que no os lleváis bien, pero es un buen policía.

Ella sigue reticente.

—No estoy segura de que debamos destinar los mismos esfuerzos a esos desaparecidos.

—El asesino del que estamos hablando retiraría de la circulación a sus víctimas y las conservaría vivas durante un tiempo. Al menos lo habría hecho con dos de ellas. Puede que esté reteniendo a esas personas.

—No creo que estos tengan que ver. Probablemente ya estarán muertos los dos.

—¿Y si forman parte de su plan y están en peligro? No podemos arriesgarnos.

Camino se le queda mirando y él advierte su propio desliz. Esa primera persona del plural. Imperdonable.

—Vas a volver —ella sonrío por primera vez.

—No.

—No tenemos gente para ocuparnos de todo. Esas personas pueden estar en peligro, tú mismo lo has dicho.

—Hagamos una cosa.

—Tú vuelves y yo misma me pongo con el abuelete.

—No. Yo trabajaré en la sombra. Me tienes al tanto de todo, y al acabar el día nos reunimos y hacemos una puesta en común.

Ella comprende lo que eso significa. El inspector Arenas está deseando intervenir, pero no va a hacer nada que le obligue a incorporarse a la Brigada. Y de ese modo podrá retractarse cuando quiera y seguir con esa vida insulsa de documentales televisivos y paseítos por el barrio. Le mira a los ojos, calibrando su determinación, y lee en ellos que es lo más que puede obtener.

—Está bien. Tenemos un trato —le ofrece una mano concluyente que él aprieta con gesto solemne. Pero bajo esa apariencia de formalidad, hay muchos sentimientos soterrados. El vértigo ante aquello a lo que se enfrentan. El miedo a que el asesino vuelva a actuar. La frustración por lo que ya ha hecho. Y, todavía más sepultada, oculta entre todas esas capas, una alegría que no viene a cuento, pero que se fundamenta en uno de los sentimientos más irracionales que existen. El amor. Porque vuelven a trabajar juntos. Porque van a verse cada día.

—Entonces, hasta mañana.

Camino se pone en pie dispuesta a irse. Paco se levanta a su vez, y ambos quedan frente a frente, sus rostros a escasos centímetros de distancia. Él coloca las manos sobre los hombros de ella y aspira la fragancia frutal del champú en su cabello. Ella siente el ritmo cardíaco acelerarse, la sangre galopando por todos los circuitos de su cuerpo.

—¿Sabes qué? —susurra él.

—¿Qué?

Paco ha inclinado la cabeza ligeramente y se ha acercado aún más, los labios casi se rozan, ahora es cuestión de milímetros. Siente su aliento cálido, el aroma del tabaco que emana de su boca.

Él la mira con arrobos. Pero de pronto vacila, como si entre ellos se hubiera abierto un abismo. Se acobarda en el último momento. Antes de que hable, ella ya sabe que esta vez tampoco lo dirá.

—Que vamos a atrapar a ese hijoputa —el inspector deja caer los brazos, se separa y sale de allí.

Martes, 8 de octubre

26.

Camino Vargas apenas ha pegado ojo.

A pesar de los años, y con ellos todos los homicidios que ha tenido que afrontar, siempre le sucede lo mismo. Es incapaz de desprenderse del recuerdo de esas personas a las que alguien ha arrebatado la vida. Las imágenes de sus cuerpos en el lugar donde han sido hallados primero, y en la sala de autopsias después, se le prenden al cerebro sin darle un respiro. Los interrogantes la persiguen, remitiéndola a pensamientos circulares que a menudo no llevan a ninguna parte. A eso se suman las circunstancias de los últimos casos. Hay presente una crueldad de un nivel que no había conocido. Existe un patrón de conducta, y ese patrón habla de un asesino serial organizado. Cuanto más lo piensa, más claro lo ve. Cumple con todos los parámetros: agresión planeada, violencia extrema, traslado del cadáver, control absoluto de cada detalle. La forma es diferente, sí, pero es ahí donde se encuentra el reto. Es una puesta en escena, pero, ¿de qué? ¿Qué es lo que esa persona quiere decirles? Cuando descifre su lenguaje estará más cerca de conocer su identidad y para ello ha de meterse en su mente, comprender qué le ha llevado a hacerlo de un modo y no de otro.

Así ha pasado buena parte de la noche. Girando sobre sí misma para encontrar una postura a la vez que las ideas giraban en su cerebro con el mismo resultado inútil. Ni ha dormido ni se ha visto sacudida por ninguna revelación. Lo único que ha logrado, aparte de una noche en vela, es el presentimiento de que ese asesino no resbala fácilmente. Necesitará de todos sus conocimientos para atraparlo. Por eso tiene que estudiar a fondo cada una de las escenas del crimen. Eso y los restos de los tres pobres hombres es lo único que tiene hasta el momento.

En cuanto ve el primer rayo de luz filtrándose por la persiana, se levanta y emprende una tabla de ejercicios matutinos. Si no duerme, al menos necesita recurrir a todas las estrategias para estar activa. Pero incluso entre un estiramiento y otro, su mente dispersa retorna a los acontecimientos del día anterior. Sin orden ni concierto, como las reuniones del Grupo. Se da cuenta de que Paco tiene razón también en eso. Necesitan organizarse para aprovechar hasta el último recurso y hasta el último minuto de su tiempo. Asignará un expediente a cada uno, ya sea oficial, subinspector o policía de base. El problema es decidir cómo los reparte. Sabe que aprender a delegar es una de las cuestiones trascendentales a la hora de dirigir un equipo. Pero es que ella nunca quiso

dirigirlo. Ahora, con tres cadáveres y dos desaparecidos, no le queda más remedio que confiar en la profesionalidad y el buen hacer de su gente.

Finaliza la última serie de flexiones y se va directa a la ducha. Mientras el agua fresca la ayuda a despejarse, sigue pensando en ello. A Gallego puede endilgarle el del abuelo con alzhéimer. Así se irá soltando y la investigación no correrá riesgos. Y hay otra ventaja: la comisaria no podrá reprocharle nada. Cuatro días en la Brigada y la niña ya tiene caso propio. Que le siga la pista a ese pobre anciano desorientado y averigüe dónde acabó. En cuanto a Águedo, le dará el de la chica en paradero desconocido. Puede coordinarse con los de la UFAM, a ver si aprende algo y se le quitan las ganas de hacer chistecitos machistas. Con un poco de suerte, esa chica estará bien escondida para que el maltratador no dé con ella nunca más.

Una vez vestida, se dirige a la cocina. Pela un plátano y parte unas cuantas rodajas que lleva al salón y deja en la superficie del terrario. Las hormigas se abalanzan hacia ellas. Durante la noche han excavado un nuevo túnel, y el conjunto, en apariencia laberíntico, es ordenado y sistemático. Su trabajo nunca es en balde, cada una aporta al grupo pensando en el bienestar común. Se dice que ojalá los humanos fueran así. No es que disienta de la individualidad, al contrario. Reconoce que ella es la primera que va a su aire. Pero el ser humano es de los pocos animales que exterminan a los suyos sin un objetivo de supervivencia. No hay ninguna especie más perversa, capaz de generar tal sufrimiento innecesario y regodearse en él por simple maldad. Una hormiga nunca haría eso. Definitivamente, hay hormigas mejores que algunos humanos.

Va a ponerse en marcha, pero entonces le viene el recuerdo reciente de la sala de reuniones. No la recibirá el exquisito aroma del café recién hecho, sino una estancia cargada del humo del tabaco que tienen prohibido fumar —prohibición que la mayoría se salta a escondidas— y cada día más caldeada porque nadie viene a arreglar el puñetero aire acondicionado. Regresa a la cocina, mete una cápsula de *ristretto* en la cafetera y espera mientras el líquido va vertiéndose en la taza. Ya que los demás han decidido ir pertrechados con su propia dosis, ella no va a quedarse atrás. Al menos el primero se lo llevará puesto. Saca de la despensa un par de magdalenas duras y las moja como puede en el fondo de la taza. Tras finalizar, decide ir caminando. Antes de salir echa un vistazo al espejo de la entrada, que le devuelve la imagen de una mujer preocupada, con unos ojos colorados de los que cuelgan dos medias lunas violáceas. Pero eso no es algo por lo que se inmute. No va al trabajo a sentirse guapa. Va a capturar desgraciados.

El paseo le sienta bien. Los pensamientos confusos de la noche van tomando forma gracias al café y al ejercicio. Ataja por el parque de los Príncipes, donde la espesura de los árboles atesora el poco frescor que la noche ha aportado, y entra en el edificio que acoge las instalaciones de la Jefatura Superior de Policía Nacional de Andalucía Occidental. Es temprano, pero ya empieza a haber movimiento. Toma el ascensor hasta la cuarta planta, destinada a la Unidad de Delincuencia

Especializada y Violenta, y en la que se inserta el Grupo de Homicidios. Al entrar en su despacho, sorprende a la comisaria Mora ocupando su puesto.

—Comisaria. ¿Qué hace aquí?

Ángeles levanta la mirada.

—Se ha estropeado el aire de mi despacho. He dado orden de que lo arreglen cuanto antes, pero es que no se puede parar.

—En la pecera tampoco funciona.

—Ah, pues que se pasen después por allí. De todas formas tú vas a reunir ahora al equipo, ¿no? Es la forma educada que tiene Ángeles de decirle que se quite de en medio.

—Sí, cuando lleguen todos —Camino consulta su reloj y, ante el rostro de impaciencia de la comisaria, cambia de idea—. Aunque yo creo que podemos ir empezando.

—Perfecto, Vargas. Perfecto —Mora vuelve a concentrarse en su tarea, como si la inspectora ya no estuviera allí.

27.

Camino abre las ventanas.

—No vas a conseguir mucho —es el subinspector Fito quien habla, entrando por la puerta con su vasito de plástico en una mano y el portátil en otra.

—Al menos se aireará un poco, Alcalá. No soporto este olor a choto.

Fito no abre más la boca. Enciende el ordenador y se sumerge en él con los últimos restos de su café. Camino le imita, consultando el correo con las novedades mientras hace tiempo para que lleguen los demás. No tardarán. Todos saben que hoy les espera un día duro y no se arredran ante el trabajo. Es lo mejor de su equipo, y la inspectora Vargas lo sabe. Creen en lo que hacen y se dejan la piel para conseguir el objetivo. Como sus hormiguitas. Solo que ellas saben por instinto cómo organizarse. La hormiga reina no tiene que repartir cada día las tareas ni redirigir cada vez que se van por las ramas ni mediar en los conflictos como una pacificadora de la ONU. Si sus hormigas fueran tan caóticas, no habría túnel que llevara a destino alguno. Morirían todas en la primera semana.

—Buenos días —Lupe viene con los ojos enrojecidos y los párpados hinchados. «Otra que no ha dormido», se dice la inspectora torciendo el gesto. Se pregunta si habrá tenido bronca con Jacobo. Hace tiempo que no habla de él, y cuando lo hace es con una apatía de la que hasta Camino se da cuenta.

Un par de minutos más tarde ya están todos. Molina, Casas. Y Gallego, con una sonrisa tan candorosa que la irrita nada más verla. Le dan ganas de decirle que se ha equivocado de lugar. En vez de eso, se lanza a la tarea:

—Abrimos la sesión. Ya tenemos los resultados del ADN del primer muerto —todos la miran expectantes—. Ni corresponden al abuelete desaparecido, ni está fichado en la base. Seguimos igual de perdidos.

Lupe levanta la mano.

—¿Sí, Quintana?

—Ayer dijiste que debía de llevar mucho tiempo secuestrado.

—Correcto. Eso estima la forense.

—Me he remontado a los expedientes de personas desaparecidas en los últimos seis meses. He

descartado las del sexo femenino, los menores, y he establecido un orden de prioridad en función de la altura y peso aproximado. Hay cuatro casos más que podrían coincidir con la víctima.

La inspectora se la queda mirando con cara de pasmo. Una hormiga no lo haría mejor.

—Estupendo. Pedimos que cotejen el ADN con esas cuatro personas. Si no está en la base, habrá que solicitar la colaboración de los familiares. ¿Te encargas tú?

—Sí —contesta con determinación una Lupe agotada pero satisfecha.

—Además, te voy a asignar el caso del primer homicidio —decide sobre la marcha—. No solo te encargarás de la identificación, sino que quiero que te empolles todos los informes de principio a fin y lo lledes personalmente —Lupe se queda boquiabierta. Se ha pasado la noche sin dormir para obtener reconocimiento, pero no se esperaba algo así. Ahora se siente abrumada—. Podrás preguntarme en cualquier momento y me consultarás cada paso antes de darlo.

—Cla-claro.

—Presta especial atención a la búsqueda de la camioneta refrigerante. Nos comunican desde el grupo de robos que se interpuso una denuncia hace tres días por sustracción de un vehículo similar, hay que seguir esa pista. No descuides tampoco al dueño del edificio. Y ya sabes, a ser brasas con la científica. Necesitamos sus resultados cuanto antes —Lupe garabatea a vuela pluma en su cuaderno. «Yo puedo con eso», se dice. «Con eso y más»—. También vamos a hacer un seguimiento exhaustivo de los dos casos de desaparecidos más recientes, tanto el de Justo Mejías como el de Sara Guerrero. Hay un asesino suelto y tenemos que descartar que los tenga retenidos. Casas, tú te ocuparás de Sara. Reúnete con los de la Unidad de Violencia de Género, ellos tienen los datos. Averigua qué le ha pasado a esa mujer y si se encuentra a salvo.

—De acuerdo —Águedo toma notas en su bloc con cara de disgusto. A Lupe la pone con el asesinato y a él, un oficial con trienios a las espaldas, a investigar a una tía que se habrá ido de viaje sin avisar.

—Tú, Alcalá —Camino mira al subinspector. Es el más crítico, así que cuanto antes, mejor—. Ayer entrevistasteis a la mujer de Gerardo Zamora. Seguirás tú solo con ese expediente. Te quedas después de la reunión y te cuento la autopsia.

—Perfecto —contesta Fito, aunque no parece muy entusiasmado.

—Molina, a ti te toca el tercer muerto, Gabriel Parra.

—Pero es el único que no he visto.

—Pues que te lo cuente Gallego. Y te empapas del dossier. A los padres ya los conoces, eso que llevas ganado. Además, esta mañana están con el examen *post mortem*. Te puedes ir para allá a que te den detalles y vamos agilizando —Camino sabe cuál será la próxima pregunta, así que se adelanta fingiendo indiferencia—. El forense que la está llevando a cabo es Felipe Carrillo.

Ahora sí que Pascual mantiene la boca cerrada. Y entiende por qué su jefa ha decidido saltarse esta autopsia. Conoce bien las rencillas entre el forense y ella. Carrillo aún no le ha perdonado

que no le correspondiera cuando se enamoró, dejando incluso a su mujer por Camino. Y ella, que no se lo había pedido, salió por patas de esa relación. Desde entonces las cosas no pueden ser más tirantes entre ellos.

—Y tú, Gallego —Camino fija sus ojos en los de Evita. Repara en su color avellana inusual, con un anillo de color cobre alrededor de la pupila que acentúa su sonrisa cálida.

—¿Sí, inspectora? —Evita ha decidido ser más formal. No quiere dar que hablar, ni que se repita lo de ayer. A partir de ahora, ver, oír y callar.

—Te encargarás del abu..., de Justo Mejías. Habla con su hijo y con el cuidador. Estaba a su cargo cuando se extravió.

Camino ve cómo asiente con gesto serio y una mal disimulada complacencia. Le sorprende. Parece ser la única a la que le ha satisfecho el reparto de tareas. Quizá ahora que ha visto de qué va eso de los crímenes de sangre, ya no se siente tan audaz.

—Bien, entonces podemos comenzar. Mantenedme al día de todo, ¿de acuerdo? De todo.

No da tiempo a que nadie se levante, porque la comisaria Ángeles Mora entra como una exhalación y busca la mirada de Camino.

—¿Por qué no estás presente en la autopsia de Gabriel Parra?

—Hay mucho trabajo que hacer, nos lo estábamos repartiendo. Pascual va para allá ahora mismo.

—Acaban de llamar. Ya tenemos la causa de la muerte.

—¿Es que no fue un ataque al corazón?

La comisaria deja pasar unos segundos en los que barre con la mirada a todos los policías, ansiosos por conocer su respuesta.

—Sí. Pero provocado. Le inflaron a comida hasta que reventó.

28.

—*¡Lo sabía!*

La reacción de Evita ha centrado la atención de la sala. Desde la comisaria hasta Fito, todos la miran esperando que se explique. Y ella no sabe dónde meterse. «Ser invisible, pasar desapercibida, no hacerme notar.» Los mantras que se viene repitiendo desde anoche no han funcionado ni diez minutos. «¿Y ahora qué hago?», se pregunta mientras nota el rubor en sus mejillas. Piensa en el muerto, en la razón por la que está ahí, y finalmente opta por dejarse llevar por lo que le pide el cuerpo. Se yergue sobre su silla, clava la mirada en la comisaria, luego en la inspectora, y lo suelta a bocajarro.

—Es así como matan a las ocas en la industria cárnica. Las enjaulan y les meten un tubo por la garganta para alimentarlas sin parar a base de maicena.

—¿Y eso qué tiene que ver? —Lupe no se muerde la lengua, crecida con su nueva responsabilidad.

Evita toma aliento y se arma de valor.

—Cuando vi el cadáver, algo me resultó familiar. Tenía una obesidad muy desproporcionada. Lo visteis, ¿verdad? —busca con los ojos a cada uno de sus nuevos compañeros, que se refugian en el silencio. Ella insiste—: Las fotos del cuerpo. Saltaba a la vista.

Pascual levanta la cabeza.

—No tenía una barriga normal. Se le inflaba por debajo del pecho —reconoce.

—Eso es. El hígado sobresalía mucho más que el estómago. Y me recordó a la forma en que quedan esas ocas después del proceso de cebado. Su hígado alcanza hasta diez veces el tamaño natural. Lo hacen para que el *foie* les salga más barato.

—O sea, que lo que nos estás queriendo decir es que le mataron como a un ganso —resume Águedo con tono burlón.

—Sí.

Camino ataca las uñas de su mano derecha. O se las come a ellas, o a la nueva. Los demás se mantienen callados. Menos Águedo, que la mira divertido. Le acaba de poner en bandeja su oportunidad para vengarse por lo de la comisaria:

—¿Y por qué no le sacó el hígado el asesino antes de abandonarlo? Le hubiera dado para untar muchas tostas.

Sus compañeros cruzan miradas y aparentan normalidad, aunque a alguno se le escapa una sonrisilla.

—No lo sé —Evita se empieza a arrepentir de haber abierto la boca—. Yo... solo digo que me recordó a esos pobres animales.

—La comparación es inquietante, Gallego —Camino trata de desviar la cuestión, abochornada por el rollo que se ha tirado la nueva delante de la comisaria—. Ahora vamos a ponernos en marcha. Ya sabéis, cada uno a lo vuestro, y cualquier cosa...

—No —la comisaria tiene los ojos fijos en Evita, como si aún no pudiera dar crédito a lo que ha relatado.

—¿No? —repite Camino, desconcertada.

—No. Vamos a seguir escuchando a Evita.

—¿A Gallego? ¿Por lo de las ocas?

Ángeles Mora alcanza una silla y toma asiento junto a Camino. Su voz resuena alta y clara en toda la sala.

—Gabriel Parra tiene laceraciones en la garganta y en el esófago provocadas por un tubo metálico. Y fue cebado con papilla de maíz.

Segunda parte

En las noticias no se habla de otra cosa, lo constata con una mueca de aprobación. Tres cadáveres hallados en la ciudad de Sevilla. Alfalfa, cuesta del Rosario, Alameda. Saltan de un escenario al otro, entrevistan a todo quisqui, explotan el morbo cuanto pueden. El primero es el que más les ha fascinado. Que falte la cabeza, que esté amputado y desollado. Es un golpe de efecto brutal. Eso, que se ceban con los detalles. Que siembren el pánico, que la ciudad entera se horrorice. El país entero, porque el tema ha saltado a la crónica nacional. La Primera, la Tres, la Sexta. Todos tienen a su corresponsal andaluz de turno en alguna de las tres plazas donde la función ha comenzado.

Lo que le irrita es que no vean la correlación. ¿Tan ciegos están? Espera que los policías sean más avispados. Les dará un margen para que reaccionen. La estupidez humana es un hecho constatado, por eso mismo se lo ha puesto sencillo. Que aten cabos.

De fondo oye un aullido soterrado. A pesar de la insonorización, a veces se cuelan. Sube el volumen del televisor con un gesto de fastidio. Después se sirve un segundo café y sintoniza un canal de vídeos musicales. Ya se ha aburrido de ver lo mismo una y otra vez, y aún le queda un rato antes de entrar a trabajar.

29.

—*Sí que hubo violencia en el caso de Gabriel.*

Camino está tan impresionada como todos, pero en su interior algunas piezas van tomando la forma horrible que encaja con lo que más temía: el patrón.

—Mucha. El procedimiento es lento y muy doloroso —Evita ya no vacila.

—¿Se puede saber *cómo* es que entiendes tanto de ocas?

La inspectora mira inquisitivamente a Evita. Desde la revelación de la comisaria, la actitud de todo el equipo ha cambiado hacia la recién llegada. Ya no la ven como una chavalita ansiosa por llamar la atención.

—Mí... mi novio trabaja en el sector. Estoy harta de ver vídeos sobre maltrato animal de las campañas que montan.

—¿Pero no era abogado en una oenegé? —pregunta Mora.

—Sí, en una asociación por los derechos de los animales. Él es el que se encarga de los juicios contra los maltratadores, y también de hacer *lobby* para mejorar las leyes —se le cuele un deje de orgullo al contarlo.

—El muerto tenía el hígado hipertrofiado. Es lo que ha dicho el forense —retoma la comisaria.

—Justo. Su crecimiento es tan brutal que acaba afectando a todos los órganos del cuerpo y produce unos dolores terribles —explica ella—. En el caso de las ocas, cuando el hígado llega al tamaño idóneo para el empresario, las sacrifican en la misma granja. Están tan hinchadas que no pueden ni moverse, no soportarían el transporte. Eso cuando no mueren antes, por obstrucción en los pulmones, una parada cardíaca o cualquier otro fallo en los órganos vitales.

—Entonces lo que le han hecho a Gabriel Parra es una réplica del proceso al que someten a las anátidas en la industria alimentaria.

—Y con bastante precisión.

Camino piensa a toda velocidad. Por fin sabe lo que tiene que buscar. Empieza a comprender el idioma del asesino, el universo simbólico que impulsa los crímenes y su puesta en escena. No había sido capaz de verlo hasta que los nuevos datos han arrojado la luz que necesitaba. Le urge una confirmación. Con prisa, arrebatada de las manos de Lupe el expediente del primer asesinato y se lo pasa a Evita.

—Gallego, observa bien estas fotografías y dime qué es lo primero que te viene a la mente.

Evita las sostiene delante de sus ojos y las mira con fijeza durante un minuto interminable. Cuando las suelta, toma su móvil y teclea algo en el buscador de imágenes. Después, voltea el teléfono y le muestra el resultado.

—Está clarísimo.

En la pantalla se ve una fila de animales desollados suspendidos en el aire. Unos ganchos prendidos en sus patas traseras los sostienen. Pezuñas y cabezas ya han sido separadas del cuerpo. Las paredes blancas y la cadena metálica ofrecen una imagen absolutamente aséptica, reforzada por el hombre con gorrito verde y vestido de blanco que examina las reses. Es la estampa de una línea de procesamiento cárnico que todos han visto miles de veces. Camino la escruta con la esperanza de advertir algo que desdiga el horror de lo evidente, pero cuanto más mira, más obvio lo encuentra. Se pregunta cómo puede no haberse dado cuenta antes. La invaden la rabia y el terror:

—El asesino lo ha transformado en un pedazo de carne.

La comisaria las mira a ambas alternativamente.

—¿Terberos? —pregunta con un hilo de voz.

—Sí —confirma Evita—. Recién salidos del matadero.

30.

—*Ahí tenemos la pauta.*

—¿La pauta? —la comisaria dirige su mirada a Camino, y los otros cinco pares de ojos de la sala la acompañan.

—Teníamos que inferir una pauta para conectar los casos. Esa es.

—¿Cuál?

—El asesino recrea la muerte de animales. No es solo una pauta, también es su firma. Yo creía que no rubricaba los crímenes y que el *modus operandi* de unos no tenía nada que ver con el de los demás. Me equivoqué de plano. El *modus operandi* es la recreación de las muertes de animales. Y es, a su vez, la firma del asesino.

—Esto es demencial —se oye a Fito de fondo.

—Con el primer crimen imita lo que se hace al ganado bovino en los mataderos. Le cortó la cabeza y las extremidades y le despellejó —se detiene, mira a Evita—. Gallego, ¿por qué le arrancó los testículos?

Evita no se esperaba esa interpelación directa, pero no se arredra.

—¿Se los extirparon antes de la muerte?

—¿Cómo lo sabes?

—La castración es el método que se usa en la industria cárnica bovina para que el ternero macho desarrolle más las zonas deseadas. Caderas, piernas y lomos. Al verse privado de los testículos, las hormonas femeninas serán las que predominen.

—¿Por qué?

—Porque repercute en el engorde de esas partes, que son las que mejor se venden. Es decir, más chicha por el mismo precio.

—¿Solo por eso? ¿Porque se le desarrollan las patas?

—Cualquier acción que lleve a extraer más carne de un mismo animal se ejecuta en la industria sin pérdida de tiempo. Pero también hablan de que los novillos son más mansos, aunque encerrados en un box de engorde poca lata podrían dar.

—¿Qué es eso de un box de engorde?

—Un cajón donde los tienen encerrados.

—¿Como a los gansos?

—En este caso, para que la carne se mantenga tierna.

—A ese hombre lo inmovilizaron. Eso fue lo que dijo Micaela, que tenía los músculos fofos y muy blancos.

—Es por eso. Y por las dietas específicas que les dan, de escaso valor nutricional.

Evita se da cuenta de que quizá ha hablado demasiado. Antes la miraban como a una tontaina, ahora como si fuera una doctora *honoris causa* del maltrato animal.

La comisaria es la primera que vuelve a abrir la boca:

—O sea, que el asesino ha estudiado los métodos de la industria alimentaria y los ha replicado en seres humanos. No se limita a matarlos. Les inflige metódicamente los mismos daños que a esos animales.

—Y ahora tenemos un hombre ternero y un hombre oca —sigue hilando Camino. Nadie se atreve a hablar, hasta que su voz resuena de nuevo en la sala—. Nos queda Gerardo Zamora.

—No he visto nada de ese expediente —dice Evita.

Camino se levanta de un brinco y enciende el proyector. Un par de minutos más tarde, las imágenes del hombre en la cisterna y en la camilla de la autopsia inundan la sala. Está tan desfigurado que parece más un amasijo de carne que un hombre. Involuntariamente, Evita aparta la mirada.

—¿Qué se te ocurre?

Evita se sobrepone y contempla las fotografías proyectadas. No se oye el vuelo de una mosca. Unos instantes después, agacha la cabeza.

—Nada. No sé por qué le han hecho eso a este hombre.

Fito saca un café de la máquina.

Lo necesita más que nunca, está conmocionado por lo que acaba de suceder ahí dentro.

—¡Eh! ¿Quieres uno? —le grita a Águedo al verle acercarse por el pasillo.

—Paso, eso es puro veneno —contesta de mal humor—. Voy a tomármelo fuera.

—Como te pille otra vez la comisaria, verás qué risa.

—Me pilló por culpa de la imbécil de la nueva. Además, esta vez es trabajo. Voy con Miguel, el de la UFAM. A que me ponga al día.

—¿Violencia de género? Ah, claro, por lo de la desaparecida.

—Ya ves. Todos a por el asesino en serie y yo con una fulana que se ha pirado de casa. Entre la nueva y la jefa me tienen hasta los huevos.

—Todo es igual de importante, Águedo.

—Y un cuerno. En serio, ¿qué problema tiene la tía esta conmigo? Tengo el culo pelado de trabajar en casos de homicidio, y ahora hay tres torturados por un puto psicópata y a mí me manda al destierro.

—Pero apenas has currado con Camino como jefa. Empalmaste la baja de paternidad con la del pie.

—Fue una mala ola, yo no tuve la culpa. Además, pensaba que tú tampoco la aguantabas. Está donde está porque Paco se encoñó con ella.

—La respeto —dice Fito bruscamente—. Tú deberías hacer lo mismo.

—¿De verdad?

—He aprendido a hacerlo. Y no te metas con Paco, cojones.

—No, si yo con Paco no me meto, ojalá volviera. A mí lo que me toca los huevos es tener a la gorda dando órdenes.

Lupe aparece por allí.

—¿Y tú, quieres un café? —le pregunta Fito, más para interrumpir a Águedo que por cortesía. Quiere encajar lo que está pasando, no aguantar los lloriqueos de su compañero.

Ella accede. Sabe a matarratas, pero tiene ganas de desahogarse.

—¿Qué pensáis del rollo de la nueva? —suelta sin preámbulos.

—Entre la oca y el ternero, la reina de la fiesta —dice Águedo con rencor.

—Muy listilla, ¿verdad? A mí no me cuadra un pelo. Va arrasando sin tener en cuenta a los que ya estábamos.

—Sabía del tema y ya está —media Fito, conciliador.

—¿Y ya está? Demasiado sabía, me parece a mí. Le he preguntado a un colega del 091 y me ha dicho que era una tipa gris, de las que nunca llaman la atención ni para bien ni para mal.

—Déjate de enredos, Lupe —le afea el subinspector—. Te han dado un caso para ti sola, céntrate en eso.

—El del viejito desorientado.

—¿No era el del ternero?

—Se lo ha quedado Camino, ha cambiado de opinión. Me ha dicho que prefiere investigarlo con la nueva y me ha dado el otro. Cinco minutos me ha durado. Solo me ha dejado lo de cotejar los desaparecidos y hablar con los de robos por la camioneta. Apasionante.

Fito y Águedo se miran entre ellos. Eso sí es una putada.

—Venga, anda, que ahí tienes un buen hilo del que tirar. Igual encuentras tú al hombre ternero —la anima el subinspector.

—Lo único que voy a hacer es dejarme los ojos en el ordenador, como siempre. Y ser la tía coñazo que llama a todo el mundo metiéndole prisa para que haga su trabajo.

—Pues yo te lo cambiaba por el caso de la fulana esa —le dice Águedo.

—¿Quién?

—Sara Guerrero, la que se ha pirado de casa.

—Esa para ti. Así te sensibilizas un poco, que estás hecho un troglodita —Lupe se aleja enfurruñada con su vasito de brebaje inmundo. Piensa tirarlo en la primera papelera que encuentre.

—¡Oye! ¡Que yo no te he insultado! —le grita él con todo su torrente de voz. Después se vuelve hacia Fito—. Malfollada la tía. A ver si le mete un buen meneo su marido, que le va haciendo falta.

—Ahí lo tienes— rebate Fito.

—¿Qué?

—Para eso te ha puesto la jefa con los de la UFAM. Para que espabiles —sentencia, alejándose él también.

—*Siento mucho su pérdida.*

Lo primero que ve Pascual nada más penetrar en las profundidades del tanatorio es a esa pareja singular. Van vestidos de un luto riguroso y salta a la vista que la noticia les ha dejado una huella indeleble, sobre todo a Manuel, que tiene la cara hinchada y se enjuaga las lágrimas en la manga de la camisa.

—¡Oficial! —el hombre se le echa encima antes de que le dé tiempo a reaccionar. A Pascual no le queda otra que acogerlo en su pecho enorme y acunarlo entre los brazos como si fuera un niño.

—Discúlpele, estamos muy afectados —María se adelanta en un caminar trabajoso pero firme. Lleva una falda negra bajo la cual asoman las piernas varicosas que acaban en unos pies gordezuelos cubiertos por zapatos cerrados, y una blusa del mismo color que para nada adelgaza la barriga generosa y los monumentales pechos. Sus facciones se han encallecido desde ayer, los pliegues de la comisura de sus ojos se han multiplicado y los surcos de la frente se ven mucho más profundos. Ya no parece la anfitriona acogedora que les recibió, sino una mujer sacudida y agriada por el impacto de las verdaderas catástrofes.

—No se preocupe —contesta Pascual mientras el hombre le moja el pecho con sus sollozos. El tufo a sudor que desprende le resulta intolerable, pero aguanta como puede el tirón. Poco a poco, consigue que se despegue y, cuando lo hace, su expresión de desconsuelo le parte el alma. La metamorfosis también se ha operado en él, pero de un modo diferente. Una noche en vela y una noticia devastadora han conseguido doblar al hombre estoico curtido en toda una vida de sacrificios. Y eso que todavía no saben lo peor.

—¿Cómo fue? —pregunta la mujer, armándose de valor—. No han querido decirnos nada.

—Aún es pronto, estamos investigándolo.

Por mucho que Camino siempre le endilgue la tarea, no se siente capaz de decírselo. Se pregunta cómo se anuncia a unos padres que su hijo ya no está porque un desalmado le ha hecho comer hasta reventar. Y no se sabe responder.

—Si se sintieran con fuerzas, podrían contestar algunas preguntas.

—Por supuesto —María hace una seña hacia las sillas de plástico del pasillo y los dos hombres obedecen. Cuando están sentados, ella da a entender que puede comenzar.

—Intentamos reconstruir lo que pasó aquel día. Es... es posible que Gabriel fuera retenido

contra su voluntad, y por eso significa mucho cada detalle de su vida y de su entorno.

—Ya le dijimos que tenía pocos amigos —es María quien toma las riendas. Manuel, a su lado, se apoya las palmas sobre la cara y continúa gimiendo.

—Sí. ¿Qué hay de sus enemigos?

—¿Enemigos, nuestro Gabi? Si era un santo, no hacía daño a nadie —Manuel emerge de su dolor y lo sustituye por indignación.

—Lo entiendo, pero quizá hubo alguien a quien perjudicó sin querer, o...

—Eso no es cierto, papá —María mira a su marido y después al policía—. Nadie se libra de tener enemigos, y Gabi tampoco.

El hombre le devuelve una mirada triste, se pasa la mano por el cabello desgreñado y después, muy despacio, baja la cabeza en una seña de afirmación.

—Tuvo mala suerte con lo de la fábrica —explica ella.

—¿Se refiere al empleo del que le despidieron?

—Sí.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

—Era su trabajo, no hizo nada que no debiera hacer —le defiende su padre—. Pero aparecieron esos radicales, y él fue tan ingenuo que se prestó a hablar con ellos. Luego montaron una campaña contra la fábrica y su cara salió en todas partes.

—¿Una campaña? ¿De qué me hablan?

—Era horrible, la verdad —dice María.

—¿Qué es lo que era horrible?

—Esa forma de ganarse la vida. Esas cosas que hacen...

—Es una forma honrada —justifica Manuel—. Mal pagada, como todo lo que nos toca hacer a los que no tenemos padrinos y hemos tenido que partir de cero. Pero decente.

—Eso no es decente, papá.

—Sí que lo es. Y no me llames así delante del oficial, coño.

—No lo es. No debería hacerse, no así.

—¿Es decente y nuestro Gabi también lo era! Era un buen hombre —a Manuel se le quiebra la voz y vuelve a llorar. Su mujer le pasa el brazo por encima.

—Claro que era un buen hombre, claro que sí —le mece suavemente adelante y atrás, hasta que Manuel se va tranquilizando.

A Pascual le empieza a escasear su proverbial paciencia. Inspira hondo y repite la pregunta.

—¿Qué es lo que era horrible?

Al final es María la que se arranca. Le mira a los ojos con amargura, pero con un fondo de convicción.

—Lo que les hacen a esos pobres patos.

—¿Qué? —Pascual se yergue como movido por un resorte—. ¿Patos? ¿De qué está hablando?
—Gabriel trabajaba en la fábrica de *foie gras*. Era cebador de patos.

33.

Laura se enjuaga la cara con agua fría.

O todo lo fría que pueda salir del grifo con símbolo azul. Porque es más bien un líquido tibio, por no decir calentorro, el que emerge de las entrañas del edificio. Ni siquiera en las tuberías se conserva un poco de fresco. Después regresa a la habitación y se coloca bajo el ventilador, dejando que el líquido se seque con el viento artificial. Son solo unos segundos lo que dura ese falso efecto refrescante, pero es lo único que se permite. Se niega a atiborrarse de pastillas para enmascarar lo sucedido. Enseguida vuelve a sentir la cabeza acolchada y la angustia regresa con más fuerza.

No concibe cómo será capaz de hacerlo. Cómo podrá acostumbrarse a una vida sin Gerardo, al tiempo ralentizado que transcurrirá sabiendo que no puede esperarle y al espacio que él ya no habitará. Se ahoga entre esas cuatro paredes, y a la vez se niega a salir de ahí, donde su presencia es aplastante en cada rincón. Puede aspirar su dulce fragancia en las sábanas, unas sábanas que algún día tendrá que cambiar y el olor se diluirá para siempre. Estira el brazo y acaricia su lado de la cama, más hundido que el que ella suele ocupar. Observa las pantuflas junto a la mesilla de noche, el libro que llevaba meses sin terminar porque todos los días llegaba demasiado cansado. El vaso de agua que siempre rellenaba antes de irse a dormir. El despertador que giraba para no ver la hora en mitad de la noche. Sonríe con ternura al recordar esa manía y las lágrimas brotan de nuevo. Se pregunta si podrá desprenderse de sus cosas. O si será ella una de esas personas que se aferran a la pérdida y lo mantienen todo intacto, convirtiendo la casa en una especie de altar donde venerar al ser amado: el cepillo de dientes azul haciendo pareja con el amarillo, el *aftershave* al lado del *body milk*, el albornoz gigante colgado de la puerta del baño. Su lado del armario y las botellas de whisky escocés en el altillo de la cocina. Su juego de corbatas y el cajón de los relojes. Las camisetas viejas de estar en casa que siempre trataba de que tirara a la basura. Ahora es lo que le queda de él. El tiempo se llevará la claridad de sus facciones, el recuerdo de su risa contagiosa, de las pupilas brillantes cuando le susurraba palabras de enamorado. El tiempo es el aliado más fiel del olvido, arrasa con todo. Pero ella no permitirá que se lo lleve. Lo preservará como el tesoro más valioso. Si para ello es preciso invitar al odio, a la ira, a los deseos de venganza, lo hará. Disfrazará su dolor con las capas que haga falta para que nadie

pueda extirpárselo. Lo que sea con tal de no olvidar lo que le han hecho, pero, sobre todo, de no olvidarle a él.

El timbre de la entrada suena y ella se ovilla en la cama en un movimiento instintivo de protección. Se niega a recibir a nadie. No quiere pésames ni falsos consuelos ni fiambreras con comida del restaurante ni flores de los compañeros del club de pádel. Pero sigue sonando, y ahora una voz rasposa la llama por su nombre y dice que es de la policía. El subinspector Alcalá. El tipo musculoso que ayer vino con su compañera a preguntar por su marido y que tan solo unas horas después la llamó para darle la peor de las noticias. Parece que ha pasado una eternidad desde entonces. Lentamente, sale de su ostracismo y se pone en pie con un único objetivo que la imbuye de determinación: averiguar quién le ha arrebatado lo que más quiere.

34.

Águedo y Miguel entran en el bar.

La camarera saluda a Águedo con familiaridad. Arquea las cejas preguntando algo y él a su vez mira a su colega.

—¿Qué quieres?

—Café con leche. Con sacarina.

—Para mí lo de siempre, rubia.

La mujer hace un gesto de asentimiento y se gira para preparar los pedidos. Lo hace con disimulo, pero a Miguel no se le escapa que le echa un buen chorro de coñac a uno de los cafés. De todas formas, no es ninguna novedad. Hay pocos secretos en la Brigada y este no es uno de ellos. Pero no le toca a él decir nada.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que necesitas?

—Tengo que ponerme con un caso vuestro.

—¿Nuestro? —la mirada de Miguel se oscurece. Que Homicidios te quite un caso nunca es buena señal.

—El de una mujer que desapareció hace un par de semanas. Sara Guerrero.

—No me digas que la habéis encontrado muerta.

—Qué va. Es la jefa nueva, que quiere putearme.

—¿Camino? ¿Por qué?

—Yo qué sé. Me ha dicho que estudie el expediente y vea si tiene relación con los muertos de ayer.

—Espero que no. Pero la verdad es que no pinta bien.

—Ya. Y a todo esto, ¿por qué lo tenéis vosotros? Creía que la Unidad de Familia y Mujer solo investigaba desapariciones cuando se trataba de menores.

—Ya sabes que nos encargamos de todo lo que sea violencia doméstica o delitos sexuales. Aquí hay indicios de que un exnovio la pudo quitar de en medio.

—¿Qué indicios?

—Maltratos físicos.

—¿Interpuso denuncia?

—Nunca —admite contrariado.

—Pues no sé en qué os basáis. Con la de denuncias falsas que hay, si esta ni siquiera la puso ya me dirás.

—No me vengas con esas. La mayoría ni siquiera llega a dar el paso de denunciar.

—¿Que no denuncian? Si ya no se les puede ni chistar, hombre. Antes de que digas nada te están amenazando con ir al juez.

—¿A ti te ha pasado?

—Hombre, a mí no. Es lo que se dice por ahí.

—Pues no te fies de lo que se dice, hostias, que eres policía.

—Eh, tranquilito, que yo solo he venido a informarme.

—Vale —Miguel suaviza el tono—. Es que aquí vemos situaciones muy jodidas, y a uno le hierve la sangre con este tema. ¿Qué quieres que te cuente?

—¿En qué os basáis para decir que hubo maltrato? Hazme un resumencito. Cuando esté el oficio me lo leo todo, pero adelántame algo.

Miguel deja escapar un suspiro, pensando en todo lo que tiene que hacer.

—El testimonio de la madre. Le vio cardenales en más de una ocasión. En las muñecas, en el cuello. Y esa es la parte que no queda oculta con la ropa. A saber qué más tendría. Lo intentó hablar con la hija pero ella se negaba a reconocerlo. Al final rompió la relación con su novio, aunque nunca contó el motivo.

—¿Fue la madre quien dio la señal de alarma?

—Sí. Llevaba varios días sin hablar con la hija, no le cogía el teléfono y estaba preocupada. Llamó al trabajo y ahí le dijeron que no había aparecido en las últimas cuarenta y ocho horas, así que se presentó en su casa con la llave que guardaba y confirmó que no había nadie. Entonces fue cuando vino a interponer la denuncia.

—¿Sara vivía sola?

—Sí, desde que lo dejó con ese tío no había vuelto a convivir con nadie.

—¿Y si se había hartado del trabajo y se largó de vacaciones?

—Todo estaba tal cual. La cama deshecha, la ropa sucia tirada en el baño, loza en el fregadero, la basura maloliente por el calor...

—Vaya con la mujercita de su casa.

—Como hagas otro comentario de esos, me piro.

—Perdooooona. Es que luego dicen de los tíos, pero las hay muy guarras. Como viven solas, se creen que nadie las ve. Pero sigue, por favor —añade ante el careto que se le está poniendo a su compañero.

Miguel resopla como un toro. Se bebe de un trago lo que le resta del café templado, que le deja en la boca el regusto amargo de la sacarina mal disuelta. Reprimiendo la expresión de asco, inspira con la paciencia de un profesor de instituto.

—Localizamos al ex y tuvimos una conversación muy seria con él. Vicente Frías.

—¿Y qué?

—La verdad, no lo sé. Vive en Camas con otra pareja. Dice que tuvo que alquilar algo allí porque el piso que pillaron a medias le dejó arruinado. Lo compraron en el *boom* inmobiliario y con el desplome de precios le quedó una miseria.

—Vamos, que rencor le guarda a la chavala.

Miguel asiente. Por fin el primer comentario serio.

—Una madre no se inventa esas cosas. Puede decir que no le gusta el yerno, criticar todo lo habido y por haber... Pero en lo de los cardenales no miente. Yo pongo la mano en el fuego.

Águedo calla. Piensa que él la mano no se la quema por nadie, pero Miguel parece muy seguro de lo que dice.

—Estoy seguro de que le amarga la vida también a la nueva novia.

—¿Le habéis hecho seguimiento?

—Lo llevamos vigilando desde entonces. No sé cuántas tronchas me he chupado delante de su casa.

—¿Y qué?

—Nada. Lleva la vida más corriente del mundo —admite—. A excepción de un día, que se fue de juerga y ligó. Acabó en el piso de unas universitarias.

—¿Y la otra?

—Ella apenas sale de casa sin él. Supongo que no se atreve, por las que le montará después.

—Miserable —Águedo siente cómo se le pone el cuerpo de mala hostia. Una cosa es gastar bromitas sobre el tema y otra lo que Miguel le está contando—. ¿Y no podéis hacer nada?

—Mientras no haya una denuncia o hechos probados, nada. Pero tenemos las escuchas del teléfono. Como se pase un pelo, le trincamos.

—¿Y por teléfono no ha dicho nada de Sara?

—Hasta ahora no. Solo habla con la novia y con el padre. Y con el grupo de los amigotes en el chat. Pero en estas cosas no hay cómplices. Si lo ha hecho él solo, no se lo va a contar a nadie.

—¿Y el móvil de Sara? ¿Accedisteis a los datos?

—Claro. La operadora los facilitó en cuanto llegó el auto del juez. Pero tampoco había nada anormal. No sería tan tonto como para llamarla y quedar con ella. Los tipos que matan así, tiempo después, tienen mucha sangre fría. Han pensado mil veces cómo hacerlo, y conocen los hábitos de la víctima a la perfección.

—¿Por qué habría esperado tanto? ¿Por qué justo ahora?

—Venganza en plato frío.

—Ya. Oye, y esta chica, Sara, ¿en qué dices que curraba?

—Colocando ropa en un Zara. Era graduada en Química, así que ya me contarás de qué podía

trabajar en Sevilla.

—¿Crees que está muerta?

—Ojalá que no. Pero ya te digo que no pinta bien.

—Vale. Pues si lo está, yo voy a averiguar quién lo hizo. Empezando por ese cobarde de Frías.

Miguel hace un gesto de aprobación. Quién sabe, quizá no esté todo perdido en ese policía.

Camino estaciona el coche en el aparcamiento del tanatorio.

Se dirige hacia la entrada principal. Evita, cohibida, sigue sus pasos. Allí ven a la forense de guardia expulsando humo como una locomotora del siglo XIX.

—¿Tú qué haces fumando?

—Tranquila, es electrónico —Micaela se lo muestra a Camino al acercarse—. Solo vapeo.

—Tampoco creo que eso sea muy bueno para el bebé.

—Ni que su madre raje muertos sin parar, pero aquí estamos. Será una niña fuerte.

—¿Niña? —Camino se permite una sonrisa al tiempo que extrae de la bandolera un paquete de tabaco y se enciende ella misma un cigarrillo.

—Eso parece. Nos lo dijeron la semana pasada.

—Bien. Necesitaremos mujeres para arreglar el mundo que el patriarcado tiene del revés.

—A mi niña no la cargues con ese peso. No quiero que se pase la vida quejándose por lo que no la dejan ser. La vestiré de rosita y le compraré diademas de princesa.

—Ni se te ocurra.

—Ya lo verás.

Camino va a replicar, pero sabe que esa es otra batalla perdida. Ya cogerá un día a esa niña cuando sea mayor y le explicará cuatro cosas. Ahora hay algo más importante.

—Cuéntame por qué me has llamado —Micaela echa una ojeada a la chica sonriente que acompaña a la inspectora y alza las cejas en señal de interrogación—. Es Gallego, trabaja con nosotros en Homicidios.

—Nunca la había visto.

—Es que lleva poco tiempo.

La forense se sube el puente de las gafas y la escanea a conciencia. La tal Gallego es pequeña y flacucha, tiene el pelo corto y la cara llena de pecas. En su camiseta ancha a duras penas se detectan dos prominencias puntiagudas. Parece una cría de instituto, de las que todavía ni han llegado a la fase del sujetador.

—¿Seguro que no se ha escapado del recreo?

Camino reprime la risa. Evita se adelanta:

—Siempre me echan menos edad.

«Igual si usaras sujetador», piensa Micaela, cuyos pechos aumentan por días. Cada mañana se mira en el espejo y le parece que son los de otra mujer.

—Me llamo Evita —dice la cría, con una dulzura que a Micaela la entenece. Le dan ganas de agarrarle un mofletito, pero lo achaca a los cambios hormonales.

—Gallego —corrige Camino. Después se dirige a la forense—. Y ya vale de presentaciones, afloja lo que sabes.

Micaela se guarda su vapeador y exagera un resoplido ante los modales de la inspectora.

—El primer muerto. ¿Recuerdas lo de los tejidos musculares?

—Demasiado pálidos. Dijiste que pudo ser por no moverse en mucho tiempo.

—Y lo mantengo. Pero además he confirmado que tenía una anemia bestial. La falta de hemoglobina contribuye a esa palidez que viste.

—¿A qué puede deberse?

—A muchas causas. Sigo haciendo pruebas. Un cáncer, una insuficiencia renal, otra enfermedad crónica como artritis reumatoide...

—¿A una dieta pobre en hierro? —interrumpe Evita.

—También, claro. Podría ser que no le fueran mucho las lentejas —Micaela la mira como a la alumna tonta, pero Camino se ha girado y le presta toda su atención.

—Era eso, ¿verdad? Lo mencionaste en la Brigada.

—Sí.

—¿De qué habláis? —pregunta la forense.

—¿Sabes si en el cuerpo hay restos de antibióticos? —le pregunta a su vez la policía pequeña.

—Estaba tupido. Es lo otro que quería contaros —a Micaela esa novatilla sabelotodo le empieza a resultar irritante—. ¿Me queréis decir qué pasa?

—La carne blanca. Era un efecto buscado. Le sometieron a una dieta baja en hierro para conseguirlo —tantea Camino mirando a Evita, que confirma con un asentimiento tajante.

—¿Por qué?

—Micaela —Camino la observa fijamente—. Dime qué es lo primero que pensaste cuando viste el cadáver.

—Que parecía un puto trozo de carne al salir del matadero —contesta ella sin dudar, y ve cómo las dos policías lo aprueban sin decir palabra—. ¿Me estás diciendo...?

—Que eso es justo lo que le ha hecho el asesino. Tratarle como a un animal. Antes y después de matarle.

Pascual ve a Camino y Evita en las afueras del tanatorio.

Se abalanza hacia ellas.

—¡Lo tenemos!

—¿Qué tenemos? ¿Al asesino? —a Camino le da un vuelco el corazón.

El oficial se percata de su ímpetu y de que hay un grupo de dolientes de un funeral que les miran perplejos. Toma del brazo a Camino y la arrastra hasta un lugar menos concurrido.

—El porqué.

—Explícate, Molina.

—A ver, ya conocíamos el *modus operandi*. Replica la muerte de animales.

—Y no solo la muerte. También los padecimientos a los que los someten en vida —puntualiza ella.

—Eso es. He hablado con los padres de Gabriel. Ya sé por qué —la inspectora le mira con urgencia, conminándole a que hable—. Trabajaba en la fábrica de *foie*. Le hicieron justo lo que él hacía con esos patos.

—¿Qué locura es esta?

—El karma —Evita se ha acercado a ellos. Lo pronuncia con una tranquilidad que pone los pelos de punta—. Recoges aquello que siembras.

La inspectora se pasa las manos por la cara. Necesita pensar. Pero, de momento, ya sabe por dónde seguir buscando.

—El hombre ternero.

—¿Qué?

Camino ya está telefoneando a Lupe.

—Quintana... Sí... ¿Todavía nada?... Mírame una cosa. A ver si alguno de los cuatro desaparecidos trabajó en un matadero... Sí... Llámame en cuanto tengas algo.

Cuelga y mira a sus dos subalternos. Le cuesta decidirse, pero la seguridad que ve en los ojos de Evita inclina la balanza.

—El matadero Austral —dice la nueva sin pestañear—. Es el que emplea a más gente con diferencia y el que mueve más carne de toda la ciudad.

—Molina, cuando acabes con el forense acércate a esa fábrica de *foie*, a ver qué puedes

averiguar. Nosotras nos vamos a ver carne cruda.

Pascual tuerce el gesto y se queda rumiando su contrariedad. A él no le molesta que Evita se vaya con la comisaria ni que tenga un máster en patos y vacas. A él lo que le molesta es que Camino lo reemplace por ella. Porque por mucho que le vacile y le pinche, le gusta ir de segundo suyo. Y no le hace ninguna gracia la idea de que le quiten el puesto.

37.

Lupe investiga el historial de los desaparecidos.

Ha solicitado el cotejo del ADN y el informe de vida laboral de cada uno de ellos. Ahora está rastreando sus vidas en internet. Nunca deja de sorprenderle la cantidad de información que puede encontrarse en las redes sociales. Un simple vistazo a Facebook o Twitter es a menudo más revelador que las propias bases de datos de acceso privado de la policía. La ideología política, las aficiones, los lugares visitados, las lecturas preferidas o la clase social, todo está ahí. Por mucho que uno se crea que restringe sus redes, basta con ver a quién sigues, qué comentarios haces en los perfiles de otros, en qué fotos te etiquetaron y qué imagen colgaste tú un día, imbuido de una emoción que te hizo olvidar la inmortalidad de la red. Pero la verdad es que a Lupe le importa un comino que uno haya compartido una manifestación contra el último retroceso de la ultraderecha o que otro haya despotricado sobre el penalti que el árbitro pitó en el derbi. Está desanimada, y por encima de eso, está cabreada. Esa Evita es de las que matan a la chita callando. Muy poca cosa y muy risueña pero ahí la tienes, ayer con la comisaria y hoy mano a mano con la inspectora, mientras ella se dedica a husmear en Facebook.

Un mensaje de Jacobo interrumpe sus divagaciones.

¿Qué hago para comer?

Deja escapar un bufido de pura exasperación. Hace cerca de un año que a su marido se le acabó el último trabajo, que decidieron que él se encargaría de la casa por un tiempo, y todavía no es capaz ni de pensar por sí mismo qué cocina cada día. Jacobo es escritor. No, no es escritor. Es, era, profesor de Lengua y Literatura en un colegio privado, hasta que un día no le renovaron más y ahora no es nada. Porque ni estudia la oposición ni escribe el libro que siempre dice que escribe. Es de esos que lo sueltan cada vez que pueden, entre amigos, con sus suegros o en la fiesta del colegio del niño: «Estoy escribiendo un libro, estoy escribiendo un libro, estoy escribiendo un libro». Así lleva desde que le conoce. Antes era la falta de tiempo, pero ahora no hay excusas. Y aunque siga diciendo, aún con más ahínco, que está escribiendo ese libro, ella sabe que no ha pasado de las primeras páginas. Que todo lo que tiene son notas sueltas en cuadernos desperdigados por la casa. Empieza a convencerse de que nunca lo hará, y eso la frustra y la irrita, y más fuerte se hace en ella la sensación de repliegue de dos seres que se creyeron uno, pero que

se acercan poco a poco a una realidad de compartimentos estancos, hasta que llegue el día que se pregunte quién demonios es el hombre al que una vez dijo resplandeciente «sí, quiero».

Desde hace un par de meses Jacobo coordina un club de lectura en el barrio y reseña novelas en un periódico digital, pero todo gratis. Es como si ella, en lugar de ir al curro cada mañana, se apuntara a portugués y siguiera con las clases de judo. Son aficiones. Es dedicarse a lo que a uno le gusta, y eso está muy bien si puedes vivir de ello. A eso es a lo que hay que aspirar, o al menos eso piensa Lupe.

Otro mensaje de Jacobo. Es un enlace a una página de internet.

Me lo estoy pensando.

Clica y el enlace le conduce a una página web en la que se anuncia el plazo de inscripción abierto para un Máster de Gestión Cultural. Su última ocurrencia. Pasa del temario y el plan de estudios y se va directa a la pestaña de matrícula. Dos mil *lereles*. ¿Se ha vuelto loco? ¿De dónde quiere que saquen ese dinero? Lupe teclea controlando su ira:

Lasaña.

Su marido le devuelve un emoticono quejica. Ella piensa que le representa muy bien.

Se tarda mucho. Y no hay carne picada.

En el supermercado seguro que hay.

Lupe aguarda la respuesta con aire pendenciero. Jacobo sigue en línea pero no dice nada. Al poco, la palabra *escribiendo* se muestra en pantalla. Espera hasta que emerge el mensaje.

¿Y lo del máster? ¿Lo has visto?

Estoy trabajando. Ya hablaremos.

Suelta el aparato con tanta fuerza que resbala por el escritorio y se cae al suelo. Se levanta a recogerlo y ve que se ha rajado la pantalla.

—¡¡Hostiass!!!

La mala leche de Lupe ya empieza a ser conocida en la Brigada. Pero ahora está sola en el despacho y no hay nadie que la vea. Suelta varios exabruptos más y le dan ganas de estrellar el móvil contra la pared. Verá como ahí si tiene motivo para romperse. Respira hondo, pero es inútil. Cuando la ira se apodera de ella no hay nada que hacer, y entre su marido y la nueva no gana para disgustos. Se acuerda otra vez de ella, lo que no hace más que acrecentar su rabia. Y entonces se le ocurre. Vuelve al ordenador. «Evita Gallego» casi se teclea solo en el buscador de la red social, y ahí está ella, con su cara de no haber roto un plato, abrazada a un chucho feo. La muy pava tiene el perfil abierto, así que se frota las manos: se va a enterar hasta del número de pie que calza.

Quince minutos más tarde, un administrativo toca a la puerta y le deja encima de la mesa los informes de vida laboral solicitados. Pero ella ni se entera. Lo que acaba de descubrir es mucho más interesante.

38.

—*No va a ser fácil.*

—Después de ver tantas personas muertas, no creo que me maree por unos cuantos terneros.

—No me refiero a eso —aclara Evita—. Mi novio estuvo durante un año solicitando el acceso y no hubo manera. No quieren que se vea lo que hay detrás.

Camino la mira de reojo mientras conduce.

—Gallego, no te lo tomes a mal, pero tu novio es un mindundi de una asociación ecologista tocachuevos. Claro que no van a darles permiso. Esto es diferente. Ahora estás en la Brigada de la Policía Judicial a cargo de una investigación de asesinato.

—Mi novio no es ningún mindundi —protesta—. Y la asociación no es ecologista, es animalista.

La inspectora la mira con sorna:

—Ah, que no es lo mismo.

—Pues claro que no. El ecologismo tiene una visión antropocentrista, se enfoca en la necesidad de conservar el planeta y sus ecosistemas, pero siempre en beneficio de los humanos.

—Y el animalismo va en beneficio de los animales en vez de los humanos —completa Camino.

Evita inspira con paciencia. Está acostumbrada a charlas de esa índole. Ramón se pasa la vida tratando de educar a la gente.

—El animalismo se preocupa por los derechos de los animales, sin distinguir entre especies. El ser humano es una especie más. Por eso, entre otras cosas, se identifica con el veganismo. No nos comemos a nuestros hermanos.

—¿Vegana también? Madre mía, Gallego. Ni bebes café ni comes carne. Dime que al menos follas —Evita la mira incómoda—. Vale, no me lo digas. Oye, ¿y tú crees que se consigue algo con esa secta vuestra?

—No es ninguna secta. Es una asociación que forma parte de una federación mundial. Realizan acciones globales. Y consiguen muchas mejoras para el bienestar animal.

—Claro que sí, bonita.

—Sin ir más lejos, la semana pasada cerró una granja de cerdos en Reino Unido después de que la filial de allí documentara los maltratos que les infligían.

—¿Lo ves? Les invitan a su casa como buenos anfitriones, y ellos consiguen que tengan que

cerrar. Menudo regalito.

—Solo si están infringiendo la ley.

—¿Y quién no lo hace?

—¿Nosotras? —Evita la mira confundida.

—De eso nada. Mira, yo estoy rebasando la velocidad permitida. Me tendrían que quitar dos puntos ahora mismo —Camino pisa el acelerador—. No, espera. Cuatro —Evita pone cara de disgusto—. ¿Qué pasa? ¿Es que tú no haces nada ilegal? —la inspectora la mira expectante, pero ella no dice palabra—. Quien calla otorga.

—Al menos yo intento no hacer nada que dañe a otro ser vivo.

—Ya. Seguro que no matas ni al mosquito que se pasa la noche picándote. Apuesto a que le dices: venga, *salao*, pincha todo lo que quieras. Y llama a tus amigos, que tendrán hambre también. Y tu novio, lo mismo. Abrís las ventanas de par en par para que os devoren a gusto.

—Yo me echo repelente. Pero Ramón no hace nada, dice que una picadura no es para tanto, y que a la larga te inmunizas —confiesa medio enfadada, sin intención de admitir que le ha hecho gracia. Ramón es el chico más radical que conoce. Pero también por eso le quiere, por la fuerza de sus convicciones y su voluntad para luchar por ellas. Aunque a veces sea un coñazo de tío.

Se hace un silencio por unos segundos. Camino está interiorizando la información sobre el nuevo mundo en el que le toca sumergirse.

—Pues mira, ¿sabes lo que te digo? Que por culpa de una de esas campañas de las que te jactas, Gabriel Parra no solo se fue al paro, sino que acabó asesinado.

—Por culpa de lo que hacía.

Camino la mira preocupada.

—¿No estaría organizada por la asociación de tu novio, no?

—No, lo he comprobado. Esa campaña fue de Esperanza Animal.

La inspectora deja escapar un suspiro de alivio. Aun así, sigue indignada:

—Pero sacaron a la luz los sufrimientos que padecían esos animales y su cara salió en todas partes. Básicamente le señalaron como el causante de todo. No lo merecía.

—No, es verdad. Y tampoco los patos.

Camino está a punto de desesperarse. Le parece que por más que pudiera intentarlo, nunca comprendería esa forma de pensar. Solo hay una vía para averiguarlo: enfrentarse al extremo.

—Oye, Gallego.

—¿Sí?

—Que me interesa el punto de vista de tu mindundi. Igual podíamos tener una charla con él.

—¿Con Ramón?

—Pues sí. Yo no sé de animalismo ni de vegetarianismo ni nada que tenga que ver con esas luchas vuestras. Por ejemplo, tú, ¿qué pasa, que no te gusta la carne?

—Me priva.

—¿Ves? Ahora sí que no entiendo nada.

—No la como porque la mayoría procede de granjas de explotación intensiva. De animales que han sufrido una vida miserable solo para que nosotros podamos pagar una cantidad ridícula por un filete o unas alitas.

—Ya. ¿Y qué vas a cambiar?

—Si todos hiciéramos lo mismo, ese sistema no se mantendría.

—Pero las alitas de pollo están que te cagas.

—¿De verdad quieres que te cuente lo que hacen con los pollos antes de llegar a tu paladar?

—De verdad que no. Oye, ¿y tú crees que el asesino piensa así?

—¿Así cómo?

—Pues que se merecen lo que les ha hecho porque ellos lo hicieron primero.

Evita se queda en silencio, parece estar pensando muy bien la respuesta. Pero no llega a darla, porque suena el móvil de Camino.

—Contesta tú, anda.

—¿Yo?

—Puedo cogerlo yo, pero cometería otra infracción. De seis puntos.

Evita toma el teléfono renegando, pero entonces ve que es el subinspector cañón y se le dibuja una sonrisa tonta en los labios.

—¿Hola?

—¿Estoy llamando a la inspectora Vargas?

—Sí, soy Evita. Es que ella está conduciendo.

—Ah, Evita. Vale. He averiguado algo —Fito no suena muy cómodo con la idea de contárselo a la nueva.

—Dice que ha averiguado algo —transmite Evita.

—Pues que lo suelte ya.

—Dice que lo sueltes ya.

Fito refunfuña por lo bajo. No hay duda de que esas son las formas de la jefa.

—He estado con la mujer de Gerardo Zamora. Era propietario de un restaurante gallego.

Evita vuelve a trasladar la información.

—Eso ya lo sabíamos —dice Camino con tono cansado.

—Pero no que era gallego. O al menos, no habíamos reparado en ello —puntualiza Fito del otro lado.

—¿Y qué tiene eso que ver? —ahora es Evita quien pregunta.

—Era muy famoso por sus platos. Y por sus formas de elaboración. Voy a enviaros el enlace de un vídeo que me ha mostrado su mujer. Miradlo bien, a ver a qué os recuerda.

Fito corta la llamada.

—¿Qué dice?

—Que ahora envía un vídeo.

—¿Sobre qué?

—No sé. Del tipo cocinando o algo así.

Camino lanza un juramento. Con tanta distracción se ha olvidado de pillar el atajo y ahora están en mitad de un embotellamiento.

—¿Qué pasa, lo envía o qué?

—Se está cargando. Tiene cuarenta y nueve mil visualizaciones.

—Eso es mucho, ¿no?

—Yo creo que sí.

Camino tamborilea con las yemas de los dedos en el volante. Se mira las manos. Ya no le quedan uñas que morder. Echa una ojeada al móvil que sigue sujetando Evita, pero nada. Al fin, el vehículo delantero avanza y el tráfico se pone en marcha.

—Ya está —casi al mismo tiempo oye la voz emocionada de Evita, que reproduce el vídeo mientras a Camino la devora la impaciencia. La mira de reojo y ve cómo su rostro se va tornando de una palidez inquietante. Intenta asomarse, pero no llega a ver la pantalla. Un bocinazo la advierte de que casi se sale del carril—. ¡Joder! Dime qué ves, Gallego.

Pero Evita se ha quedado sin palabras. En la pantalla, Gerardo Zamora muestra a los espectadores la forma de proceder para conseguir el pulpo *a feira* tierno, tal y como manda la tradición de las *pulpeiras*. La escena es dantesca: agarra a un pulpo gigante y lo lanza contra el suelo con todas sus fuerzas, una y otra vez. Evita se contrae con cada golpe, que resuena de una forma espantosa. Cuando el hombre se cansa de agacharse y recoger al animal, lo sube a la encimera, coge un rodillo de amasar y le arrea sin descanso al tiempo que sostiene con voz jadeante que la congelación jamás logrará los mismos resultados. Hace rato que el octópodo ha dejado de revolverse, pero él continúa pegando en cada milímetro de su cuerpo. Cuando al fin da la tunda por concluida, mira a cámara resollando, esboza una sonrisa de oreja a oreja y dice «listo para meterlo en la olla».

—No sé cómo no me di cuenta antes— empieza a recordar Evita.

—¿Qué?

—Yo fui una vez a ese restaurante, pedí potaje de grelos. Pero la mayoría va por otra cosa.

—¿Por qué va?

—Por el pulpo *a feira* elaborado de la forma tradicional. Lo han matado a porrazos, como hacía él para preparar su receta.

Camino ha estacionado en doble fila y ahora mira horrorizada el vídeo junto a ella. Le sale una voz temblorosa:

—El hombre pulpo.

Debajo del vídeo, cientos de comentarios de seguidores se mezclan con los de indignados anónimos que dejan muy patente lo que harían con él si le tuvieran a tiro. No hay duda: Gerardo Zamora se había hecho con toda una legión de *haters*.

39.

El matadero no es como Camino lo había imaginado.

Detiene el coche en el aparcamiento de una enorme nave industrial. Está pintada de blanco y azul y tiene una puerta central acristalada y grandes ventanales protegidos por cortinas que no dejan ver el otro lado. Un rótulo en la parte superior del edificio indica su nombre en flamantes letras de un verde eléctrico.

—Si no fuera por el letrero, diría que nos hemos equivocado de sitio.

—Es la nueva moda. Antes los pintaban de rojo, más a tono con la sangre que vierten —el tono de Evita desprende cinismo a raudales—. Cuanto más disimulan, más horror hay dentro.

—Y tanto que disimulan. No hay ni rastro de animales.

—Los camiones los descargan por la parte de atrás. Es la sucia y verdadera.

Camino se la queda mirando hasta que Evita se da cuenta de que ha hablado de más.

—Tú ya has estado aquí —la joven se hace la tonta. Agarra su móvil y juguetea con él—. Eh, contesta.

—Creía que no era una pregunta —dice intentando sonar graciosa. Pero la jefa sigue clavándole esa mirada suya ante la que no queda otra que claudicar—. Vine con Ramón y sus colegas a una vigilia.

—¿A una vigilia?

—De cerdos. La asociación ha organizado varias.

—Eso me lo tienes que explicar mejor.

—Esperamos de madrugada a que venga el camión y documentamos el estado en el que llegan. Fotos, vídeos que luego hacemos virales para que la gente sepa lo que hay detrás de la bandeja de chuletas que compra en el súper. Vienen deshidratados. Llevamos botellas y les damos agua a través de las rejillas de la plataforma del camión. Pero, sobre todo, se trata de acompañarlos en los últimos momentos, antes de que los asesinen. Para que no se sientan tan solos.

—Estáis locos —Camino no quiere oír más. Reniega mientras se dirige a la entrada de la nave.

—¡Los locos sois los que permitís esto comiendo animales muertos! —la sigue Evita, correteando para darle alcance.

* * *

Nada más cruzar la puerta, un fulano con la corpulencia de un toro les sale al paso. Tiene la espalda encorvada y un rostro inexpresivo de facciones duras. Lleva el pelo recogido en una coleta.

—Disculpen, esto es un recinto privado. No pueden estar aquí.

—¿Quién manda en el matadero?

—Doña Rosa, claro —el tipo balbucea, inseguro ante la determinación de esa rubia fuertota.

—Doña Rosa ¿qué más?

—Rosa Sierra, la propietaria.

—¿Podemos verla?

—¿Tienen una cita?

—Sí —dice Camino sacando la placa y poniéndosela delante de la cara.

—Ya veo —el hombre achina los ojos, tenía que haberlo imaginado—. Esperen.

Se refugia tras un mostrador y llama por teléfono. Ven cómo se tapa la boca con la mano en un burdo intento de que no oigan lo que traslada al otro lado de la línea. Cuando regresa, trae con él la sonrisa más falsa del mundo.

—Doña Rosa les atenderá en breve.

—¿Ves? No era tan difícil —susurra Camino a Evita, que mira para otro lado como si la cosa no fuera con ella.

El vigilante repara en la joven por primera vez y escruta su rostro con el ceño fruncido.

—Oye, te conozco de algo, ¿no?

—¿A mí? No, qué va. Para nada —contesta moviendo la cabeza a un lado y a otro con mucho énfasis.

Camino alza la vista al techo. Si quiere que esa policía le sirva de algo, va a tener que enseñarla a mentir. El tipo sigue observándola, receloso, pero le suena el teléfono y se apresura a contestar.

—Ya pueden pasar. Síganme.

Las dos van tras él a través de un pasillo de paredes blancas en el que lucen cuadros con fotografías de la dehesa, del monte, de paisajes bucólicos y granjas de las de antaño. Se ven cerdos rosados y vaquitas blancas con manchas negras pastando felices en campos de un verde deslumbrante. Les falta sonreír. Camino aprovecha el trayecto para pegarle un codazo a su subalterna.

—Así que una vigilia.

—Vale, unas cuantas.

—Locos. Estáis locos.

El hombre toca con los nudillos una puerta.

—Que pasen, Rodolfo —suena de fondo una voz melódica y amable.

Les recibe una señora de unos cincuenta años sentada en un sillón de cuero ergonómico tras una enorme mesa ovalada. Tiene el pelo recogido en un moño alto y una espesa capa de maquillaje le cubre el rostro en la tentativa absurda de disimular las marcas de vida que una debería lucir con orgullo. Lleva colorete anaranjado y los labios pintados de un rojo de larga duración. Los párpados demasiado ahumados y las pestañas con un cargamento de rímel encima rematan la imagen de la mujer poderosa que quiere lucir siempre perfecta. Se pone en pie y se atusa el traje de chaqueta y falda que se amolda a su cuerpo con la facilidad única y pasmosa de la ropa hecha a medida. Después taconeando con decisión hasta recorrer los metros que la separan de ellas y les ofrece una mano firme.

—Rodolfo me ha dicho que son de la policía.

—Inspectora Vargas y mi compañera Gallego. Grupo de Homicidios.

Doña Rosa parece sorprendida, pero mantiene el tipo. Tan solo se permite enarcar ligeramente las cejas.

—Por favor, tomen asiento. Y díganme en qué puedo ayudarles.

—Usted es la propietaria del matadero, ¿verdad?

Ella regresa a su sillón ergonómico y se acomoda, dispuesta a tomárselo con calma.

—Sí. Heredé el negocio de mi padre, Ambrosio Sierra, que lo levantó de la nada cuando yo era una cría. Me recuerdo viniendo aquí y correteando entre los animales, para su desesperación, porque temía que alguno me atacara en el camino hacia el sacrificio.

—¿Es hija única?

—Tengo dos hermanos, pero a ninguno le interesó el sector. Ni de pequeños ni cuando crecieron. Uno opositó para profesor de secundaria y otro para economista en la administración central. Aburridísimos los dos. A mí, en cambio, me fascinaba. Así que al cumplir la mayoría de edad comencé a ayudar a mi padre, y cuando se jubiló asumí el mando.

—Y dio continuidad al negocio familiar.

—Eso es. Las normas sanitarias de Bruselas no nos lo han puesto fácil a los mataderos privados. Muchos han sido clausurados por incumplimiento de una legislación cada vez más estricta, y ha habido que invertir dinero en abundancia. Esto comenzó a convertirse en un negocio ruinoso. Mi padre estuvo a punto de darse por vencido, pero yo le animé a seguir.

—¿Por qué?

—Tenía claro lo que había que hacer —dice con un aire petulante que no se esfuerza por ocultar—. Había que ampliar el negocio, adentrarse en la industria transformadora. Despique y envasado. Y crecer. Crecer mucho, convertirnos en un espacio de referencia donde cada día se sacrificaran muchos animales. La única forma de sobrevivir en cualquier sector es comerse al empresario pequeño. O te lo comes tú o te comen a ti.

—Y lo consiguieron.

—Sí. Tres millones de kilogramos sacrificados al año, unos veinte mil animales —presume.

Camino mira de reojo a Evita. Ella también mantiene el tipo, aunque tiene un rictus amargo y clava unos ojos centelleantes en la empresaria.

—Escuche, estamos investigando un caso y... tenemos indicios para pensar que la víctima estaba relacionada con un matadero.

—Se refieren al hombre que apareció en la plaza de la Alfalfa, ¿verdad?

La expresión de Camino se vuelve desconfiada.

—¿Por qué piensa eso?

—No, por nada. Cuando lo describieron en las noticias, me dije a mí misma: mira, le han matado como a un animal.

—¿Eso se dijo?

—Era obvio, ¿no? En fin, al menos para mí. Veo cientos cada semana.

—Ya —Camino está furiosa consigo misma. Parece que es la única que no fue capaz de entenderlo. En su mundo ella ve cadáveres de humanos, no de animales. Pero eso lo va a solucionar ahora mismo—. Doña Rosa —dice en un tono muy suave, casi dulce. O al menos, todo lo dulce de que ella es capaz—. ¿Usted nos mostraría las instalaciones? Estoy interesada en conocer mejor cómo funciona su negocio.

—Les advierto que hay personas muy sensibles a las que esto les impone —se calla y las mira como si hubiera dicho una tontería—. Pero ustedes son gente curtida, de Homicidios nada menos, así que eso no será un problema. Estaré encantada de acercarles nuestro trabajo. Acompañenme.

Las tres mujeres salen del despacho y desandan el camino. En la entrada, Rodolfo está concentrado en la lectura de un libro. Se sobresalta cuando las ve aproximarse, lo cierra apresuradamente y se pone firme.

—Doña Rosa.

—Voy a enseñarles esto. Llama a Félix para que nos acompañe.

El vigilante obedece mientras ellas continúan avanzando. Cruzan una nueva puerta y una oleada de frío las sacude.

Félix no tarda en aparecer. Es un hombre de unos sesenta años que conserva una buena complexión. Alto y nervudo, lleva una barba y un bigote ya canosos y va vestido como un enfermero, o como un cocinero. Camisa blanca, pantalón blanco y un gorro también blanco cubriéndole el cabello.

—¿Preparadas para el pase privado? —dice por todo saludo, alcanzándoles unos gorritos verdes desechables, unos patucos y una especie de bata.

—¿Hay que ponerse todo esto? —rezonga Camino.

—Es por las normas sanitarias. Se lo he dicho, hacen que esto se parezca más a un quirófano que a un matadero —explica Rosa mientras ella misma se los coloca.

Una vez vestidas para la ocasión, caminan guiadas por Félix.

—Iremos recorriendo las salas hacia atrás, desde el acabado hasta el lugar en que recibimos la mercancía. Hoy estamos sacrificando bovino. Pero ya lo verán con sus propios ojos, es un proceso impresionante y... no quiero destriparles nada —dice guiñando un ojo, en un espantoso juego de palabras.

Doña Rosa lo mira abochornada y Camino le dirige su tono más severo:

—Seamos serios, por favor.

El hombre se queda algo cohibido. Luego se rehace y sigue con su *speech*.

—Como decía, empezaremos por el final. La sala de envasado —anuncia atravesando una puerta que se abre lateralmente.

Están en una cámara frigorífica. Camino se lleva las manos a ambos brazos frotándolos arriba y abajo para tratar de infundirse algo de calor. La temperatura ha bajado aquí otros cuantos grados y la bata de tela transparente no ayuda mucho. En unos minutos han pasado de estar en Mercurio a Neptuno. Los operarios, en apariencia inmunes al frío, se afanan en meter en bandejas los fragmentos de carne ya despedazada y con la forma reconocible para cualquier consumidor. Hay chuletas, embutidos, filetes de solomillo, carne picada y todo género de productos en el estado en que, poco después, podrán adquirirse en la tienda por unos cuantos euros.

—Esto irá a la cámara pulmón, totalmente robotizada y con capacidad para más de cuatro mil bandejas. Saldrán para conformarse en palés y cargarse a sus destinos. Pero veamos cómo hemos llegado hasta aquí. Entramos en la sala de despiece.

Cambian de estancia. Varios trabajadores descuartizan cuerpos con golpes secos y rápidos. A lo largo de toda la sala pueden contemplarse filas enteras de cadáveres colgando del techo, muy similares a los de la foto que vieron horas antes: despellejados y destripados. Félix y Doña Rosa pasan con soltura entre los cuerpos, mientras Camino y Evita tratan de sortearlos a disgusto.

En la siguiente estación, los cuerpos de los terneros llegan a un ritmo frenético. Un operario les va cortando las extremidades. Camino se impresiona al recordar a la víctima hallada en la plaza de la Alfalfa.

—Es el separador de patas —cuenta Félix—. Y ahí, un poco más adelante, el desollador.

Ven a un hombre rebanando la piel de las reses con gesto mecánico, cuestión de segundos. Es increíble la destreza que se gasta. Otra. Otra. Otra.

Camino mira a Evita para ver cómo lo lleva y la pilló sacando su móvil con disimulo.

—Ni lo sueñes. No vas a filmar lo que veamos. Estás trabajando, no en tus actividades extraescolares.

—Podría demostrar muchas cosas.

—Podrías meterme en problemas, atontada. Lo que hagas tú me da igual. Pero de servicio, no.

Evita se vuelve a guardar el móvil con un mohín de decepción.

Siguen hacia dentro. Otra puerta. El frío ha ido remitiendo con cada nueva estancia y aquí se encuentran de vuelta a un calor pegajoso que no hace más que acentuar los olores que impregnan la sala. Por encima de todos ellos, uno dominante: el de la sangre. Hay sangre a raudales, charcos enteros que tratan de no pisar.

—Sala de matanza.

Los animales se tratan como si fueran las piezas de una cadena de montaje. Son terneros que cuelgan de una pata. Algunos parecen muertos, otros se revuelven asustados. Cuando les llega el turno, el matarife que hay al comienzo de la fila les secciona la cabeza con una indiferencia apabullante. Va vestido como Félix, como todos los que andan por allí, pero en su camisa las salpicaduras de sangre son tantas que casi no se ve el blanco original. Lleva una cuerda atada a la cintura, y de esta cuelga una funda donde hay varios cuchillos de dimensiones enormes. Está concentrado en su tarea, en la parte de la cadena que le corresponde, como si ajustara tornillos o envolviera paquetes. Impera el silencio, tan solo roto por el ruido de las máquinas al moverse.

Camino se fija en los ojos horrorizados de un ternero que se mueve con desesperación frenética y, sin quererlo, le sale una voz crispada.

—¿Les cortan la cabeza vivos?

—Primero usamos la pistola de aturdimiento para evitar el dolor. Se desvanecen y no se enteran de nada. Una norma europea más.

Sin embargo, no es lo que Camino ve. Busca la mirada del ternero que luchaba por su vida. Está colgado boca abajo por una de las patas traseras, esperando su turno en la cinta que arranca cada pocos segundos para dar paso al siguiente. Tiene la garganta cortada, su sangre cae sin tregua y a pesar de ello se zarandea con una fuerza inimaginable. No muge, pero la mirada de terror que le devuelve expresa todo lo que podría decirse en un momento como este. Camino cierra los párpados en un intento vano de borrar la imagen de su cerebro. No sabe que esos ojos suplicándole ayuda la van a perseguir mucho más tiempo del que acierta a imaginar.

El degollador acaba de separar otra cabeza del cuerpo y la arroja hacia el lado contrario, donde, en un cajón, se exhiben las de una decena más. Los ojos han quedado abiertos, con la misma expresión petrificada de terror que ha visto en el que ahora avanza en la cadena y queda situado frente al matarife, que empuña el cuchillo con decisión y comienza a rebanarle la cabeza. Ahora Camino no puede dejar de mirar. Es algo hipnótico, que remueve en lo más profundo y provoca ganas de gritar ante ese horror transformado en algo frío y fabril. El ternero ya ha dejado de moverse. El hombre sierra todavía unos centímetros hasta que desmiembra la cabeza y la tira con la misma indolencia que la anterior, con la misma que todas las anteriores, que todas las que quedan por pasar hasta que el cargamento llegue a su fin y con él su jornada laboral.

Entre tanto, un trabajador se ha acercado empujando un carro lleno de vísceras y despojos. Recoge una a una las cabezas y se las lleva. Camino sigue con la vista la del ternero que le pidió

ayuda, ve cómo el operario la agarra por una oreja acrotalada y la echa al fondo del carro, cómo se embadurna aún más de sangre, de la sangre caliente de las vísceras de otros compañeros que han corrido la misma suerte, y aun así sigue mirando, dispuesta a no perderle la pista, hasta que nuevos despojos caen sobre ella y el hombre, con el carro ya atestado, se la lleva a algún lugar donde se le extraiga un beneficio a cada una de sus partes: la carrillera, la lengua, el morro y también todo lo que no valga para alimentación humana, que se utilizará en snacks para los perros o grasa para cosméticos. En la industria cárnica nada se desperdicia.

A la inspectora hace rato que se le han revuelto las tripas, quiere gritar que paren esa puñetera máquina ahora mismo y las liberen de esa condena, pero se impone a sí misma una buena dosis de autocontrol. Además, por nada del mundo le daría ese gusto a la nueva.

—Las estancias están divididas para que los animales no sepan lo que pasa del otro lado y así no se pongan nerviosos. Si no, darían todavía más guerra —prosigue Félix, ajeno a los derroteros mentales de Camino, al tiempo que les invita a pasar a la siguiente—: Sala de aturdimiento.

Más calor, olores diferentes pero igual de desagradables. También sangre, aunque aquí predomina el hedor a orín, a excrementos, a sudor animal. Pero lo peor es el bullicio. Los mugidos de los terneros en los pasillos de llegada retumban por toda la sala, se entremezclan con el ruido estridente de la maquinaria. Se niegan a avanzar. Un hombre les grita y les golpea para que anden, y obedecen a trompicones, mientras ruegan con la mirada: «no, no, no». A nadie le importa, a ese trabajador que tiene que cumplir con su función menos que a ninguno. Cuanto más se resisten, más fuerte les sacude. El tramo aquí acaba en el operario que les apunta con una pistola neumática en la cabeza, entre ojo y ojo. Dispara y el animal es noqueado al instante, su cuerpo desmadejado choca contra el suelo. Ahora es cuando se abre la puerta y cae sobre una cinta transportadora. Un trabajador lo iza de una pata, mientras otro le raja la garganta y su sangre brota a chorros antes de pasar a la siguiente fase, como en una cadena fordiana, el engranaje de la muerte.

—Les seccionan la arteria carótida y la yugular para que se desangren en cuestión de minutos. Esto es importante porque la sangre que quede en la carne podría fomentar el crecimiento de bacterias.

—Y para no prolongar el sufrimiento, supongo, ¿no?

A Camino se le cuele una ironía rabiosa en cada palabra.

—Oh, no se preocupe por eso. La pistola les mantiene dormidos el tiempo suficiente para acabar —doña Rosa insiste en lo mismo, haciendo un ademán con el que le resta importancia.

Ella la mira intentando descifrar si le toma el pelo o si lo ha repetido tantas veces que se niega a ver lo que tiene delante de sus narices. Lo acaban de presenciar, esos ojos, esa furia desesperada moviendo el cuello a un lado y a otro, coceando en pleno ataque de histeria, tratando de escapar de una muerte segura.

—Por eso no gritan —cae en la cuenta Camino.

—¿Cómo?

—En la otra sala, el silencio. Con la garganta cercenada no pueden emitir ruidos.

—No mugen porque se han desvanecido gracias a la pistola. ¿No ha oído a doña Rosa? —dice Félix con gesto de hastío.

Camino se muerde la lengua. La verdad es que sí que la ha oído. De hecho, ya ha oído y visto demasiado. Se dirige a ambos:

—Gracias por la visita. ¿Podríamos hablar en un lugar tranquilo?

—Falta la llegada en los camiones, la primera fase. Están descargando los últimos terneros.

—Nos lo podemos saltar.

Félix mira a doña Rosa, que lo refrenda con su anuencia.

—Ustedes se lo pierden.

Las guía hasta una nueva sala. Aquí hay una temperatura enlatada de nuevo, pero ya no hace frío. Veintidós grados, agradable, perfecta. El olor ha sido neutralizado. Alguien se acerca para recoger las ropas desechables de las tres, y poco después una joven vestida con elegancia comienza a servir varios platos: jamón de un rojo intenso vetado de blanco, *carpaccio* cortado en finísimas lonchas, salchichón ibérico.

—Un detallito de la casa —dice Rosa.

La inspectora mira a Evita, que tiene mal aspecto y no ha vuelto a abrir la boca. Decide contestar por las dos:

—Gracias, no tenemos apetito.

—Pero qué dice. Todo esto es de primera calidad, no vayan a hacernos ese feo.

Camino contempla los platos. En su interior se libra una batalla entre los borborigmos que claman por alimento y la repugnancia ante todo lo que acaba de contemplar. Tras las paredes de esa habitación acogedora aún suenan los ecos de los animales bramando para escapar del infierno.

—No, gracias. No comemos en acto de servicio.

—Como quieran —replica Rosa molesta mientras ella misma se mete a la boca una rodaja de salchichón.

La inspectora la observa con una mueca de desagrado. Tiene unas ganas tremendas de acabar y salir de allí, así que no se anda con más rodeos.

—Estamos buscando a alguien que trabajó en un matadero. El suyo es el que más operarios emplea. ¿Alguno de los trabajadores ha dejado de venir sin previo aviso?

—Demasiados —responde Félix mientras doña Rosa engulle una nueva loncha, esta vez de jamón—. En este sector hay muchísima rotación. Es un trabajo de hombres, y no de cualquier hombre. Ya lo han visto: hace falta fuerza y sangre fría.

—¿Hay quien no lo soporta?

—Muchos. Vienen dos semanas o dos años, y un buen día no aparecen más.

Camino se vuelve hacia doña Rosa.

—Necesitaré el listado. De todos los que han trabajado aquí.

—¿En lo que va de año? —dice con la boca llena, mostrando la carne rojiblanca a medio masticar.

—Desde que empezaron.

—Eso es imposible, no sé ni dónde están los registros.

—Pues búsquelos.

40.

Águedo ya se ha hartado de leer.

Suelta la voluminosa carpeta marrón encima de la mesa y se levanta. Miguel estaba en lo cierto. La transcripción de los testimonios deja claro el maltrato al que tenía sometida ese tal Vicente a su víctima. La madre no fue la única en ver las consecuencias de los golpes. Su hermano y también varias amigas lo atestiguan. En una ocasión, Sara fue con cuello alto durante dos semanas. En Sevilla. Otra vez, una prima no aguantó más y la acorraló. Tenía las dos rodillas amoratadas. Ella dijo que se había caído, pero con su historial no se lo creyó ni por un momento. Si te dan el hostiazo en pleno ojo es más difícil de argumentar que te has pegado tú solita. Pero las rodillas es otra historia, te has caído y ya está. Mientras tanto, la ropa te cubre el pecho, la espalda, los brazos, quién sabe qué tormentos puede esconder una blusa. Águedo creía que la sociedad se había pasado al otro extremo, que ahora los desprotegidos eran los hombres porque bastaba una denuncia falsa para joderlos, y que ya nadie se atrevía ni a piar. Seguro que hay mujeres que se aprovechan para vengarse de sus parejas. Siempre hay mala gente, bien lo sabe alguien que lleva muchos años trabajando contra el crimen. Pero él ha leído el expediente completo, todo lo que ha ido documentando el equipo de Miguel a lo largo de estas últimas semanas. Y lo único que no entiende es por qué una mujer puede proteger a la persona que la maltrata de esa forma. Dónde queda, no ya su orgullo o el respeto por sí misma, sino la protección de su propia integridad.

Le dan ganas de pegarle una buena paliza a ese Vicente Frías. Para que se las vea con un igual. Pero no, lo que va a hacer es cazarle. Y averiguar qué ha pasado con Sara Guerrero. Dónde está, cómo está. Qué le ha hecho ese desgraciado. Busca la dirección de su negocio y la introduce en la aplicación de mapas del teléfono. Se va a ir a hacerle una visita ahora mismo.

41.

Doña Rosa ha regresado a su despacho.

Se encierra en el baño privado y se introduce los dedos índice y corazón hasta el fondo de la garganta. Tras un par de arcadas, la pasta roja sale propulsada hacia el fondo del váter. Hace mucho que no come carne, pero no estaba por la labor de mostrárselo a ese par de idiotas. Se enjuaga la boca bebiendo del grifo y limpia con un trocito de papel los cercos negros que un par de lágrimas, fruto del esfuerzo, han propiciado al contacto con el rímel. Después busca el pintalabios en el bolso para retocarse. Aprueba la imagen que le devuelve el espejo y regresa a su sillón.

Teclea un número de teléfono dígito a dígito. No está en ninguna agenda, porque lo tiene grabado en su memoria desde hace décadas.

—¿Padre?

—Hola, hija.

—¿Cómo estás?

—Bien, vengo del paseo. ¿Algún problema?

Tantos años después y su padre sigue pensando que si le llama es porque hay problemas. No confía del todo en ella, a pesar de que el negocio nunca llegó con él a lo que es hoy en día. A pesar de que los grandes logros son todos fruto de su entrega en cuerpo y alma al trabajo. Pero él nunca lo verá.

—Ninguno —miente—. Los beneficios han vuelto a aumentar en el último trimestre.

—Me alegro. Pero no te descuides, que esto viene y va.

—No, padre. ¿Sigues con tu buena memoria?

—Ponme a prueba y verás.

—¿Recuerdas a aquel hombre al que echaste?

—He echado a muchos, hija.

—El que la liaba todo el tiempo. Por el que se agruparon los empleados para quejarse.

—Ah, ese salvaje. Federico Fuentes.

—¿Qué fue de él?

—Le contrataron en otro matadero al poco tiempo.

—¿En cuál?

Su padre cavila durante unos segundos hasta que el nombre llega con claridad a su mente. Sabía que se acordaría. Él nunca olvida un solo dato. Y el día que lo haga, es que estará chocheando. Ese día se pega un tiro.

—En el de los Hermanos Chaparro. ¿Por qué?

—Simple curiosidad. Te tengo que dejar, hay mucho trabajo. Un beso.

Ambrosio escucha el tono intermitente del fin de llamada y se cubre el rostro con las manos. El recuerdo de Federico Fuentes no puede augurar nada bueno.

42.

De vuelta al coche no han dicho una sola palabra.

Sin necesidad de hablar, se ha creado una especie de conexión entre ambas. Camino sabe que ya no ridiculizará más a Evita con este tema. Evita también lo sabe, y no va a hacer leña del árbol caído.

—¿Qué hora es? —pregunta la inspectora al tiempo que arranca el motor del vehículo.

—Las cuatro menos cuarto.

—Se ha pasado la hora de comer.

—Sí —susurra Evita, que intuye lo que le ocurre a Camino. Las primeras veces a ella también se le quedaba el estómago del revés—. Pero si quieres puedo llevarte a un restaurante vegano que abre todo el día. Preparan unos bocatas de hummus de remolacha para chuparse los dedos.

—Déjalo. Se me acaba de quitar la poca hambre que tenía.

Evita se encoge de hombros disimulando una sonrisa. Empieza a entender que su jefa es un poco fanfarrona, y también que le cuesta mucho reconocerlo cuando se equivoca. No importa: ella puede jugar a ese juego. Cuando quiere, se hace muy bien la tonta.

—Lo que podemos hacer es ir a ver al mindundi.

—¿A quién?

—A tu novio el abogado.

—Se llama Ramón.

—Ya, y tú te llamas Evita, ¿no? Pues a mí me gusta más mindundi. Evita y Mindundi, la pareja del año.

—Al menos a mí ya me llamas por mi nombre.

—Déjame tu DNI.

—¿Qué?

—El DNI, déjamelo. No creo que sea eso lo que ponga. Pondrá Eva, que es como te tendrías que hacer llamar. Jamás te tomarán en serio con ese diminutivo. Ya cuesta bastante que te tengan en cuenta siendo mujer.

—Pues mira Evita Perón. Le han hecho cientos de homenajes, con diminutivo y todo.

—Y también secuestraron y profanaron su cadáver.

—Ya.

—De todas formas, para mí sigues siendo Gallego.

—Empiezo a acostumbrarme.

Evita sonrío y, a su pesar, Camino se contagia de esa sonrisa franca. Luego endurece el gesto, como si se hubiera permitido un pecado intolerable.

—Nosotras teníamos algo que hacer, ¿no? Capturar asesinos en serie y cosas así.

—Sí —contesta Evita. Va calando el caparazón de la jefa, y eso le encanta.

—Dame la dirección de la oficina donde trabaja tu novio, anda.

—A esta hora ya no lo encontrarás allí.

—¿Y dónde está? ¿En casa? Así nos pone un café, falta me hace.

—En el santuario —dice muy bajito, casi no se la oye.

—Bueno, bueno. Hoy es el día de los descubrimientos. ¿Qué tipo de religión profesa?

—Es un refugio para animales sin hogar —explica con cierto fastidio—. Los miembros de la asociación tienen un cuadrante de voluntarios y van a alimentarlos y a hacerles compañía. Ramón pasa un par de tardes a la semana.

—Madre del amor hermoso, eso lo tengo que ver. Mete la dirección en el GPS.

—Mejor conduzco yo.

—¿Tú? Que te crees que te voy a dejar el coche al primer día.

—Está a media hora en mitad del campo. Hay que ir por una pista de tierra.

—Puf.

La inspectora se baja del coche y se intercambia con Evita sin más debate. La nueva parece saber muy bien a dónde va. Tras salir de Sevilla, toma dirección sur y se encamina hacia la cercana población de Coria del Río. Camino cierra los párpados y la deja hacer. Al menos no es parlanchina, y eso es algo que la inspectora agradece. Está dando las primeras cabezadas cuando siente que giran hacia la izquierda. Se frota los ojos y comprueba que se encuentran en un descampado que atraviesan para adentrarse en un camino vecinal. Dejan a un lado una ristra de chalés y penetran en una zona cada vez más boscosa. Los árboles a duras penas ceden espacio al camino, que se hace más desnivelado y polvoriento. Evita va concentrada esquivando los socavones del terreno.

—¿Se puede saber dónde me llevas, Gallego? Si no fueras tan poquita cosa diría que quieres secuestrarme.

—Ya estamos llegando.

Para desesperación de Camino, todavía continúan durante varios minutos más. Se encuentran en las inmediaciones del Parque Nacional de Doñana, y el paraje ha abandonado las casas cada vez más espaciadas y los campos agostados. El cielo se ve raso a excepción de alguna nube de formas caprichosas. Es de un azul profundo que refresca con solo mirarlo, e incluso la temperatura ha bajado un par de grados. El aire parece más puro y las distintas tonalidades de verde que pintan la

flora de aquel lugar lo dotan todo de un toque bucólico. Ascienden y descenden por un nuevo camino que serpentea entre pinares. La vegetación es tan frondosa que se cierne sobre el vehículo, rozándolo en ocasiones. Parece increíble que ese vergel esté a unos cuantos kilómetros de Sevilla.

Al girar en una curva avistan una construcción. Es una casita de campo modesta, sin pretensiones. Está pintada de amarillo ocre y tiene un par de ventanas enrejadas. La pintura se ve descascarillada en algunos sitios. En el tejado hay placas solares instaladas. Tiene dos naves anexas, y los tres edificios se encuentran cercados por una alambrada de un metro de altura que no cumple otra función que disuadir de la entrada y salida a los animales que pululan por allí. Ve perros, gatos, una vaca, varias ovejas, alguna que otra cabra y un conejo brincando. Aquello es un caos absoluto en el que, sin embargo, reina una armonía interna. Hay un par de coches aparcados en las afueras de la valla. Evita estaciona y sale pegando zancadas saltarinas. Del otro lado, un chivo corretea en su dirección.

—¡Pedrito! ¡Hola, Pedrito! ¿Cómo estás? —pregunta feliz mientras el chivo de pelaje castaño y grandes ojos color miel se dedica a chuperretarle la mano.

La inspectora baja del coche sin decir palabra. Si en el caso Progenie se vio obligada a meterse en un mundo que desconocía, aquí siente que se ha ido a otra galaxia. Una pastora alemana comienza a rondarle meneando la cola. Cojea de una pata, pero eso no le impide llegar hasta ella para tratar de frotarse contra su pierna. Camino se aparta como si le fuera a contagiar algo.

—Le has caído bien.

La que habla es una mujer de pelo cano entrelazado en dos trenzas que le llegan hasta la cintura. Tiene todo el cuerpo decorado con tatuajes, va descalza y llama la atención su escualidez, que cubre en parte con una camiseta suelta de tirantes y un pantalón corto. Aun así, parece un bosquejo de ella misma. En los lóbulos de las orejas lleva unas argollas que se los expanden hasta recolgarle como a una masái.

—Pues a mí no me gustan los animales. Y los perros, los que menos.

El tono de Camino suena determinante, y la mujer la mira como si hubiera dicho una barbaridad inconcebible.

—Entonces no te gustas a ti misma.

—¿Cómo dice?

—Tú eres un animal, como yo y como todos los que estamos aquí. Un animal humano, pero animal al fin y al cabo.

—Ya estamos con esa tontería.

La mujer se gira y busca con la mirada a Evita, que sigue jugando con el chivo.

—¿Por qué has traído a una especista a nuestro refugio?

—Es mi jefa, Maya. Quiere hablar con Ramón.

—¿Es policía?

—Inspectora —precisa Camino, sacando galones.

No se le escapa que Maya se ha puesto muy nerviosa. Va a alejarse, pero Camino la intercepta y ella se ve forzada a levantar la cabeza y mirarla a los ojos. La inspectora mantiene la mirada unos segundos, para calibrar el miedo de esa mujer.

—¿Qué es una especista?

Maya se tranquiliza con la pregunta. No le está pidiendo documentación, no la está deteniendo, solo quiere saber. Respira hondo.

—Alguien que cree que la especie humana está por encima del resto de las especies animales.

—¿Y no es así?

—¿Por qué debería?

—Está claro, ¿no? Somos más inteligentes.

—Un cerdo es más inteligente que un perro. Está demostrado por la ciencia. ¿Por qué entonces no le damos el mismo trato?

—Por mí, como si ponen perro con patatas en el burger.

Maya no se escandaliza como ella pretendía, sino que sigue con su prédica.

—De hecho, un cerdo es más inteligente que, por ejemplo, una persona con algunos tipos de discapacidad psíquica. ¿Debería estar por encima?

—¡Claro que no!

Camino chasquea la lengua contrariada. Al final es la otra la que ha conseguido escandalizarla a ella.

—Entonces tu argumento no me vale —sigue Maya.

—Somos más evolucionados.

—¿Porque nos estamos cargando el único planeta en el que podemos vivir o porque hacemos la guerra a nuestros hermanos y hermanas? ¿O porque nos compramos un animal para abandonarlo a los dos meses y comprarnos otro el año siguiente?

—Esto es ridículo.

—Sí que lo es —conviene la mujer—. Por eso aquí somos antiespecistas. En este santuario no hay animales de primera ni de segunda, todos son tratados con el mismo respeto. ¿Ves a Cova?

—¿A quién?

—La pastora alemana que te ha saludado. Antes no se hubiera atrevido a acercarse a menos de cincuenta metros.

—¿Por qué?

—La abandonaron y vivió mucho tiempo en la calle. Sufrió toda clase de maltratos. Cuando la recogimos estaba desnutrida, tenía llagas por todo el cuerpo, una fractura en la pata derecha y varias costillas rotas.

—¿Por eso cojea? —se interesa Camino, que mira ahora a la perra de una forma diferente,

aunque no lo bastante como para dejar que se acerque a ella.

—Sí, hubo que intervenirla de urgencia. Le han quedado secuelas, pero con el tiempo ha ido cicatrizando. Solo permanecen la cojera y esa mirada tristonera.

Camino siente un calor creciente en el pecho. No soporta a los perros, pero de ahí a que no le ofenda lo que le han hecho a esa pastora alemana... Quizá la jipi tenga razón: putos humanos sin corazón. Maya parece darse cuenta, porque no deja pasar la oportunidad:

—Yo creo que Cova nunca ha superado que su familia la abandonase. ¿Seguro que no quieres adoptarla?

La inspectora se recompone. La sola mención a compartir vida con uno de esos bichos que teme tanto la trae de vuelta a la realidad.

—Señora, yo a duras penas logro cuidar de mí misma.

—Quizá ella cuidara más de ti que tú de ella. Los animales no humanos sí que saben dar amor.

—Maya, ya vale. No hemos venido a eso —interviene Evita. Por lo poco que lleva conocido de Camino, no va a aguantar mucho más los sermones de esa mujer—. ¿Dónde está Ramón?

—Dentro, con las nuevas —ella señala con gesto enigmático a uno de los cobertizos.

Evita capta el mensaje.

—Dile que salga, anda.

—La grandeza de una civilización y su progreso moral pueden ser medidos por la manera en que trata a sus animales. Lo dijo Gandhi. Piensa en ello —Maya mira a Camino alzando un índice al evocar al maestro.

—Maaaaaaya —Evita la espolea, y la mujer se va murmurando alguna otra cita célebre.

Las dos policías se quedan solas. Bueno, solas no. Rodeadas de perros, cabras, ovejas, un cerdo vietnamita y un poni que comisquea hierba a unos metros.

—¿Es como el de George Clooney? —pregunta Camino, señalando al cerdo.

—Sí. En qué hora se le ocurrió la idea.

—¿Por qué? —pregunta divertida. Le hace gracia ese bicho negro y rechoncho, de hocico arrugado y panza que roza el suelo.

—Porque como es un actor famoso todos quieren imitarle. Lo puso de moda y un montón de gente se encaprichó. Cuando los compran son más pequeños que mi mano, pero después alcanzan los cincuenta kilos. Y la mayoría son abandonados. Serán muy pocos los que conserven su hogar los veinte años que tienen como esperanza de vida.

—Vaya.

—A Gordo lo encontraron solo vagando por la calle.

El gorrino, al oír su nombre, se le echa a los pies y Evita se acuclilla para rascarle la barriga. Es recompensada con los gruñidos de felicidad del animal. Camino juraría que incluso está sonriendo. O que ella ya se está volviendo loca. No está segura.

—¿Y el poni? Tiene mala pinta.

—Pues ya está mejor. Lo rescataron de un circo donde lo explotaban para montar a niños todo el día. Aunque parezca increíble, todavía hay de esos.

—¿Lo rescataron? ¿Qué significa eso? ¿Se lo compraron?

Evita se ruboriza, sin saber por dónde salir. Afortunadamente, en ese momento ven acercarse a Ramón.

El mindundi es todo lo contrario de lo que Camino esperaba y, desde luego, la antítesis del abogado convencional. Ella imaginaba a un fulano altivo, de esos que van siempre recién afeitados y llevan en el pelo toda la gomina del planeta. En su lugar encuentra a un tiparrón grande, casi tanto como Pascual, que va calzado con unas botas katuskas manchadas de barro y viste por todo atuendo un peto vaquero igual de sucio. Debajo del peto se aprecia su pecho desnudo tostado por el sol, como su rostro, en el que unos pómulos prominentes y unos ojos negros destacan sobre el fondo bronceado. El pelo castaño, empapado por el sudor, le cae sobre la frente casi a la altura de los ojos. Viene con una sonrisa amplia en los labios y una gallina en brazos, a la que acaricia con mucho mimo. Pero cuando ve que su novia no ha venido sola, su rostro cambia.

—Hola —saluda secamente.

—Hola, amor —Evita se pone de puntillas y le da un beso en los labios, que él no devuelve. Mira a Camino con expresión preocupada—. Es la inspectora Vargas, mi jefa.

Como si le hubieran activado un resorte, Ramón suelta de inmediato a la gallina, que echa a correr aleteando asustada entre perros y cabras.

—¿Podemos hablar a solas? —le dice a su novia.

—Está bien —contesta ella con gesto embarazoso, mirando de reojo a su jefa.

Ramón la coge por el brazo y la aleja unos metros. Evita lo sigue obediente, tratando de zafarse de su mano. A Camino ya no le parece tan atractivo. Su tono huraño y sus modales toscos con Evita le han generado una antipatía mayúscula. Los ve distanciarse y aprovecha para recorrer el santuario observándolo todo con atención. Este caso va de animales y, si quiere resolver algo, tendrá que aprender a entenderlos. Y a los que se preocupan por ellos. Sigue con la vista a la gallina espantada que soltó Ramón. Tras dar varias vueltas ha conseguido regresar al cobertizo. Se acerca hasta allí con sigilo. La puerta está abierta, y dentro hay una docena de gallinas desparramadas sobre la tierra, como si les faltara la energía para moverse. La mayoría tienen las plumas deslustradas y muchas calvas. Pero lo que más destaca es que a todas, sin excepción, les falta parte del pico. Se lo han mutilado. Es entonces cuando recuerda la noticia del periódico que tanto divirtió a sus compañeros. Y lo comprende todo de golpe.

43.

—¿Es que te has vuelto loca?

—¿Por qué?

—¿Cómo se te ocurre traer a la policía aquí?

—Te escribí un mensaje para avisarte.

—Sabes que apenas hay cobertura en el santuario. Además, ¿de qué habría servido?

—Tranquilo, solo quiere hablar contigo, conocer mejor el trabajo que realizáis...

—¡Pues eso es justo lo que yo no quiero que conozca!

—Ramón, estamos investigando un caso de homicidio múltiple, y según la inspectora tú puedes ayudarnos. A ella no le interesa nada más.

—Y a mí no me interesa su caso.

—¿Cómo puedes decir eso? Han matado a varias personas, hay un asesino suelto, podría morir más gente.

—No es mi guerra. Millones de animales mueren asesinados todos los días y ella no mueve un dedo por ninguno. Dile que se vaya.

Vistos desde lejos, parecen un padre con su hija pequeña. Él le saca casi medio metro, y la observa desde arriba con un humor nada halagüeño. Pero Evita ha sido canija toda su vida y no se achanta por las alturas. Además, sabe que su novio es un poco gallito y que se le va toda la fuerza por la boca. Así que cierra los ojos e inspira profundamente. Cuando vuelve a abrirlos no parece la chica dulce y comprensiva de segundos antes.

—Mira, Ramón. Yo llevo compartiendo tu lucha muchos años. He vaciado mi armario y me he deshecho de toda la ropa creada con material animal, de todos los productos cosméticos, he dejado de comer cualquier cosa que proceda de un ser sintiente. Me he pasado muchas noches sin dormir, muchos días libres dedicados a hacer activismo, muchas horas muertas en este refugio tuyo. Pero soy policía. De Homicidios. Este era mi sueño y lo he alcanzado. Yo solita, porque mientras estudiaba la oposición y luego mientras patrullaba las calles, tú estabas aquí metido con tus cabras. Así que ahora, por una vez, vas a ayudarme tú a mí.

—Pensaba que te gustaba esto, que creías en lo que hacías...

—Y creo. Pero en una pareja se ayudan los dos.

—Está bien —Ramón agacha la cabeza, mohíno—. Vamos a hablar con esa inspectora.

44.

Flor se sienta en el sofá al lado de su marido.

Desde que salió del coma no ha vuelto a ser el mismo. Ella lo trata con dulzura, lo mimaba lo increíble y pasa por alto sus salidas de tono. Pero él, en lugar de darse cuenta de que tiene una nueva oportunidad en la vida y preocuparse de disfrutar cada minuto, parece un viejo cascarrabias. Está irascible, no hay nada que le contente, y se pasa el día en el sofá viendo documentales de alimañas. Es lo único en lo que ha acertado, contratar esa plataforma de pago a fin de que su marido se distraiga en la convalecencia. Para colmo, ayer se fue de casa sin explicaciones y no volvió hasta tarde. Ella estaba tan enfadada que se hizo la dormida, porque ayer sí, ayer por fin habría reventado y le habría cantado las cuarenta, le habría dicho que si no veía los esfuerzos que estaba haciendo por él y que lo mínimo que se merecía era que no le dejara la cena puesta en la mesa y se fuera por ahí, quién sabe dónde. Le habría llamado egoísta, desconsiderado, le habría preguntado que con quién se había ido, si era con esa inspectora otra vez, aunque mandó a Rafa con el perro y no los vio. Pero eso en lugar de calmarla acrecentó sus sospechas. Él se habría hecho el ofendido. Y le habría perdido un poco más. O peor aún, se habría visto obligado a contarle lo que ella no quiere oír. Por eso fingió que dormía en una esquina de la cama. Por eso insiste en alejar sus pensamientos de esa mujer, aunque sabe que tiene hechizado a su Paco, que lo hechizó desde el primer día que apareció por la Brigada, hace tantos años ya. Acabó aceptándola, porque comprendió que no se iba a meter en medio, que no iba a destrozar su familia. Ahora ya no está tan segura. Paco queda con ella cada domingo sin ocultárselo al mundo. Flor no sabe si ya ha cruzado la línea. Si la cruzó ayer, que no era domingo y no estaban en el bar de siempre. Por más que ella haga, lo ve más distante y sabe que eso solo significa una cosa: que cada día está más cerca de Camino.

Y hoy, como si acaso él hubiera sido el agraviado, está más hosco que nunca, y no le ha dirigido la palabra nada más que para contestar con monosílabos a sus intentos de conversación. Lleva todo el día pendiente del móvil, haciendo y recibiendo llamadas a escondidas y escribiendo mensajitos con esos dedos torpes que Dios le ha dado, alejándose la pantalla todo lo que los brazos le permiten porque se empeña en no reconocer que tiene vista cansada, que el tiempo también pasa para él. Y entre medias, estudia el periódico con voracidad. Después de comer lo ha cogido otra vez y lleva un buen rato leyendo y releendo el mismo artículo. «Terror en Sevilla»,

reza el titular bajo el que se despliegan las páginas centrales. Flor se pega a él y observa por encima de su hombro. Hay tres fotos dispuestas en paralelo, las de los tres escenarios en los que se encontraron los cadáveres. Se estremece al reconocer en uno de ellos tantos recuerdos de infancia.

—Ahí es donde vivió mi padre.

—¿Mmm? —Paco ni siquiera levanta la vista del periódico.

—En la plaza de las Carnicerías, cuando se divorció de mi madre. Hasta que conoció a Luisa y se fue a vivir a Los Remedios. A mí me gustaba mucho por el mercado de animales que ponían los domingos.

—Es la plaza de la Pescadería —la corrige.

—No, la plaza de la Pescadería es la otra. Esta es la de las Carnicerías —ella golpetea la fotografía con el dedo índice.

—Esa es la plaza de la Alfalfa.

—Le cambiaron el nombre, pero de toda la vida los vecinos la han seguido llamando plaza de las Carnicerías.

—¿Por qué?

—La costumbre, supongo.

—Quiero decir que por qué tenía ese nombre.

—Ah, eso. Por el matadero que había antiguamente.

En el rostro de su marido se dibuja una expresión de reconocimiento, incluso de admiración. Flor ni recuerda la última vez que la miró así. Sonríe, tan contenta que hasta se le pasa el enfado por la escapada de ayer. Entonces Paco se levanta, agarra una muleta y se aleja con el móvil en la mano.

—¿Dónde vas?

—Tengo que hablar con Camino.

45.

Entran en la casucha.

Está compuesta por una sola habitación con una ventana a cada lado. Hay una chimenea en una esquina y en el centro una mesa con troncos haciendo las veces de asientos. En otra esquina, un frigorífico destartelado emite un ruido ensordecedor. Junto a él, la mujer de las trenzas plateadas está trasteando en una encimera. Ramón las invita a sentarse con gesto desganado.

—¿Queréis tomar algo?

—Un café —se apresura a decir Camino.

—Lo siento, aquí no tomamos de eso.

Ella le mira con fastidio.

—¿Cuál es la pega, que la planta sufre al quitarle sus granitos?

—Es una cuestión de salud —explica Ramón—. La cafeína aumenta el nerviosismo y la irritabilidad.

—No sé de qué me hablas —contesta la inspectora subiendo el tono.

—Apostamos por un modelo de vida más saludable —sigue el abogado—. Más respetuoso con los animales, pero también mejor para nosotros mismos. El café aumenta el ritmo del corazón y la presión de la sangre, por no hablar de otros problemas como el colesterol. O de la adicción que provoca.

—¿Adicción? ¿Qué adicción? No, si ahora va a resultar que es el enemigo número uno. Gallego, vamos a pedir una orden de busca y captura para Juan Valdez, que está corrompiendo el mundo. No sé qué hacemos persiguiendo asesinos.

—Tu jefa está loca —susurra Ramón a su novia.

—Allí hay un montón de infusiones —Evita señala una pequeña alacena, saliendo al paso antes de que aquello se les vaya de las manos—. ¿Qué tal un té?

—Aporta la misma energía que el café y es rico en antioxidantes —apunta Ramón.

Camino le mira con desagrado. Le parece ver un centelleo de burla en sus ojos, pero no está segura.

—Yo paso.

Maya se acerca con una jarra de un líquido verde y espeso.

—Acabo de preparar *smoothies* de aguacate y jengibre. ¿Queréis probar?

—¿Con aguacates?

—Son los primeros de la huerta.

—¿Hay para todos?

Evita ha lanzado la pregunta antes de que su jefa se descuelgue con un nuevo rechazo.

—Claro, ahora mismo los sirvo.

Camino gruñe cuando Maya le alcanza un vaso a rebosar de esa mezcla grumosa del color del césped artificial. Sin preguntar a nadie, la mujer toma asiento con su propio vaso de zumo. Evita mira en busca de aprobación a Camino, quien le hace un fugaz asentimiento. Puede quedarse. Cuantos más pirados, mejor. Silencia su móvil en un gesto automático y se lanza a relatar los hechos una vez más.

—Como habréis visto en las noticias, ayer Sevilla fue sacudida por el hallazgo de tres personas muertas en sus calles.

—No tengo tele —dice Maya, para exasperación de la inspectora.

—Yo sí estoy al tanto —confirma Ramón.

—Estas muertes parecen haber sido cometidas siguiendo un comportamiento..., ¿cómo lo diríais vosotros? Especista. Pero al revés.

Ramón y Maya se miran el uno al otro sin comprender.

—Lo que la inspectora quiere decir es que recrearon las técnicas que se usan en la industria alimentaria, aplicándoselas a seres humanos —aclarar Evita.

—El asesino quiere mostrarnos la tortura animal a través de las víctimas. No sabíamos por qué, hasta que descubrimos que uno había trabajado en la industria cárnica y realizó las mismas prácticas con que le ocasionaron la muerte a él.

Se hace el silencio en la casa.

Ramón retoma la palabra a los pocos segundos.

—¿Qué tipo de prácticas? Quiero decir, ¿a qué animales nos referimos?

Camino se lo piensa, sabe que no debería desvelar el secreto de sumario.

—Es confidencial. ¿Está claro?

—Tengo cosas mejores de las que hablar —suelta él en un tono chulesco.

—Yo respondo por ellos —Evita se adelanta—. Ramón no dirá nada, y Maya tampoco, ¿verdad, Maya?

—Yo nunca salgo de aquí. Como no se lo cuente a las ovejas...

—¿Vives en el santuario? —la inspectora la mira con estupor.

—Sí, en una caravana que está aparcada al otro lado.

—¿Por qué?

—El banco se quedó con mi piso cuando me fui al paro, y la asociación me facilita alojamiento a cambio de estar un poco pendiente.

—Entiendo. Pues no se lo cuentes a nadie, a las ovejas tampoco.

—Vale.

Camino inspira antes de soltarlo:

—A uno lo despedazó como a un ternero, a otro lo cebó como a los patos y a otro lo apaleó como a un pulpo —Ramón rumia en silencio la información hasta que la inspectora se deja vencer por la impaciencia—. ¿Y bien? ¿Qué os parece?

—Son tres formas de crueldad que ejemplifican muy bien cómo se ensaña nuestra sociedad con los animales.

—Pero ¿por qué quiere hacerles eso a los humanos que han torturado a animales?

Ahora Ramón la mira con inquina:

—Usted ha venido hasta aquí pensando que se trata de una venganza de animalistas radicales como nosotros. Quieren enchironarnos. Siempre han querido, y ahora han encontrado el pretexto.

—Ramón, por favor. La inspectora solo quiere informarse.

—No, déjale, es una hipótesis con mucho sentido. Gracias por decirlo, Ramón. Me alegro de no ser la única que haya pensado en ello.

Camino le sostiene la mirada. Maya se levanta y regresa con una fuente en la que hay varias piezas de fruta.

—¿Alguien quiere albaricoques? Los últimos del verano.

Nadie contesta, así que ella misma coge uno y comienza a mordisquearlo.

—Pues para que lo sepa, los animalistas somos las personas más pacíficas que podrá encontrar —escupe Ramón.

—¿No haríais cualquier cosa para frenar el sufrimiento animal? ¿No os saltaríais las leyes si pudierais evitarles esos tormentos?

Continúa el intercambio tenso de miradas entre ambos. Es Ramón el primero en apartarla.

—Mire, uno no puede tumbarse en su sofá sabiendo que se están cometiendo millones de crímenes por todo el planeta, que se está esclavizando, a menudo con sadismo, a animales que no han hecho otra cosa que venir al mundo dentro de esa especie. Usted o yo podríamos haber nacido gallina o cabra o ballena. Véalo si quiere de forma egoísta. No piense que es una cuestión de elevación moral, sino un simple reflejo de supervivencia. Nací persona como pude nacer cerdo. Y no voy a formar parte del sistema comiéndome a mis hermanos. Ni voy a quedarme de brazos cruzados —Camino escucha en silencio. Ramón da un sorbo a su vaso y continúa—: Pero no, no haría cualquier cosa. Los animalistas creemos en un mundo sin violencia. No matamos pollos como no matamos personas. Si quiere encontrar asesinos, busque del otro lado. Le sugiero una visita a una granja intensiva o a cualquiera de esas fábricas.

—Venimos del matadero.

—¿Del matadero? ¿De cuál?

—El Austral.

—¿Os han dejado entrar? —Ramón mira a su novia sorprendido.

—Sí, y hemos visto todos esos asesinatos de los que hablas —dice Camino—. Pero allí no tienen ninguna razón para matar así a una persona. Es más, parecen encantados con lo que hacen.

—Se equivoca. Encantados están los dueños, los que se llevan miles de euros por matar animales. Pero los trabajadores tienen contratos de mierda. Son los más precarios y explotados, además del colectivo con más trastornos mentales del mercado laboral.

—Y por eso matarían a un compañero, porque están todos como una regadera.

—No tengo ni idea de por qué lo harían. Lo que le digo es que aquí somos pacifistas.

—Ya. De todas formas, quiero un listado de los trabajadores y los voluntarios de la asociación.

—No.

—¿Cómo?

—Que no le voy a dar sus nombres para que los acosen como criminales.

—En el matadero no me han puesto ninguna objeción. Parece que no tienen tanto que temer como vosotros.

—Diga lo que quiera. La ley de protección de datos me respalda.

—Entonces tendré que hacerlo por las malas.

—Hágalo. Pida una orden.

—Así que ahora te me pones en modo abogado.

—El juez se reirá en su cara.

—Eso lo veremos.

Camino se levanta para irse. Pero antes se toma de un trago el zumo que le queda en el vaso. No lo reconocerá jamás, pero está tela de bueno.

—Gallego, nos vamos.

—Sí, jefa.

Evita mira de reojo a su novio. La ira que desprende hacia Camino le chorrea a ella también. No siente ninguna gana de reencontrarse en casa con él. De momento, sigue con la inspectora. Y cada vez le gusta más.

46.

Águedo aparca delante del restaurante.

Después de media hora recorriendo todo el barrio, se ha dado por vencido. En doble fila, como todos los demás. Si a alguien le molesta, que pite. Como todos los demás.

No puede por menos que admirar el lugar, pintado en colores vivos. Una pared frambuesa, otra mostaza, otra celeste... La mezcla no chirría, sino que logra una armonía alegre que imbuye de optimismo. Las mesas, las sillas, así como todos los elementos decorativos están fabricados con piezas reutilizadas: viejos palés, carretes de cable industrial, cubiertas de neumáticos, cajas de frutas..., todo reparado para un nuevo uso.

Se acerca a la barra y pide un whisky con cola al tiempo que echa un vistazo a la carta.

—No tenemos alcohol —contesta un tipo larguirucho de facciones afiladas, con una nariz aguileña como el pico de un buitre y unos labios cuyas comisuras se inclinan hacia abajo dándole la apariencia de estar constantemente apenado.

—¿Ni siquiera cerveza?

—Nada de alcohol —insiste.

—¿Y qué tenéis?

—Limonada, jugos, infusiones.

—Ponme un agua.

—¿Con gas, sin gas?

—Del grifo.

El tipo vuelve unos segundos después con un vaso que le alcanza de mala gana. Gotas de agua salpican la barra y a Águedo sin que al hombre parezca importarle lo más mínimo.

—¿Me recomienda algo de la carta?

Hay un nuevo aprecio en la mirada que recorre al policía. El semblante del camarero se suaviza antes de lanzarse a perorar sobre las excelencias de la cocina. Finalmente, Águedo se inclina por una hamburguesa de soja y pimientos y unas patatas bravas.

—Le sugiero la limonada de hierbabuena. Es mi especialidad. Casi creerá que se está tomando un mojito —se jacta.

—Paso.

El hombre se va un poco chafado. Le ve hablar con el cocinero a través de una mampara de

cristal, colocada deliberadamente para que la clientela pueda apreciar cómo se preparan sus alimentos.

Águedo da un trago a su agua y casi la escupe de una vez. Está caliente. Por lo menos le podía haber echado unos hielos. Pero se dice que si quiere conseguir algo, tiene que poner de su parte.

—Oye, que me lo he pensado. Ponme una de esas limonadas.

—No te vas a arrepentir.

El camarero regresa tras unos minutos con un vaso gigante y, este sí, bien cargado de hielos. Águedo vacía la mitad del primer sorbo.

—¿Qué? Rico, ¿eh?

—Mucho.

—Lo sé.

—Pero tú no eres Vicente, ¿no?

—No, yo soy Lucas. Vicente es ese de ahí adentro, ¿por qué?

—He oído que este sitio tiene buena fama por sus platos.

—Ah —Lucas parece algo decepcionado.

—Pero la va a tener también por estos refrescos, pienso hacer publicidad por todo Sevilla.

Su rostro se ilumina por primera vez, como si el buitre hubiera atrapado la presa del día.

—Gracias, colega. Acuérdate, me llamo Lucas. Lucas Carbini. El día que ahorre, me lío la manta a la cabeza y monto una zumería.

Lucas le trae la comida. Luego llega una pareja y se va a atenderla. Águedo le mira distraído mientras da vueltas a su hamburguesa y piensa que en realidad no tiene ningún plan. Solo ha venido a echar un ojo a Vicente. Necesitaba ver en persona la cara de un maltratador. Ahora se recrimina por idiota. ¿Qué pensaba, distinguir la maldad en sus ojos mientras reboza unas berenjenas? Hay una mosca rondándole que le está acrecentando el mal humor. Da una palmada al aire y la engancha a la primera, pero se le queda pegada a la mano izquierda. «Qué asco», murmulla. Acto seguido su expresión cambia, alumbrada por una ocurrencia. Mira a ambos lados. Nadie repara en él. Vicente anda concentrado en la cocina y Lucas con la parejita vegana que pregunta con qué está hecha la gelatina. Se despega la mosca de la mano, levanta la tapa de la hamburguesa y la introduce. Luego espera un par de minutos. Hora del espectáculo:

—¿Pero esto qué mierda es?!

Lucas regresa corriendo con cara de susto.

—¿Qué ocurre?

—¡Una mosca! ¡Una puta mosca muerta en mi hamburguesa! ¡Casi me la como!

—Eso no puede ser.

—Mírala tú mismo. ¡Esto es intolerable, qué guarrería! Quiero poner una reclamación.

A Águedo le da pena el pobre Lucas, que tiene una cara de apuro que no puede con ella. Desde

detrás de la cristalera, Vicente les observa con una mirada oscura.

—Tranquilo, veamos qué podemos hacer.

—¿Cómo que qué podemos hacer? Ahora mismo echo una foto y la subo a TripAdvisor —se saca el móvil y hace amago de proceder, pero el cocinero no tarda ni dos segundos en salir de su refugio.

—Estese quieto.

Águedo le mira con fingida sorpresa.

—¿Cómo dice?

—No había ninguna mosca en su plato.

—¿Y esto qué es?

—Se habrá caído ahora.

—¿Ahora? ¿Entre pan y pan? Me toma el pelo.

Vicente ve que lo de la foto va en serio y le retira el plato.

—Eh, ¿qué hace? Deje eso ahí.

—Por encima de mi cadáver.

—Por encima del mío. Esto se va a hacer público. Viral, se va a hacer viral. Todos van a saber que el cocinero de La Veganería es un guarro.

Águedo le arrebató el plato, se pone en pie y se encara con Vicente, que da la vuelta a la barra y se le pega con aspecto de gallito, los ojos a escasos centímetros de los suyos. Águedo saca pecho y le empuja. Vicente no vacila: levanta la palma y le pega un tortazo que lo tumba en el suelo.

47.

—¿Ballena?

Las dos policías están de regreso al coche. Camino le ha lanzado las llaves y Evita ocupa de nuevo el asiento del conductor.

—A veces Ramón es un poco exagerado en sus planteamientos —se justifica.

—¿Un poco? ¿De verdad cree que pudo nacer ballena? Y yo caballito de mar, no te jode.

—No se lo tengas en cuenta.

A pesar de las burlas constantes de la inspectora, el día entero junto a ella ha logrado que a Evita ya no le intimide, e incluso se ha permitido una cierta camaradería. Sin darse cuenta, lleva media jornada tuteándola. Evita nota que Camino también se siente más cómoda dejando a un lado las jerarquías. Es como si el cargo de jefa la encorsetara dentro de un traje que no está hecho a su medida y del que lucha por liberarse.

—Yo solo digo que este Ramón está fatal.

—Es buena persona, regala todo su tiempo a la causa en la que cree. A su manera, lucha por un mundo mejor.

—A su manera pirada.

—Jefa, que es mi novio.

—No, si tú también estás pirada.

—Y quién no. Al menos un poco.

—Eso es verdad.

Evita pone el motor en marcha y comienzan a recorrer el camino de tierra:

—¿Y ahora a dónde vamos?

—A casa.

—¿Ya?

—Joder, Gallego. No hemos parado ni a comer y a este paso nos saltaremos la cena también. ¿No te parece que ha llegado la hora de descansar?

—Podemos ir a cenar algo. Déjame llevarte a La Veganería, verás qué rico está todo. El cocinero es amigo de Ramón.

Camino permanece en silencio durante unos segundos. Cree adivinar lo que Evita siente ahora mismo: no quiere encerrarse en casa y dar vueltas a la investigación sin poder hacer nada. Lo cree

porque es justo como se siente ella siempre que se involucra en un caso. Se va a una discoteca a bailar, a tomarse unos ronones o a follar con el primero medio decente que pilla. Cualquier cosa con tal de no torturarse pegándose cabezazos contra su propia impotencia. Si no hubiera quedado con Arenas, iría con ella a ese antro. A ver si es verdad que puede estar bueno un menú que no tenga carne por ningún sitio. Porque la verdad, se muere de hambre. Pero ella ha quedado con el mejor inspector de la ciudad y con el amor de su vida, todo en uno. Echa un vistazo al reloj. Queda una hora para reencontrarse con él. Si se apresura, podrá darse una ducha. Después de todo el día sudando, siente que huele peor que el ganado del refugio.

—No. Tú en tu casa y yo en la mía, Gallego. El descanso también es importante.

Evita asiente con resignación.

—Los perros llevan el día entero solos en el piso, los sacaré a dar un paseo.

—Buena idea. Yo también tengo que ocuparme de mis animales.

—¿Tienes mascotas? —pregunta Evita extrañada. Ha visto cómo se escabullía cuando la pastora alemana trataba de conseguir alguna zalamería por su parte. Camino mantiene la vista puesta en el paisaje—. ¿Qué son? ¿Gatos? —Evita la ve negar con la cabeza—. ¿Hámsteres? ¿Tampoco? No me dirás que tienes un hurón. ¿No? O un cerdo vietnamita, te mato —la inspectora sigue negando—. Peces. Claro, tienes peces. No sé cómo no he caído antes. Esos no necesitan mimos.

—Hormigas.

—¿Qué? ¿Tienes una plaga? ¿Vas a exterminarla?

—¡No! Tengo una granja de hormigas. Y también llevan solas todo el día. Necesitan algo que llevarse a la boca —se hace el silencio por unos segundos. Después, una carcajada aguda y pueril invade el vehículo—. Oye, ¿y tú de qué te ríes?

—¡Una granja de hormigas! —Evita se limpia las lágrimas que le caen de puro regocijo.

—Sí, ¿qué pasa? ¿Tú no eres del grupo de los superanimalistas? Pues no sé qué te hace tanta gracia.

—Llevas todo el día burlándote de nosotros por darles cariño a los cerdos o a los ponis y ahora resulta que tú se lo das a las hormigas.

Camino la mira con indignación:

—¿No merecían todos los animales el mismo respeto? A ver quién es ahora la especista.

Pero Evita no contesta. Sigue con su ataque de risa. Definitivamente, la inspectora acaba de alegrarle el día.

Samantha abraza fuerte al gato, que trata de zafarse.

Su padre la observa con una mezcla de ternura y reprobación.

—No lo agobies.

—Pero si a él le gusta estar conmigo, ¿verdad, Watson?

El gato, como para desmentir sus palabras, logra escaparse con un giro inesperado y corre a refugiarse debajo de un mueble.

—¡Ay! —grita la niña—. Me ha hecho un araño.

—Lo has agobiado —repite Pascual con paciencia.

—Gato estúpido.

—Y además, mira cómo te has puesto de pelos. Ya verás cuando te vea tu madre.

—Mi madre es tonta. Si me dejara tener animales, no tendría que venir aquí a verlo.

Pascual acusa la frase, dolido. El interminable sentimiento de culpa que le persigue desde el divorcio no tiene visos de remitir. Da igual que fuera Noelia quien le dejó a él, da igual que él quisiera la custodia compartida y que el juez se la negara, nada de eso disminuye el tamaño de sus remordimientos. Debió luchar más, por la relación, por su hija, pedirle otra oportunidad a Noelia, contratar a un mejor abogado, recurrir, no darse por vencido. Siente que algo ha hecho mal para que su hija crezca lejos de él, pero no sabe qué es. Por más que lo haya pensado, no acierta a adivinar el punto en que las cosas fallaron. Quizá el error estuvo al principio del todo, quizá eligió a la mujer equivocada, quizá ella le eligió a él y la equivocación fue dejarse llevar, o quizá no supo ver lo que implicaba un matrimonio, no le dedicó la atención necesaria, siempre enfrascado en su trabajo absorbente, tan importante pescar a los malos. Parecía no haber nada prioritario, pero igual sí que lo había, y ella se desamoró y luego se cansó y luego se buscó a otro y luego le abandonó y le sacó una pensión que le dejó arruinado y se llevó a Sami, a su Sami. Y cada día se martiriza pensando que no la está viendo crecer, el miedo inabarcable del padre divorciado al distanciamiento, a la pérdida, aún peor, al rechazo. Anhela que llegue el momento de estar con su hija y siente una necesidad compulsiva de hacer cosas juntos. Cosas distintas, originales, que perduren en la memoria y funcionen como ancla para los dos, un ancla que fije el vínculo a pesar de la distancia y de los días que no pasan ni pasarán juntos. Pero luego, cuando la recoge, siguen la misma rutina de siempre. Media hora de atasco en el coche, donde trata de

rascarle una conversación que nunca sabe bien hacia dónde dirigir. «Qué tal el cole.» «Bien.» «¿Qué te apetece hacer hoy?» Encogimiento de hombros, labios girados hacia abajo en una muestra de indiferencia feroz. «Podemos ir al cine.» «No tengo ganas.» «Ponen la última de *Toy Story*.» «Ya he ido con mamá.» «También hay una en 3D, dicen que es muy chula.» «Me marea el 3D.» «Pues podemos ir a casa y te preparo una merienda rica.» «Vale.»

Samantha se tira en el sofá de cuero ya echado a perder por la manía de Watson de afilarse las uñas en él, se bebe su Cola Cao mientras mira vídeos de *youtubers* idiotas en el televisor, y vaguea, lánguida, hasta la hora en que le toque subirse al coche de nuevo. Otro atasco. En Sevilla siempre hay atascos. Al menos ahora tienen al gato. Al principio eso les unió, la vio ilusionada por primera vez en mucho tiempo y les dio motivos para emprender algo nuevo juntos: comprarle un rascador y una camita que el bicho se empeñaría en ignorar, llevarle al veterinario para que le hiciera un chequeo de rutina, intentar enseñarle a recoger la pelota como si fuera un perrito... Pero esa época ha pasado y ahora la única diferencia es que cuando su hija se tumba a ver la tele, Watson se hace un ovillo a su lado.

Samantha se ha dado cuenta de que su padre se ha puesto triste, ella siempre se da cuenta pero está cansada, vive cansada con el colegio y las extraescolares y los cumpleaños de los del colegio y los de las extraescolares y las cenas y las excursiones de su madre con amigos y con hijos de amigos, y el tiempo que hay que rellenar constantemente, hay tiempo para todo excepto para aburrirse, excepto para descansar y pensar, porque sí, una niña de doce años también piensa, o lo intenta, pero a los mayores no les gusta que lo haga porque tienen miedo de las conclusiones a las que pueda llegar. Y ella lo único que quiere es parar, y no tener que poner buena cara con nadie ni seguir fingiendo. Solo quiere tumbarse y que la dejen en paz. Que todos la dejen en paz. Que comprendan de una vez lo difícil que puede llegar a ser el mundo para una niña. Pero ahora sabe que se ha pasado y se levanta para cambiarse de sofá. Se sienta junto a su padre y le abraza. Porque ella quiere a su padre, aunque no tenga tiempo ni para darse cuenta de que le quiere. Pero para eso no hace falta tiempo. Solo hace falta una frase hiriente y ver su mueca de dolor, como si le hubieran pegado una patada en la barriga. A él le coge por sorpresa el abrazo, ni siquiera sabe cómo reaccionar, primero se queda tieso como un palo y después se deja envolver por los bracitos de su hija y se le humedecen los ojos, y eso a Samantha la pone violenta y triste a la vez y se separa para volver a su sofá, donde se tumba y cierra los ojos.

—Eres el mejor papi del mundo. Gracias por dejarme tener a Watson —dice al poco, todavía con los ojos cerrados porque a ella a veces también le dan ganas de llorar.

A Pascual se le hace un nudo en la garganta. Después del día que lleva, de haber perdido el favor de la inspectora, de analizar cuerpos asesinados y ver patos sometidos a torturas aberrantes, las palabras de su hija son el mejor bálsamo que acierta a imaginar.

—De nada, hija —dice con dificultad.

—Podíamos adoptar otro. Una gatita. Para que Watson tenga pareja.

—¡No!

Samantha abre los ojos y pone esa expresión de pilla tan suya, y por primera vez en la tarde y en muchas tardes, ambos sueltan una carcajada que les refresca y les libera de muchas, muchas cosas.

49.

Camino aparece diez minutos tarde.

Paco la ve a través del cristal de la taberna. Lleva el pelo mojado y un vestido azul que le llega a la altura de los muslos. Es de tirantes, liso y sencillo a más no poder, y sin embargo no basta para contener el atractivo de su figura, ciñéndose a sus curvas en pecho y caderas sin ningún recato. Sonríe como un bobalicón. A veces, la felicidad al contemplar al ser querido, la exaltación que produce su encuentro, se abre paso arrasando con el resto como un huracán. Se quedaría observándola así la vida entera. Y sin embargo, vuelve la vista a los mapas que sostiene entre ambas manos y finge estar concentrado en uno de ellos hasta que la oye llamarle por su nombre. Viene con las mejillas arboladas por la premura autoimpuesta. Se ha pintado los labios, un toque ajeno a ella, que solo se maquilla cuando sale de noche a sus competiciones de baile, y se lo toma como un halago personal. Pero eso le pone todavía más nervioso. Y cuanto más nervioso se pone, más torpe se siente. Y menos posibilidades hay de que le eche valor de una puñetera vez. Quizá cuando resuelvan el caso...

—Ducharse estos días es una pérdida de tiempo — dice Camino sentándose junto a él al tiempo que se seca el sudor con el dorso de la mano y da un trago de la cerveza de Paco, en la que deja el cerco de sus labios rojo ciruela.

—¡Eh! —protesta él, tratando de quitarle el botellín inútilmente. Ella ya lo ha vaciado.

—Otros dos, jefe —llama ella al camarero—. Y trae unas olivitas o algo. Bueno, y ya que te pones, una ración de ensaladilla. Y... una de espinacas con garbanzos.

Camino se vuelve hacia Paco. Preferiría unos chicharrones, pero hoy, como que no le entran. Entonces repara en lo que tiene entre manos el inspector.

—Y tú qué, ¿te han entrado ganas de hacer turismo?

—No me has devuelto la última llamada.

—Te iba a ver ahora.

—¿Y si fuera urgente?

—Me habrías dejado un mensaje.

Paco exagera un suspiro y vuelve la atención al primero de los mapas.

—Es del siglo XIX. Busca la plaza de la Alfalfa.

Camino está a punto de quejarse, pero acaba obedeciendo sin rechistar.

—No aparece. Debería estar por aquí..., ¡plaza de las Carnicerías!

Paco esgrime una sonrisa de satisfacción.

—Se utilizó como almacén de la carne que llegaba a Sevilla desde el siglo XVI, convirtiéndose en la Carnicería Mayor de la Ciudad. En 1820 se derribó el edificio utilizado como matadero y principal abastecedor de carne. ¿Adivinas dónde estaba?

Camino no duda al señalar en el mapa.

—Exacto. El lugar donde ahora se encuentra el edificio propiedad de Antonio Franco.

* * *

—O sea, que todo está relacionado. La ubicación tampoco es casual.

—En absoluto. El hombre ternero, abandonado en la plaza de las Carnicerías, en el antiguo matadero. Y el hombre pulpo, en la plaza de la Pescadería, en una antigua cisterna romana.

—Nos falta el hombre oca. En la Alameda no hay ninguna plaza de las aves, que yo sepa.

Paco retira el mapa que tiene extendido sobre la mesa y abre cuidadosamente otro.

—Este es de principios del siglo XX.

—Aquí ya se llama plaza de la Alfalfa —constata ella.

—Busca el lugar donde apareció Gabriel Parra.

—La Alameda siempre ha sido la Alameda —dice Camino a la vez que la localiza—. Aquí, al norte de la plaza..., ¡espera!, ¿qué es esto?

—La pila del Pato, la fuente más errante de Sevilla. Esa fue una de sus localizaciones.

—En la pila del Pato mi *arma* te he conocido —canturrea Camino una sevillana de El Pali.

—Ahí lo tienes. Una fuente bicentenaria rematada por un pato de bronce. Pero es que hay más.

Camino le mira expectante y Paco se recrea por unos segundos, orgulloso de su descubrimiento. Extrae un tercer documento. Es la fotocopia de un periódico fechado en 1917. En el extremo inferior derecho de la página hay una breve nota.

La aparición de los gansos muertos continúa siendo una incógnita.

Un informe técnico apunta a que la causa de las muertes fue el envenenamiento, tras el cual los trece cadáveres habrían sido trasladados a la Alameda de Hércules y arrojados a la pila del Pato. Esta barbarie se suma a los actos vandálicos perpetrados contra dicha fuente, en el último de los cuales sufrió graves daños, siendo el mayor de ellos la desaparición del pato de bronce que coronaba su cima. Recordemos que hasta el pasado mes de enero no fue rehabilitada. Sin embargo, la fatalidad persigue a esta fuente, que ya fue trasladada desde su última ubicación en la plaza de San Francisco, de donde tuvo que ser retirada por las molestias que causaba a las Hermandades. Al parecer, a alguien le sigue incomodando la pila del Pato.

—¿Qué significa todo esto? —pregunta, más para sí misma que para Paco.

—Que a nuestro hombre le van los juegucitos —contesta él con tono solemne.

—Es un perturbado y un retorcido.

Ahora es Paco quien concuerda con ella.

—Sí.

—*Así que sigues viva.*

Ha resistido más de lo que esperaba. Pero eso está bien, porque así podrá culminar el proceso. Se acerca pertrechado con todo lo que necesita para esta última fase y comprueba satisfecho que ella le mira con ojos desorbitados. En los últimos días la chica parecía haberse resignado de una forma ejemplar. No pataleaba ni trataba de gritar a través de la boca amordazada. Sabía que comprendía aquello por lo que le tocaba pasar. No en vano ella lo ha hecho decenas de veces. Parecía abrazar su destino con aceptación, incluso con una cierta indiferencia que la hacía admirable a sus ojos. Como mucho, le dirigía una mirada de tristeza. Sin embargo, ahora es diferente. En su semblante se atisba el terror. Durante estas semanas ha sufrido lo indecible, pero con esto no puede: es lo que lleva años sacudiéndola en sus peores pesadillas. Ahora la pesadilla se ha hecho real.

La chica siente cómo la agarra con fuerza por la nuca con la mano izquierda mientras con la derecha le introduce la cabeza en una especie de jaula que la obliga a mantener el cuello estirado hacia atrás. Después, con los dedos pulgar e índice la fuerza a mantener abiertos los párpados del ojo derecho y separa el inferior creando una especie de bolsa. Un líquido viscoso anaranjado le cae dentro de la cavidad creada y parte resbala a través de su cara. Le escuece tanto que, si pudiera, ella misma se arrancarían el ojo de la cuenca con sus propias manos. Pero las manos también están atadas. Grita, y el grito atraviesa su garganta, pasa a través de la mordaza y suena como un aullido ronco y enloquecido. Su captor le fuerza ahora el ojo izquierdo y repite la operación. El líquido pegajoso se mezcla con sus lágrimas. Son lágrimas de frustración, de culpa y de dolor. Y de un pánico infinito. Porque sabe que esta fase solo acaba de empezar.

Miércoles, 9 de octubre

Camino ha madrugado para llegar a la Brigada.

Por el barullo que proviene de la sala de *briefing*, se da cuenta de que no ha sido la única. Oye la voz bronca de Águedo, la de Lupe, que cuando se enfurece se transforma en la Hidra de Lerna, y la de Fito. Están discutiendo. Le da una pereza terrible entrar a sembrar la concordia. Decide ir primero al despacho a consultar el correo, en espera de encontrar avances. Quizá mientras tanto las aguas se calmen solas. Pero cuando abre la puerta, se encuentra allí a la comisaria. Está firmemente instalada en su sillón, hablando por teléfono. Tampoco ella tiene cara de alegría. No parece complacerle mucho lo que le cuentan del otro lado.

—Siéntate, Vargas —le dice cuando cuelga.

Camino obedece. Le resulta raro sentarse del otro lado de *su* mesa.

—¿Aún no han arreglado el aire?

La comisaria no se digna a responder. En su lugar, le lanza una de esas miradas que significan que deje las bromas para otro día. Ángeles suele ser una jefa amable, no como ella, que, jefa o no, es borde por naturaleza.

—No te haces una idea de cómo me tiene la prensa. Y cuando digo la prensa, digo los periódicos, la radio y la televisión. Regionales y nacionales. Han olido la sangre y quieren todos los detalles.

—No han pasado ni cuarenta y ocho horas, estamos en ello.

Ángeles la manda callar con un gesto.

—Dije que era prioridad absoluta. Te quejas de que sois pocos, que estáis en cuadro, que así no se puede. ¿Y qué me encuentro?

Como Camino no sabe por dónde va, se muerde un padastro mientras la comisaria se decide a continuar. Uñas ya no le quedan.

—A Ferrer llorándome porque le habéis jodido un caso en el que llevan semanas trabajando. ¿De verdad no se os ocurrió otra cosa mejor que hacer?

—¿A Ferrer?

—Nicolás Ferrer, sí, el jefe de grupo de la UFAM. Está que trina.

Camino apoya los codos en la mesa y se lleva las manos a la frente:

—Águedo.

—El oficial Águedo Casas, del Grupo de Homicidios.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—Ha detenido a un sospechoso de un caso de violencia de género que estaban investigando. Dime, Vargas. ¿Has tenido algo que ver?

Camino suspira. Sabe que ella buena jefa no es, pero tampoco se lava las manos cuando chorrean los marrones.

—Le dije que se coordinara con la UFAM para investigar sobre Sara Guerrero. Desapareció hace tres semanas y quería asegurarme de que no acababa igual que los otros dos identificados.

—Pues provocó una trifulca en el negocio de ese hombre, se lo llevó con las esposas puestas y lo interrogó por su cuenta. Lo ha tenido que soltar, claro. Pero ahora sabe que le estamos vigilando. Todas las tronchas, todo el seguimiento de los teléfonos y todo el curro que se han chupado los de Violencia de Género, para nada. Ni le pillaremos a él ni encontraremos nunca el cuerpo de Sara.

Camino agacha la cabeza. Ahora mismo se comería a Águedo por los pies.

—Lo siento.

—Más lo sentirá la madre de Sara Guerrero, que no podrá enterrarla.

La inspectora sigue cabizbaja y Ángeles se da cuenta de que está siendo demasiado dura. Este estrés la está envenenando. Y eso que se calla cómo la presionan desde arriba para que les dé ya un nombre, una cabeza que ofrecer a la opinión pública asustada, sea cual sea. Pero no es algo que pueda contarles a los curritos que creen en la justicia y se dejan la piel por hacer las cosas bien. Eso se lo tiene que tragar ella sola.

—Está bien. Ya hablaremos de Casas más adelante, no se va a ir de rositas. Dime qué tenéis.

Camino vacila. Podría aburrirla con un resumen de lo que han averiguado, el paseíto por el matadero, el santuario, que el asesino sabe de historia, que empieza a entender cómo funciona su mente..., pero eso no es lo que Mora necesita. Ella solo quiere oír hablar de resultados.

—Todavía nada. Vamos a hacer puesta en común ahora, quizá a media mañana...

—Vete. Vete a reunirte con ese equipo tuyo. Y avísame cuando haya algo.

Camino Vargas se levanta, expulsada de su propio despacho. Pues sí que empieza bien la mañana.

Los tres callan cuando la ven aparecer.

Pero Camino va enfilada a por Águedo. A Lupe y a Fito, ni los ve.

—Tú. ¿Crees que puedes hacer lo que te salga de los cojones?

—Me encargaste que investigara el caso de Sara.

—Que te coordinaras con la UFAM, no que les reventaras su trabajo.

—Ellos no tenían nada.

—¿Y tú? ¿Qué tienes tú?

—Que es un violento. Un maltratador. Le pinché un poco y me pegó una hostia que me tumbó. Mira, todavía se me nota —dice restregándose la mejilla, que le sigue escociendo—. Todo por la causa. Pero eso no me lo reconoce nadie.

—¿Y no te bastó con comprobarlo en tus carnes? ¿Tenías que detenerlo?

—Me cabreó —confiesa él—. Además, quería sacarle lo de Sara. Pero es duro de pelar.

—Las cosas no se hacen así, Casas. Le provocas para que utilice la fuerza contra ti y así puedes ponerle las esposas sin que se te achaque una detención arbitraria, ¿no?

Águedo alza la comisura izquierda del labio. Parece ufano de su maniobra.

—Ya veo que te crees muy listo. Pues para que lo sepas, tu jugadita hace agua por todas partes. No tenías indicios razonables para traerle aquí contra su voluntad. Y lo peor de todo no es que te saltes las reglas, sino lo que has podido provocar. Imagínate que tenía encerrada a Sara, le ha entrado el pánico y se la ha cargado en cuanto ha quedado libre.

Al oficial le cambia la expresión. Eso no se le había ocurrido.

Sigue un silencio denso como maleza de jungla. Nadie se atreve a romperlo, hasta que Lupe se pone de pie y eleva una voz temblorosa:

—Águedo no iba mal encaminado.

Camino enarca las cejas. No se puede creer lo que está oyendo. No de Lupe.

—¿Estás defendiendo que se haya pasado todos los procedimientos por el forro?

—No. Solo digo... que creemos que ese hombre está metido en el ajo.

Ahora la inspectora los barre a todos con la mirada. Águedo asiente. También Fito.

—Explicaos.

Lupe vuelve su ordenador hacia ella.

—Investigué a todos los desaparecidos. No solo sus historiales, también en internet. En el perfil de Sara Guerrero vi cientos de imágenes de Vicente Frías anteriores a su ruptura. Vacaciones en la playa, comidas familiares, fiestas con amigos... Luego seguí con el Facebook de Vicente y, por casualidad, encontré una cara conocida.

Lupe no está dispuesta a admitir cómo dio en realidad con la foto, pero eso es lo de menos: lo importante es lo que muestra. Abre la ventana en la que tiene conectada la red social y la imagen llena la pantalla. Camino conoce a dos de las tres personas que se abrazan entre risas.

—¿Quién es este? —señala con el índice al que le falta por identificar.

—Vicente Frías.

Al otro lado, Ramón. El mindundi. Y, justo en medio, abrazada por ambos y con la sonrisa tierna y contagiosa que tan bien empieza a conocer, ella. Gallego. Evita.

Camino se está mareando.

Tiene que sentarse. ¿Qué significa eso? ¿Por qué Gallego está abrazada a ese tipejo? Se dice a sí misma que puede ser una simple casualidad. Sevilla no es tan grande. Amigos comunes, miles de fotos disparadas en cada celebración. No tiene por qué significar nada. Quiere aferrarse a ello, pero no lo consigue. La duda se ha instalado en su interior y lo que en realidad siente es que esa recién llegada se ha reído de ella en su propia cara. Se encuentra tan indignada que, sin pensar en lo que hace, carga contra el mensajero.

—¿Qué quieres decir, Lupe? ¿Estás acusando a una compañera? Porque más vale que si lo haces tengas razones de peso. Sale en una foto al lado del exnovio de una mujer desaparecida. ¿Y qué más? ¿Qué conclusión extraes de eso? —Lupe no esperaba el arrebatado de furia de la inspectora. Tartamudea tratando de continuar. Pero Camino no se lo permite—: ¿Y qué hay de la camioneta donde transportaron el cuerpo? ¿Del informe laboral de los desaparecidos? ¿De su ADN? ¿De los resultados de los vestigios recogidos por la científica? ¿De Justo Mejías, que fue el caso que te encomendé a ti y solo a ti? ¿Es más entretenido espiar y acusar a la nueva?

—Es que eso no es todo.

Fito ha alzado la voz lo suficiente para frenar la verborrea enardecida de la inspectora.

—¿Qué no es todo?

—Hemos rastreado la IP de los *haters* en el vídeo de Gerardo Zamora. Hay uno especialmente virulento.

—¿Y?

—Procede del mismo aparato que la foto que se cargó en el perfil de Facebook. Y de la misma dirección: calle Bami, número diez. Que es...

—El domicilio de Eva Gallego —remata Águedo.

54.

Escucha el cerrojo descorrerse con un rumor siniestro.

Estaba adormecida, pero se espabila como si sintiera abrirse la cancela del infierno. En ese duermevela, ha fantaseado con que no volvería. Con que algo le habría ocurrido. Un accidente, un viaje inesperado, la captura por parte de la policía. Cualquier suceso improbable que la librara de esta pesadilla. En algún momento su cuerpo no resistiría más y se dejaría ir. Es un sueño dulce e ingenuo. Porque la alternativa es mucho peor.

Los pasos resuenan en el suelo de cemento. Le está hablando, pero ella apenas puede ver a pesar de tener unas pinzas en los ojos que los fuerzan a permanecer abiertos. La sustancia actúa como un corrosivo que ya ha comenzado a ulcerarle el tejido ocular. Aunque sepa lo que le espera a continuación, el contacto de los dedos leñosos e intimidantes de su verdugo la sobresalta. Nota gotas calientes resbalándole por la cara y se pregunta cómo es capaz de lagrimar todavía. Ni siquiera entiende cómo sigue viva. Debería haber muerto hace mucho. Que su cuerpo se resista es la peor de las condenas. Que siga aferrándose a pesar de ese dolor sordo que existe por encima de todo, que se extiende a través de las terminaciones nerviosas y perfora cada milímetro de su ser. Su propio organismo, terco e insobornable, la ha traicionado y se ha aliado con el dolor. Ella desea abandonarlos a ambos. La única aliada que aspira a tener es la muerte. Y con ella, el fin del sufrimiento.

Siente cómo él tira con fuerza de su párpado inferior y le introduce el gel en el saco conjuntival. Quiere aguantar con dignidad, pero la quemazón es insoportable. Aún quedan cuatro días antes de terminar. Para entonces ya estará ciega. Luego, por fin, la paz.

55.

Evita sube en el ascensor canturreando.

Está contenta. Ayer la tuvo otra vez con Ramón, pero era lo esperable después de llevarse a la inspectora al santuario. Él se pasó con los gritos y se fue pegando un portazo. Así que, como era de prever, volvió a la media hora avergonzado. Ya no se toma a pecho su temperamento. Al contrario, se burla cuando regresa, y él acaba pidiéndole perdón. En la media hora que Ramón tardó en volver, se tumbó con los perros en el sofá y se puso un capítulo de su serie favorita. Ni se molestó en hacer la cena. Sabía que él vendría con la *moussaka* de setas del vegetariano del barrio. Su favorita. Y así fue. Cenaron, se tomó un par de copas del vino que había abierto el día anterior —ni una palabra salió de la boca de Ramón— y acabaron con una sesión intensiva de sexo como mandan los cánones de las reconciliaciones. Las pesadillas con los cuerpos masacrados a las que tanto temía no llegaron ni a asomarse.

Ahora entra en la sala de reuniones dispuesta a enfrentarse a una nueva jornada. Aunque las cosas no estén saliendo como las había previsto, está muy bien eso de ser la favorita de las jefas.

—¡Buenos días!

Su saludo cantarín es recibido por unos rostros de desprecio que le congelan la sonrisa. Camino la agarra por un brazo y la saca de allí.

—Te vienes conmigo. Tenemos que hablar tú y yo.

A la altura del ascensor se cruzan con un despistado Pascual, que las mira perplejo mientras ve cómo Camino la lleva a rastras pasillo abajo.

56.

Hay un despacho vacío al fondo del corredor.

Es del inspector Ibáñez, que lleva dos meses de baja por depresión. Camino no se lo piensa: la empuja hacia dentro y cierra la puerta.

—Me lo vas a contar ahora mismo.

—No sé a qué te refieres.

—Mira, bonita, se acabó lo de poner cara de ángel que baja del cielo. Ya no cuele, ¿vale?

Gallego la mira consternada. No tiene ni idea de qué es lo que sabe, pero, sea lo que sea, no es bueno. Teme esa mirada enfurecida y medio extraviada de la inspectora. Se parece a la de Ramón cuando se cabrea, pero a él le tiene cogido el punto. A saber por dónde puede salir Camino. Hace un balance rápido de la situación y decide arriesgar:

—Fuimos nosotros.

—¿Vosotros, quiénes?

—Ramón, Vicen y yo —en la cara de la inspectora se plasma una pesadumbre infinita. Tanta, que a Evita le da mucha pena haberle fallado—. Merecían una vida mejor —añade bajando el tono.

—¿Una vida mejor? ¿Dónde? ¿En el cielo, puta loca?

Evita acusa el golpe, pero le explica con paciencia:

—Las gallinas no pueden volar. Y menos esas, que están genéticamente hechas polvo y se han tirado toda la vida adocenadas.

—¿De qué me estás hablando, Gallego?

—Pues de la liberación en Huevos Martínez, ¿de qué si no?

A Camino le dan ganas de cambiarle la cara de un guantazo.

—¡A tomar por saco las gallinas! ¿Acaso crees que no lo sabía?

—¿Lo sabías?

—¿Me tomas por idiota? Tu novio aparece con una gallina en los brazos con el pico mutilado y quieres que piense que es casualidad.

—Él tenía razón. No debí llevarte allí.

—Ya te lo dije, me da igual lo que hagas en tus actividades extraescolares.

—Lo comprendiste y no dijiste nada...

En los ojos de Evita hay un destello de gratitud. Ella es una policía que proviene de Seguridad Ciudadana: durante el día velaba por el orden público y por la noche cometía allanamiento de propiedad privada. Si quisiera, Camino podría cargarse su carrera con solo levantar un teléfono. Pero no quiere. No es eso lo que busca.

—Entonces, ¿qué?

La inspectora toma asiento en una de las butacas. Se pasa las manos por la cara y mira a Evita con una expresión que la novata no le había visto hasta ahora. Es decepción. Camino está decepcionada.

—Vicente.

—¿Qué pasa con él?

—Trabaja en La Veganería.

—Sí, era donde quería llevarte ayer. Cocina para chuparse los dedos.

Lo último lo añade casi en un susurro. Camino la tiene descolocada. Y ella que creía que empezaba a crearse alguna especie de complicidad entre las dos.

—Es el exnovio de la desaparecida, Gallego.

—¿Vicen? ¿Te refieres a Sara Guerrero?

Camino la observa con una mueca escéptica y burlona.

—¿Qué más desaparecidas tenemos?

—No puede ser. Nadie me lo contó.

—Ya.

—Yo no conozco a su ex —se defiende Evita—. Ramón ha hablado alguna vez de que Vicen tuvo una relación que le dejó muy marcado, pero llevaba mucho tiempo solo. Luego, hace unos meses, empezó a salir con una tal Miren. Vino con él al último cumpleaños de Ramón. Un poco estrafalaria, pero maja.

Camino la escucha sin decir palabra. Decide que quiere ver su reacción, así que deja caer la bomba como si nada:

—Ayer tu amiguito pegó a Casas en su restaurante.

—¿Vicen pegó a Águedo? —ahora es Evita quien la mira incrédula.

La inspectora sigue escrutando su rostro, como si quisiera encontrar en él las trazas del engaño. Creía que Evita no sabía mentir. O finge como una actriz de Hollywood, o está diciendo la verdad.

—¿Por qué le pegó? —y luego, como si se hubiera dado cuenta de que no ha hecho la pregunta correcta—: ¿Fue... grave? ¿Águedo está bien?

Camino deja escapar un suspiro.

—Con la mitad de la cara inflada. Pero eso no es lo que importa ahora.

Le queda algo que preguntarle, lo más grave: la amenaza a Gerardo Zamora. Es su última

oportunidad de averiguar qué está pasando, tiene que ponerla contra las cuerdas. Difícilmente podrá dar explicación a eso.

—Lamento interrumpir.

Es Pascual, siempre tan oportuno. La inspectora le asaetea con la mirada, pero él entra en el despacho sin dudar y se le acerca con un papel doblado en la mano.

—Vi que os metíais aquí y es que esto... te va a interesar.

—¿Y tiene que ser ahora?

—Sí, jefa. Tiene que ser ahora.

Tercera parte

—Venga, perezosa.

—¿Perezosa yo? Te recuerdo que son las seis de la mañana.

—Exacto. Quedan catorce minutos para que salga el sol.

—Por mí como si se pone. Solo quiero dormir —Nati camina somnolienta por las callejuelas del centro de Florencia. A esas horas refresca bastante. Tiene frío, sueño y hambre. Y ella que pensaba que las vacaciones eran para disfrutar.

—Ya verás como no dices eso cuando lo veas. Para mí, el Ponte Vecchio es lo mejor de Florencia.

—Pero va a seguir ahí a las nueve o las diez, ¿no?

—Sí. Plagado de turistas. Y para entonces tú ya tendrás la foto con el puente vacío. Ya verás cuántos likes.

«Ya verás cuántos likes» ¿De verdad ha dicho eso? Nati piensa que su novio es tonto, pero se calla y sigue caminando. Están en su primer viaje como pareja y el enamoramiento empieza a desplomarse a una velocidad pasmosa. Es el resultado de pasar las veinticuatro horas juntos. Se ve forzada a oír sus pedos en el baño de la habitación minúscula que les han dado en el hostel y le irrita su manía de dividir el espacio escrupulosamente en dos y tener sus cosas colocadas a la perfección. Pero si hay algo que le molesta de verdad es esa manía de planificarlo todo. Programa el despertador antes de acostarse y ya tiene previsto lo que harán en cada minuto del día siguiente. Hasta para cagar tiene hora: después del desayuno hay que volver a pasar por el hostel y, una vez que acaba con su rutina mañanera, lanzarse al turismo de iglesias y museos. Y luego está lo cargante que es. Se lo explica todo con ínfulas de guía turístico, sin escatimar detalle. Como si no supiera ella que si resulta que ahora es un experto en Rinascimento italiano es porque lo acaba de leer en la Wikipedia.

Sí, Nati empieza a estar hasta el gorro. Pero a esas horas no tiene fuerzas ni para discutir. Va a darle el gusto de ver el maldito amanecer y después se meterá en la primera cafetería que encuentre a tomarse un par de espressos y un cruasán de Nutella.

Por fin llegan al final de la calle y ante ellos aparece el río Arno. Una brisa fresca le azota el rostro. Cruza los brazos alrededor del pecho y continúa caminando. A unos cientos de metros ya se ve el emblemático puente con sus estructuras coloreadas. Reconoce que tiene encanto, aunque a él no se lo dice. Saca las gafas de la mochila para apreciarlo mejor al tiempo que siguen acercándose. De repente, se para en seco. Marcos sonrío.

—¿Qué? ¿Chulo, eh? Anda, ponte ahí que te haga una foto.

Pero Nati no le devuelve la sonrisa.

—Marcos...

—Qué.

—Mira, el puente. ¿Qué es eso?

—Son las estructuras de las joyerías, del siglo XIV. Aunque no siempre estuvieron ahí. En el siglo XVI, Fernando I ordenó...

—Calla, idiota. Y mira.

En ese momento, el primer rayo de luz despunta sobre las aguas e ilumina lo que Nati está señalando. Varios cadáveres abiertos en canal flotan boca abajo a la altura del puente. Cuando comprende que son restos de seres humanos, sus gritos aterrados resuenan a lo largo y ancho del río Arno.

57.

«*Carnicería en Florencia*».

Es lo que reza el titular de la fotocopia que Pascual le ha puesto a Camino delante de las narices.

—Pero ¿qué demonios es esto?

—Parece que a nuestro asesino le han salido competidores.

Camino le arrebató la fotocopia de un zarpazo. Cuando acaba de leer, cada músculo de su cuerpo rezuma determinación.

—Necesitamos contactar con la policía italiana y recabar todos los datos. ¡Vamos, reunión de urgencia!

Pascual la sigue. Ve que Evita va detrás de ellos.

—Tú no. Ya vendré después a por ti.

Regresa sobre sus pasos, llama desde el teléfono de Ibáñez y pide que manden a alguien para vigilarla. Cuando un agente llega, aprueba con la cabeza y sale de allí.

* * *

Los dos toman asiento en la sala de *briefing*, donde siguen Lupe, Fito y Águedo. La tensión es patente en cada uno de los rostros. A la macabra noticia de Italia se suman los conflictos y recelos entre ellos. Águedo, con la jefa y con la nueva; Lupe, con la jefa y con la nueva. Fito, con la nueva. Camino, con Águedo, con Lupe y con la nueva. La nueva, con todos. Menos mal que se ha quedado encerrada en la otra punta. Pascual es el único que no tiene problemas con nadie, porque ha visto cómo ha tratado la inspectora a Evita y se arrepiente de haberse puesto celoso de esa chica, pero no es tan tonto como para abrir la boca el primero. Saca su cuaderno y pintarrajea formas geométricas al azar en espera de que la jefa abra fuego. No tarda mucho en hacerlo:

—En Florencia han encontrado cuatro cadáveres descuartizados; la réplica de muerte animal se repite.

—A mí no me parece que tenga nada que ver.

La inspectora dirige a Águedo una mirada de sorpresa.

—¿Nada que ver?

—Hablamos de otro país, una ciudad a dos mil kilómetros de aquí.

—Águedo tiene razón —Lupe sale en su defensa—. Puede ser un ajuste de cuentas de la mafia, una venganza siniestra o cualquier otra cosa.

—La obra de un psicópata italiano. No nos los quedamos todos nosotros —refuerza Águedo.

—Últimamente parece que sí —Camino está irritada porque sabe que ahora su propio equipo le va a poner la zancadilla. Suspira y decide capear el temporal con una serenidad insólita en ella. Después de todo, hay cosas que ellos desconocen—. Vamos a ponernos al día. Comienzo yo.

Cuatro pares de ojos la observan con curiosidad. Pascual deja de garabatear y cambia de página, dispuesto a tomar notas.

La inspectora relata el descubrimiento que ayer Arenas compartió con ella, pero omitiendo que él está en el ajo. No quiere que los demás se creen falsas esperanzas sobre su vuelta a la brigada, y además, sabe que no está bien trabajar de esa forma, pasándole la información bajo cuerda. Así, les habla de la relación entre los escenarios del crimen y las muertes como si fuera ella quien hubiera atado cabos: la antigua plaza de las Carnicerías y el emplazamiento exacto donde se ubicaba el matadero, lugar que eligió el asesino para abandonar el cadáver del hombre ternero; la plaza de la Pescadería con su milenaria cisterna, donde apareció el hombre pulpo; y por último, la pila del Pato donde aparecieron varios gansos muertos, punto en el cual fue hallado el cadáver del hombre oca.

—Entonces esa era la relación... El asesino no apuntaba hacia ningún lugar —Pascual dirige la vista al mapa donde siguen clavadas las chinchetas que señalan la ubicación de cada muerto.

—No. Al igual que su *modus operandi* es la réplica de muertes animales, los lugares elegidos para abandonar los cadáveres también han sido referentes de sacrificio animal en algún momento de nuestra historia.

Todavía están masticando las novedades cuando Camino lanza una pregunta al grupo:

—¿Habéis estado alguno en Florencia? —Lupe levanta una mano cautelosa—. De vacaciones, ¿verdad, Quintana?

—Luna de miel, hace demasiado tiempo —reconoce de mala gana, poniendo énfasis en el adverbio de cantidad.

—¿Hiciste un recorrido turístico o algo así?

—Sí, una guía nos llevaba por la ciudad. Era muy buena. Ilaria se llamaba —Lupe se sorprende de recordar ese detalle. Hacía mucho que no pensaba en aquello.

—¿Te acuerdas del Ponte Vecchio?

—Claro.

—Está lleno de comercios.

—Joyerías, sí.

Nadie sabe dónde quiere ir a parar la inspectora. Tampoco Lupe, que empieza a cansarse de ese

jueguito de preguntas y respuestas.

—¿No os contó Ilaria qué había allí antes de las joyerías?

Lupe arruga el entrecejo. Ha pasado más de una década. De repente echa el cuerpo hacia atrás, impactada por la revelación:

—Carnicerías.

—Exacto. Misma técnica, misma firma, incluso el espacio y su recreación histórica: el famoso puente, ahora símbolo de Florencia, era el lugar por donde los carniceros arrojaban los cadáveres de los animales sacrificados que no habían conseguido vender al acabar el día —la inspectora da unos segundos a su equipo para encajar el golpe—. Ya habréis leído cómo han bautizado allí los periodistas al asesino.

—*Il Macellaio* —susurra Pascual.

—Exacto. O sea, el Carnicero.

58.

Mora se lleva las manos a la frente.

Otra vez el teléfono sonando. No le da tiempo a soltarlo y ya comienza de nuevo. Así lleva desde que llegó. Presiones, exigencias, imposiciones por todos lados. Información para los periodistas, respuestas para los superiores y, por si no tuviera bastante con eso, su ex que tiene un ataque de nostalgia y no para de enviarle mensajitos. No quiere hacerle daño a Elsa, pero por su madre que no puede dedicarle ni un solo minuto. Y la otra venga a ponerse nerviosa. Que si te veo en línea, que si por qué no contestas, que si qué te he hecho yo para que me trates con esta arrogancia... ¿Es que no ve las noticias? ¿Acaso es la única en España que no sabe lo que está pasando? Ni siquiera habrá pensado que pueda afectarle. Su ex nunca fue muy dada a la empatía. Y lo cierto es que Mora por las noches no sueña con Elsa. Sueña con los cadáveres de los tres hombres asesinados. Sobre todo con el que vio encajado en el contenedor. Una de las cosas que le compensan de ser la comisaria es que se libra de la calle, y con ello, de malos tragos como ese. Esta vez no lo hizo, y ahora solo quiere que la pesadilla termine. Pero no la dejan trabajar en el asunto, porque lo único que puede hacer es contestar al teléfono una y otra vez. Como ahora. Escucha las órdenes de arriba, murmura alguna que otra afirmación y cuelga de nuevo.

Lo que le faltaba. Como si no tuviera bastante con la que tiene aquí montada, acaban de informarle de que le toca ejercer el papel de anfitriona. La comisaria Volpe, especializada en perfiles criminales, viene desde Italia para conocer de primera mano cómo están afrontando los tres asesinatos perpetrados en las calles sevillanas.

Suspira con resignación al consultar el reloj, ¿por qué tanta premura? Esa mujer ya está subida a un avión, aterrizará en el aeropuerto de Sevilla-San Pablo antes de que termine la mañana.

59.

—*El Carnicero...*

Camino les da unos segundos para que se hagan cargo de la situación antes de continuar.

—Pero dejemos eso a un lado por el momento. Vamos a centrarnos en nuestra ciudad, que es la que nos ha tocado mantener a salvo. Todos salimos ayer de aquí con deberes. ¿Quién empieza?

Los cuatro policías se miran entre ellos. Lupe alza la voz:

—Yo misma.

—Adelante.

La inspectora le ha reprochado que investigara a Evita en lugar de hacer su trabajo. Pero ella no solo ha cumplido con su parte, sino que además ha obtenido respuestas. Y arde en deseos de dejarlo claro.

—He recopilado los mataderos de la provincia —Lupe abre un dossier y saca seis fotocopias que entrega a Fito, sentado a su derecha, para que se quede una y pase el resto.

—¿Todos esos?

—Todos esos. Aquí van los informes de la vida laboral de cada uno de los desaparecidos en el último año —Lupe repite la maniobra con un fajo de folios. Los demás van recogiendo su parte y hojeando sin saber qué pretende decirles su compañera—. La muestra de ADN de un familiar de cada uno de los desaparecidos, también en el último año.

Misma operación de reparto.

—¿Algo de interés? —Camino se impacienta.

—Ya llego —dice Lupe con flema británica. Muy pausadamente, saca un nuevo folio de su dossier y lo sostiene en alto. En él hay una línea subrayada con fluorescente amarillo—. Federico Fuentes. Último trabajo: operario de despiece en el matadero de los Hermanos Chaparro. Dejó de ir el dieciocho de mayo. El veintiséis, su hermana Valeria interpuso la denuncia por su desaparición. Ayer tarde, Valeria autorizó la prueba de ADN, que fue tomada en su domicilio. Los resultados han llegado hace unos minutos: coincide al noventa y nueve por ciento con el cuerpo hallado en la plaza de la Alfalfa.

Lupe entrega una hoja igual a cada uno. Se ha tomado la molestia de subrayarlo en todas las copias, para que se vea bien clarito. Cuando acaba, se arrellana en su silla. No piensa decir nada más de la nueva, de momento. Está más que satisfecha con el golpe de efecto.

—¿Por qué no has contado antes nada de esto?

—Quería, pero no me diste opción.

Camino asiente, despacio. Sabe cuándo le toca callar.

—Eso significa...

—Que ya tenemos identificado al hombre ternero —Lupe completa la frase con aire triunfal.

Camino sigue asintiendo como una autómatas:

—Bien hecho, Quintana. Bien hecho.

—¿Se puede?

El acento no deja lugar a la duda. Ángeles Mora hace un ademán para que pase. Le da un poco de vergüenza recibirla en el cuchitril de Camino en lugar de su magnífico despacho, pero mejor no matarla a sudar. Ya se enterará ella solita de lo que es Sevilla con ola de calor.

Estrecha la mano firme de la comisaria Volpe al tiempo que la observa con curiosidad. No se la imaginaba tan mayor. Debe de estar a punto de jubilarse y, aun así, aparenta bastante más de sesenta y cinco. Su rostro está surcado de arrugas, en especial alrededor de unos ojillos desconfiados y unos labios finos que aprieta acentuándolas todavía más. Tiene una complexión robusta y unas caderas generosas, y al andar se le nota que le duelen las rodillas. Una viejecita, en definitiva. Eso es lo que les han enviado desde Italia. Lo único joven en su aspecto, si es que puede decirse así, es el tinte del cabello, de un azul añil que desentona con el resto del decrepito conjunto. En lugar de causar un efecto de frescura o alegría, provoca una sensación extraña.

—*Piacere*, comisaria —la voz es ronca y contradice sus palabras. No parece representar ningún placer conocerla. Al contrario, se la ve hastiada y de mal humor.

—¿Qué tal el viaje? —Mora está demasiado bien entrenada en el protocolo y las formalidades como para dejarse vencer por una mala cara. Esboza su mejor sonrisa y se acomoda en el minúsculo sofá biplaza, animándola a hacer lo mismo.

Ambas quedan sentadas muy juntas. Sus piernas se rozan a la altura de los muslos, produciendo una incomodidad mutua. Mora no ha querido ofrecerle la silla que las enfrentaría de un lado al otro de la mesa. Ahora la situación se le hace engorrosa y comienza a arrepentirse de no haberla conducido a su despacho.

Barbara Volpe se sobrepone a la irritación lo suficiente para contestar la pregunta de la comisaria española.

—Mal. No tenía ninguna gana de venir.

Ahora a Ángeles ya no le cabe duda de que esa mujer es una cascarrabias.

—¿Y por qué ha venido?

—Por lo mismo que hace usted las cosas en su trabajo, me imagino. Porque me lo han ordenado.

—Me dijeron que era especialista en perfiles criminales. De las mejores de su país —Mora

trata de regalarle los oídos.

—Y lo soy. O lo era. Pero se lo dirían a fin de que se quedara tranquila. Lo único que quieren es quitarme de en medio. Para ellos no soy más que una vieja achacosa a la que hay que pagar una nómina muy alta. Antes me respetaban, ¿sabe? Pero ahora tan solo les parezco un estorbo.

—En fin, no sea tan dura...

—Y para ustedes no soy nada mejor —la interrumpe la italiana—. Sé que están hasta arriba y que las injerencias les suponen una carga extra. Así que le facilitaré las cosas: no hace falta que finja sonrisas de amabilidad ni que me acompañe a comer ni me enseñe las instalaciones. Sé hacer esas cosas solita. Bastará con que me diga quién está a cargo de la investigación y me den una copia del expediente.

No es fácil descolocar a Ángeles Mora, pero Barbara Volpe lo ha conseguido. Está sopesando si rebatir sus argumentos. Barbara no le da tiempo a tomar una decisión.

—Sé lo que está pensando, y es una tontería. Usted es comisaria, yo soy comisaria. ¿Y qué? No se me van a caer los anillos por trabajar con alguien inferior en la jerarquía. Dígame, ¿quién lleva el caso?

Ángeles la mira con simpatía por primera vez. Tiene que contener una sonrisa al imaginar a esas dos mujeres trabajando juntas.

—La inspectora Camino Vargas, jefa del Grupo de Homicidios. Ahora está reunida con su equipo. Venga, se los presentaré.

—Bien —Barbara se levanta apretando los dientes. Desde que la crisis dio barra libre a los recortes en los servicios públicos, todos los pasajes de avión los compran en clase turista. Se ha pasado las dos horas y media encajada contra el asiento reclinado del gigantón que le ha tocado delante. Las malditas rodillas la están matando.

61.

—¿La hermana ya sabe que es él?

—No. Habrá que darle la noticia.

—Se la darás tú, Quintana. Y recopilas toda la información de Federico Fuentes que puedas — Lupe está inflada como un pavo real. El caso del hombre ternero vuelve a ser suyo—. ¿Algo más sobre la plaza de la Alfalfa? —Pascual carraspea—. ¿Sí, Molina?

—Me dijiste que comprobara que Antonio Franco no tenía antecedentes.

—¿Quién? Ah, sí, el hombrecillo —recuerda Camino.

—Pues los tiene. Tu intuición fue correcta.

—Vaya, vaya. ¿Y de qué, si puede saberse?

—Delito de estafa e intento de cohecho a un agente de la autoridad. Fue condenado a seis meses por alquileres falsos. Cobraba la reserva y el pago del primer mes y después desaparecía del mapa.

—Joder con el hombrecillo.

—Seguro que no está limpio —murmura con tono resentido Pascual, a quien le había generado confianza el aspecto formal de Antonio.

—Puede ser. Esa gente tarda en aprender.

—¿Entonces qué? ¿Vuelvo a hablar con él?

Pascual, ese hombre disciplinado y estricto que no tolera las infracciones. Ya que con ella a veces tiene que tragar una indulgencia forzada, Camino decide que será mejor ceder en algo. Después de todo, ese mamarracho le caía bastante mal.

—Está bien. Apriétale las tuercas. Ve a su casa y husmeas todo lo que puedas. Descartemos que tenga algo que ver con los crímenes. Y si de paso descubres algo sobre otra estafa, hacemos una diligencia de traspaso a Delitos Económicos. Además, siempre está bien volver a ver el escenario del crimen. Lupe se va contigo y así lo conoce *in situ*, que el caso es suyo.

Pascual y Lupe se miran sorprendidos. Nunca han compartido misión, pero a ninguno le disgusta. El oficial comienza a resignarse a no tener ya el monopolio de acompañante de la jefa. En ese momento, Águedo sale de la habitación sin decir nada. Camino va a gritarle que qué se cree que está haciendo, pero no tiene ganas de más conflictos. Como si se va ya directo al bar.

—Otra cosa, Molina. ¿Qué averiguaste en la granja de patos?

—Que lo que hacen es grotesco. Y que, efectivamente, la campaña que se centró en ellos les hizo mucho daño. A Gabriel tuvieron que echarle porque el muy tonto lo contó todo a cámara.

La inspectora niega, apenada.

—Y se encumbró como referente del maltrato a esos bichos.

—Exacto.

—¿Algo más?

—Lo de la dirección IP.

—Ya lo hemos hablado —Camino corta a Fito antes de que siga. Esa baza se la guarda ella para la policía que ha dejado encerrada en un despacho. Piensa acabar lo que empezó en cuanto pueda—. ¿Tienes algo más o no?

El subinspector niega con desgana.

—He seguido el rastro a la entrada de la cisterna. En teoría hace meses que nadie pisa por allí. La última vez fue una noche de esas de puertas abiertas que organizó el Ayuntamiento. El empleado encargado de abrir y hacer de guía para los visitantes acabó su contrato hace dos meses. Era un arqueólogo emeritense que volvió a su ciudad. Nadie se ha interesado por ella desde entonces. Salvo los políticos, que se echan en cara entre ellos el pastón gastado en rehabilitarla para que ahora esté cerrada.

—Está bien.

Camino observa a su equipo. Águedo vuelve a entrar y se sienta como si nada.

—Vale, puesta al día completada. Volvemos entonces a lo de Italia.

—Yo también tengo algo.

Las miradas de inquina que se cruzan el oficial y la inspectora no tienen desperdicio. Camino solo espera que no vuelva con lo de Vicente Frías. Pero hay un brillo inusual en los ojos de Águedo, y le invade la certeza de que ha dado con algo importante.

—Adelante, Casas.

—Sara Guerrero —levanta la copia del informe de vida laboral que le entregó Lupe al comienzo de la reunión. Todos buscan la suya y la miran—. Empleada de Zara en los últimos dos años. Nos parecía normal, dado que se graduó en Química y eso no tiene, digamos, muchas salidas. Pero Sara es una mujer con un expediente brillante. Y si nos saltamos el vacío de varios años en su trayectoria laboral y vamos atrás en el tiempo, comprobaremos que nada más acabar la carrera consiguió una beca de investigación en la universidad. Estaba financiada por una empresa de cosméticos. La Tesorería de la Seguridad Social no ofrece muchos datos. Una fecha de alta y otra de baja, unos cientos de días cotizados y poco más. Yo os cuento el resto —para entonces, todos le miran como hipnotizados. Él se yergue sobre su asiento y prosigue—: El proyecto era de tres años. Lo abandonó once meses después de comenzarlo. Cuando hablé ayer con su madre me dijo que no le merecía la pena y di por hecho que se refería a la precariedad de ese tipo de becas.

He vuelto a llamarla ahora. Me ha confirmado que no fue por eso. Sara no lo soportó. Los primeros meses no fue del todo mal, pero después vinieron las pesadillas, la ansiedad, los cambios bruscos de humor. Tuvo que dejarlo.

—¿Por qué?

—Su función era testar un nuevo producto de la empresa anotando todos los resultados de los ensayos. Experimentaba con animales vivos.

62.

Tras la revelación de Águedo, no se oye ni una mosca.

Todos saben cuál será la próxima víctima y eso lo convierte en una carrera contrarreloj. Camino toma las riendas:

—Casas.

—¿Sí, jefa? —hay una cierta petulancia en el tono de voz.

—Habla con esa empresa de cosmética. Y con la universidad. Localiza al coordinador del proyecto y que te lo cuente todo. Averigua qué era exactamente lo que hacía Sara con los animales, y con qué animales. Entérate también de quién conocía el proyecto, si era secreto, si se publicó o se filtró de alguna forma, ¡todo! Tenemos que encontrar a esa mujer viva.

Camino se da cuenta de que su gente ha trabajado duro. Todos han logrado avances en un tiempo récord. Toca ordenar los nuevos datos y en algún momento la clave se revelará ante sus ojos. Tiene un buen equipo. A veces no lo valora lo suficiente.

—Habéis hecho un gran trabajo —los policías se miran extrañados. Qué raro oír de labios de la jefa algo parecido a una felicitación—. Sin embargo, nos queda algo que aclarar. Molina, ¿te importaría ir a por Gallego?

Pascual se levanta y vuelve un minuto después con ella. A Evita las miradas de desdén que le clavan sus compañeros le dan ganas de llorar. Pero aguanta, como aguantó el día que vio el cadáver, como aguantará lo que haga falta.

—Casas, resume para Gallego lo que has averiguado sobre Sara.

Águedo vuelve a referir las novedades. Está encantado de poder hacerlo, y de que la nueva las escuche de su boca. Cuando calla, todas las cabezas siguen giradas hacia ella. Esperando.

—Yo no conocía a Sara Guerrero —protesta débilmente.

—Conoces al sospechoso principal de su desaparición.

—Y te lo habías callado —Lupe no puede por menos que decirlo, pero se gana un codazo de Fito y un reproche en los ojos de Pascual.

—Es un viejo amigo de Ramón. Yo no sabía que él...

—Pues te vas a enterar bien —dice Camino, implacable—. Eso si es que no acabas del otro lado de las rejas en cuanto lo aclaremos todo. Porque primero hay algo que nos tienes que contar. Alcalá, adelante.

Al subinspector le coge desprevenido la exhortación, pero se repone enseguida. Busca entre sus papeles, ondea uno y se pone en pie:

—Pedí al grupo informático que rastreara los comentarios del vídeo en el que Gerardo Zamora apaleaba a un pulpo. Seleccionamos los negativos y, entre ellos, los que podían constituir una amenaza.

—¿Cuántos?

—Nos centramos en los veinticinco peores. La mayoría vienen de toda España, algunos incluso de otros países. Pero había varios de Sevilla.

Camino mira de reojo a Evita, que escucha a Fito con su cara de santurrón.

—Nos falta identificar quiénes están detrás de la IP. Para eso necesitamos la autorización del juez.

—Pero... —la inspectora le anima a continuar, impaciente.

—Pero tenemos las ubicaciones. En concreto, una que quizá a alguien de esta mesa le resulte conocida: calle Bami, número diez.

Evita palidece al oír su dirección.

—¿Qué... qué decía el comentario? —pregunta ansiosa.

Fito lee entre líneas hasta que da con el párrafo que busca. Carraspea y pronuncia con voz sonora:

Te crees muy superior por hacerle eso a quien no puede defenderse, pero lo que eres es un mierda que merece ser pagado con la misma moneda. Cuidate las espaldas porque cuando menos te lo esperes, te haremos lo que tú les haces a los pulpos. Cogemos un bate y reventaremos cada órgano de tu cuerpo. Luego te patearemos la cabeza hasta que no te reconozca ni tu madre. Te agarraremos y te arrojaremos contra un puto bordillo y seguiremos así hasta que estés muerto. Pero antes, mucho antes, desearás estarlo.

La lividez de Evita ha adquirido un tinte alarmante. Le tiemblan los labios y las manos. Si no le hubiera ocultado información desde el principio, a Camino incluso le daría pena. Pero lo que siente por encima de todo es rabia. Rabia por haberse dejado engañar por una sonrisa tierna y un rostro angelical. Ella es la que le dice a su gente que no se fíen de las apariencias. Que empleen el coco, no las entrañas. Las entrañas sirven para otras cosas. Y si ella hubiera hecho un poco más de caso a su parte racional, se habría dado cuenta de que Evita estaba demasiado enteradilla. Que le iba soltando la información como quería.

—¿Te suena de algo, Gallego? —le pregunta, obligándola a volverse hacia ella.

Evita la mira sin verla. Sigue inmersa en sus propios pensamientos. Nunca se había sentido tan acorralada. Ni siquiera en el instituto, cuando Paula, la chica más popular de todo segundo, la metió en los baños a través de mentiras y allí se encontró con otras cuatro que las esperaban. Le pegaron una paliza y la dejaron con la cabeza metida en el váter. Y todo porque el noviete de

Paula la había acompañado un par de veces a casa y le mandaba mensajitos en clase. Así se siente ahora ella. Con la cabeza metida en el váter. Hasta arriba de mierda. De una mierda que, como aquella vez, no ha visto ni venir. Y todo por lo mismo. Por un hombre. Por un niñato. Al final, lo único que sale de sus labios son dos palabras.

—Maldito Ramón...

63.

La puerta se abre de improviso.

Por ella entra la comisaria Mora seguida de una anciana de cabello azul. El flequillo le cae despeinado sobre la frente sin ocultar del todo los surcos que le cruzan de lado a lado. La anciana se deja caer en una silla vacía y los mira a todos con indiferencia.

Ángeles se encarga de las presentaciones.

—Es la comisaria Volpe. Especialista en realizar perfiles criminológicos. Le han encomendado la misión de cooperar con nosotros a raíz de las muertes en Florencia. Comisaria, le presento a la inspectora Vargas, el subinspector Alcalá, los oficiales Molina y Casas y las policías Gallego y... y...

—Guadalupe Quintana —dice Lupe frunciendo los labios con rabia. Lo sabía, sabía que no se acordaría de su nombre.

—Eso.

—Entonces, ¿los crímenes podrían estar conectados? —pregunta Fito mirando a las dos comisarias.

—Eso es lo que tratamos de descartar —contesta Barbara con voz ruda y un castellano firme.

—Bien, yo me marcho. Cualquier cosa, comisaria..., ya sabe dónde encontrarme.

Y sin más, Mora le toma la palabra a Volpe y desaparece de allí.

Durante unos instantes que se hacen eternos, nadie pronuncia palabra. Camino espera a que sea la invitada la que explique algo más sobre su presencia allí, pero esta se dedica a mirar por la ventana como si el tema no fuera con ella. Al final, desesperada, es la inspectora quien reanuda la reunión:

—Justo íbamos a hablar de los sucesos acontecidos en Florencia. Quizá pueda introducirnoslos usted.

Barbara la mira con indolencia y pide un vaso de agua. Solo después de bebérselo de un trago, carraspea y comienza a desgranar datos:

—Los cadáveres han sido identificados como Stefano Colombo, Vincenzo Mazzoni, Filippo Giacometti y Carlo Pavone. Las edades van entre los veintiocho años de Filippo y los treinta y siete de Vincenzo. Todos trabajaban en la misma empresa.

—¿El sector cárnico? —tantea Camino.

—Sí. En un matadero de las afueras.

—¿Qué animal...? —la inspectora Vargas no sabe cómo formularlo, pero Barbara tiene muy claro lo que quiere preguntar.

—Cerdos. Mataban a cerdos. Y ellos han sido sacrificados de la misma forma.

—Los hombres cerdo —musita Lupe.

Barbara la mira con una expresión extraña, a medias entre la burla y el espanto. Luego retoma su relato:

—Tenemos mucho porcino por allí. Las explotaciones y los mataderos se distribuyen por todo el norte y el centro de Italia, incluida la Toscana. Una vez criado y sacrificado el cerdo, los perniles se envían a Langhirano para su producción.

—¿Dónde?

—Al sur de la región de Emilia-Romaña. Así el *prosciutto* saldrá con la denominación de origen de Parma.

—¿Qué otros datos tiene?

—No mucho más. Salvo lo obvio: si las muertes estuvieran relacionadas con las de Sevilla, sería difícil para una única persona haberlo orquestado todo.

—¿De qué estaríamos hablando, entonces?

—De una organización criminal que traspasa fronteras —la comisaria lo dice de una forma tan natural que nadie se atreve a rebatirla.

64.

Evita entra como un vendaval.

Su cara de furia habla por sí sola. Los jóvenes que hay en la puerta con folletos de la asociación la miran con curiosidad. El chico de recepción va a saludarla pero se queda con la palabra en la boca. Ella recorre el pasillo frenética y llega hasta la última estancia, donde Ramón comparte el espacio con Álex, el responsable de comunicación y marketing.

—¡Estúpido! ¡Estúpido, estúpido, estúpido! —se lanza sobre su novio y comienza a pegarle con los puños cerrados. Él se tapa la cabeza en un acto reflejo y los golpes caen sobre su espalda, sus manos, su nuca.

Álex se levanta asustado y trata de separarla. No es tarea fácil. Pese a su estatura, la rabia le ha hecho sacar fuerzas de donde parece imposible.

—¡Evita! ¿Se puede saber qué te pasa? —pregunta cuando al fin lo consigue.

Ella intenta escabullirse y le mira con los ojos inyectados en sangre.

—Esto no va contigo, Álex. Suéltame.

—No hasta que te tranquilices.

Evita deja pasar unos segundos.

—Ya estoy tranquila. Déjame a solas con Ramón.

Álex la suelta a regañadientes y cierra la puerta tras él.

Ramón se atreve por fin a girarse y mirarla a la cara. Normalmente el de los ataques temperamentales es él.

—¡Me han retirado del caso! ¿Contento?

—Pues no, y no entiendo por qué lo pagas conmigo.

Evita se apoya en la puerta y se deja caer hasta dar con el culo en el suelo. Entonces, muy quedamente, comienza a sollozar.

—Ni una semana he durado. Ahora nadie volverá a confiar en mí. ¡Y todo por tu culpa!

—Por mi culpa, esta sí que es buena. Si hasta tuve que aguantar a la inspectora pelma esa. Fuiste tú quien la llevaste al santuario para que metiera las narices donde quisiera. Además, eres miembro del Frente de Liberación Animal de forma voluntaria, nadie te ha puesto una pistola en la sien.

—¡No hablo de eso!

—Entonces, ¿qué pasa?

El tono y la expresión de su novio comienzan a delatar nerviosismo.

—El vídeo del pulpo. Dejaste esos comentarios, ¿verdad? ¿Por qué tienes que ser siempre tan agresivo? ¿Por qué lo hiciste?

Ramón se queda en silencio.

—¿Eh? ¿Por qué? —la voz de Evita sale entrecortada entre los hipidos.

—Ya me acuerdo. El miserable del restaurante que se ensañaba con un pulpo. Se merecía un sustito.

—Saben que lo hiciste desde casa. Desde *mi* casa, porque te recuerdo que estoy empadronada allí.

—¿Y qué? Tampoco es tan grave. Ni siquiera constituye delito de odio, porque no va en contra de su sexo ni de su ideología ni...

—¿Es que eres tonto? —Evita se desespera—. ¿No sabes que es uno de los tipos a los que se han cargado? ¿Exactamente de la forma en que tú le amenazaste desde el ordenador de casa?

La seriedad que invade de repente las facciones de Ramón le hace parecer un hombre distinto, uno que por fin entiende y cuya mente está sopesando las consecuencias del hallazgo de los policías. Se la queda mirando con sus ojos oscuros, pero no dice ni una palabra.

—Ahora mis compañeros creen que lo hice yo. O que tengo algo que ver —Evita se levanta y abre la puerta. Justo antes de salir, se voltea y mira esos ojos profundos, indescifrables—. Ramón.

—Dime.

—Ya no sé hasta dónde eres capaz de llegar.

65.

El hombre divisa a lo lejos a los dos policías.

Levanta la mano en señal de saludo y espera guarecido a la sombra del portal.

—Buenas tardes, don Antonio. Gracias por recibirnos.

Pascual le da un fuerte apretón de mano y le presenta a su compañera, una mujer de treinta y tantos, ni guapa ni fea, con una cara del montón que no tardará en olvidar. Don Antonio disimula el disgusto. La policía ya no es lo que era, a este paso ya pronto solo habrá mujeres en el cuerpo. Se pregunta cómo van a atrapar a los malhechores esas señoras. Y no acierta a imaginárselo.

—No se preocupe, de todas formas tenía que venir a dar una vuelta.

—¿Viene todos los días?

—Ya sabe, siempre hay alguna cosilla que hacer.

—No le entretendremos mucho. Oiga, aquí hace calor. ¿Podemos pasar dentro?

Don Antonio deja la puerta abierta y les franquea el paso. Primero a la mujer, luego al oficial.

—Me refería a su piso, para hablar más tranquilos.

El hombre no puede reprimir un gesto de inquietud. Sus ojos rehúyen los de los policías.

—Si no les importa, nos quedamos en el descansillo. Se está más fresco.

—En realidad sí que nos importa. Hay decretado secreto de sumario, y aquí nos puede oír cualquiera.

—No se preocupe, los inquilinos estarán pateándose Sevilla. Les da igual la hora. Un día le va a dar un jamacuco a alguno. Lo mismo están a las cuatro en lo alto de la Giralda que a las cinco subidos a una calesa.

—Por si acaso.

A don Antonio le cuesta ceder. Trata de mantenerse sereno, pero le traicionan sus manos, retorciéndose la una contra la otra. Es entonces cuando Lupe interviene:

—Mire, yo necesito un aseo, es urgente. Me ha venido la regla y lo voy a poner todo perdido — dice dirigiéndole una mirada cómplice a Pascual.

La turbación de don Antonio aumenta. Ahora parece que se va a acabar arrancando los dedos.

—Puede ir a un bar.

—No sea desconsiderado, hombre —la ayuda el oficial.

—Además es que no llevo. Desde que tuve al niño, me viene la sangre en tromba, es como si

hubieran levantado una presa. No se imagina...

—Está bien, está bien —don Antonio la interrumpe con desagrado y saca las llaves del bolsillo. Se dirige con pasos lentos a la puerta blindada que hay en el bajo. Nada que ver con las del resto de pisos.

Entran en una vivienda de persianas semicerradas, cortinas de visillo echadas y muebles antiguos cubiertos de polvo. No hay una sola esquina a la que le falte su tela de araña correspondiente. Está claro que por aquí no viene nadie a limpiar, ni Juani ni las de la franquicia que se encargan del resto de pisos.

Don Antonio va directo hacia una puerta a mitad del pasillo, la abre y enciende la luz.

—Aquí tiene el baño.

—Gracias. Tardaré un poco, la copa menstrual a veces tiene su miga, ya sabe.

—Lo que haga falta —gruñe él, que ni sabe ni quiere saber. Cierra y vuelve a la sala, donde Pascual espera de pie.

—Dice que tardará.

—Estoy acostumbrado. Cosas de mujeres —contesta con un gesto de hastío que solo a medias es fingido.

Don Antonio invita a Pascual a sentarse y lo hace él a su vez. Está muy tenso, no se ha llegado a reclinar y mantiene un silencio forzado e incómodo. Pero el oficial sabe llevar a la gente como él. Con una sonrisa comedida, prudente pero amable, empieza a darle coba. Que qué tal va el sector inmobiliario, que cómo está la vida de cara. Comentarios de relleno, al menos en apariencia. Porque el hombre entra al trapo como un toro en el ruedo: contesta que el tema está fatal, que tiene razón, que ya no es lo que era, que vaya país que se nos ha quedado, que si el euro, que si los políticos, que si la pensión no da ni para pipas, que si uno tiene que buscarse la vida para llegar a fin de mes. El oficial conviene en todo, se queja de cuánto han cambiado las cosas, de que no podamos volver atrás en el tiempo y quedarnos como estábamos. Sin que don Antonio se dé cuenta, se lo ha metido en el bolsillo. Ahora está relajado, guiado por esa solidaridad secreta que se genera entre hombres cuando no hay mujeres por medio. Piensa que da gusto hablar con personas así. Y que si todos en la policía fueran como él, no nos iría como nos va.

Mientras tanto, Lupe recorre las habitaciones con todo el sigilo y la celeridad que puede. El piso se mantiene congelado en una época pasada. El primer cuarto perteneció a un hijo que se marchó hace mucho. Conserva la foto de la orla, archivadores de apuntes de la universidad y algún peluche del que nunca fue capaz de desprenderse. El segundo es la habitación de matrimonio, con sus santos en las mesitas de noche y su crucifijo en lo alto de la cama. En una cómoda, la foto en blanco y negro de unos recién casados con rostros cohibidos y sonrisas algo forzadas, y al pie de la cama, un perchero de nogal en el que antaño la mujer de Antonio le dejaría colocada la ropa que se pondría al día siguiente. Lupe se pregunta qué ha sido de esa familia. Si el

hijo llama alguna vez al padre, si la mujer falleció o se cansó de planchar las camisas de otro o si acaso van camino de las bodas de oro y se han mudado a un piso y a una vida mejor. Se sorprende a sí misma preguntándose dónde y cómo vive ahora ese hombre, qué balance hace de su existencia, si ha logrado ser feliz o si nunca llegó a preguntárselo. Y también se pregunta cómo será su vida dentro de treinta años, si también dejará atrás un piso fantasma en el que alguien evocará la vida que hoy tiene con Jacobo y Jonás. Y se responde que no es momento de contestar a todo eso, porque hay una tercera puerta y está cerrada con llave. De dentro emana un tufo que cualquiera acertaría a distinguir.

* * *

—Oiga, y sus cosas, ¿cuáles son?

—¿Qué quiere decir? —pregunta Antonio, confundido.

—Usted nos dijo el día de autos que este piso lo tenía para sus cosas.

El hombre se queda pensativo antes de contestar.

—Nada, en realidad.

—¿Cómo que nada?

—La parienta me pone la cabeza como un bombo y me vengo aquí a estar un rato en paz.

Pascual le mira con cara de escepticismo.

—¿Qué quiere? Otros se van al bar a beber vinos y jugar al mus. A mí esto me sale más baratito. Me siento en el sillón y me dejo llevar por mis pensamientos.

Pascual intuye que está ante un tacaño de excepción, categoría «más rico del cementerio». De esos que se pasan la mitad de la vida echando cuentas para no gastar y la otra mitad pensando en cómo ingresar un poco más. Y luego esa vida se acaba y un hijo o un sobrino o un país que nunca hizo nada por él lo dilapida en dos patadas.

En ese momento oye un ruido que llega desde el pasillo y lo único que se le ocurre es toser con fuerza.

—¿Quiere un vaso de agua? —su contertulio se levanta solícito.

—¡No! Esto..., ya se me ha pasado. Siéntese, por favor.

A Pascual nunca se le ha dado bien disimular. El hombre empieza a comprender que se la han jugado:

—En realidad, su compañera tarda demasiado. Voy a ver si se encuentra bien.

Pascual se lanza tras él balbuceando algún pretexto, pero no le da tiempo a retenerle. Don Antonio se ha colocado en el pasillo de dos zancadas y llega justo en el momento en que Lupe consigue desbloquear la puerta.

—¿Pero qué demonios...?

El rostro de don Antonio está blanco como el papel. Pascual llega hasta la habitación y asoma la cabeza. Lo que ven sus ojos supera todo lo que su imaginación había elucubrado sobre el hombrecillo.

—¿Animales?

La habitación es una granja exótica. Hay un acuario con tortugas de Florida, cotorras de un verde eléctrico y preciosos guacamayos azules y amarillos, un terrario con diferentes tipos de serpientes, otro con iguanas y varanos e incluso una jaula donde descansan un par de mapaches. Huele a pienso y a excrementos que echa para atrás.

—Y por lo que veo, todos de especies prohibidas en España —apunta Lupe.

El hombre tartamudea sin saber qué decir.

—¿Trafica con animales, Antonio? Primero las estafas y ahora esto. Con los antecedentes que tiene, se le va a caer el pelo.

De repente Antonio ya no es don. Y el oficial ya no es un hombre educado y buen conversador. Es el policía que le va a trincar.

—Yo... Los vendo —explica con voz temblorosa—. Lo he hecho toda la vida. Antes en el mercado de animales, el que se montaba en esta misma plaza. Era una atracción turística más. Luego lo prohibieron, pero la gente me seguía llamando. Así que los recogen aquí.

—¿Y por qué siguió haciéndolo si sabía que ya no era legal? —pregunta Molina.

—Un dinerillo extra, ya sabe.

—No, no sé. Yo no llego a fin de mes y no se me ocurre vender pitones.

—De eso precisamente quería hablar —se dirige a Pascual en un susurro inaudible para la propia Lupe—. Yo podría echarle un cable.

La mirada de desprecio que le clava Pascual no le alienta a seguir por ese camino. Era su única salida, pero quizá se ha equivocado. Le tomó por un veterano de la vieja guardia. De los que hicieron la vista gorda con sus estafas durante años. Hasta que apareció una recién llegada que le colocó las esposas como a un raterillo cualquiera cuando le ofreció lo mismo que llevaba pagando a los demás. Le humilló hasta el tuétano y de paso le hundió la vida. Tardó mucho en remontar. Su hijo aún no se lo ha perdonado y desde entonces su mujer no ha dejado de mirarle por encima de un hombro moralmente superior.

Se oye un sonido sibilante y los tres enfocan la vista en el terrario. Entre crías y adultas, no hay menos de veinte serpientes. Alguna alcanza los tres metros de largo. Lupe queda hipnotizada ante una visión tan majestuosa. Una de ellas, consciente de ser el centro de atención, pega el hocico al

crystal y clava en ella unos ojos de un amarillo vivo que no reflejan mucha simpatía. La policía consigue despegar la vista y observa la jaula de ratones ubicada a unos metros del terrario. Se estremece al percatarse de que son su alimento. A falta de otra presa mejor.

—Si me denuncian, quién sabe dónde irán a parar estos pequeños —Antonio cambia de estrategia, pero su tono meloso es más falso que un duro sevillano.

—Como si su destino le hubiera importado alguna vez.

—Y yo... ahora no me libraría de la cárcel. Míreme, soy un viejo achacoso. ¿Qué voy a hacer ahí?

Pascual contempla aquel tinglado por última vez. Los mapaches están encaramados en la jaula y les ponen ojitos. Cualquiera diría que son animales adorables. Las iguanas permanecen inmóviles, como si nada de lo que está ocurriendo fuera con ellas. Una cotorra comienza a declamar «ciento cincuenta euros» una vez tras otra, avergonzando al ya angustiado Antonio.

«Las normas están para cumplirse», se dice el oficial. Suelta un suspiro profundo antes de dar por zanjado el asunto:

—A los del Seprona les va a encantar.

67.

Alguien vuelve de tirar la basura cuando una sombra se le cruza en la oscuridad.

No puede evitar pegar un respingo. Después agarra la manga de su camisa y tira con fuerza hacia el callejón.

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¿Es que has perdido la cabeza?

—*Tu hai detto che volevi parlare.*

—¡Pero no que vinieras desde Italia, joder!

A veces tiene la sensación de que la ineptitud domina el mundo. La policía, los periodistas. Incluso quien está de su parte no hace más que acarrearle disgustos.

—*Le comunicazioni non sono sicure, cosa vuoi? Parlare al cellulare?*

—¿Y crees que venir hasta aquí sí es seguro? Podrían rastrearte.

—*E tu? Sai quanti italiani sono a Sevilla in questo momento? Quanti hanno viaggiato sul mio aereo?*

Lo que omite decir, por no poner más histerismo a la cosa, es que en ese mismo avión iba también la comisaria Volpe. La conoce bien. Ha seguido sus investigaciones durante mucho tiempo.

—*Bene, dimmi perchè sei così nervoso.*

—¿Por qué cuatro?

—*Cosa?*

—Tenía que ser uno, no cuatro. ¡Uno!

—*È più spettacolare.*

—Esto tiene un método. Hay que seguir los pasos.

—*Erano tutti dei bastardi. Adesso, sono tutti morti.*

—¡Las cosas no se hacen así! —ha gritado sin querer. Baja la voz y vuelve a asir su camisa—. Llevo años preparándolo al milímetro. Tú quizá no lo veas, pero hay un orden, es como el cosmos. Si algo se cambia arbitrariamente, todo puede derrumbarse.

—*Non essere così pesante. Non hai letto il giornale? «La macelleria di Firenze.» Insuperabile.*

—No entiendes nada... Nunca has entendido nada. Lárgate, vamos. Y no des ningún paso hasta que me comunique contigo.

La sombra se aleja en la oscuridad. Respira al verla desaparecer. Lo que no sabe es que todavía le espera una sorpresa más al llegar al portal de su casa. Su nombre resuena alto y claro en el umbral vacío. Al girarse, se topa con alguien que es de él de quien demanda explicaciones.

68.

A Camino no le quedan uñas ni padrastrós que arrancar.

Se mira las manos y se da cuenta de que las tiene hechas un desastre. Desde que recibió el mensaje de Paco le ha costado centrarse. Pero es que ese mensaje augura y condensa en unas pocas palabras lo que lleva soñando durante mucho tiempo. Lo relee por enésima vez:

Nos vemos en tu casa. Tengo algo muy importante que decirte.

Se pregunta qué lo habrá desencadenado. Si habrá discutido con Flor, si ella lo habrá echado de casa, o si está contándose el cuento de la lechera y Paco todavía no ha dado ningún paso. Puede que ni siquiera se plantee separarse de su mujer. Da igual. Él nunca antes ha estado en su piso. Y nunca hasta ahora ha tenido algo muy importante que decirle. Así que va a dejar que las cosas sucedan y a dedicarse a disfrutar de la velada.

Introduce los canelones en el horno y lo programa para cuarenta minutos. Los ha adquirido en el supermercado una hora antes y es lo mejor que ha podido encontrar que no le exija encerrarse en la cocina. Ni le gusta ni se le da bien. Para compensar la comida procesada, se ha dejado los cuartos en una botella de Gladiator Reserva, un tinto elaborado en Badajoz que homenajea a Maximus Decimus Meridius, aguerrido gladiador de las arenas del Imperio. A Paco le interesa todo lo que tenga que ver con los romanos, con el buen vino y con su región de nacimiento. A pesar de los años, sigue orgulloso de decir que es de origen extremeño. Como Gladiator. Y como el vino con el que van a brindar.

Se va directa a la ducha y deja que el agua fría refresque su cuerpo mientras los canelones se descongelan y adquieren ese apetecible tono dorado. Se lava el pelo, lo arregla con el difusor, se embadurna entera con una crema hidratante perfumada y se coloca una mascarilla exprés cuya caja proclama que en cinco minutos le dejará la piel más lisa, rejuvenecida y hasta luminosa. No se cree ni una palabra, pero igualmente la mantiene en su rostro el tiempo de rigor. Cuando la retira, contempla el resultado en el espejo. Lo único que le brilla son los ojos, y ese mérito no es la mascarilla la que puede atribuírselo.

De vuelta al dormitorio, revuelve en la cómoda para dar con la ropa interior apropiada. Se prueba varios conjuntos. No, no va a ponerse ese *body* rojo tan descarado. Paco saldría de allí

corriendo, sin muletas ni nada. Ni el sujetador blanco de primoroso encaje. A estas alturas no se las va a dar de virgen. Un tanga tampoco, le da vergüenza que él le vea el pandero en toda su enormidad. Es curioso, porque le encanta lucirlo y pavonearse con sus ligues de una noche. Pero con Paco se siente como una adolescente insegura.

Al final se decide por un conjunto sencillo con el que se siente cómoda, sostén y braga negros. Clásico pero *sexy*. Sobre él se coloca un vestido ligero y se va al salón a hacer tiempo.

Paco ya tiene que estar al caer. Para sobrellevar la espera, se centra en su otro motivo de preocupación. Alguien ha filtrado detalles confidenciales sobre el caso: el vídeo del pulpo, que en unas horas ha multiplicado por veinte las visitas y ya lleva cerca de un millón de visualizaciones. Y también lo de Gabriel. Los medios están como locos, han conectado los tres crímenes y no han tardado en adjudicarle un sobrenombre al demente que los ha urdido: el «Animalista». Reproducen sin cesar imágenes de mataderos, de ocas cebadas y el puñetero vídeo de Gerardo. Y quieren más. La psicosis ciudadana gana posiciones y Mora se defiende como puede ante la ofensiva de los periodistas, que se han desplegado alrededor del edificio y hacen guardia esperándola. Cuando Camino se fue, la comisaria aún seguía acuartelada en su despacho.

Con respecto a la opinión pública, lo más importante es que la información sobre Sara Guerrero no vea la luz. Si aún no ha aparecido su cuerpo, probablemente siga viva. Nadie sabe por cuánto tiempo. Pero si los periódicos ponen sobre aviso a ese loco, no dudará en acelerar su objetivo.

Sus pensamientos vuelan hacia Evita. No sabe qué hacer con ella. De momento, está fuera del caso y sin funciones. Es más, le ha dicho que no se moleste en ir por allí hasta nueva orden. Pero no puede dejar de preguntarse si está metida en esto. Y hasta dónde está metido el mindundi. Tendrían que presionarle para que largue lo que sabe. Si hay alguien a quien el apodo inventado por los periodistas le venga como anillo al dedo, es a Ramón. Vegano, antiespecista y, por encima de todo, animalista.

Luego está la comisaria italiana. Cuando finalizó la reunión, se fue con la montaña de informes a un rincón de la sala, se calzó unas gafitas de pasta rosa y no paró de leer en todo el día. Ni un comentario, ni una pregunta, nada. Colaborar, no es que colabore mucho. Pero al menos no molesta. Mientras siga así, por ella puede quedarse a vivir en la Brigada si quiere.

Echa un vistazo al móvil y comprueba tres cosas: que Paco lleva diez minutos de retraso, que ha vuelto a perder la partida de ajedrez por no mover ficha en el tiempo estipulado y que el listado de mensajes en el chat no deja de aumentar. Solo ha atendido los del trabajo y el de Paco. Ahora, con pereza, abre la aplicación y se remonta hasta el primero de ellos. Ahí está su escasa vida social reunida. En el grupo de familia hay una nueva colección de fotografías de sus sobrinos haciendo cosas. Cosas normales, como comerse un helado, beber de una botella o pasear por la calle con gafas de sol. No entiende por qué todo lo que hace un niño de tres años es gracioso para

el resto de la humanidad. «Muy guapos», teclea como una autómatas antes de pasar al siguiente chat. Víctor. Es su pareja de baile y una de las pocas personas a las que se atrevería a llamar amigo. Siente un pinchazo de remordimiento. Hace muy poco que ha roto con su novio y no sabe nada de él desde el sábado, que se pilló una castaña antológica. Ni siquiera le ha preguntado qué tal está. Y los miércoles tienen clase en la academia. Estamos a jueves. Mierda.

Ayer

22.31

Eres lo peor. Te tengo dicho que si me vas a dejar tirado, me avises por lo menos.

22.58

Ya imagino que estarás muy liada con esos asesinatos espantosos. Qué horror. Pero coño, que no te cuesta tanto escribir.

23.01

Que sepas que se ha apuntado un chico nuevo a la academia. Guapísimo. Le pienso entrar, y como me siga el rollo te quedas sin pareja.

Hoy

19.27

Ah, y sigo con bajonazo, gracias por preguntar. El tío del sábado ni siquiera me ha llamado después. Y encima la tenía como un cacahuete.

19.28

¿Mañana irás a bailar? Dimelo ya, petarda.

Camino se queda pensando. ¿Víctor acabó con un tío el sábado? Ella estaba concentrada en su propio tema. Parece que haya pasado un siglo de aquello. Teclea una disculpa seguida de muchos emoticonos tristes y le promete que en cuanto tenga tiempo se pegarán una buena juerga para que conozca maromos. Se lo piensa y añade que mientras tanto vaya a por el nuevo, a ver si cuela. Sentiría mucho perderle como pareja de baile, pero reconoce que la mitad de las veces le deja colgado. Víctor no se merece eso.

También tiene mensajes de su hermano Teo y de su madre. Todos quejándose por su falta de atención. Si las hormigas tuvieran WhatsApp, hasta ellas se lo recriminarían. Uf, las hormigas. Va a la cocina a ver qué encuentra. Media manzana con un color parduzco y un mendrugo de pan de hace al menos tres días.

—Es lo que hay, chicas.

Desmenuza ambos comestibles en fragmentos pequeños que deja caer sobre la tierra y, como siempre, las hormigas se arrojan a por ellos sin perder un segundo. El hambre debería volverlas competitivas, caóticas, pero no. Dos minutos después, ya hay una fila de transporte hacia el interior de los túneles.

Teo. Hermano pequeño y recordador oficial de hitos familiares. Eventos, celebraciones, acontecimientos funestos. Todo está en su cabeza, y lo comparte con su hermana porque sabe que

si no fuera por él, ella sería aún más desastrosa. Es su forma particular de demostrarle que la quiere.

Hoy.

15.50

¿Sabes que papá se cayó antes de ayer?

Se mareó y tuvo un desvanecimiento. Le han hecho pruebas, dicen que no es nada. Pero está asustado. Pégale un toque, anda.

Papá. Hace una eternidad que no hablan. Él no aprueba su forma de vida, así que cuando va a verle, siempre acaban discutiendo. Conclusión: cada vez va menos. Debería hacer caso a Teo y llamarle. Pero ahora no. Es tarde y además Paco está a punto de llegar y no quiere ponerse de mal humor. Mañana. Le llamará mañana.

Le falta su madre. Desde que se divorció vive sola en un pequeño apartamento, desquitándose de todas las cosas que no hizo cuando convivía con su padre. Se apunta a los viajes del Imsero y tiene un grupo de chat con amigas viudas y divorciadas que se juntan para salir a cenar, ir al teatro, visitar exposiciones... y todo lo que la vida les ponga por delante. La ve bien. Pero no por ello ha dejado de lado su rol victimista. Ahora le reprocha que tiene una hija de la que no sabe nada. Que no va a verla, que no la llama. Vale. Eso también lo solucionará. Escribe:

No seas quejica, que tienes una vidorra que te cagas. Un día de estos me haces hueco en la agenda y quedamos para comer.

Se queda pensando. No es su estilo, pero al diablo con el estilo:

Te quiero, mami.

Cierra los ojos y permanece así durante unos minutos, tratando de no pensar en nada. Mente en blanco, dicen los yoguis. Y un mojón. A menos que se imagine un folio en blanco, que le expliquen a ella cómo se consigue. Coge el móvil otra vez y busca un adversario con el que iniciar una nueva partida de ajedrez. Cada vez que comienza con un caso, se desentiende y le acaban dando la victoria a su contrincante. El polaco no ha tenido ni un minuto de cortesía: en cuanto venció el tiempo para mover ficha, se declaró ganador. Ha perdido muchos puestos en el *ranking*, pero no por eso va a jugar contra cualquiera. Escoge a un ruso que la sobrepasa en más de treinta posiciones y lo invita a iniciar una partida. Los minutos pasan y el ruso no da señal. Finalmente, lo hace, pero es para declinar su invitación. «Imbécil», murmura, cada vez más irritada. Deja escapar un resoplido, comprueba que han transcurrido más de cuarenta minutos y teclea con vehemencia:

¿Vienes o qué?

Paco no contesta. Ni contestará en toda la noche, ni a los whatsapps ni a las llamadas. Cuando las manecillas del reloj de pared se confundan en la medianoche, engullirá los canelones fríos y se irá decepcionada a la cama, consciente de que él se ha echado atrás una vez más.

Jueves, 10 de octubre

69.

Akira observa a Evita con desolación.

No soporta verla así. Ayer se bebió a morro lo poco que quedaba de la botella de vino y se tiró en la cama, y ahí lleva desde entonces. Ella y Tabo permanecieron en el suelo esperando, primero sentados, luego tumbados con la cabeza apoyada sobre las baldosas. Cuando la vio llorando sin consuelo no aguantó más. Conoce de sobra la prohibición de subirse a la cama, pero las normas están para incumplirlas en caso de fuerza mayor. Y Akira consideró que esto lo era. De un salto se colocó junto a Evita y comenzó a lamerla. Cuando Tabo vio que la humana no solo no la reñía, sino que se acurrucaba a su lado, la imitó sin pensárselo. Ese podenco viejo es un poco cagueta. A la galga no le costó imponerse cuando llegó a casa, hace ya cerca de un año. Él enseguida comprendió que la jerarquía había cambiado y se adaptó con docilidad.

Han pasado la noche entera junto a ella, cada uno a un lado de su humana, componiendo una especie de sándwich perruno donde ella es el ingrediente fundamental. Akira sabe que Evita se siente aliviada por tener quien se preocupe por su bienestar. Aun así, cada poco le vuelve un acceso de llanto, que la galga contraataca a base de lametazos hasta que la hace reír y las lágrimas se mezclan con ese sonido que a Akira le alegra el corazón.

Por la noche sintió llegar al hombre. Iba a ir a pedirle ayuda con Evita, pero ella se levantó y cerró la puerta del dormitorio de un portazo. Comprendió que no debía intervenir. Ramón no se atrevió a entrar en el cuarto. Lo único que hizo fue colar una hoja por debajo de la puerta, un gesto indescifrable para ella. Pero por lo que masculló Evita, era una extraña forma de disculpa. Por supuesto, no surtió efecto. La humana arrugó el papel y lo lanzó con rabia contra la pared. Al poco, Akira escuchó la puerta de la entrada cerrarse. Espera que lo que quiera que sea, se arregle. Porque no quiere ver así a Evita, y porque tiene ganas de volver a estar con Ramón. De salir con él a correr por el parque y que le lance su pelota preferida, que se ha quedado en el salón.

También tiene ganas de hacer pis. Puede aguantar mucho si se lo propone, pero en algún momento habrá que solucionar ese estado de cosas. Sería muy humillante verse obligada a hacerlo dentro del piso. Se revuelve tratando de encontrar una posición más cómoda para su vejiga y eso consigue despertar algo en el interior de Evita.

—Claro, tendréis hambre. Pobrecitos. Yo también, la verdad.

Se estira en la cama, agarra el móvil y busca un número de teléfono en el navegador.

—Vamos a solucionarlo.

Tabo se ha puesto en pie y la observa con atención. Hambre. Cada vez que oye esa palabra, comienza a salivar. Akira reniega, molesta. Ese perro simplón no piensa en otra cosa. Oye la voz de su humana. Suena clara y firme. Al menos eso la reconforta.

—Hola... Sí... A domicilio... Pizza barbacoa... Familiar. Póngale chorizo también... Sí, además... Bami número diez... ¿En media hora? Perfecto.

Cuelga y les acaricia a ambos, a uno con cada mano. Siempre tan pendiente de todo, haciendo equilibrios para no darle a uno más que al otro. Akira la adora por esos detalles. Aunque luego malinterprete las cosas importantes.

—Tenéis hambre pero aquí seguís, centinelas míos.

El mejor bálsamo para el dolor es sentir que alguien permanecerá a tu lado sin dudarlo hasta que estés preparada para comenzar de nuevo. Y Evita sabe que las personas rara vez alcanzan ese nivel de empatía y de amor. Les mira con cariño. Tiene suerte de tenerlos a ellos.

A Akira le encantaría saber qué pasa por su cabeza, ahora que se ha quedado con esa sonrisa triste y distraída, pero no tiene la menor idea. Cree que se debe a que ella es una perra. No alcanza a imaginar que tampoco ningún humano sabe lo que pasa en la mente de otro. Ni siquiera aunque compartan toda la vida juntos, aunque se digan palabras de amor entre susurros y duerman en el mismo colchón. Si supiera que es así como funcionan los humanos, pensaría que no son tan inteligentes como se creen. Ahora la sonrisa de Evita se amplía:

—Seguro que estáis hartos de ese pienso vegano. ¿Sabéis? A mí me encantaba el chorizo. Antes de conocer a este tío, era lo que más me flipaba del mundo. Vais a ver qué festín nos vamos a pegar —Akira nota cómo se le oscurece la mirada antes de añadir una frase más—: Que te den por culo, Ramón.

La humana se incorpora y va al baño a darse una ducha. Akira oye el golpeteo del agua al caer y ahoga un gemido. No va a poder aguantar mucho más.

70.

Camino duda sobre si pasar por su despacho o irse directamente a la pecera.

Al final opta por entrar al despacho. Su cuerpo agradece la corriente de aire fresco que la recibe. Al fondo, tirada más que sentada en su sillón, se encuentra con una comisaria irreconocible. La siempre perfecta Ángeles Mora lleva la misma ropa de ayer, camisa por fuera de la cintura y pantalón arrugado. Sus canas del color de la plata se ven despeinadas. La falta de sueño y la preocupación han hecho mella en su rostro, horadando surcos alrededor de los ojos. Camino se deja caer en la silla de las visitas. Empieza a acostumbrarse.

—¿Ha dormido aquí?

Ángeles le lanza un periódico por toda respuesta. Está doblado a la mitad, pero no hace falta ni desplegarlo, porque el titular de portada clama desde lo alto de la página:

«El Animalista ataca en Italia.»

Y, más abajo:

«El Animalista, o como lo han bautizado en Italia, *il Macellaio*, asesina a cuatro personas en Florencia.»

—¿Cómo...?

—Fácil.

«Claro» se dice Camino, al tiempo que sigue leyendo y confirma sus sospechas. Si han sido capaces de obtener toda la información sobre los tres primeros asesinatos, no se les iba a escapar que hay una comisaria italiana pululando por las dependencias de la Brigada. Y si el día anterior se publicaba la noticia de cuatro cadáveres hechos pedazos en Italia, y resulta que las cuatro víctimas trabajaban en un matadero, no hace falta ser muy astuto para sumar que dos y dos son cuatro. Y que si Barbara Volpe está aquí, es porque consideran la hipótesis de que los crímenes puedan estar conectados.

El artículo continúa en las páginas centrales, con una relación profusa de cada uno de los crímenes cometidos hasta ahora. El periodista que lo firma hace una disquisición sobre el carácter del asesino e incluso se atreve con un burdo perfil psicológico. Al final, deja en el aire la pregunta que todo lector indefectiblemente se hará: «¿Dónde va a matar la próxima vez?».

Mora se restriega los ojos con los nudillos como si quisiera despertar de un mal sueño:

—¿Qué tal ella?

—¿Quién, la italiana? Ni tulle ni bulle.

—Ya. Pues nos la ha liado viniendo. Estos carroñeros están locos por más carnaza.

—Envíela a ella —a Camino la idea se le ocurre de repente.

—¿A Volpe, con esos fieras? No me fio.

—Querrán detalles sobre lo de Florencia. Que eche balones fuera cuando le pregunten por los parecidos entre casos, y que les dé carnaza pero de allí. Así se entretienen.

Mora la mira fijamente. Parece estar sopesándolo.

—¿Sabes qué? —dice al fin—. Quizá lo haga.

Camino coge su portátil y sale del despacho. Cuando va a cruzar la puerta, se gira y lanza la pregunta que le está quemando por dentro. Y por fuera.

—Comisaria.

—¿Sí?

—¿Qué tal va lo del aire?

Mora hace un ademán de hastío, como si fuera lo último en el mundo en lo que se le ocurriría pensar ahora. Camino suspira y se va a la sala de juntas a abrir las ventanas.

71.

Lupe y Pascual llegan juntos.

Van gastándose bromas el uno al otro. A Camino le sorprenden las buenas migas que han hecho en una sola tarde. Incluso le da un poquirrinín de envidia.

—Buenos días.

—Hola, jefa.

—¿Qué tal está el hombrecillo?

—Jodido. Ya han entrado en el piso y han decomisado los animales —contesta Lupe.

—Es lo que tocaba, infringió la ley —dice Pascual—. Y para colmo trató de sobornarme.

—¿A ti? —a Camino se le dibuja una sonrisa divertida—. Qué desatino, la Virgen.

—Suerte tiene que hice como que no lo escuché. Lupe me convenció.

—En lo único en lo que me hizo caso —protesta ella—. Podíamos haber hecho un canje. Si nos averiguaba algo sobre el caso, le perdonábamos. Pero Pascual no quiso, llamó al Seprona y a tomar por saco la ventaja —se queja Lupe.

—Eso no se llama canje, se llama chanchullo y también infringe la ley —rebate él.

—Se llama sacar tajada.

El oficial pone los ojos en blanco:

—Es igualita que tú, jefa. No sé ni cómo me convenció para la escenita de la regla. Lo que os divierte escandalizar con vuestra propia sangre.

A pesar de todo el estrés por el caso, la decepción con Paco y el cansancio acumulado, Camino ríe ante la pesadumbre del oficial.

—Ya que la tenemos que sufrir, no va a ser en silencio. Bien jugado, Quintana.

Lupe está más hinchada que el muñeco de Michelin. Ahora mismo no cabría por la puerta. Y es que no hay nada que le complazca más que una felicitación de la jefa. Bueno, sí. Que la equiparen con ella.

En ese momento entra Mora con el rostro desencajado.

—¿Comisaria? —Camino va hacia ella y la toma por los hombros—. Comisaria, ¿se encuentra bien?

—Nueva York —es lo único que acierta a decir.

72.

Felecia camina rápido sobre sus tacones de doce centímetros.

Tira el vaso de café moca a una papelera y redobla sus esfuerzos. Hace cinco minutos que la tienda debería estar abierta y aunque las clientas no suelen madrugar, en una *boutique* de su categoría no se permite el menor fallo. Todo ha de estar perfecto, empezando por ella. Felecia es una chica de las que hacen voltearse las cabezas al pasar. Posee una abundante melena ondulada que encuadra su cara como a una leona salvaje, y los ojos negros, enormes, se ven realzados por unas pestañas prodigiosamente largas. Es alta a pesar del calzado, pero los zapatos de aguja la dotan de una estatura que obliga a admirarla desde abajo. Sus medidas son las que cualquiera de las clientas de la tienda querría alcanzar y preservar. Cintura de avispa, pecho generoso y bien colocado, caderas sexis de la talla perfecta según los cánones del mercado actual.

Va acortando distancia al tiempo que piensa en los pedidos que llegarán hoy. Un *blazer oversize* en tono pastel que arrasará este otoño y un vestido satinado con *print* floral para ceremonias informales diurnas. Ambos encargados por una de sus clientas más fieles, pero también más exigentes. Espera que sean de su agrado, o tendrá que agasajarla con algún complemento. Cree que de ahí viene todo el perfeccionismo de Catherine. Al final, lo único que busca es que le regalen algo. Como todas.

Gira en la esquina y por fin tiene de frente el edificio industrial que alberga la delegación de una de las marcas de ropa de diseño más codiciadas por las *trendys*. Muchas se acercan hasta allí solo para contemplar el escaparate, que ella cambia dos veces por semana, siempre con ropa exclusiva de la que solo venderá un modelo. Otro irá a la tienda de Shanghái, otro a la de París y otro a la de Hong Kong. El resto serán destruidos. La clienta puede tener la seguridad de que no encontrará a nadie en la fiesta con un vestido igual, uno de los mayores temores de quienes van hasta allí buscando sentirse únicas.

Hay una aglomeración de personas mirando el escaparate. No es un día especial, aún no se ha anunciado ningún avance de la colección de invierno y el conjunto de capa y falda larga lleva ahí desde el lunes. No será hasta la tarde cuando lo cambie, para que el viernes las *influencers* amanezcan comentando la novedad, que miles de jóvenes likearán inmediatamente en Instagram. No. No son chicas a la moda quienes se amontonan sacando fotos del escaparate. Es gente de todas las clases y edades, hombres y mujeres cuyos rostros muestran expresiones de rechazo. ¿Qué

es lo que está mal? Acelera tanto el paso que, a pesar de toda una vida de experiencia subida a tacones estratosféricos, su tobillo se tuerce. Si no fuera por la farola benefactora que le ha salido al paso, habría dado con sus huesos en el suelo. Masculla un juramento y llega dolorida hasta el gentío, abalanzándose entre la muchedumbre hasta contemplar por sí misma el motivo de tanto barullo: el precioso conjunto gris perla, así como el resto del escaparate, está salpicado de sangre. A los pies puede verse una pila de bandejas de carne fileteada.

73.

—*Meatpacking District. Acaban de avisarme.*

Es Barbara Volpe quien habla. Ha entrado detrás de Ángeles Mora.

—¿Qué es eso?

—Literalmente, «barrio de empaquetado de carne». Llegó a haber doscientos cincuenta mataderos en poco más de veinte manzanas. Hasta que los bohemios ricachones llegaron y lo convirtieron en la zona de moda: restaurantes de lujo, *boutiques* de diseño y bares a la última, todos en los espacios que fueron lugar de sacrificio en el pasado. Algunos incluso conservan los recuerdos de aquella época, como ganchos, estructuras de engranaje en los techos o alguna macabra mancha de sangre en la pared.

—Un escenario perfecto para nuestro asesino, nadie lo discutiría. ¿Qué ha ocurrido? —pregunta Camino, cada vez más asustada.

Volpe se toma unos segundos para inflarse de aire, como si lo necesitara de cara a seguir hablando.

—En una *boutique* en el centro del distrito han aparecido un montón de bandejas de carne en el escaparate. La empleada pensó que era una broma de mal gusto por vender textiles de origen animal. Llamó a la policía para que tomaran huellas. Pero al analizar los filetes fue cuando saltaron las alarmas...

—Era carne humana —completa Camino con un hilo de voz.

—Exacto.

74.

Ha salido de su madriguera.

En los últimos meses la familia ha aumentado tanto que casi no caben en el nido. Ella mide cuatro centímetros, y no le resulta tan fácil encontrar un hueco en el que acomodarse. Preferiría dormir hasta que llegue la noche, cuando puede salir a campar a sus anchas con tranquilidad, pero no aguanta a las compañeras pasando por encima de ella cada dos minutos. Resignada, ha optado por irse a dar un paseo.

Observa a la mujer en la distancia. Comprueba el silencio, la ausencia de movimiento. Lleva muchos días allí, y puede notar cómo ha cambiado. Así, maniatada al sillón, con esa jaula en la cabeza y manchada con los desechos de su propia humanidad, está hecha una piltrafa. Al principio emitía unos lamentos tan agudos que no parecían proceder de un humano. Pero ya no rebulle. Se acerca con mucha cautela. Con los otros no se atrevió hasta asegurarse de que estaban bien muertos. Entonces fueron muchas las que corrieron a pasearse por encima de los restos. Pero el humano lo limpió hasta no dejar ni rastro y la alegría les duró poco. Sin embargo, ahora no hay humanos ni colegas merodeando. Esa mujer es para ella. Durante un lapso indeterminado permanece inmóvil y va ganando confianza. Pasa al lado de su pie izquierdo, lo rodea, luego el derecho. Se siente muy intrépida al culminar su hazaña. Como la mujer no se ha movido ni un milímetro, se atreve a escalar por uno de los pies desnudos. Es consciente de los riesgos, pero siempre se ha considerado una aventurera. Y, desde luego, esto es mucho más emocionante que volver a la cueva a hacinarse entre las demás. Sus largas y filamentosas antenas perciben con todos sus matices las tufaradas de vómito, heces y orín, y eso le da fuerzas para seguir trepando pierna arriba. El hedor aumenta, siente ganas de frotarse sus patitas, plena de júbilo y glotonería. Pero se contiene y sube un poco más. Justo cuando está a punto de llegar a la entrepierna, la puerta se abre y ella se ve obligada a emprender una bajada histérica. No puede permitir que nadie vea su cuerpo de un brillante marrón encaramado a esa mujer. Eso sería su fin.

Corretea veloz con sus tres pares de patas alambradas hasta hallar un escondrijo detrás de una estantería. Aunque no es del todo seguro, tiene que conformarse. Estaba demasiado lejos del orificio de entrada al nido. Ahora querría encontrarse de vuelta en él, a pesar de estar a reventar de huevos, larvas, pieles muertas y nuevas compañeras que llegan cada día a saber de dónde. Ese

es, a fin de cuentas, su hogar. Y al menos allí nadie le pegará un pisotón por el simple hecho de existir.

Otea el panorama desde su escondite. Han entrado dos personas. Una es la de siempre. A la otra la empuja a trompicones. Tiene magulladuras en el rostro y cojea de una pierna. El primero de los humanos, el de siempre, deja al otro allí amordazado y maniatado, como está la mujer que ya no se mueve, como lo estuvieron otros antes. Los humanos le parecen la especie más detestable de la tierra. Sabe lo que todos, sin excepción, harán con ella si la detectan. Por eso le gusta la idea de que los traiga para matarlos. Por eso, y porque aunque las de su especie no sean exigentes con la comida, está harta de alimentarse de los restos de sus propios congéneres. Con un poco de suerte, ese humano se convertirá en algo rico que llevarse a la boca.

75.

—*Se está reproduciendo a escala mundial.*

Camino se siente mareada.

—Sevilla, Florencia, ahora Nueva York. ¿Qué será lo próximo?

Ángeles recupera el control:

—Ha empezado aquí. Tenemos tres crímenes y una mujer que salvar de un cuarto.

—Todas las víctimas hicieron sufrir a los animales primero. Creímos que se circunscribía a la industria alimentaria, pero si tenemos razón con lo de Sara...

Águedo, que acaba de entrar, interviene.

—La tenemos.

Las cabezas se giran hacia él.

—He conseguido los informes que firmó. En ellos detalla todo lo que les hizo a los animales del laboratorio. Ratas, principalmente.

Camino toma aire.

—Cuéntanos, Casas.

Águedo procede a leer en voz alta los puntos más importantes: se trataba de testar en animales la toxicidad de un nuevo champú antes de introducirlo en el mercado, uno que tiñe el pelo a la vez que lo lava. Querían lanzar una campaña por todo lo alto, acabar con la pesada rutina de teñirse las canas una vez al mes. Bastaría con lavarse el cabello con ese champú de forma habitual para mantener a raya esas indecorosas raíces evidencia de una edad que hay que ocultar cueste lo que cueste.

—¿Les lavaba el pelo a las ratas? —pregunta Lupe.

Águedo la mira como si fuera tonta. Va a responder una bordería de las suyas, pero se refrena a tiempo. Después de todo, hasta ayer él tampoco tenía ni idea de lo que hacen en verdad con esos animales.

—Les introducía concentraciones elevadas de la nueva sustancia para testar las reacciones. Primero les extendía el producto en la piel, que sangraba, se ampollaba y se descascarillaba como un cacahuete tostado. Luego se la inyectaba de todas las formas posibles: vía intramuscular, intravenosa, subcutánea e intraperitoneal. Por último, se lo hacía ingerir. Es un envenenamiento

lento. La mayoría acababa muriendo tras vómitos, diarreas, parálisis y convulsiones. Y luego estaba el test de Draize.

—¿Qué es?

—Una prueba de irritación ocular. Se coloca al animal en un aparato que solo deja fuera su cabeza, de modo que no pueda frotarse los ojos. Se le separa el párpado inferior y se coloca la sustancia. Sara lo realizó durante cinco días consecutivos en las ratas y fue describiendo los resultados: ulceración, infecciones y hemorragias. El ochenta y siete por ciento de los testados acabaron con ceguera total. En el veintitrés por ciento, el daño fue tan intenso que el ojo perdió sus características diferenciadoras: el iris, la pupila y la córnea prácticamente se disolvieron a causa de una infección masiva.

—¿Esto es legal? —Molina lo pregunta conteniendo a duras penas una mueca de asco.

—En Europa se ha prohibido la experimentación animal en productos cosméticos, pero la normativa es un coladero. Prórrogas, prerrogativas para eximirse si no cuentan con un sistema alternativo fiable... Como la investigación se iba a realizar bajo los auspicios universitarios, consiguieron las autorizaciones. Además, daba empleo a jóvenes recién graduados —se hace el silencio. Todos están imaginando lo mismo. La réplica de este espectáculo macabro en una mujer. Pero Águedo no ha acabado—: Durante los once meses que Sara Guerrero trabajó en el proyecto, testó la sustancia en noventa y tres ratas y quince conejos. Cuando presentó su renuncia, el informe de resultados que acompañó era tajante: no podía deducirse que los resultados fueran extrapolables a los seres humanos y por lo tanto no podían utilizarse para predecir la toxicidad ni para guiar la terapia relativa a la exposición de humanos.

—Es decir, que el estudio no valió para nada.

—No. El sufrimiento al que expuso a ciento ocho animales no demostró absolutamente nada. De esos ciento ocho, ochenta y dos fallecieron por causa de las pruebas. Los otros veintiséis fueron sacrificados al culminar todas las fases.

—¿Cómo has conseguido el acceso a esa información?

Pascual teme que saldrá con alguna fanfarronada. Pero Águedo responde con la mayor naturalidad.

—Sara Guerrero publicó las conclusiones en una revista especializada, en contra del criterio de la universidad. Ella misma se cerró las puertas para siempre.

—No solo eso. Al divulgarlo, también se colocó como diana. Igual que Gerardo con su vídeo del pulpo, o Gabriel con la campaña sobre la producción de *foie gras* —dice Fito en un tono sombrío.

Camino se arma de valor para lanzar la pregunta más importante.

—¿Cuánto duraba el proceso completo en cada animal?

—En aquellos que lo soportaban, cuatro semanas.

La inspectora echa cuentas. Sara Guerrero lleva veinticinco días secuestrada. Con suerte, le quedan setenta y dos horas de vida.

76.

—*Veamos cómo nos organizamos.*

Todos miran sorprendidos a la comisaria Mora.

—Vargas, las dimensiones de lo que tenemos entre manos escapan a vuestra capacidad. Tomo el control.

La inspectora conviene con un brusco asentimiento. Le parece perfecto. Por fin un poco de ayuda.

Ángeles prosigue:

—Lo primero es encontrar a Sara Guerrero, y la única manera es acercarnos al asesino. Cada uno tenéis encomendado un caso en el que ha perpetrado uno de sus crímenes. Decidme lo que sepáis sobre él.

—Gerardo Zamora —Fito es el primero que se lanza.

—Cuéntanos, Alcalá. Céntrate en los indicios que nos puedan llevar hasta Sara.

—El vídeo en el que masacraba a un pulpo era público, estaba al alcance de cualquiera.

—Qué más.

—Uno de los comentarios sale de la IP de nuestra compañera Eva Gallego. Su novio trabaja en una asociación contra la tortura animal.

—¿Qué dice Evita? —Ángeles mira a Camino.

—Que su novio es muy impulsivo y a veces hace cosas así, pero que no ha tenido nada que ver.

—Hay que hablar con ese abogado de inmediato. Tiene una organización y tiene motivos.

—Y la organización forma parte de una federación mundial.

Camino recuerda el comentario de Evita. Las acciones globales, las filiales en varios países. Se estremece solo de pensarlo.

—¿Quién se encarga? —pregunta la comisaria.

—Iré yo.

Ángeles vacila. Necesita a Camino en otros sitios. La necesita en todas partes, en realidad.

—Bien —acaba accediendo—. Ve y acláralo. Te acompañarán dos agentes. ¿Algo más del hombre pulpo, Alcalá?

—Le abandonó en la cisterna romana. No dejó rastro, solo unas pisadas en la mugre de la cisterna. Del cuarenta y siete.

—Recapitulamos. Lo secuestra, se lo lleva a alguna parte donde le golpea hasta la muerte y lo deja en la cisterna al día siguiente. Cisterna, plaza de la Pescadería, pulpo. Quiere que atemos todos estos cabos, y no estamos sabiendo hacerlo. Siguiendo muerto.

—Gabriel Parra —murmura Pascual. Le impone mucho eso de rendir cuentas a la comisaria.

Ella asiente invitándole a continuar.

—Trabajaba cebando patos. Muere de una parada cardíaca tras alcanzar su hígado varias veces el tamaño normal. Aparece en el lugar en que estuvo la pila del Pato hace un siglo, donde alguien arrojó gansos muertos.

—¿Cuánto tiempo secuestrado?

—Un mes. Lo necesario para sobrealimentarle hasta que muere.

—¿Qué dicen de la científica?

—De momento, nada. Lo lavó y usó guantes para transportarlo.

Ángeles hace una mueca de exasperación. No ha experimentado tanta impotencia en toda su carrera. Camino confirma en palabras su sentimiento:

—No tenemos una mierda.

—Seguimos —Ángeles la ignora por completo—. El ternero.

Lupe sabe que es su turno y habla impostando seguridad:

—Aparece en un edificio donde se ubicó un antiguo matadero, en la plaza de las Carnicerías. Sacrificado como el ganado bovino. Estuvo retenido durante semanas con una dieta pobre en hierro para que la carne adquiriera el color deseable en el mercado.

—Trata de replicar los procedimientos con la mayor fidelidad posible. Conoce el patio. ¿Qué más?

—Federico trabajó durante muchos años en mataderos.

—Espera —Camino interrumpe a Lupe—. ¿En mataderos? Creía que solo fue en el de los Hermanos Chaparro.

—Antes estuvo en otro. No aparece en el historial, pero su hermana Valeria me lo contó.

—¿Dónde?

—Fue matarife en el Austral.

Camino se queda pensando. Doña Rosa cumplió con su palabra de enviarle el listado de los trabajadores y Federico Fuentes no estaba entre ellos. Esa tipa se ha creído que podía engañarla. La va a oír.

—Después de Ramón, tengo otra visita que hacer.

Ángeles asiente.

—Rosa Sierra, ¿verdad?

Lupe les mira intrigada. La comisaria le hace un gesto con la cabeza a Camino, que ella tarda unos segundos en captar.

—Irás tú, Quintana. Es tu caso. Eso sí, comisaria, ¿puede ponerle refuerzos también a ella? No me fío de esa individua.

—Claro. Te acompañará un agente, Quintana.

Lupe asiente muy seria. Da un trago a su botella de agua y retoma el relato:

—Las marcas del suelo en el cuarto piso.

—¿Sí?

—También se corresponden con un zapato del cuarenta y siete.

Ángeles entrecierra los ojos. Al cabo de un momento, barre con la mirada a todos los que han intervenido.

—Se están reproduciendo muertes similares en otros países. Puede que sean imitaciones, o puede que sean obra de algún tipo de organización. En los expedientes que tenéis asignados, ¿es posible que el asesino interviniera solo?

—Sí —contestan al unísono Lupe, Fito y Pascual.

—Entonces nos centraremos en encontrarlo. Hay que parar las muertes en Sevilla. Veamos, tenemos a un tipo con un pie del cuarenta y siete, lo que indica que es alto, en torno... —mira a Pascual—, Molina, ¿qué número calzas?

—Cuarenta y nueve y medio —el oficial contesta algo cohibido. En realidad es más bien cincuenta, pero siempre le han dado un poco de vergüenza sus pies tamaño *bigfoot*.

—¿Y tú, Águedo?

—Cuarenta y cinco.

—Vale, entonces el asesino medirá como uno ochenta. Redondeando.

Fito tose para llamar la atención.

—¿Sí, subinspector?

—Yo no me ceñiría a ese dato. No siempre se cumple la regla de que, a mayor estatura, mayor talla de pie. Y no lo digo yo, lo dicen los antropómetras.

—¿Antropoqué? ¿Tú qué pie calzas? —interviene Camino.

—Cuarenta y uno —farfulla él en un tono casi ininteligible.

Sus compañeros sienten la tentación de mirar por debajo de la mesa. Ahora es él quien parece molesto.

—Bueno, pero vamos a suponer que en el caso del asesino se cumple —insiste Mora, conteniendo también el impulso de mirarle los pies al subinspector—. Yo diría que el cuarenta y siete corresponde al menos a un metro ochenta.

—¿Porque Molina tiene los pies como barcos y Alcalá parece una china del siglo XIX? —pregunta Camino.

La comisaria le dirige una mirada cansada. A veces no entiende cómo su propio equipo la

aguanta. Luego mira al resto, uno por uno. Se detiene en la foránea, que no ha abierto la boca en toda la sesión.

—Comisaria Volpe, la han enviado como experta en la materia y está al tanto de todos los casos. A partir de lo que hemos hablado, ¿puede darnos su opinión?

Barbara la mira como si la hubiera pillado por sorpresa. Permanece unos segundos en silencio con el ceño fruncido. Después, se aclara la garganta:

—En el plano psicológico, tenemos a alguien obsesionado con una misión, cuyo éxito depende, al menos en parte, de la fama que alcance. Necesita a la policía y a los medios para que la muestren al mundo. Es inteligente, metódico y perfeccionista, y no sabemos cuándo tiene previsto parar, si es que entra en sus planes. Solo con seleccionar a personas que formen parte de la tortura animal en la industria cárnica tendría para no acabar jamás. Pero además con la última víctima ha ampliado su núcleo del delirio. Con la experimentación, podríamos pensar en la industria farmacéutica, los productos de limpieza o los proyectos del ejército, otro sector amplio donde se utilizan animales. Y dependiendo de dónde queramos poner el límite: el textil, los periquitos enjaulados o matar a una mosca que te está molestando con su zumbido. Y eso por no hablar de los toros o las torturas en las fiestas de los pueblos, dos tradiciones muy..., ¿cómo lo expresaría? Muy españolas.

—Lo que está diciendo... —Camino se ha perdido. Esta mujer habla poco pero cuando se pone no hay quien la siga.

—Es que podría estar matando indefinidamente. No le faltan objetivos. De hecho, cualquiera podría serlo.

Ángeles la mira con consternación.

—¿Y qué sugiere?

—No tenéis ningún indicio. Podría estar en cualquier lugar del área metropolitana de Sevilla. Si no estoy mal informada, ronda los cinco mil kilómetros cuadrados y más de un millón y medio de habitantes. ¿De verdad creéis que vais a encontrar a un hombre de metro ochenta? —Barbara hace una pausa dramática y cambia el tono de voz—. Sin embargo, tenéis una oportunidad. Vuestro asesino está dejándoos muchas pistas. La más clara, la de los lugares donde históricamente los seres humanos han mostrado su insensibilidad hacia los animales. Elaborad un mapa de esos lugares.

—El mapa del sufrimiento animal.

—Exacto.

—En el caso de Sara Guerrero, tendría que ser un sitio relacionado con la experimentación con animales.

—Si dais con el lugar, hay posibilidad de atraparlo.

—Ahí es donde tendrá previsto abandonar el cadáver. Pero entonces Sara ya no estará viva.

—Lo importante es que no morirán más. Al menos, no en Sevilla.

Cuando Barbara se levanta, nota cómo el desánimo pesa sobre el ambiente. Ella ha dicho lo que pensaba. No puede hacer más.

—Ahora tengo que irme. Mis superiores quieren que haga una visita a Nueva York —anuncia con una mueca de contrariedad. Más puñeteras horas de vuelo. Además, detesta a los yanquis. En Sevilla están muy perdidos, pero al menos la han dejado a su aire. Se levanta y les mira por primera vez con una especie de simpatía—. *Arrivederci, ragazzi. E buona fortuna.*

77.

—*Ni hablar.*

La comisaria y la inspectora están de vuelta en el despacho. Por el modo en que lo ha dicho Camino, no se la ve dispuesta a ceder.

—Si aún no ha aparecido, es que sigue viva. No me quedaré esperando a que ese cabrón la mate para recoger su cadáver y entregárselo a su madre.

—¿Y qué piensas hacer?

—Encontrarle. Voy a encontrar a ese desgraciado y voy a...

—Ojalá. Ojalá le pongas las esposas antes de que termine con ella —Ángeles acaba la frase en su lugar. No quiere oír barbaridades en su brigada—. Pero no tenemos muchas opciones. Voy a poner a todos los agentes disponibles a trabajar en ese descabellado mapa del sufrimiento. Y pediré ayuda a la universidad. Conozco a una doctora...

—¿Médicos de la universidad? ¿Los cómplices de matar bichos?

—Una doctora en términos académicos, Vargas. Especializada en Historia de Sevilla. Si alguien sabe qué hubo antes en cualquier parte de la ciudad, es ella.

Unos nudillos golpean la puerta. Se asoma un joven agente.

—Comisaria, estamos listos.

Ángeles posa la mirada en Camino.

—Tus hombres. Ve a por ese abogaducho y haz lo que haga falta.

Camino se despide con un gesto. Ya lo cree que lo hará.

Rodolfo repasa a la mujer de los pies a la cabeza.

Lupe se siente cosificada. No sabe si la escruta con ánimo lascivo, con menosprecio o, simplemente, de la única forma en que algunos hombres saben mirar a las mujeres. Solo sabe que no le gusta. Ni cómo la mira ni el individuo en sí.

—Policía —le repite—. Necesitamos hablar con Rosa Sierra.

—Ya le he dicho que no es posible.

—¿Cómo que no es posible? ¿No está? —Lupe mira de reojo al agente Flores, el nuevo que la acompaña, que no ha abierto la boca en todo el camino. Tampoco ahora. La han mandado allí con un puñetero mueble.

—No es posible y punto. Les pido que abandonen el recinto.

Lupe se sulfura. Es su primera misión importante, no puede volverse con el rabo entre las piernas.

—Llámela.

—Usted no me da órdenes, por mucha placa que traiga.

—Dígale que tenemos que hablar sobre Federico Fuentes.

El hombre parpadea. Por un momento, su rostro palidece. Eso no pasa desapercibido para Lupe, que aprovecha la fisura sin titubeos.

—Si no lo hace, habrá consecuencias graves.

—¿Qué tipo de consecuencias?

Rodolfo pretendía que su tono sonara arrogante, pero en lugar de eso le sale un hilo de voz trémulo.

—Solo dígaselo.

—No.

Lupe se contiene para no gritar de la frustración. Creyó que su estrategia funcionaría.

—Usted se hace responsable.

Se va a dar media vuelta cuando ve a una mujer muy arreglada cruzando el pasillo. Tendrá unos cincuenta años, lleva tacones y un dineral en maquillaje encima. Tiene que ser ella.

—¡Rosa! —llama intentando colarse entre la puerta y el grandullón que le corta el paso.

La mujer se detiene al oír su nombre.

—¿Qué sucede, Rodolfo?

Él se gira hacia su jefa con los labios apretados. Vacila un instante antes de claudicar.

—Quieren hablar con usted.

—¿Quiénes son?

Lupe muestra su placa de nuevo:

—Policía.

—¿Y cuál es el problema? —doña Rosa se vuelve hacia el vigilante. En su expresión no oculta el desdén de quien da por sentada la inferioridad del que tiene enfrente.

—Me dijo que no la molestara nadie.

—Pero, hombre, Rodolfo. A la policía hay que atenderla —dice con una sonrisa afectada mientras les invita a acompañarla.

Lupe pasa junto al vigilante sin escatimar una expresión de suficiencia por haberse salido con la suya. El otro hace como si no la viera, refugiándose en un libro que de improviso parece muy interesante. Detrás de Lupe, el agente mueble sigue sus pasos.

* * *

Doña Rosa toma asiento en su sillón ergonómico. No les invita a hacer lo mismo. Ha dejado a un lado la falsa sonrisa y ahora les mira con cara de haber mordido un limón.

—¿Son de Homicidios?

—Sí. Agentes Quintana y Flores.

Se toma unos instantes para observarlos. La mujer, treinta y muchos, cara corriente. Tiene unas ojeras pronunciadas, de esas que se van fijando a lo largo de los días, los meses, los años. Que solo se atenúan el mes de vacaciones. Apuesta a que es de las que aspiran a poder con todo. Madre, uno o dos hijos, y una carrera en la que está dispuesta a cualquier cosa con tal de progresar. Se entrega en cuerpo y alma al trabajo, y cuando llega a casa le queda la segunda jornada. Dos vidas en el espacio y el tiempo de una sola. Admira a esa categoría de mujer, pero no querría parecerse por nada del mundo. Ella eligió la profesión y con eso tiene más que de sobra. El poco tiempo que le queda no se lo regala a nada ni a nadie. El hombre es más joven, cachas. Él no acumula ojeras. Cuando acaba la jornada se va al gimnasio a curtirse un poco. Quizá tiene una novia que le espera en casa, quizá no. No se priva de las cervezas con los colegas, porque a pesar de los bíceps bien marcados, tiene una ligera curva a la altura de la barriga. Circunspecto, algo distraído, parece que la cosa no vaya con él. No le hace falta más para saber quién manda ahí.

—Ya vinieron unas compañeras tuyas el otro día.

—Por eso estamos aquí. Para precisar algo que no quedó claro.

—Pues usted dirá.

Lupe no tiene experiencia con los interrogatorios. Las pocas veces que le ha tocado afrontar uno, nunca ha sabido por dónde comenzar. De modo que se deja llevar por su instinto.

—Federico Fuentes.

Lo ha soltado a bocajarro y, para su sorpresa, ha causado el mismo efecto que en el vigilante. Palidez y un breve instante de desconcierto. Pero doña Rosa tiene más tablas que Rodolfo. Se repone enseguida.

—¿Quién es?

—El hombre al que encontraron mutilado en la plaza de la Alfalfa.

—Pobre.

—¿Lo conocía?

—En absoluto.

La policía no se lo cree ni por un segundo. La expresión de su rostro es demasiado cándida, demasiado inocente. Le recuerda a esa pendeja de Gallego.

—Trabajó aquí.

—¿Aquí? ¿En el matadero?

—Durante tres años. Del noventa y seis al noventa y nueve.

—Uf, de eso hace una eternidad. No me extraña que no me suene.

—Usted nos pasó la relación de todas las personas que han estado empleadas en el matadero desde que se abrió.

—Así es. Nos costó muchísimo esfuerzo recopilar los datos, recuerde que antes las cosas no estaban digitalizadas. Todo por ayudarles en su cometido.

Vuelve a sonreír. «Puro teatro», se dice Lupe.

—Y él no aparecía. Sin embargo, sabemos que trabajó aquí. ¿Por qué lo ocultó?

Doña Rosa suelta un gruñido ambiguo. Lupe no tiene ni idea de lo que pasa por su mente. La escruta tratando de descifrarlo, pero la máscara de maquillaje que cubre su rostro no ayuda. De modo que se limita a esperar.

—Yo no he ocultado nada. En esa época tenía veintipocos, empezaba a ayudar a mi padre en el negocio pero iba de su mano. He reunido lo que he encontrado y ya está.

—¿Me está diciendo que no es usted la que eliminó toda la información sobre Federico? ¿Que fue su padre quien lo hizo?

El rostro de doña Rosa se endurece al tiempo que una sombra fugaz atraviesa sus ojos. Cuando habla, su tono suena tirante e inflexible.

—No meta a mi padre en esto.

—Lo ha metido usted. Se ha quitado el marrón y se lo ha pasado a él. Tendremos que ir a ver a don Ambrosio —mira al agente Flores, que asiente con gesto mecánico.

—¡No!

Doña Rosa se recoloca en su asiento. No puede permitirse perder los nervios. Sonríe sin humor y le da a su voz una nota más amable.

—Disculpe. Mi padre está delicado, con las cosas de su edad. Pero el negocio le sigue desvelando. No querría que se alterara innecesariamente.

—Entonces, ¿cómo nos explica lo de este hombre?

—¿Me prometen que no utilizarán esta información contra la empresa?

Lupe mira de nuevo al agente Flores. Si va a contarles algo ilegal, deberían dar parte. Deberían. Pero cuando se trabaja en Homicidios, una sabe que tiene otras prioridades. Lo sabe, pero no lo admite. Jamás. ¿Puede contar con él? Flores se encoge de hombros sacando el labio inferior hacia afuera. Parece un alumno displicente que aguarda a que suene el timbre del recreo. Está claro, no va a mojarse: su caso, su responsabilidad. Vale. Pues ella se la juega. Ya está.

—Haremos lo que podamos. Nos interesa encontrar al asesino, nada más.

—Supongo que es lo más que puede ofrecerme —Rosa suspira antes de proseguir—. A veces se contrataba en negro. Solía ser para trabajillos puntuales, pero con algunos empleados la cosa se iba un poco de madre.

—Dígame la verdad, doña Rosa. ¿Conocía o no conocía a Federico?

—Le conocí, sí. Hace muchos años. No le recuerdo físicamente, pero su fama dejó huella.

—¿Fama? ¿Por qué?

—Disfrutaba haciendo sufrir a los animales. Un día se pasó de la raya y mi padre tuvo que echarlo.

—¿Qué hizo?

—Una vaca vino preñada. Pasa muchas veces. En esos casos se saca al ternero una vez que la vaca está muerta y sus tripas ya están en la mesa. Los vendemos para investigación. Pero esa no llegaba, estaba pariendo en mitad del pasillo, de camino a la zona de degollamiento. Por aquel entonces no era obligatorio aturdirlos primero, ¿sabe? Tenía medio ternero fuera, y ese energúmeno seguía pegándola para que no retrasara la cadena. Cuando llegó a la sala de matanza, él ya estaba cabreado porque le había hecho perder tiempo. La colgó de una pata en el gancho y le rajó el útero delante de todos. Le sacó el ternero y la dejó morir así. Solo después la degolló. Mi padre se enteró de lo que había pasado. No era la primera queja sobre él. Así que si no quería que la gente se le amotinara o que siguieran abandonando el trabajo, tenía que despedirle.

—Pero le contrataron en otro sitio.

—Sí. Y supongo que siguió actuando igual —admite doña Rosa.

—Hasta que alguien le devolvió el daño que había hecho.

—Supongo —dice en un susurro.

79.

Rodolfo ve aproximarse a doña Rosa con los policías y suelta el libro.

Ella les acompaña hasta la puerta y les despide con mucha lisonjería, ofreciéndose para lo que haga falta. «Qué falsa es la cabrona», piensa.

Cuando los policías se alejan lo suficiente, doña Rosa se da la vuelta y su expresión cambia de forma radical. No le sorprende. De hecho, lo estaba esperando. Vuelve a ser la jefa implacable.

—Que sea la última vez que actúas por tu cuenta.

—Me dijo que no la interrumpiera.

—¿Es que eres deficiente? Que no me molestaras con sandeces, no que te chulearas delante de la policía y les prohibieras el paso. ¿No ves que puedes indisponerlos en nuestra contra?

—No paran de dar por saco. El otro día la gorda y la flaca y hoy estos dos. Ni siquiera traen una orden. Van por la vida arrasando, alguien tiene que pararles los pies.

—¿Y ese alguien eres tú?

El tono en el que pronuncia las palabras, la forma con que le observa de arriba abajo, todo en ella reúne tanto desprecio junto que a Rodolfo le cuesta contestar.

—Yo solo quería ponerles las cosas un poco difíciles.

—No te pago por pensar, Rodolfo. Nunca te he pagado por pensar. ¿Entendido?

—Sí, doña Rosa —el vigilante agacha la cabeza—. Por cierto, Félix tiene un problema en la sala de despiece...

—Te he dicho que no me molestes con sandeces.

Doña Rosa gira sobre sus talones y se encamina hacia su despacho. Rodolfo la ve alejarse. La odia con todas sus fuerzas.

Camino se dirige al chico de recepción.

—Estoy buscando a Ramón Tejero.

Ha pedido a los dos maromos que se queden abajo. Iba uno a cada lado, como si fueran sus guardaespaldas. Llamaban demasiado la atención. Además, uno de ellos es un listillo. En los veinte minutos que han tardado en llegar al edificio ya le ha contado lo que haría él si fuera ella. Él, que no sabe del caso nada más que lo que ha leído en la prensa. Que estudiaba la ESO cuando ella ya resolvía casos con Paco. Pero siempre tiene que haber uno que se cree imbuido de ese derecho milenario a aleccionar a las mujeres. Ahora también hay un palabro para los tipos como él. Machoexplicadores, les dicen. Para ella es un simple *tontolculo*.

—No está.

De repente, la inspectora se siente muy estúpida. Ramón no está. ¿Y qué esperaba? Debió hacer esa visita ayer, en cuanto Lupe le enseñó aquella fotografía y Fito le habló del comentario del pulpo, no digamos cuando escuchó a la comisaria Volpe su hipótesis de una organización internacional. Y en lugar de eso, lo único que ha hecho es ordenar a Gallego que se quede en casa. Le dan ganas de pegarse una bofetada a ella misma. El chico está mirándola como si esperara algo más.

—No ha venido hoy, ¿verdad?

—No —confirma él.

—¿Desde cuándo no aparece?

—Ayer se fue a mediodía, después de que Evita pasara por aquí...

—¿Evita estuvo aquí?

—Sí, entró como las locas, ni siquiera me saludó.

El chico cae en la cuenta de que ni siquiera sabe a quién le está largando todo esto y se calla de repente. Ella lo capta enseguida.

—Soy Camino Vargas, inspectora de policía. La jefa de Evita.

—Ah.

Camino valora sus opciones. ¿Dónde puede estar ya Ramón? Donde quiera. A estas alturas puede estar donde quiera. Tiene que dar la voz de alarma. Se aleja unos metros y llama para

tramitar una orden de detención, sin quitarle un ojo al chico, que no se atreve ni a moverse. Cuando acaba, regresa con él. Ya que ha venido, no se va a ir sin echar una ojeada.

—¿Cómo te llamas?

—Uriel.

—Uriel, llévame al despacho de Ramón.

—Yo...

La inspectora saca la placa y lo repite, pero con un tono mucho más serio.

—Ahora mismo.

Uriel sale de detrás del mostrador y va rodando hasta el final de pasillo, que es demasiado estrecho para que quepan a la vez su silla y la inspectora, así que ella le sigue unos pasos por detrás. Él va hablando alto para que la escuche.

—Ramón comparte despacho con Álex, el responsable de comunicación. Hoy tiene mucho jaleo.

—¿Por qué? ¿Alguna nueva campaña?

—Qué va, es por ese rollo del Animalista. Todos los medios que nos ignoran durante el año resulta que hoy quieren hablar con nosotros. Álex está haciendo lo que puede para capear el temporal.

Como si acabara de caer en ello, Uriel para en seco y gira la silla con un golpe de muñeca.

—Usted no tendrá que ver con eso, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Menos mal. Por un momento he pensado que ya teníamos hasta a la policía encima —Uriel suelta una carcajada fresca y continúa pasillo abajo—. Bueno, no se preocupe. Si Álex tiene que atender a algún medio más por teléfono, puede encerrarse en el aula de formación. Hoy no hay talleres.

Camino va a decirle que por ella puede encerrarse ya, pero cambia de idea. Quizá sea más productivo hablar con ese tal Álex que fisgar en las cajoneras de Ramón.

La puerta está abierta. Enfrente hay un hombre que ronda la treintena. Tiene una barba larga y poblada y una nariz griega sobre la que reposan unas gafas metálicas de aviador. Marea un bolígrafo con la mano derecha mientras con la izquierda sujeta el auricular de un teléfono fijo, de esos que han quedado restringidos a los espacios de oficina. Está perorando sobre lo esencial que es el trabajo que realizan en la asociación. Cuando el entrevistador da por finalizada la conferencia, Álex cuelga, deja escapar un suspiro profundo y les mira con curiosidad. Uriel hace las presentaciones. Luego gira con agilidad.

—Si necesitáis algo, estaré en el *office* devorando las *papas aliñás* de mi madre. Pero a ellas ni os acerquéis.

—Gracias, Uriel —le da tiempo a decir a Camino.

—¡No hay de qué! —grita él levantando una mano, ya sin darse la vuelta.

La inspectora se queda de frente a Álex. A través de las gafotas que no hacen sino aumentarlos, Camino observa unos ojos de un azul tan limpio que hipnotiza, y se siente incapaz de despegar la vista de ellos hasta el punto de hacerle sentir incómodo. Pero eso a la inspectora no le preocupa lo más mínimo. Es más, hacer sentir incómodo al interrogado forma parte de su protocolo habitual. Sin apartar la vista, toma asiento y sonrío. Es una sonrisa seca, de las que no llegan a los ojos. De las que no son sonrisas de verdad.

—Creo que podemos tener una conversación interesante, Álex. Siéntate.

81.

Águedo está aparcado a unos metros del portal.

Hoy cierra La Veganería, y Vicente lleva toda la mañana metido en casa. Solo ha bajado al kiosco y ha vuelto a subir. Se ha ido cargado con un ejemplar de cada periódico. *El País, El Mundo, La Vanguardia, ABC, el Diario de Sevilla*. Se pregunta si el cocinero se gastará todos los días cerca de diez euros en prensa escrita, aunque sabe de sobra la respuesta: nadie lo hace. Nadie necesita estar tan informado.

Arranca el motor y enciende el aire acondicionado. Lo hace a ratos, porque es imposible aguantar con esas temperaturas y para colmo el sol pega de lleno en el vehículo recalentado. Regula las salidas de aire para que le peguen directamente en la cara. La botella de agua se acabó hace mucho. De la petaca ni hablemos. Lo único bueno es que no tiene que mear, lo ha sudado todo.

Una anciana llega al portal precedida por su andador, del que va colgada la bolsa del pan. Busca en un bolsillo las llaves con una lentitud pasmosa. Al fin las encuentra. Le tiembla el pulso y le cuesta dar con la cerradura. Cuando parece a punto de conseguirlo, la puerta se abre por sí sola, como si se hubiera cansado de esperarla. Ella dice algo y comienza a dar sus pasitos cortos. Tarda minuto y medio en franquearla, pero la puerta, solícita, se aguanta sin queja. Cuando la mujer se adentra en el edificio, la pareja que ha obrado el encantamiento sale y se encamina calle arriba. La chica viste unos *leggings* negros de cuero sintético y talle alto, un top rojo con puntilla que deja a la vista el *piercing* del ombligo y unas sandalias de tacón. Lleva las uñas y los labios pintados de un granate muy oscuro. En el cuello, una gargantilla ancha que recuerda el collar de un perro. Un *look* extraño que Águedo no alcanza a decidir si encuentra *sexy* o inquietante. El hombre que la acompaña no se ha molestado en cambiar de atuendo: lleva el mismo chándal con el que salió hace dos horas a comprar los periódicos. Van a comer fuera en el día libre. No se le ocurre ningún otro motivo para salir a achicharrarse a las tres de la tarde.

Águedo baja del coche, estira las piernas y pasea sin rumbo alrededor del portal. Al ver acercarse a un hombre que regresa a casa tras la jornada intensiva de verano, le saluda como si nada, escarba en los bolsillos en busca de una llave que no existe y, cuando el hombre pasa, entra tras él. Si Vicente Frías esconde algo en ese piso, lo va a averiguar.

82.

La inspectora ha dejado de mirar a los ojos a Álex.

Ahora le mira a los pies, con una fijeza que desconcierta al periodista.

—¿Qué número calzas?

—Cuarenta y cinco.

—¿Seguro? Parece más grande.

—Ah, gracias.

—Levanta.

—¿Que levante qué?

—El pie. Quiero ver la suela.

Álex obedece de mala gana. No es que tenga mucha experiencia con inspectores de policía, pero esta le parece un poco rara. Camino escudriña hasta descifrar el número entre la planta desgastada y la mugre de las zapatillas.

—A ver si las limpias de vez en cuando, hombre. Ya está.

—¿Siempre es tan amable?

—Es una de mis virtudes.

Álex alza la vista al techo y se cruza de brazos a la espera de ver hacia dónde deriva aquello.

—Muy bien. Así que responsable de comunicación. ¿Tienes mucho que comunicar?

—Ya lo creo.

—¿Por ejemplo?

—Pues... todo. Quiénes somos, nuestros valores, la problemática contra la que luchamos, cómo lo hacemos... Desde campañas de sensibilización hasta investigaciones, defensa legal, todo eso. Y, claro, las victorias que conseguimos.

—Ya. Cuéntamelo.

—Oiga, tengo mucho trabajo, de verdad.

—Si te llamara desde Canal Sur me lo contarías, ¿a que sí?

Álex se queda un poco cortado.

—Pues te imaginas que soy la rubia del magacín con unos cuantos kilos más. Venga, que yo tampoco estoy para perder el tiempo.

Él se quita las gafas y se masajea los párpados, una estrategia para ganar tiempo y rescatar de

paso alguna reserva de paciencia.

—A ver..., desde el principio, ¿no?

—Ajá.

—Somos una asociación cuyo fin principal es crear un mundo más compasivo con los animales, y que forma parte de un equipo con oficinas en siete países...

—Alto, no te embales. ¿Qué países?

—España, Reino Unido, Alemania, India, Brasil y Canadá.

—Eso son seis.

—Polonia. Siempre se me olvida, como fue el último en entrar.

—¿Ya está? —dice Camino decepcionada.

—¿Le parecen poco siete países? Solo tenemos diez años de vida.

—Qué va, mi niño, está superbién. Sigue.

Álex la mira de reojo y resopla. Sabe que lo más pragmático es obedecerla y acabar cuanto antes.

—Aspiramos a un mundo en el que los animales sean respetados, y trabajamos para acabar con el maltrato en todas sus variantes: industria alimentaria, peletera, cosmética...

—¿Acosáis a las empresas que los maltratan?

Él vacila antes de contestar. Los periodistas nunca le hacen preguntas tan directas. Pero Álex es ducho en esto. Su especialidad es colocar el mensaje:

—Bajo ningún concepto. Lo que hacemos es investigar si hay maltrato, y una vez que tenemos las pruebas, lo mostramos al mundo y pedimos que sea la ciudadanía consciente la que frene la barbarie.

—O sea, que os metéis en sus propiedades con cámaras secretas, luego lo hacéis viral y es la peña la que se encabrona y va a por ellos.

—Esa es una forma muy reduccionista de verlo, el consumidor actor tiene el poder en el siglo XXI, puede seleccionar y provocar el cambio y...

—¿Sois liberacionistas?

Otra vacilación, otro balbuceo. Esta policía no se anda por las ramas.

—He aprendido mucho vocabulario en los últimos días —dice Camino orgullosa de sí misma—. ¿Lo sois?

—Le repito que todo, absolutamente todo lo que hacemos, entra dentro de la legalidad.

«Y un huevo.»

—¿Entonces no te parece bien, por ejemplo, lo que se hizo el pasado domingo en una granja cerca de aquí?

—No sé de qué me habla.

«Y otro huevo.»

—Eso no te lo crees ni tú. Eres el responsable de comunicación, lo primero que haces al llegar es leer la prensa. Sobre todo lo que tenga que ver con vuestra causa.

Álex deja pasar unos segundos, como si los necesitara para recordar.

—Ah, sí, las gallinas. Leí algo.

—¿Y qué te parece? —insiste ella.

—No se trata de lo que me parezca a mí, sino a la asociación.

—No. Te pregunto a ti.

—Pero es la asociación...

—A ver, que te lo pregunto como inspectora de policía por la conexión con un caso en el que hay varios muertos. No puedes mentirme como a una presentadora de tertulias.

La expresión de Álex ha cambiado, los ojos azules parecen atravesarla.

—Sí. A mí sí me parece bien. Creo que no tenemos derecho a tratar a los animales como lo hacemos, y que esas gallinas han tenido mucha suerte porque son una gota de agua en el mar. Más del noventa y nueve por ciento de las que existen hoy en día han sido condicionadas genéticamente para poner huevos sin parar, y en la mayoría de los casos en condiciones penosas. Para esas pocas decenas es un milagro. Sin embargo —Álex hace una pausa, sigue clavando sus pupilas en las de la inspectora—, yo no me atrevería a hacer algo así. Creo en mi trabajo, pero quiero cobrar mi sueldo a fin de mes y hacer mi vida como me dé la gana. Soy un *clasesmediero*, no pido más, pero tampoco menos. Así que no me la voy a jugar ni por gallinas ni por nadie. Y si alguien lo hace, es mejor que no me lo cuente.

—Ya. ¿Qué piensas de los asesinatos? El Animalista, y todo eso que se cuenta por ahí. No intentes soltarme el mismo rollo que a la prensa. Dime qué piensas de verdad.

Álex suspira.

—Pienso que quizá el asesino crea que puede concienciar sobre lo que les hacemos a los animales reproduciéndolo en humanos. Hace unos años se intentó algo parecido.

—¿Cómo que algo parecido?

—No en la práctica, claro. Paul Brown montó una *performance* en la que se desnudó, se pintó de rojo y se metió dentro de un plástico en mitad de una protesta contra la industria cárnica.

—¿Quién es?

—Un *artista* conocido en el mundillo.

—Artista —corrige ella.

—*Artista*. Ya sabe, la combinación de arte y activismo.

Camino refunfuña algo ininteligible. Existen tantos mundos dentro del mundo... Y ella nunca se pondrá al día con los palabros de todos.

—No salió muy bien. A la gente le parecía grotesco, no lograba el objetivo de empatía. Imagínese pasar a la acción de verdad.

—Entiendo.

—El caso es que yo no creo que nadie se vaya a concienciar con este diente por diente. Toda Sevilla se siente horrorizada por lo que está pasando, pero tienen el especismo demasiado interiorizado como para darse cuenta de que ese sufrimiento es el mismo que nosotros causamos. Y del que participan cada vez que se sientan a comer —Álex toma aire, el tema le afecta más de lo que está dispuesto a admitir—. Y para colmo, como la mayoría lo ve es justo al contrario: piensan que algún radical al que se le ha ido la olla está haciendo daño a los suyos. Es triste, pero nadie se va a poner del lado de los animales. Y a los animalistas nos van a crucificar. Ya lo están haciendo, hoy no ha habido ni una sola donación.

—Entonces, ¿su estrategia fracasará?

—Si lo que pretende es que la gente deje de comer carne, desde luego.

Camino juguetea con un mechón de pelo que se le ha soltado de la coleta. Lo retuerce en su dedo como un tirabuzón mientras piensa en todo lo que Álex acaba de decir.

—Otra cosa, Álex. ¿Sabes algo de Ramón?

Él menea la cabeza.

—No desde que se peleó con Evita. Estaba muy enfadada porque por su culpa la habían apartado de un caso.

—¿Eso dijo? ¿Lo oíste?

—Sí, vino fuera de control. Así que me quedé detrás de la puerta, ya sabe, por si tenía que intervenir.

Camino reprime una sonrisa. Eso es justo lo que necesita ahora, un periodista chismoso que se mete donde no le llaman.

—¿Qué más oíste?

—Le reprochó que hubiera dejado un comentario en el vídeo del pulpo. Esa grabación fue muy sonada, yo mismo la compartí para que la gente lo viera con sus propios ojos. El cretino del restaurante nos hizo la campaña gratis.

—¿Entonces fue Ramón quien escribió el comentario?

—Ramón y muchos más. Pero él se pone muy cazarro con estas cosas, así que no me extraña que escribiera todas las burradas que se le ocurrieran. Perdón, todas las barbaridades.

—¿Por qué te corriges?

—El vocabulario especista está integrado en nuestras mentes, cuesta deconstruirse. Incluso a mí.

—No te sigo, chico.

—Sería absurdo seguir utilizando un lenguaje que refleje menosprecio a los animales al tiempo que exigimos un trato digno en la práctica, ¿no cree?

—Como con el machismo —sondea Camino.

—Exacto —Álex sonríe, contento con el símil—. Hay miles de ejemplos, y muchos de ellos, también sexistas. ¿Por qué a una mujer mala la llamamos víbora? ¿Y foca si está gorda? ¿Por qué decimos que es más puta que las gallinas?

—Me han dicho todas esas cosas. Sobre todo la última.

—Y con razón.

—¿Perdona?

—Las gallinas son forzadas a criar para aumentar la producción. O lo que es lo mismo, violadas sistemáticamente. Espero que no sea su caso.

—A mí, al que me intente forzar, le corto los huevos.

—Ahí lo tiene —Álex no se incomoda. Al contrario, está en su salsa hablando del asunto—. Y hay muchos más casos, ya se irá dando cuenta. Hacer de conejillo de Indias, poner toda la carne en el asador, matar dos pájaros de un tiro. ¿Por qué hay que comer perdices al final de los cuentos? ¿De dónde sale que una gallina es cobarde? ¿Y que un borrego no tiene personalidad? ¿O que una rata es tacaña?

—Ya.

Camino se levanta para dar la charla por concluida. Todo eso es muy revelador, pero no le va a servir para pillar al asesino.

—Muchas gracias, Álex.

Él sonríe por primera vez.

—No hay de qué. Yo solo quiero que esto se aclare y podamos seguir haciendo nuestro trabajo. La inspectora empieza a alejarse cuando recuerda algo.

—Oye, ¿y el santuario? ¿Ahí también lo tenéis todo legal?

Álex se queda en silencio. Luego la mira a los ojos con una expresión nueva, una que pide disculpas por anticipado:

—¿Qué santuario?

Camino comprende y asiente con gesto sobrio. Habría que fijarse mucho para ver la complicidad implícita en el fondo de sus ojos. Pero ese chico sabe descifrar las miradas.

—Lo dicho, Álex. Gracias por todo.

83.

Águedo ha forzado la cerradura.

Ni siquiera ha tenido que utilizar las horquillas de su mujer. Ha bastado una tarjeta de plástico de una franquicia de gasolineras y un poco de maña.

Penetra en un piso modesto. El suelo es de baldosas opacas por la acción del tiempo y la lejía, y el mobiliario, relativamente nuevo pero sencillo, lo más barato de la franquicia universal de los muebles. La cocina está separada del salón tan solo por una barra americana y el tufo de la fritanga ha impregnado las paredes de toda la estancia. En casa de cocinero modernillo, freidora de estudiante. Por lo demás, la vivienda se ve bastante limpia. En una mesita anexa a un sofá desfondado por el uso se encuentran, dispersos y manoseados, los periódicos que Vicente compró horas antes.

Águedo avanza por el pasillo y ahoga un grito cuando un gato negro cruza a toda velocidad buscando refugiarse del intruso. El puto bicho le ha dado un susto de muerte. Recupera la respiración y prosigue con el registro. El piso es pequeño, conformado por dos habitaciones y un baño minúsculo. La estancia menor funciona como dormitorio de invitados, y la otra corresponde a la pareja. El policía no sabe de cuánto tiempo dispone, tiene que ser rápido a la par que meticuloso. Va abriendo cajón por cajón enguantado en látex. Por si las moscas. Mesitas de noche, cómoda, armarios. En la habitación grande hay dos. Comienza por el más estrecho, sin hallar en él nada digno de mención. Luego se dirige hacia el empotrado. La puerta está cerrada con llave, pero la llave no está dentro de la cerradura como es lo habitual. Saca una horquilla y manipula hasta abrirla. El armario es amplio, podría considerarse casi un vestidor. Pero dentro no hay ropa. Tampoco perchas ni cajoneras, estantes o baldas. Solo un espacio diáfano recubierto por gruesos paneles de espuma. Son de un color rojo escarlata y envuelven todo el espacio: techo, paredes, suelo.

Siente un escalofrío en la espalda al percatarse de que está ante una madriguera insonorizada. Pero eso no es lo que más le impacta: en una de las paredes laterales hay unas argollas unidas a cadenas que terminan en sendos grilletes. Y en el suelo esponjoso, una mordaza y una cuerda de yute abandonadas. Lo fotografía todo con puño tembloroso, mezcla de pánico y euforia ante el descubrimiento.

Está a punto de enviárselo a Camino cuando algo duro le golpea en el cogote y un segundo

después siente un peso enorme que impacta contra su mejilla. Su cuerpo se ha desplomado junto al armario.

84.

—¿Qué has hecho, Miren?

Águedo oye la voz ronca y siente unas manos gruesas que lo alzan como a un pelele y lo colocan en horizontal. Un momento después, le cae encima un vaso de agua. Parpadea varias veces y trata de sacudirse. Poco a poco, empieza a despejarse. La voz ronca está discutiendo con una más aguda. Enfoca la mirada y ve que son Vicente y su novia. Comprueba que no está maniatado, y eso le tranquiliza. Lo que no le tranquiliza es darse cuenta de que no tiene ni la pistola ni el teléfono. Y de que está dentro de esa casa con dos perturbados.

—¡Estaba en nuestra habitación, qué querías que hiciera!

—¡Es policía, joder! ¿Es que no piensas nunca antes de actuar?

—¿Cómo coño iba a saberlo?

—¡Haber preguntado!

—Tú eres tonto. Veo a un desconocido en mi casa metiendo las narices en mis armarios y le pregunto qué hace, ¿no? Además, ¿tú cómo sabías que era policía?

—Es el que me lio lo de la mosca.

—¿Este?

Ella se gira a mirarlo y se da cuenta de que acaba de abrir los ojos.

—Se ha despertado.

—Menos mal. Te lo has podido cargar, estúpida.

—¡A mí no me insultes!

—Te insulto porque a veces eres una inconsciente.

—¡Y tú un gilipollas!

—Más gilipollas serás tú entonces, que me aguantas.

—Pues tienes razón. ¿Sabes lo que te digo? Que yo me largo, ya estoy harta de tus líos. Aquí te quedas.

—Y una mierda te vas a largar, con la que has montado. El que se pira soy yo.

—De eso nada, que este tipo ha venido a por ti. Arréglatelas con él.

—No te atreverás.

—Ya lo creo que sí. Y no quiero verte más. ¡Que te den!

Águedo los observa desconcertado. La chica ha sacado una maleta de debajo de la cama y

empieza a vaciar los cajones y a volcar su contenido dentro sin ton ni son. Vicente la azuza para que lo haga, la empuja, ella le devuelve el empujón con más fuerza, él dice que se vaya cuanto antes, que está loca perdida, y ella le devuelve una nueva ristra de insultos. Águedo aprovecha que están concentrados en la discusión y se abalanza encima de Vicente, echándole los brazos por detrás de la espalda. Forcejea con él hasta que consigue bloquearle. A falta de sus esposas, que también se las han quitado, arranca los grilletes del armario y se los coloca a Vicente. Cuando acaba la operación, busca con la mirada a la chica. No está. Se ha ido sin maleta ni nada. Se coloca de cara al cocinero, que tiene el mentón hacia abajo y una mirada furiosa, y le obliga a mirarle a él a los ojos.

—Ya que te han dejado solito, de momento tú y yo nos vamos a la Brigada a aclarar todo esto... Una voz aguda a sus espaldas le interrumpe.

—Que te lo crees tú. A mi novio no te lo llevas a ninguna parte. Suéltale ahora mismo o te pego un tiro.

Águedo se gira lentamente para comprobar que es la voz de Miren la que penetra junto a ella de nuevo en la habitación. Su pistola reglamentaria vibra en las manos convulsas de la chica. Nada es más peligroso que una persona asustada con un arma que no sabe manejar. El policía suelta a Vicente y da un paso hacia atrás. Le tiemblan los labios al hablar:

—Vamos a tranquilizarnos todos un poco.

Vicente se levanta y va hacia su novia, quien recoge la llave y le libera de los grilletes sin dejar de encañonar al policía.

—Esa es mi chica —Vicente le da un beso largo en los labios, como si no acabaran de ponerse finos hace un instante.

Ella se lo devuelve con fervor, aunque sin quitarle ojo al policía. Luego, Vicente la rodea con sus brazos mientras ella sigue apuntando, mira a Águedo y cambia el tono:

—Parece que la tienes cogida conmigo, ¿eh? Cuéntanos qué hacías en nuestra casa y luego te largas y no te volvemos a ver el pelo nunca más. Eso, o te denunciamos por entrada ilegal y te jodemos la carrera de madero.

85.

Nada más salir por la puerta de la asociación, Camino consulta el teléfono.

Su rostro acusa un nuevo chasco: sigue sin noticias de Paco. Ni una sola explicación por lo de anoche. ¿Cómo puede ser tan cobarde? En cambio, tiene varias perdidas de su equipo. No le extraña, es lo pactado. Les ha pedido que la informen de cada paso. Dos llamadas de Casas, una de Quintana y tres de Gallego. Se pregunta por qué la llamará Gallego, pero primero marca el número de Paco. Da apagado. No puede creer que su falta de agallas llegue hasta ese extremo. «Será imbécil», masculla con un enfado que intenta encubrir la tristeza que siente. Luego pulsa el botón para devolver la llamada de Gallego. Descuelgan del otro lado antes de dar tiempo a que finalice el primer tono.

—Inspectora.

—Dime, Gallego.

—Estoy con Ramón. Necesito que vengas a casa.

Camino siente la adrenalina correr por sus venas.

—¿Estás bien, Gallego?

—Sí —la voz suena insegura—. Pero necesito que vengas. Cuanto antes, mejor.

—Claro. Dame media hora. No, veinte minutos.

Camino cuelga y mira a su alrededor, pero no divisa por ninguna parte a los maromos de refuerzo que venían con ella. Hace un chasquido con la lengua. Seguro que se han ido a algún bar antes de que se acabe el menú del día. Sin pensarlo ni un momento, saca el mando del camuflado y se dirige a grandes zancadas hacia el coche. Ya les tocará a esos dos dar explicaciones de por qué la han perdido de vista.

—*Por fin.*

Ángeles lleva todo el día telefoneándola, y es ahora cuando Elsa se decide a devolverle la llamada. Sabe que no le queda otra que morderse la lengua, porque ella ignoró primero sus intentos de acercamiento. Pero, sobre todo, porque la necesita.

—¿Qué quieres?

—¿Qué tal estás?

—Como si te importara.

—Pues claro que me importa, Elsa.

—Ya. Meses enteros sin saber de ti, no te dignas ni a contestar mis mensajes y ahora cinco llamadas perdidas. ¿Qué mosca te ha picado?

—No seas así, estoy con un caso muy grave.

—Tu trabajo, siempre tu trabajo.

Ángeles suspira. Esto va a ser más difícil de lo que se temía.

—Precisamente... quiero pedirte un favor. Es muy importante.

—Cómo no.

—Oye, puedo acercarme a donde estés, comemos juntas y te lo cuento.

Elsa duda. Está deseándolo, pero no se lo va a poner tan fácil.

—Estoy ocupada. Tengo una tutoría en un rato. Y exámenes que corregir.

—Por favor... —ruega Ángeles en un tono insólito en ella—. Hay vidas de personas en juego.

—Te llamo por la noche. Me lo cuentas y veo en qué te puedo ayudar.

—¿No puede ser antes?

—No, ya te lo he dicho, yo no atrapo a los malos pero mis alumnos también se merecen un respeto.

—De eso se trata. Esta vez puedes ayudarme a atrapar a uno.

Se oye un resoplido de fondo.

—A las siete, un café en mi casa. Es todo lo que puedo hacer, Ángeles.

—Allí estaré. Un beso.

Elsa cuelga el teléfono con una sonrisa de satisfacción. Se pregunta si se ha pasado, pero enseguida lo descarta. Echa cuentas del tiempo que necesita para arreglar un poco la casa y a ella

misma. Y de repente se da cuenta de que ni siquiera le ha preguntado cómo demonios puede ayudar una profesora de Historia a pillar a un delincuente.

Camino llama al timbre.

Oye un barullo de ladridos de fondo y no puede evitar estremecerse. Cómo no iba a tener Gallego la casa llena de perros. No quiere reconocerlo, pero esos bichos le dan respeto... Qué coño, respeto. Le dan pavor. Es un miedo antiguo, porque cuando era una cría un perro le dejó un recuerdo indeleble en el muslo en forma de cicatriz. Su padre la culpó por estar siempre enredando y no ver el peligro. Y en ese momento, el peligro adquirió una forma muy concreta: las fauces de un caniche blanco con falsa apariencia de peluche.

Vuelve a presionar el timbre. ¿Por qué no abre nadie? Pega la oreja a la puerta en un intento de captar algún ruido. Nada. Nada más que los ladridos incansables. Comienza a preocuparse. Recuerda los maullidos obstinados del gato que les condujo a una de las víctimas del caso Progenie. El gato gigante que hoy es la mascota de Pascual. O Pascual la mascota del gato gigante, eso da igual. ¿Están queriendo decirle algo esos perros? Evoca la breve conversación con Evita, su tono perentorio. «Necesito que vengas» Está con Ramón. Y Ramón no ha aparecido en el trabajo. Se ha quitado de en medio, pero ha arrastrado a Evita. Y los perros siguen ladra que te ladra. Aporrea la puerta, cada vez más nerviosa.

—¡Gallego! ¡Gallego! ¡Abre, soy la inspectora!

Los ladridos se atenúan. Siguen escuchándose, pero ya no están al pie de la puerta. El ruido llega desde algún lugar más lejano. Pega la oreja de nuevo y justo entonces la puerta se abre, dejándola en evidencia en esa posición de fisgona. Evita finge no darse por enterada.

—Hola, inspectora. Gracias por venir.

Lo ha dicho en un tono triste y carente de todo atisbo de aplomo. Tiene un aspecto aún más desastrado de lo habitual. Camiseta ancha más vieja que las pesetas y un pantalón de tela de un verde desvaído con algún que otro agujero aquí y allá. Pero ahí está. Camino suspira aliviada.

—¿Y Ramón?

—En la salita. ¿Quieres café?

—¿Aquí hay de eso?

—Ramón lo ha subido del bar de abajo. Tiene leche de vaca y azúcar blanca.

—Qué detalle. ¿Y los perros? —pregunta sin poder disimular del todo la aprensión.

—Los he dejado un rato en la terraza.

—Gracias —acierta a decir.

Evita se encoge de hombros.

—Así no molestan. Además, no paran de vomitar.

—¿Qué les pasa?

—Habrán comido algo en mal estado.

Evita hace un ademán quitándole importancia, aunque en el fondo se siente culpable. Cuando llegó la pizza se dio cuenta de que no había vuelta atrás: no podía mirarla sin ver en los pedazos de carne a cerdos y vacas sacrificados. Así que se la dejó toda a Tabo y Akira, que no tuvieron tantos escrúpulos. Pero se ve que después de tanto pienso vegano sus estómagos han perdido la capacidad de digerir algo así.

Camino se queda más tranquila. Mientras no tenga a esos perros en la misma habitación, le da igual lo demás. Lo que no sabe es a qué vienen tantas deferencias. Ella ha sido muy dura con Evita apartándola del caso, y con respecto a Ramón, está claro que la antipatía es mutua. Piensa en ello mientras se adentra por un pasillo hacia la sala que le ha indicado Gallego. Al fondo hay una puerta cerrada. Agarra el manillar y, justo cuando lo está girando, se para en seco. Le viene el recuerdo de la última vez que fue tan ingenua: se metió sin refuerzos en la boca del lobo y casi no lo cuenta. De aquello guarda otra cicatriz, una que está a la altura de la coronilla. Cuando se despertó, estaba maniatada frente a la persona que pretendía atrapar. Recuerda a los dos maromos que no se ha molestado en avisar y se culpa por venir sin ellos. Nadie en su sano juicio tropezaría otra vez en esa piedra.

—¿No pasas?

Es la voz de Evita, en la que se ha colado un tono impaciente. Está justo detrás de ella y sostiene una bandeja con tres vasos. Dos contienen una especie de agua sucia y otro el café del que le han hablado.

—Claro.

La inspectora gira el manillar, empuja la puerta y deja pasar a Evita con una cortesía fingida que le permite algo de tiempo de reacción para visualizar la estancia. Está en sombras. A esa hora el sol ya ha descendido mucho y los últimos resquicios de luz diurna se cuelan con dificultad entre unas persianas a medio bajar y unas cortinas echadas. Al fondo, en un sillón, ve a Ramón sentado. Viste pantalones cortos y una camiseta negra. Tiene los pies descalzos, encima de una mesita.

—Adelante, inspectora —le oye decir en un tono neutro.

Camino inspira profundamente y penetra en la habitación, cerrando la puerta tras ella. Ahí están, los tres juntos. Pase lo que pase, no saldrá de allí sin que todo quede aclarado.

Águedo está en su casa sentado a la mesa de la cocina.

Se siente hundido y mortificado. Lleva desde que llegó haciéndose la misma pregunta que siempre ha eludido: si es un buen policía. Si alguna vez lo ha sido. Se empeña en hacer las cosas a su manera, y a veces le sale bien. Pero otras mete la pata hasta el fondo. Como el día del restaurante vegano. O, más aún: como hoy. No sabe qué es lo que va a contar en la Brigada. Podría echarle la culpa a Miguel, a los de la UFAM. A la mosca que se cruzó en su camino cuando se iba a comer la hamburguesa. Pero el que ha ido por libre ha sido él. El que ha infringido la ley ha sido él. Solo él.

Puri llega con el bebé en brazos y se sienta enfrente. Se pregunta por qué Águedo habrá vuelto tan pronto. Cuando andan a tope con un caso, los horarios se estiran al máximo y la jornada establecida se convierte en una utopía. Ya son muchos años juntos. Se casó con un policía y aceptó desde el principio que aquello eran lentejas. Pero está raro desde que volvió. Ella sabe muy bien cuándo hay algo que le preocupa. Normalmente lo ataca bebiendo alguna copa más de lo normal. Hoy ni siquiera se ha abierto una cerveza. Permanece allí quieto, con los hombros caídos y una cara de niño desorientado que le parte el alma.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Estás bien?

Él la mira con la misma expresión de extravío. Después sus ojos descienden hasta el bebé. No está dormido ni berreando, que son casi las dos únicas formas en que le tiene clasificado. Al principio le parecía feo, tan coloradote y lleno de arrugas. Él no había querido descendencia, se hartó de decirle a su mujer que estaban bien así, que para qué complicarse la vida. Pero en el fondo lo que le ocurría es que estaba muerto de miedo. No se veía capaz de asumir la responsabilidad que implicaba ser padre. Hasta que Puri le dio un ultimátum: o lo intentaban o ella se largaba. Y él cedió para no perderla. Nunca encontraría a una mujer como ella, habría hecho cualquier cosa para que no se fuera de su lado. Pero seguía muerto de miedo. El bebé nació, y él todavía no se sentía padre. Por eso apenas le hacía caso, para no enfrentarse a su propia incapacidad. Ahora el niño ha crecido, ya no está rojo ni arrugado. Está bonito. Se pregunta cuándo se ha producido la metamorfosis. Han transcurrido los meses y él apenas ha sido consciente. El niño gorjea con cara de felicidad. Se le forman unos hoyuelos que le recuerdan a las fotografías antiguas. Águedo le escudriña los ojos concentrados en quién sabe qué, las cejas

puntiagudas, la nariz recta. De repente le encuentra el parecido que todo el mundo se empeña en hacerle ver. Tienen razón, es clavado a él. Constata con asombro que ese niño procede realmente de su cuerpo, que es una continuación de él mismo que le perpetuará. El Águedo de la infancia, un «miniyo» que ha vuelto del pasado para proyectarse en el futuro. Algo de lo que ya nunca podrá desprenderse. Ni quiere, piensa asombrado. ¿Cómo ha podido no darse cuenta antes? Se levanta y da la vuelta a la mesa para sentarse al lado de su mujer.

—¿Puedo?

Puri se lo pasa con asombro. Es la primera vez que lo pide. Siempre es ella la que está detrás de él para que lo coja en brazos, para que el niño se haga con su olor, con el tono de su voz, el tacto de sus manos rugosas y el dibujo de sus facciones que cada vez percibe con más nitidez. Contempla emocionada cómo su marido lo sostiene con orgullo.

—Ahora sí. Ahora sí estoy bien —dice Águedo mientras mece a su hijo con suavidad. Las preocupaciones se han esfumado. Volverán, pero este momento no podrá arrebátárselo nadie.

La casa está en penumbra.

—¿Hola? ¿Hay alguien?

Lupe no oye la televisión a todo trapo ni los gritos de su marido y su hijo. Solo una musiquilla suave que proviene de algún lugar. Toca el interruptor de la entrada, pero la luz no se enciende. Comienza a asustarse. Piensa en su hijo y el corazón le da un vuelco.

—¿Jacobó? ¿Jonás?

Echa mano de la pistola reglamentaria y se va aproximando al salón con pasos sigilosos. Por su cabeza pasan en unos segundos todas las tragedias posibles. Trata de prepararse para cualquier cosa que le toque enfrentar. Pero si le ha pasado algo a Jonás, a su Jonás... Respira hondo, necesita concentración. Pega su cuerpo tras la puerta, cuenta mentalmente hasta tres y penetra en la estancia apuntando al tiempo que alza la voz:

—¿Quién anda ahí?!

Su pregunta es seguida de un alarido que le asusta todavía más. Ella misma pega otro grito. Un segundo después, la sombra se define ante sus ojos y la voz de Jacobo le llega con toda claridad.

—¡Joder, cari! ¡Suelta eso! ¡Casi me matas del susto!

Sentado a la mesa agarrándose el pecho con las dos manos está su marido. Junto a él, un par de candelabros llameantes, una cubitera con una botella dentro y un *risotto* de marisco que pretende demostrar que la paellera sirve para algo más que para acumular polvo.

* * *

Lupe mastica a pleno carrillo mientras Jacobo le rellena la copa de espumoso.

—Reconócelo, era más probable que hubiera entrado un delincuente que esto —dice ella mientras abarca con el brazo todas las vituallas extendidas sobre la mesa.

—No seas injusta —Jacobó protesta, pero se le escapa una sonrisa de los labios. Luego recupera la seriedad—. Ya sé que he descuidado algunas cosas últimamente.

«¿Te refieres a los últimos doce años?» Lupe lo tiene en la punta de la lengua, pero logra contenerse. Mejor enterrar el hacha y seguir pelando gambas.

—Me he dado cuenta a tiempo, eso es lo que importa. Voy a cuidarte mucho mejor a partir de

ahora.

Ella le mira con ternura. Cree que se le pasará en dos o tres días, pero aun así, el intento es bonito. Levanta la copa.

—Porque sea verdad. Y cocines así siempre.

Los cristales chocan con fuerza y ambos ríen. Luego siguen masticando en silencio hasta que Jacobo habla de nuevo.

—Jonás está feliz en casa de Alberto, de verdad. Para él es como un día de fiesta.

—¿Y su madre les llevará mañana al cole?

—Sí. Todo controlado.

—Está bien.

«Está más que bien.» Lupe no recuerda un día en el que llegar a casa fuera tan relajante.

—¿Qué tal hoy en el trabajo?

Ahora ella casi se atraganta. Eso sí que no lo esperaba. Si no estuviera tan encallecida, hasta se emocionaría.

—Bien.

—¿Mejoró la cosa? Por lo de esa chica nueva que me contaste.

Lupe mira a su marido como si lo viera por primera vez. Así que va en serio. Está dispuesto a prestarle atención.

—La verdad es que sí. Bueno, no para ella. La han apartado del caso.

Jacobo silba.

—Vaya, desde luego no pasa desapercibida.

—Hasta me daría un poco de pena, si no fuera porque no me fio de ella —Lupe aparca los últimos restos de cinismo y se deja llevar por la placentera e insólita sensación de sentirse escuchada—. Pero no te he contado lo mejor.

Su marido enarca las cejas.

—Soy todo oídos.

—Me han dado un caso para mí sola. Y hasta me han puesto a un agente para que me acompañe. Pero yo soy la responsable, ¿sabes? Yo decido qué se hace. Así que se acabó lo de estar todo el día pegada al ordenador.

Una ráfaga de preocupación surca los ojos de su marido.

—¿No será peligroso?

—Jacobo, elegí ser policía, no contable.

—Bueno, ten cuidado. Y... ¿qué has hecho hoy?

—Entre otras cosas, ir a ponerle las pilas a la dueña de un matadero, que se había pasado de lista —sonríe ufana mientras se sirve una nueva ración de *risotto*.

—Nunca he estado en un matadero.

—Pues no es fácil entrar. Había un tiparraco en la puerta que no tenía intención de dejarnos. Pero conseguí sortearlo.

—Lo que no consigas tú...

—Por cierto, ¿sabes qué me llamó la atención? Estaba leyendo a ese autor que te encanta, el del Nobel.

—¿Ishiguro?

—No, no es un nombre tan raro.

—¿Vargas Llosa?

—No, hombre, hasta ahí llevo.

—¿Günter Grass?

Lupe niega con la cabeza. Jacobo sigue haciendo memoria. Le divierte el juego.

—¿Kertész? ¿Pamuk?

—El título del libro era un nombre de mujer.

—¿Coetzee?

—¡Ese!

—*Elizabeth Costello*, de John Maxwell Coetzee.

—Justo. Me sorprendió porque era un tipo rudo, muy bravucón. Y luego resulta que leía lo mismo que el fino de mi marido —se ríe.

—Oye, que yo también puedo ser bravucón —Jacobó sigue la broma con una mirada sensual.

—¡Rijoso!

Él se ríe abiertamente. Le gusta la picardía que brilla en los ojos de su mujer. La velada va bien, muy bien. Aunque el tema ha llamado su atención y ahora habla el filólogo que hay dentro de él:

—De todas formas, es curioso. Los índices lectores siguen descendiendo, sobre todo en varones. Pero a veces uno se encuentra con una sorpresa agradable.

—Yo no lo llamaría agradable precisamente. Más bien tiparraco, chulo, rufián... Aunque parece que con buen gusto.

—Eso desde luego. Oye, y hablando de todo un poco. ¿Has pensado en lo del Máster de Gestión Cultural?

Jacobó se sumerge en un monólogo sobre las excelencias de la maestría, la empleabilidad que le dará, la forma en que pueden financiarlo... Lupe le observa, primero desconcertada, después furiosa. Conque interés por el trabajo, conque cena romántica, conque te voy a cuidar más. Leches. Ya debería saber que todo lo que hace Jacobó tiene un porqué.

—Entonces, ¿qué me dices?

—No.

Lupe se levanta de la mesa y se va a la habitación lanzando un resoplido de bisonte.

—Pero... ¿por qué? ¡Vamos a hablarlo! ¡Además, queda el postre! Es tiramisú.

—¡No tengo más hambre!

La voz le llega ya desde la otra punta de la casa. Jacobo se muerde el labio. Todo el esfuerzo para nada. Y encima, hoy tampoco va a estrenar los puñeteros bóxer.

Camino hace rato que terminó su café.

Ramón le ha contado todo. Cómo empezaron con la asociación, luego con las liberaciones de animales, y de ahí al santuario para disponer de un lugar donde acogerlos. También las campañas y las vigiliadas y los líos en los que se meten por querer llegar más lejos de lo que les está permitido. Y luego está el acoso por las redes sociales, claro.

—¿Os dais cuenta de que, más allá de todas las normas que infringís, ponéis en juego vuestra propia seguridad? Tarde o temprano seréis vosotros quienes acabaréis tras unas rejas.

—Si nadie da el primer paso para despertar la conciencia social, nada cambiará —Ramón ha abandonado cualquier rastro de animadversión. Hace uso de un tono apaciguado y pedagógico—. La mayoría de la gente no solo no nos comprende, sino que se ríe de nosotros. Creen que estamos locos por luchar por los animales no humanos y darles nuestro cariño y protección. ¿Recuerdas aquellas chicas veganas que grabaron un vídeo para explicar lo que se hace con las gallinas ponedoras? Fueron ridiculizadas de todas las formas posibles. Las llevaron a cadenas nacionales para reírse de ellas en su cara, y en Twitter y WhatsApp fue todavía peor.

Camino lo recuerda. A ella misma le llegaron memes sin parar. Y los reenvió. Sin parar.

—Las llamaron de todo —prosigue él—. Había un montaje en el que ponían en su boca que no usaban electricidad porque el enchufe violaba la toma de corriente. Para la mayoría, los animales son justo eso: objetos sin sentimientos.

—Ramón es un incomprendido, pero lo hace todo desde sus principios. Tan solo intenta vivir de forma coherente.

Evita le toma la mano. Se diría que las desavenencias ya han desaparecido del todo entre ellos.

—Nunca hay que perder el respeto al prójimo. Eso te convierte en un radical, y pierdes lo que podrías ganar por otros medios —dice Camino muy severa.

—¿Sabe que los pulpos poseen una enorme capacidad de sentir el dolor? Es por su sistema nervioso. Digamos que es como si tuvieran cerebros repartidos por todos sus tentáculos. Está científicamente demostrado, y sin embargo nadie habla de ello. ¡A nadie le importa!

La inspectora le mira impaciente. No ha ido allí a que le dé más lecciones sobre animales. Él se da cuenta y baja la cabeza.

—Pero tiene razón —admite—. Lo que escribí en ese vídeo estuvo fuera de lugar. He

comprendido que el odio no lleva a ninguna parte; hay que trabajar solo desde el amor.

La inspectora le mira con escepticismo. Ahora sí que parece el gurú de alguna secta. Pero no le vale con su nueva imagen de mesías, hay que pasar por la acción de la justicia. Y para ello, todo debe quedar negro sobre blanco.

—Le amenazaste con matarle como al pulpo, y es exactamente lo que ha ocurrido, Ramón.

—Claro, y qué iba a poner. ¿Te pegaré un tiro? Quería que comprendiera el sufrimiento que estaba causando. Era lo más lógico.

La inspectora piensa en lo subjetiva que puede llegar a ser la lógica. Suspira con cansancio.

—¿Qué hay de Vicente? ¿Cómo puede alguien como tú, tan preocupado por el sufrimiento, ser el mejor amigo de un maltratador? ¿Y cómo puede alguien que pega a su pareja jugarse los cuartos por liberar unas cuantas gallinas?

Evita carraspea.

—Eso también se ha aclarado. Cuéntale, Ramón.

Ramón todavía vacila, pero su novia le aprieta la mano con fuerza para infundirle ánimos.

—Pertenece a la esfera más íntima de Vicen. Hasta hace un rato, jamás lo había hablado con nadie, ni siquiera con Evita, y, sinceramente, no creí que tuviera que traicionar su confianza. Pero llegados a este punto...

—Le van las prácticas BDSM —Evita da el titular, impaciente—. Ya sabes, sexo fuera de los límites convencionales: dominación, sumisión, masoquismo...

Camino les mira pasmada. De repente hay algo que empieza a cobrar sentido.

—En realidad, él es bastante *light* —aclara Ramón—. Pero le pone ser sometido, acatar órdenes, cosas así. A Sara le iba un rollo más duro. Que la azotara, que la estrangulara hasta hacerle daño. Él prefería estar del otro lado, pero quien se mete con esas cosas lo hace precisamente porque quiere transgredir sus propios límites.

—Vamos, que Vicente era un vainilla a su lado.

Ramón asiente, sorprendido de que una inspectora de Homicidios entienda de esas cosas.

—Sí, ya le digo, aparte de que la tía le atara y se desfogara con él, lo demás tampoco le iba demasiado. Pero el caso es que entró en el juego, y algunas veces a Sara le quedaron marcas difíciles de disimular. En su familia se las vieron y la cosa se fue enrareciendo. A Vicen le prohibieron la entrada en casa de sus suegros. Ella trataba de defenderle, pero sin contar la verdad era difícil. De modo que todos en su entorno daban por hecho que Vicen la maltrataba. Al final la relación se desgastó. Ella subía el listón en la cama y a él en la calle le veían como un violento. Cada vez más amigos de Sara le negaban el saludo. Así que un día se vio sobrepasado y le puso los puntos sobre las íes: tenía que explicar lo que sucedía. Ella se negaba, porque no quería que sus padres la vieran como una especie de pervertida, y Vicen le replicaba que si

prefería que creyeran que él era un maltratador. Al final, rompieron. Le costó superarlo, porque le gustaba en serio esa chica. Incluso habían comprado un piso a medias.

—O sea, que la UFAM erró el tiro desde el principio.

—Sí —contesta Evita por él, que no sabe de qué le está hablando.

—¿Y qué hay de su nueva pareja?

—Miren es diferente. Ella va de rollo dominatrix, no hay más que ver las pintas que lleva. Quien no entiende del tema cree que es medio gótica, pero detrás hay una filosofía muy diferente. Encaja mejor con Vicen. Es ella la que lo ata a él, la que fuerza los términos hasta que él pronuncia la palabra acordada. Es una tía con temperamento pero bastante maja. Y lo mejor de todo: si hay alguien que acaba con cardenales, es él. Nadie va a pensar al verlos que su pareja lo maltrata.

«Desde luego», reconoce la inspectora para sí. Si uno de sus hombres apareciera mañana con un ojo morado, pensaría en una bronca de bar, en asuntos turbios de dinero, en fin, cualquier cosa antes que en su mujer zurrándole. Pero no lo dice. Ni lo dirá. Hay demasiada violencia contra las mujeres todavía como para admitir que a veces, solo a veces, las cosas no son como parecen.

Ramón saca varios papeles de una carpeta que ha tenido todo el tiempo en las manos y se los entrega a Camino.

—Lo que me pidió.

—¿El listado?

—Sí. Están todos los trabajadores y voluntarios de la asociación. Espero que lo use con cautela, no querría que ninguno tuviera problemas por mi culpa.

—Así lo haré. Gracias, Ramón.

Se queda pensativa mientras le echa un vistazo por encima. Se lo dará a Lupe para que lo examine.

—Falta una sola cosa más. Hay que seguir el procedimiento, ya sabes. Necesito ver tus zapatos.

El móvil de Camino ha vibrado varias veces en lo que va de tarde. Mientras Ramón va a la habitación a buscarlos, ella consulta la pantalla. Es Flor. Tiene cuatro llamadas perdidas de la mujer de Arenas. Y una entrante ahora mismo.

—¿Flor?

—Desgraciada.

Pues sí que empieza bien. Se aleja unos metros de Evita y cubre el teléfono con la mano.

—Hola, Flor —contesta apretando los dientes.

—Dile que se ponga.

—¿A quién?

—No te hagas la tonta. Dile a Paco que se ponga ahora mismo.

El estómago de Camino se encoge y nota cómo le falta el aire en los pulmones. No hace falta

más: una pieza acaba de colocarse en el tetris de su corazón.

—Paco no está conmigo.

—Ya, claro. Se va a cenar contigo, como todas las noches, y no vuelve ni a dormir. Ya no os cortáis, ¿eh? Al menos podía haber avisado, tener los cojones de confesármelo a la cara. Y a su hijo, que no sé qué coño decirle, y encima no contesta a mis llamadas porque tiene el móvil apagado y...

—Flor —Camino la interrumpe—. Flor, yo no sé dónde está Paco. Ayer por la noche quedé con él pero no apareció. Y también a mí me da apagado su teléfono.

Cuando cuelga, Ramón está delante mirándola con curiosidad. En las manos lleva unas deportivas que pone frente a ella. Camino no reacciona.

—¿Inspectora?

—Dime qué número son —pronuncia al fin con una voz ronca.

Él pone la suela gastada boca arriba.

—Cuarenta y siete.

La inspectora saca las esposas sin una sola palabra y se las coloca a un Ramón tan sorprendido que no acierta ni a tratar de zafarse. Acto seguido, llama a Pascual.

—¿Habéis tramitado la orden de detención?

—Sí, jefa.

—Pues ya lo tengo, voy para allá. Quiero que estéis todos en la sala de juntas. Reunión de emergencia, prioridad absoluta.

—¿Has visto qué hora es? La gente está cenando en su casa.

—Prioridad absoluta, he dicho. Localiza a todo el mundo.

Sale de la casa arrastrando a Ramón, que sigue sin entender nada. Él creía que había puesto a la inspectora de su parte e incluso que las cosas se arreglarían para Evita. Se oyen de fondo los gritos de ella pidiendo explicaciones. A Camino todo le llega de muy lejos. Ahora mismo, lo único real es que Paco ha desaparecido. Que Paco estaba investigando el caso y ha desaparecido. Que Paco tenía algo muy importante que decirle y ha desaparecido. Y ahora ya no está tan segura de que fuera algo sobre ellos dos.

Cuarta parte

Poco a poco el efecto del narcótico se ha ido diluyendo y la claridad regresa a su mente, aunque hubiera preferido que no lo hiciera. Sigue encajado en esa jaula de cuatro paredes, solo que ahora no está en la camioneta, sino en una habitación de unos cinco metros cuadrados junto a una mujer aprisionada. La cadena continúa atenazándole el cuello y los grilletes aprisionando muñecas y tobillos. Paco oye cómo sus huesos crujen al cambiar de postura en el espacio minúsculo al que ha sido confinado. Está furioso por haberse dejado atrapar como un novato.

Piensa en el destino que tendrá reservado para él, y no le resulta difícil intuir por dónde irá. Le gustaría creer que se equivoca, pero ha matado a demasiados animales en su vida como para que ahora ese monstruo no se lo haga pagar en su propia piel.

Mira a la mujer frente a él. Una cucaracha le sube hasta la cara, que está enclaustrada entre barrotes. Parece que el bicho va a meterse en los ojos, pero en el último momento se da la vuelta y desciende cuello abajo. Paco siente una repugnancia terrible. Sin embargo, a ella parece darle igual. Sabe que conserva algún jirón de vida, porque ha notado un débil subir y bajar rítmico en la caja torácica. La resignación por la que se ha dejado llevar es tan admirable como terrorífica. Él no quiere eso. No quiere perder toda esperanza y quedarse aguardando a que la Parca venga a por él. No lo hizo en el pasado y no lo hará ahora.

Trata de pensar en algo agradable. Evoca las últimas cenas con Camino. El adobo, los serranitos, las cervezas, sus carcajadas frescas, la compenetración trabajando juntos. Su olor y la forma en que frunce la frente cuando algo no le cuadra. O la ceja que enarca cuando sabe que le está tomando el pelo. Su mirada seria, nerviosa, el instante en que él la tomó por los hombros y acercó sus labios a los de ella. Casi, casi la besa. Pero se achantó. Nadie puede imaginarse cuánto se arrepiente.

Camino entra en la sala presa del nerviosismo.

Allí está su equipo. Pascual, Fito, Águedo y Lupe. Los dos últimos sacados de su casa a todo correr. Lupe ya se había puesto hasta el pijama.

—¿Y la comisaria?

—Está en un plató de televisión callándoles las bocas a los tertulianos. Como la italiana se ha largado, no le ha quedado más remedio que tragárselo ella —dice Águedo.

—¿Qué ha pasado con Ramón? —pregunta Lupe.

—Le he dejado con un agente para que lo lleve al precalabozo y practique los trámites.

—O sea, que el novio de Evita sí que tiene algo que ver —dice Fito.

—No lo sé. Puede que no.

—¿Y por qué está detenido?

—Por si acaso. Calza el mismo pie que el asesino.

Todos la contemplan estupefactos. Esas no son las formas de proceder de una inspectora. Ni siquiera de una tan libérrima como Camino.

—¿Solo por eso?

—Tenemos setenta y dos horas antes de ponerlo a disposición judicial. Si hay algo que todavía no haya dicho, más vale que confiese.

—Pero ¿qué ha hecho? —insiste Fito.

Camino ni siquiera responde. Les mira a todos, uno por uno, y lo suelta. De una vez.

—Creo que el asesino tiene a Paco.

Hay miradas de desconcierto. Águedo es el primero que alza la voz.

—¿Qué? ¿A quién?

—El puto asesino en serie. El Animalista, o como cojones se llame. Me temo que ha secuestrado a Paco Arenas.

—No puede ser —la voz de Fito suena temblorosa. Adora al inspector, quien le protegió y le enseñó todo en su profesión—. No, no, eso es imposible. Paco está en su casa reponiéndose, con su mujer y su hijo.

—Desapareció ayer por la noche. Tiene el teléfono apagado y Flor no sabe nada de él desde entonces.

—Pero... ¿por qué querría atraparle el Animalista?

Camino cierra los ojos con todas sus fuerzas, como si así pudiera borrar lo sucedido.

—Me estaba ayudando con el caso —suelta por fin con un temblor en la voz.

—¿Cómo? —Fito la mira con los ojos desorbitados.

—Quería echar un cable, y necesitábamos toda la ayuda posible. Estaba investigando por su cuenta y yo le proporcionaba material confidencial —sus palabras retumban en su cabeza con un tono ridículo, se siente incapaz hasta de disculparse.

—¿Estás loca? ¿Le pasaste toda la información a un policía de baja y le dejaste que se las apañara solo?

Camino se lleva las manos a la nuca, estira el cuello a un lado y otro. Nota un cable de acero tensando su espalda. Alcalá tiene razón. Ha puesto en peligro a Paco. Por su culpa, quién sabe qué le estará haciendo ese tipo. O qué le habrá hecho ya. Alza los ojos y lo mira presa de la desolación. Fito comprende que sí, que es justo lo que ha hecho. Conducir al inspector Arenas hacia el asesino. A su amigo, a su mentor. Se levanta de la silla y va hacia ella, enloquecido de dolor.

—¡Como le pase algo, te juro que te mato!

Camino lo ve avanzar en su dirección. El cerebro reptiliano de Fito es el que funciona ahora. Presa de su propia impulsividad, la empuja con tal fuerza que la tira al suelo. Ella está paralizada, no sabe cómo reaccionar. Lupe no puede reprimir un grito y Águedo está valorando si intervenir o dejar que se aclaren entre ellos. Después de todo, las hostias siempre se las lleva el que se mete en medio.

Es Pascual quien toma la iniciativa. Con una llave de brazo rápida y contundente, bloquea al subinspector para obligarlo a volver en sí.

—Estate quieto, Fito. No seas estúpido.

Él trata de quitárselo de encima.

—¡Déjame! ¡La estúpida ha sido ella!

Pascual le oprime con más fuerza.

—Podrían inhabilitarte por lo que acabas de hacer.

—¿Y a ella? ¿Quién la inhabilita a ella?

—Si queremos encontrar a Paco, tenemos que tener la mente clara. La inspectora no ha sido quien lo ha secuestrado. Enfócate bien, cojones.

La respiración de Fito va bajando en intensidad. Cuando Pascual considera que ha procesado la información, le pregunta con los ojos. El otro inclina la cabeza y entonces le suelta. Fito regresa a su asiento, no sin antes dirigirle una mirada a Camino en la que concentra todo su odio.

Un silencio tenso se adueña de la sala. Camino se levanta del suelo y recupera su silla. Todos esperan a que tome la palabra, pero ella no sabe por dónde empezar.

Lupe se pone de pie. No ha salido de la cama para quedarse callada viendo un numerito:

—El Animalista no mata porque sí. Necesita un motivo. Y el motivo es que su víctima haya hecho daño a los animales.

—Pero ¿y si Arenas ha descubierto algo que le delata? Tendría que quitárselo de en medio, no se andaría con pamplinas —replica Pascual.

—Lupe tiene razón —Camino se incorpora, estira la espalda, fija la vista en cada uno de sus compañeros—. Un asesino en serie tiene un patrón, no se sale de él. Si necesita matar a alguien, busca la forma de seguirlo.

—Pero Arenas no trabajaba en un matadero ni formaba parte de la industria cárnica.

—Recuerda que amplió sus objetivos a partir de lo de la universidad. Como señaló la comisaria Volpe, ahora mismo cualquiera podría entrar en el molde.

—No. Yo no torturo a animales —Pascual disiente—. Al revés, tengo un gato que es el puto rey de la casa.

—Ya oíste a la italiana —dice Águedo—. ¿Le arrancaste la cola a una lagartija de pequeño? Pues agárrate los machos. Puede tocarte a ti.

—Entonces, si Arenas averiguó algo por lo que ese tío decidió quitarlo de en medio, ¿cómo lo haría?

—Siguiendo su propia lógica —Lupe alza la voz—, estudiará su trayectoria y elegirá una forma en la que haya perjudicado a los animales.

—¿Cómo saberlo?

—Repasando su vida desde el minuto uno. Como dice Águedo, algo encontraremos.

—Eso puede llevarnos mucho tiempo —protesta Pascual, aunque ya está tomando nota. Entonces oye la voz de Fito.

—Arenas es cazador.

Camino le mira con sorpresa. No quiere creerlo. Le falta el aliento al hablar, como si estuviera inmersa en una maratón.

—¿Paco, cazador? Nunca me ha dicho nada.

—No tiene por qué contártelo todo —él la desafía con ojos fieros—. Está federado desde hace años. Incluso formó parte de la junta directiva.

Hay una atmósfera sombría. Todos están imaginando más o menos lo mismo. Al inspector jefe Francisco Arenas en traje de cazador, rifle en mano y con el cinturón a rebosar de perdices y conejos a los que acaba de arrebatar la vida. Y todos piensan igual: el asesino le va a pegar un tiro al hombre que se ha pasado la vida poniendo homicidas en manos de la justicia.

En ese momento, la comisaria Mora entra con gesto derrotado. Entre lo que le ha costado convencer a Elsa para que les ayude y el programa de televisión, está fundida. Se deja caer en la primera silla vacía que ve.

—¿Todavía estáis aquí? Yo acabo de terminar, asco de *show*. Recordadme que me corte las venas antes de volver a ser la cabeza de turco en un programa de esos.

Va a seguir quejándose, pero al mirarlos se da cuenta de que algo se ha torcido.

—¿Qué ocurre? ¿Es Sara?

De primeras nadie se decide a hablar, pero al ver que Camino no abre la boca, se arrancan a la vez y entre todos le cuentan de forma atropellada la noticia. La comisaria se queda boquiabierta durante un par de segundos, encajando la noticia con desolación. Paco Arenas es un buen policía y un buen hombre. Y, por encima de todo, uno de los suyos. De esa familia que solo el transcurso de los años y un trabajo duro como el que comparten puede llegar a forjar. Una máquina interna hasta ahora desconocida se pone en marcha. Hay momentos que están ahí para que una dé lo mejor de sí misma. Comprende que este es uno de ellos, y que no puede fallar. Saca el móvil y marca un número que nunca ha marcado, pero que le hace temblar las pocas veces que se ilumina en su pantalla. Cuando la voz contesta al otro lado, sale al pasillo y cierra la puerta tras ella. Vuelve cinco minutos más tarde.

—Desde ahora, podemos hacer uso de todos los efectivos disponibles.

—¿Todos los de la Unidad de Policía Judicial?

—No. Los de la Brigada entera —mira los rostros abatidos y fuerza una sonrisa de esperanza —. Vamos a encontrarle.

Mora se ha encerrado en el despacho con Camino.

Están sacando de la cama a todo cristo para organizar los medios puestos a su disposición. Desde la coordinación de las patrullas de búsqueda a las gestiones para localizar el GPS del móvil de Paco con los emplazamientos de las últimas horas o el registro de las comunicaciones realizadas desde el terminal.

Camino ha pedido a sus compañeros que se vayan a dormir unas horas, pero uno por uno han rechazado la oferta. Se siente orgullosa de todos, aunque de poco le vale; lo único que podría aligerarle la ansiedad que la está matando es tener noticias de Paco.

A las cuatro de la mañana baja a la máquina a por un café. Allí está Fito, esperando a que el suyo acabe de caer en el vaso. Esa máquina antediluviana lo suelta gota a gota, con una parsimonia desquiciante. Como si quisiera hacerles notar que ya es hora de que a ella también le llegue la jubilación.

El subinspector la mira con el mismo desprecio que hace unas horas. A ella no le importa, se aborrece a sí misma por haber puesto a Arenas en peligro.

—Fito.

Él se sorprende, por el tono y porque no acostumbra a llamarle por su nombre de pila. Camino siempre prefiere guardar las distancias.

—¿Tú sabes dónde puedo encontrar a la gente con la que cazaba Paco?

Fito se masaja la nuca valorando si contestar. Finalmente lo hace:

—El sábado es la final de la Copa Andalucía de Podenco Andaluz y Maneto. Se hace en un coto de la provincia de Sevilla.

—El sábado es demasiado tarde.

—Déjame terminar —refunfuña—. Supongo que muchos de ellos echarán el día en la delegación con los preparativos.

—¿A qué hora abren?

—Son madrugadores. Seguro que a las ocho ya hay movimiento.

Camino consulta el reloj. Todavía faltan cuatro horas.

—Pues estaremos allí a las ocho. ¿Me acompañarás?

Fito reflexiona durante unos instantes que a Camino se le hacen horas, hasta que ve cómo

asiente.

—Por supuesto.

Viernes, 11 de octubre

93.

Fito tenía razón.

No han dado las ocho y en la sede de la delegación provincial de caza ya hay montada una buena algarabía. Está situada en un local de la calle José Saramago, entre un salón de uñas de manufactura china y una freiduría.

Camino observa desde fuera del local cómo aquí y allí se mueven hombres atareados a fin de tener todo listo para la competición. Su subalterno no tiene tantos remilgos. Entra y da los buenos días con todo su torrente de voz. Al reconocerlo, los cazadores van deteniéndose a saludarlo y siguen después con sus quehaceres. Camino se siente una extraña, excluida de una parte de la vida de Paco cuya existencia ni siquiera conocía. Sin embargo, sí que dejó pasar a Fito. No solo eso, sino que por cómo el subinspector se mueve, queda claro que le hizo formar parte integrante de todo aquello. Con él sí ha compartido su afición, su pasión, o lo que quiera que signifique la caza para Paco.

Fito está charlando con un hombre achaparrado de unos setenta años que tiene peinados hacia delante los cuatro pelos ralos que le quedan.

—¿Qué, ya te has bajado alguna perdiz?

—No he tenido tiempo.

—Pues espabila, chaval. Ya sabes que lo que no se haga en estos meses no se hace más tarde. Luego llega la veda y no veas tú qué penitencia.

Fito asiente sin convicción. Desde que Paco lo dejó, para él también perdió el atractivo. Lo que sí le entusiasma es amaestrar a su perrita. El hombre parece leerle el pensamiento.

—¿Cómo está Rumba?

—Preparada para fulminaros a todos.

El cazador suelta una carcajada estentórea ante la fanfarronada del policía.

—No te lo crees ni tú.

Fito secunda la risa, después se pone serio.

—Mañana irá mi novia con ella. Yo tengo trabajo.

—No me jodas, hombre. Eso es juego sucio, nos va a distraer a los demás.

Otra carcajada ruidosa que Fito se esfuerza en acompañar.

—Oye, ¿y Paco? ¿Cómo está de lo suyo?

—Va mejor —contesta Fito apretando los dientes. Ha acordado con Camino que no hablarán de ello.

—Qué pena que lo dejara.

—¿Ya no caza? —interviene Camino.

El hombre la mira como si acabara de reparar en ella.

—Es una colega, mía y de Paco. Le interesa la caza deportiva, está pensando en asociarse. Camino, él es Aurelio.

—Pues si es colega de Paco ya sabe que no está para mucha competición —Aurelio sigue hablando con Fito como si Camino no estuviera delante—. De todas formas, cada vez hay más mujeres en esto. Mira tu novia, sin ir más lejos. Y no lo hace mal.

—¿Qué modalidad practicaba Paco? —pregunta ella.

—La montería se le daba bien, se dedicó un tiempo a la caza mayor con rehalas. Pero no tenía futuro.

—¿Por qué?

—Lo que más le preocupa a este hombre es defender a los bichos.

—¿Defenderlos? Creía que aquí se los mataba.

Ahora es Fito quien responde. Mira a Camino con una mezcla de cansancio y displicencia:

—Paco se ha preocupado mucho por mejorar las condiciones de la caza. Apuesta por los parones biológicos cuando el censo de alguna especie decae, no dispara si no está seguro de que el tiro sea certero y mortal, e incluso ha luchado en el seno de la federación por acabar con malas prácticas.

—Anda que no se metió en marrones. Sobre todo con lo del cimbel. ¿Te acuerdas, Fito?

—Yo todavía no andaba por aquí. Pero he oído la historia mil veces.

—Cuando estaba como tesorero, compró cimbeles artificiales para demostrar que no era necesario utilizar a las palomas de verdad. No veas la que se lio.

Nueva risotada. A Camino el tal Aurelio empieza a ponerle de los nervios.

—¿Por qué?

—Cómo se nota que tu amiga entiende poquito de caza —el hombre sigue dirigiéndose a Fito, lo que saca a la inspectora aún más de quicio. Después la mira y le habla con el tono que utilizaría con una niña de cinco años—. Un pájaro de plástico nunca podrá compararse con una torcaz de carne y hueso. No es solo la habilidad de vuelo y el tesón en el cortejo, sino lo que supone cuidarlos desde que son pichones, conseguir que sean mansos y se hagan a la mano. Y luego, saber cuándo tienen el celo justo para el lance. En fin, que a muchos les tira incluso más el entrenamiento que abatir y cobrar las piezas. Con los pájaros artificiales se elimina una parte fundamental de la caza.

—Entonces, ¿Paco no consiguió que se utilizaran los cimbeles falsos? —Camino no tiene idea

de lo que es un cimbel.

—Ni de coña. Por ahí andarán todavía en algún rincón del almacén. Entre eso y las broncas con unos y otros, no me extraña que lo dejara.

—¿Tenía enemigos aquí dentro?

—Mujer, yo no diría tanto. Vosotros los polis no tenéis punto medio. O bueno o malo. O polizonte o delincuente.

—¿Y por qué eran las broncas?

Aurelio mira a Fito un poco mosqueado.

—Es preguntona tu colega, ¿eh?

El subinspector le hace un ademán para que le conteste, dando a entender que no tiene importancia.

—Pues yo qué sé. Se ponía hecho un basilisco cada vez que alguno abandonaba a un perro viejo. Qué más. A un chaval que estaba empezando en la caza con arco se la montó porque dejó a un corzo desangrándose. Ah, y con Tomás la tuvo bien sonada por infringir la media veda de codornices.

—¿Puedo hablar con esas personas?

Aurelio frunce el ceño, la observa de forma cada vez más suspicaz. Señala a un grupo de hombres que están enfrascados en un mapa.

—Hable con quien quiera, este es un país libre. Tomás es aquel de allí, el que está calvo como un pollo *desplumao*. Pero ya le digo yo que a Paco todo el mundo lo quiere. Solo que con esas cosas es muy cabezón. Ahora se entretiene dando paseos con su mastín y está más tranquilo. Para afinar la puntería irá a una galería de tiro, como hacéis los maderos. Y todos tan contentos.

94.

—*Es injusto.*

—¿Qué es injusto?

Fito y Camino van de regreso a la Brigada. Se han mantenido callados desde que salieron de la delegación de caza.

—Que le maten por esto. Defendía a los animales —dice Camino con una mezcla de furia e impotencia.

—Todo es injusto. Lo que le estará haciendo a Sara, lo que les hizo a los demás, todo.

—Pero cualquiera de los que estaban ahí se lo merecería más que él.

—No puedes ir diciendo eso, ¿lo sabes?

—No me digas que tú no lo piensas.

—Yo lo único que pienso es en coger al hijo de puta que se ha llevado a Paco —esquiva él, dando un palmetazo en el volante.

Se hace un nuevo silencio que les cerca por todos lados. Camino mira a su alrededor en busca de las palabras que aligeren la incomodidad y el desconuelo de ambos. Recuerda los saludos amistosos de los cazadores a Fito, los temas sobre los que se interesaban. Rumba.

—¿Quién es Rumba?

Él exhala un suspiro, pero se le suavizan las facciones al contestar.

—Mi perrita. Una maneta a la que le sobra instinto. Es una fiera a la hora de cobrar conejos. La primera vez que la presento a la copa y ha pasado la selectiva. Mañana es la final. No digo que vaya a ganar, pero promete.

Camino asiente disimulando la apatía. En verdad le da igual lo que haga la perra de Fito.

—No sabía que Paco y tú ibais de caza juntos.

—Tú no sabes muchas cosas, ya te lo he dicho.

—Cuéntamelas.

Fito la mira de reojo y esboza una sonrisa despectiva. Vuelve a tener la cara de estreñido que deja claro a Camino que no la ha perdonado.

—Yo también quiero coger a ese desgraciado —insiste ella, inmune a su desdén.

El subinspector vuelve la vista a la carretera y se queda pensativo, amasándose la barbilla con la mano izquierda mientras guía el volante con la derecha. Tras unos instantes, comienza a hablar.

—A Paco le encantaba pasar los domingos en la naturaleza, madrugar, aspirar el olor del campo, ver cómo los perros olfateaban las presas y cómo cada animal se desenvolvía en su hábitat. Me enseñaba el nombre de los pájaros y me decía cómo identificar las pisadas de cada animal. Luego se llevaba las capturas a casa y Flor hacía unos guisos para chuparse los dedos. Arroz con liebre, perdices estofadas... A veces me invitaban, y también a mi novia cuando venía a las batidas. Lo pasábamos bien.

La nostalgia impregna cada centímetro del coche.

—Es como un padre para ti, ¿verdad?

—Yo nunca conocí a mi padre, así que no sé cómo va eso —dice con un punto de sarcasmo—. Pero Paco me ayudó desde el día que entré en la Brigada, y no solo con el trabajo. Una vez me vio con un antiguo colega del barrio que me pedía pasta. Iba colgado y se estaba poniendo muy pelma. Paco permaneció unos metros por detrás sin decir nada, pero después me invitó a una cerveza y me convenció para romper con mi antiguo círculo de amistades. Se aseguraba de que estuviera bien, de que nadie me buscara las cosquillas y de que a mí no me diera por complicarme la vida en los ratos libres. Por eso me metió con él en lo de la caza.

—No sabía...

—Ya te he dicho que tú no sabes muchas cosas —ahora el tono de Fito ya no es de desdén, sino que lo dice con un punto de melancolía—. Rumba me la regaló él. Una maneta acababa de parir, y él se hizo con uno de los cachorrillos y me lo dio el día de mi cumpleaños. El mejor regalo que me han hecho nunca. No como mi novia, que me compra calcetines y colonias.

Fito calla y Camino le imita, pero el de ahora es un silencio menos tenso, casi cómplice. Permanecen así hasta que aparcan en el estacionamiento privado de la Brigada. Cuando salen del coche, Camino le mira a los ojos y le pregunta una cosa, la única en la que puede pensar ahora mismo:

—El asesino. ¿Cómo crees que va a hacerlo?

Fito también ha pensado mucho en ello. Pero cuando trata de ponerlo en palabras, un nudo se le amarra en la garganta. Traga saliva antes de hablar con una voz ronca.

—Supongo que soltándole en el campo y yendo tras él. Ojalá que solo con una escopeta.

—¿Cómo que ojalá?

—La otra opción que se me ocurre es peor, y Paco la practicó durante un tiempo.

—Caza con rehalas —repite la inspectora, recordando lo que les ha contado Aurelio en la federación de cazadores—. ¿Qué significa exactamente?

—Se suelta una jauría de perros. Son ellos los que van a por la presa.

95.

Mora cuelga el teléfono.

Ahora mismo se siente pletórica. A pesar de no haber pegado ojo y de que le costaría reconocer en el espejo a la señora de pelo cano desgredado y surcos violáceos bajo los ojos. Y es que ya lo tienen. Ya tienen a ese cabrón. Y van a salvar a Paco, está segura. Sabe que ahora no se va a quitar a su ex de encima ni con agua caliente, pero no importa. Lidiará con eso. Llama a Camino, que por una vez contesta al primer tono.

—Vargas, ¿recuerdas la doctora en Historia de la que te hablé?

—Ajá —la inspectora responde distante, como si su mente estuviera en otra parte.

—Pues se ha pasado la noche sepultada entre papeles viejos y ya ha averiguado dónde lo hará.

Camino se aferra a su escepticismo, pero un rayo de esperanza pugna por colarse entre el dolor. Nota cómo le tiemblan las manos y respira hondo antes de contestar:

—Espere, acciono el manos libres. Voy con el subinspector Alcalá.

—¿Ya? —se impacienta Mora unos segundos después.

—Sí —la voz de Camino resuena en todo el coche.

—Decía que ya sabemos dónde abandonará ese psicópata el cadáver de Sara Guerrero.

Nadie contesta al otro lado. Dentro del vehículo, dos pares de ojos se encuentran y se reconocen. Reconocen el miedo, la frustración y ese rayo de esperanza que sigue insistiendo en colarse en el corazón de ambos.

—¿Seguís ahí?

—Sí.

—Lo hará en una vivienda privada en el centro.

—¿Eso es todo lo que ha averiguado esa cerebrita?

—Tenemos identificada la vivienda, Vargas —toma aire antes de soltarlo—: La que fue casa del médico Juan Muñoz de Peralta, o lo que es lo mismo, la primera sede de la Tertulia Hispalense Médica-Chímica. La academia de medicina más antigua del mundo.

—¿Cómo puede estar tan segura de que es el lugar elegido? —continúa, recelosa, la inspectora.

—Porque de esa sociedad surgieron las primeras ordenanzas que exhortaban a realizar sesiones de anatomía en animales. La Veneranda Tertulia Hispalense fue un referente allende las fronteras

—Ángeles parafrasea a la historiadora—. Entre otras cosas, reguló la experimentación con animales. Y los fundadores se reunían en esa casa: fue allí donde comenzó todo.

Fito y Camino se miran ahora de forma elocuente. La esperanza ha vencido esa batalla. El asesino no encontraría un lugar que encajara mejor con sus siniestras puestas en escena.

Es la inspectora quien toma la palabra.

—¿Y dónde queda exactamente, comisaria?

—En la calle San Isidoro, junto a la parroquia. A ciento cincuenta metros de la plaza de la Alfalfa. Ya hay compañeros de paisano cubriendo cada rincón del barrio.

Fito y Camino han llegado a la Brigada.

Van discutiendo. Desde que Mora colgara el teléfono, no han dejado de darle vueltas. Si quieren salvar a Paco, con las instrucciones de la comisaria deberían conseguirlo: cubrir la zona en la que aparecerá el asesino y pillarle infraganti. A partir de ahí, solo tienen que conseguir que confiese dónde tiene encerrado al inspector.

—¿Y si lo mata antes? Podría dejarlos a los dos al mismo tiempo, como hizo con los otros.

—No creo que descuidase los ensayos con Sara. Primero tiene que acabar el experimento.

—¿Y si ella no lo soporta hasta el final?

—Ya has oído a la comisaria. Hay compañeros apostados por toda la zona. Aunque la llevara ahora mismo, lo pillaríamos.

—Pero dijiste que no permitirías que esa mujer muriera.

—Eso era antes de saber que tenía a Paco.

Camino lo dice con un tono pasmosamente gélido.

Fito la comprende mejor de lo que quiere admitir. Él trabajó duro para entrar en la Policía Nacional, ascender hasta la escala de Subinspección, formar parte de la Brigada Judicial y salvar a gente como Sara. Pero nunca contó con que la vida de alguien querido estuviese en juego.

—Entonces, ¿ya está? ¿Nos sentamos a esperar a que la chica muera sin mover un dedo? ¿Es lo que quieres?

Camino guarda silencio. Se muerde el pulgar derecho con saña. Ha repetido tanto ese gesto en las últimas veinticuatro horas que tiene la yema totalmente machucada. Cuando el regusto de la sangre penetra en su boca, hace un esfuerzo por parar y niega con la cabeza.

—No. No es lo que quiero.

—Pues yo tampoco. Que todo ese escuadrón siga apostado alrededor del edificio. A Sara Guerrero le quedan dos días.

—Eso si llega al final del experimento con vida.

—Yo no voy a abandonarla a su suerte —insiste Fito.

La inspectora le mira y hace un asentimiento casi imperceptible.

—Yo tampoco.

En el fondo de sus ojos, Fito ve la desolación que la envuelve y por primera vez siente una

corriente de empatía hacia esa mujer. Porque está deshecha. Porque quiere a Paco, tanto o más que él. Y porque, como algo falle y el inspector Arenas pierda la vida por su determinación de seguir adelante hasta encontrar a Sara, será él quien se arrepienta para siempre.

* * *

Al entrar en la sala de juntas, ambos se sorprenden de hasta qué punto se encuentra atestada de policías: no solo anda por allí el equipo de Homicidios, sino también los jefes de grupo y algunos otros compañeros de todas las unidades de la Brigada. Están Simón y Juan, de la UDYCO, especialistas en crimen organizado; Elena y Óscar, de Investigación Tecnológica; Nicolás y Miguel, de la UFAM, que han dejado a un lado las rencillas y trabajan alineados para atrapar a ese demente. Camino también ve a miembros de la científica, al jefe Zaplana y a David, el técnico de la primera escena del crimen. Un puño de hierro sigue retorciéndole el estómago, pero al mismo tiempo se siente agradecida por la forma en que todos están volcándose. Hay un barullo sordo de fondo, de teclados y voces al teléfono, de murmullos y consultas que no cesan, acompañado de un aroma penetrante que echaba mucho de menos: un tanque de café ha sido instalado en uno de los laterales de la mesa. El grifo se abre una y otra vez para llenar unos vasos de cartón que han aparecido al lado. Se tira de cabeza a por uno. Fito la imita. Luego se quedan de pie en una esquina de la sala y lo degustan en un silencio tenso, hasta que Zaplana se les acerca.

—Lo trincaremos en breve. Ese mamón no nos hará trabajar en otra escena del crimen que no sea la suya.

—Eso espero —dice Camino.

Pero el jefe de la científica no ha acabado. Toma aire antes de dar la noticia:

—Ya tenemos los resultados de los vestigios.

A Camino le sorprende la rapidez, pero comprende al instante. Lo han dejado todo para centrarse en esos tres casos. Órdenes de arriba. Y aunque no hubieran llegado, lo habrían hecho igual. Un compañero es un compañero.

—Habla, por la Virgen.

—En el edificio donde apareció Federico Fuentes era complicado sacar nada, ya sabes que pasaban por allí inquilinos de toda condición. Está lo de las pisadas, que sí eran nuevas.

—Un cuarenta y siete. Lo sé. ¿Qué más?

—Botas de goma, las más baratas del Decathlon. Han vendido cientos.

—¿En total?

—No, cientos del cuarenta y siete.

—Entonces, ¿nada?

—Déjame terminar —Zaplana la observa muy serio—. También recogimos unas buenas

marañas de pelusas, entre las que se localizaron varios cabellos. Nada que pruebe que alguno podía ser del asesino. Lo mismo con las huellas dactilares. Además, en los cadáveres no hay ninguna. Ese cabrón no se quitó los guantes en ningún momento.

Se detiene a dar un trago a una botella de agua mientras Fito y Camino hierven de impaciencia.

—En la cisterna romana, ya sabéis. Las mismas huellas de pisada y ya está. Y en el callejón donde se encontró a Gabriel Parra, toda clase de restos orgánicos. Desde orines hasta semen, pasando por trazas de vómitos. Entre el repertorio de muestras que recogimos iba una goma de pelo con varios cabellos adheridos.

—Es la cosa que más se pierde del mundo. Te metes la mano en el bolsillo y, al sacarla, se cae. A mí me pasa todo el rato —Camino extrae un par de coleteros de su pantalón para confirmar lo que dice.

—Exacto. No le dimos mucha importancia hasta que, al cotejar los datos en el sistema, saltó la alarma. Uno de los pelos del primer escenario era de la misma persona.

—¡No puede ser! —los ojos de la inspectora se abren como si se le fueran a salir de las cuencas—. Eso significa...

—Que tenemos el ADN del asesino —completa Fito.

97.

—Sin embargo, no está fichado.

Así es Zaplana. Mide los tiempos, mantiene la expectación, te da una de cal, y luego, la de arena. De sopetón.

—O sea, que hay que mantener abiertas todas las opciones —barrunta la inspectora, a quien la alegría le ha durado poco.

—Lo que significa que no avanzamos nada —dice Fito desolado.

—Bueno, sí que avanzamos.

Es Lupe, que está junto a Zaplana.

—Hemos comprobado que el ADN de los cabellos no se corresponde con ninguno que conste en la base de datos. Tampoco con el de Vicente Frías ni con el de Ramón Tejero —cuando ve que ha logrado captar el interés de Camino, prosigue—: Ni con el de Evita Gallego. Había venido a ver qué pasaba con su novio y se ha prestado voluntaria a la prueba para despejar todas las dudas.

—¿Dónde está?

—Esperando a que Ramón quede libre. Ya no tenemos motivo para retenerlo.

—¿Y la noche en que secuestraron a Paco?

—Ramón estuvo en el pase de un documental sobre la producción láctea y en el coloquio posterior, que se alargó durante horas. Hubo un aforo de treinta personas, testigos de sobra para confirmar su coartada.

—Está bien, esos tres quedan fuera de sospecha —Camino se dirige de nuevo a Zaplana—. ¿Qué hay de los pelos? ¿Cómo son?

—Tono castaño oscuro, casi negro. Gris uno de ellos. En torno a los veinte centímetros.

—Bien —la inspectora se queda cavilando durante un lapso de tiempo que parece interminable—. Lupe, ¿me harías un favor?

—Claro.

—Tráete a Gallego en cuanto liberen al novio. Se reincorpora al equipo.

Lupe asiente. Ya no le guarda rencor a Evita. Esa chiquilla ha cruzado un infierno nada más entrar en la Brigada. La han apartado de su primer caso, sus compañeros se han alineado contra ella, ha sido acusada de estar detrás de los crímenes, han detenido a su pareja... Por menos de eso, muchos habrían presentado su renuncia.

—¿Y Ramón?

—Que se venga también. Nos vendrá bien como asesor.

Evita parece más poca cosa que nunca.

Está consumida y demacrada. Se deja guiar por su novio, que la lleva del brazo con aire protector. Sabe que ha pasado la noche en vela mientras él permanecía en el calabozo, y que eso ha contribuido a su derrumbe emocional. Camino los espera junto al resto del grupo, que presencia la escena en silencio. Los conduce a una de las oficinas adjudicadas a Homicidios; en su despacho está la comisaria reunida con los altos mandos, y en la sala de juntas no cabe un alfiler. Les invita a entrar, pero Ramón se detiene frente a la puerta. No se lo va a poner fácil.

—¿Qué es lo que quiere ahora? Ya no puede retenernos por más tiempo.

—Pediros perdón.

Ambos miran a Camino con suspicacia. Ramón teme que sea otra treta, como cuando fue tan amable en su casa y después le puso las esposas sin explicación. No, no se fía de esa madera. Nunca se podrá fiar de una policía que no sea Evita. Pero en el rostro de la inspectora no se trasluce ninguna doblez. Ramón se vuelve hacia su novia:

—Es tu jefa. Nos quedamos solo si tú quieres —le dice con una ternura que conmueve a los otros policías.

Por unos instantes, Evita parece incapaz de reaccionar. Pero luego algo cambia en el fondo de sus ojos. Alza la cabeza, barre con la mirada al que era su equipo hasta hace dos días y penetra en la estancia con paso seguro:

—Adelante. Nos merecemos esa disculpa.

Ramón la sigue con una media sonrisa en los labios. Tras ellos va entrando el resto del grupo, que se acomoda como puede entre mesas y ordenadores. La última es Camino. Cierra tras ella y se mantiene de pie junto a la puerta.

—Este caso nos está trayendo de cabeza. Estamos viviendo una situación muy jodida. Aun así, no debimos dudar de una compañera. Por eso quiero disculparme en nombre de todo el grupo.

—Yo también quiero pedirte disculpas. Personalmente —dice Lupe.

—Y yo —sigue Fito, la mirada impenetrable, el tono convincente.

—Y yo —dice Pascual, que, aunque nunca dijo una sola palabra contra Evita, se siente culpable por haber tenido celos de ella.

Todos se giran hacia el que falta.

—Y yo —Águedo se suma a regañadientes.

Ramón le mira muy serio:

—¿Te disculparás también con Vicen?

—Sí.

Águedo lo ha farfullado de una forma casi ininteligible, y lo que de verdad tiene ganas de añadir es que a él también podía pedirle disculpas el cocinero por el guantazo que le arreó.

—¿Por qué le pedirás perdón? ¿Por provocarle en su propio restaurante? ¿Por detenerle sin pruebas, como hicisteis después conmigo? ¿O por forzarle la puerta de casa y registrarle sin permiso?

El oficial mira de reojo a Camino. Sabe que las consecuencias de todo eso implican mucho más que unas disculpas. Para empezar, un expediente disciplinario de los gordos. Agacha la cabeza apocado, y contesta de nuevo:

—Por todo eso.

Ramón deja escapar un resoplido.

—¿Y ya está? Así es como os las gastáis aquí. Por eso yo no quiero tener que ver con gente como vosotros. A Evita la apartasteis del caso a las primeras de cambio y ahora resulta que el resto hacéis lo que os da la gana. Detenciones arbitrarias, registros sin autorización, abuso de autoridad. Debería daros vergüenza, debería...

Camino levanta la mano en un ademán contundente que acalla su soflama de protestas.

—Estas personas —señala con el dedo a cada uno de los miembros del Grupo de Homicidios— llevan días sin apenas ver a sus familias, sin dormir ni comer en condiciones, exponiéndose al peligro por cumplir con su deber. No siempre acertamos, pero no actuamos como nos da la gana. Tenemos unas reglas que respetar. Si no lo hacemos, somos los primeros que pagamos las consecuencias.

—¿Y cuáles serían? —Ramón aún trata de sonar desafiante.

—No es momento ni lugar para eso. Primero hay que detener la cadena de asesinatos. Tanto si te parece bien como si no.

—Me pregunto cuándo lo será. A mí me habéis hecho pasar una noche en chirona porque os ha dado la gana, y bueno está. Pero ¿quién reparará el daño que habéis hecho a mi novia?

—Ya está bien, Ramón. Puedo defenderme sola.

La voz de Evita ha abandonado su tono inocente. Ahora suena dura y categórica. Se gira hacia Camino con una expresión grave que no da opción a más debates:

—Hicisteis lo que tocaba. Y si puedo seguir ayudando, lo haré con mucho gusto.

Después mira a sus compañeros uno a uno. Evita Gallego tiene algo que hipnotiza. Es de esas personas que brillan con una luz propia e intransferible, como luciérnagas en mitad de una noche sin luna. Con ella no hay término medio: o la amas o la odias. Ellos la han odiado. Pero ahora, con

esa generosidad que acaba de demostrar, no pueden menos que sentir admiración por la novata del grupo. Cuando sus ojos avellana se clavan en cada uno de ellos, bajan la cabeza con reconocimiento. Camino también lo siente. Y se alegra de contar con alguien así en el equipo; Gallego tiene mucho que aprender, pero lo hará. Será una gran policía.

—Muy bien. Pues te reincorporas al caso con efecto inmediato. Centrémonos de una vez en atrapar al asesino. Tiene secuestradas a dos personas a las que les puede quedar muy poco tiempo de vida.

Evita asiente con seriedad. Su novio la mira confuso, no tiene claro qué hacer a continuación.

—En cuanto a ti, Ramón —dice la inspectora como si le hubiera leído el pensamiento—. Si puedes dejar a un lado las desavenencias, nos gustaría que te quedaras a colaborar. Tus conocimientos resultarán útiles.

Su novia le mira expectante, del todo ajena a por dónde va a salir. Así que se siente inundada por un orgullo y un amor profundo cuando le escucha tomar la palabra:

—De acuerdo. Soy el primero que quiere que todo esto termine y que atrapéis a ese loco. Ya ha hecho demasiado daño.

Molina ha acabado con el relato de los últimos hechos.

Tras unos instantes de silencio, es Evita la que habla.

—Lo conocí.

—¿A quién?

—Al inspector Arenas.

—¿Cuándo?

Camino la mira intrigada. Con esa chica nunca se acaban los secretos.

—Hace un par de años, durante la formación. Era un profesor magnífico, gracias a él quise entrar en Homicidios.

Hay un momento de nostalgia compartida. Todos están pensando lo mismo. Durante los meses que duró el coma creyeron que no le verían sonreír más. Un día, de repente, despertó. Y comprendieron que nunca había dejado de luchar. Ahora que estaba de vuelta en el mundo de los vivos, el miedo ha regresado. Pueden perderle de nuevo, y esta vez para siempre.

Camino ignora el nudo que se le ha alojado en la garganta:

—Todos hemos aprendido mucho de él. Nos toca a nosotros ayudarle. A él y a Sara Guerrero. Tenemos que dar con su secuestrador cuanto antes.

Lupe se limpia una lágrima que le ha resbalado por la mejilla, carraspea y toma la palabra:

—He examinado la lista de voluntarios que nos pasó Ramón. Nada grave. Algunas faltas y algún delito de poca monta.

—¿Como qué?

—Entrar en propiedad privada, transportar animales de ganado sin autorización, esas cosas — Ramón contesta por ella.

—¿Estabas al tanto?

Pascual mira perplejo al abogado. A Camino nunca deja de conmoverle la ingenuidad de ese policía purista y ejemplar. Morirá de viejo y no será capaz de entender que las normas están para saltárselas, y que es lo que hace la mayoría de la gente. Aunque luego se escandalicen si es otro quien se las salta.

—Yo mismo he sido denunciado alguna que otra vez —aclara Ramón con naturalidad—. Cruzar

límites para salvar a animales indefensos es necesario en el sistema opresivo en el que nos ha tocado vivir. Pero nunca haríamos daño a otras personas, como no se lo hacemos a otras especies.

—¿Puedes poner la mano en el fuego por todos los animalistas? —inquire Águedo.

—¿Tú puedes poner la mano en el fuego por todos los especistas?

—Yo por nadie.

—Lo que trato de decir es que erráis el tiro al enfocaros en gente como nosotros.

—¿Y hacia dónde habría que mirar? —pregunta Camino.

—Si quiere dar con alguien capaz de matar a sangre fría, que incluso lo disfrute, tiene que buscar a una persona que haya desempeñado antes esa actividad.

—Dices que quien ha cometido estos crímenes ya ha matado antes.

—Estoy seguro.

—Quizá Federico Fuentes no fue el primero —sugiere Fito—. Quizá mató en otro lugar o en otro tiempo, y ahora ha vuelto.

—Fue una de las primeras cosas que descartamos —rebate Lupe—. No coincide con ningún caso sin resolver.

—No me habéis entendido. Yo digo que ha matado. A humanos o a no humanos, pero hace tiempo que cruzó esa frontera.

—¿Entonces?

—La industria alimentaria naturaliza las matanzas al igual que se hacía en tiempos de guerra. Lleve a un niño a presenciar cómo asesinan cerdos o terneros y le causará tanto terror como si le lleva a ver matar personas. Luego cuénteles que es lo normal, porque son especies inferiores y porque el mundo funciona así. Y repítaselo hasta que se lo crea. Dele de comer cada día el producto de esas muertes, insista en lo delicioso que es, en la necesidad de tomarlo para gozar de buena salud. Póngaselo en la mesa en cada celebración, hasta que el concepto se integre de tal forma en su mente que la idea de equiparar a los animales que se come con un humano o con su mascota le resulte simplemente ridícula.

—¿No se está yendo por las ramas? —pregunta Águedo mirando hacia el resto del equipo.

—Lo que intento explicar —Ramón se arma de paciencia, más que acostumbrado a la incompreensión ante su discurso— es que todo se puede acabar asociando como normal. Las personas que trabajan en ese campo se han adaptado a crear tormento a su alrededor. Es lo mismo que con los niños. El primer día que uno mata, se va a su casa sintiéndose fatal. Pero si el día siguiente regresa, y luego el otro, y el otro, y el otro, acaba viéndolo como un simple trabajo más. Más tarde, cuando un animal entorpece el ritmo de producción, se enfada y le atiza para que no lo haga. Ha visto hacerlo a muchos, y eso también es lo normal. Antes de que se den cuenta, muchos se han transformado en unos sádicos. Eso pocas veces tiene vuelta atrás. Y no lo digo yo, que lo dice Mary Temple Grandin.

—¿Y esa señora quién es? —replica Águedo sin ocultar del todo una mueca despectiva.

—Una de las etólogas más reputadas del mundo.

—¿Una qué?

—De acuerdo —zanja Camino—. A un verdugo le resulta más fácil matar que a alguien que rescata gallinas. Eso tiene sentido. Y, según tú, ¿por dónde tendríamos que empezar a buscar?

—Por la primera recreación.

—El hombre ternero. Un matarife de la industria cárnica.

Camino se queda un segundo pensando. A su mente vienen las imágenes del matadero de doña Rosa. Los operarios que degüellan a un animal tras otro, impermeables a sus miradas implorantes. La forma en que rebanan los pescuezos, arrojan las testas, cortan los cuerpos calientes en canal. Imágenes que se han colado en sus pesadillas en las escasas horas que ha dormido desde entonces. Se levanta y sale disparada en dirección a la sala de juntas. Allí busca hasta encontrar a la persona que necesita.

—Inspector Toledo, nos urge contar con una relación de los matarifes de todo Sevilla.

Toledo asiente muy serio e inmediatamente pone en marcha lo necesario. Sobran las preguntas, es el tiempo de actuar.

De vuelta, Camino aprovecha para ir al baño. Su vejiga lleva tiempo pidiéndolo. Luego se lava las manos y se refresca nuca y cara. Sus nudillos frotan los párpados con fuerza, como si así pudieran borrar todas las muertes, todo el cansancio de esa noche en blanco, todo el pánico agazapado tras la solemnidad que enmascara su rostro. En el espejo, sus ojos ven a una mujer que le cuesta reconocer. Por un momento, la inspectora deja que las emociones escapen a través de ellos y se expandan por ese rostro extraño, que, liberado, muda en una mueca reflejo de toda la frustración y la impotencia y la congoja y el desconsuelo. La boca en el rostro se ensancha dando paso a un aullido desgarrador expelido desde el fondo de su garganta. Un minuto después, la máscara regresa a su lugar. Camino seca los restos de agua y lágrimas con un trozo de papel higiénico y enfila hacia la oficina.

Allí permanece de pie durante unos instantes, calibrando los ánimos de su equipo. Encuentra fatiga, ansiedad y una sensación colectiva de impotencia que se cuela por cada resquicio. Pascual anda con cara de enfurruño.

—¿Qué pasa, Molina?

—¿De verdad vamos a centrar nuestros esfuerzos en la hipótesis de este tipo? No me parece serio, es poco más que una corazonada.

La inspectora le mira fijamente, luego al resto del grupo.

—No tenemos mucho más —admite—. ¿Qué diría Paco en una situación así?

Hay unos segundos de silencio. Lo rompe Fito tras tomar aliento:

—Que siguiéramos nuestro instinto.

—Pues eso es justo lo que vamos a hacer. Ya hemos dedicado mucho tiempo a los animalistas y no ha dado resultado. Probemos con los carniceros —en ese momento aparece el inspector Toledo—.

—¿Ya tenéis a los matarifes? —le pregunta Camino con ojos preñados de angustia.

—No es eso, mujer. Acabamos de empezar.

—¿Entonces qué?

—La camioneta refrigerada. La han localizado en uno de los descampados cercanos a El Vacie.

100.

—*¡Padre! ¿Qué haces aquí?*

—¿Es que ahora tengo que dar explicaciones para venir a mi propia empresa?

Don Ambrosio camina con paso lento pero seguro. A pesar de sus años conserva buena planta, y le gusta cuidar las apariencias. Recién acicalado, los cuatro pelos blancos bien distribuidos, y con un traje que recuerda a quien se cruza con él que es todo un señor.

Se sienta muy encopetado en uno de los sillones, cruza una pierna por encima de la otra y se queda mirando aquí y allá, sin decir palabra. No hay cosa que altere más a su hija. A Rosa lo que le gustaría decirle es que ya no es su empresa, que sí, que la fundó él, pero que ella lleva toda su vida dedicada en cuerpo y alma al negocio, que lo ha librado de la quiebra en más de una ocasión, y que si ahora florece es solo y exclusivamente por el trabajo y la vocación de ella. Que ya es *su* negocio, el de doña Rosa Sierra, la jefa del Austral, el matadero que más cabezas de ganado sacrifica de toda la provincia, y que él debería dedicarse a jugar al mus y a la petanca como hacen los de su edad.

—Si te preocupan las cuentas, van mejor que nunca —le tiende una carpeta azul con los beneficios del último mes. La tiene preparada porque sabe que su padre puede presentarse a husmear en cualquier momento.

Don Ambrosio ni tan siquiera hace el amago de cogerla.

—Cuéntame por qué me preguntaste por Federico Fuentes.

Sabía que no debió llamarle. Esas policías la pusieron nerviosa, se precipitó. Inspira y exhala lentamente.

—Ya te lo dije. Simple curiosidad.

—Y un huevo.

Ella le mira disgustada. Con todo lo que se las da de señor, cuando quiere es tan zafio como cualquiera de sus empleados.

—En la prensa han dado su nombre. Es una de las víctimas del Animalista, lo he leído —le reprocha irritado don Ambrosio.

—Vaya.

—¡No te hagas la tonta conmigo!

—No te permito que me grites.

Rosa usa un tono firme que le sorprende a ella misma. Antes no se atrevía ni a mirar a su padre a la cara. Pero ya no es esa niña cohibida e inexperta. Ahora es la que manda ahí, le guste a don Ambrosio o no. Se lo ha ganado. Y de paso, se ha ganado también un poco de respeto. Su padre calla ante la respuesta inesperada. Ella cambia el tono.

—Ya lo sabía. La policía vino ayer para decírmelo.

—¿Viene la policía y no me informas?

—No te informo, no. Porque no hay nada que informar. Ese hombre trabajó aquí hace muchos años, después se fue a otro matadero y ahora ha muerto. ¿Qué tiene que ver con nosotros?

—Mucho.

—¿Por qué?

—Porque aquí cosechó muchos enemigos.

—Padre, eso son cosas del pasado. No veas fantasmas donde no los hay.

—Si quieres que te respete, no me trates tú como un viejo chocho.

Rosa le mira con una mezcla de hastío y afecto. En el fondo tiene razón. Es un viejo chocho, pero también es alguien con un corazón sensible que no quiere que se lo recuerden.

—Está bien. Federico hizo enemigos. ¿Por qué eso nos incumbe?

—Porque alguien le ha matado como a un animal y no podemos mirar hacia otro lado.

—¿Por qué no?

—Porque sus problemas venían precisamente por la brutalidad con que trataba a los animales. Hubo hombres que llegaron a odiarle. Especialmente uno.

—¿Quién?

—Alguien que le plantó cara cuando rajó a la vaca preñada. Que le quitó el cuchillo de las manos y estuvo a punto de rajarle a él. Si no llegó a intervenir, se lo habría cargado allí mismo.

—Creía que tú no estabas delante cuando ocurrió.

—Félix vino corriendo a avisarme, no sabía cómo manejar la situación. ¿De verdad no te acuerdas?

—Solo recuerdo que fue muy sonado y que despediste a Federico.

—Ese día perdí a dos matarifes. A uno tuve que echarle. El otro permaneció de baja por ansiedad durante meses, y cuando volvió se negó a seguir haciendo ese trabajo.

—Pero no se fue, ¿verdad? —insinúa Rosa cada vez más sorprendida.

—No. No tenía dónde caerse muerto y me pidió que le reubicase. Amenazó con ir al sindicato y contar que le habíamos estado explotando. Los contratos en negro, las horas de más, todo. Para entonces los de la UGT empezaban a dar por saco. Y yo no quería más problemas.

Rosa escucha con atención. Comienza a hilvararlo todo. Su padre sigue hablando.

—Fue una gran pérdida, porque sacrificaba más rápido que ninguno. Después se volvió un vago pero nunca tuve agallas para despedirlo.

Don Ambrosio parece perdido en los recuerdos. Parpadea y fija la mirada en su hija antes de continuar:

—Además, desde entonces no me daba buena espina. Los médicos dijeron que aquella experiencia le había traumatizado, y en verdad creo que andaba tocado del ala. Personalmente trataba de no tenerle nunca demasiado cerca. A veces se me erizaba el pelo de la nuca y, cuando me giraba, le tenía detrás, con los ojos clavados en mí. Me causaba un desasosiego que nunca he sabido explicar.

Rosa le mira con aprensión. Ha comprendido a quién se refiere. Siempre supo que había algo raro en ese hombre, un punto de extravío, incluso de locura. Pero en lugar de estar alerta, cometió el error de despreciarlo.

101.

El Vacie es el asentamiento chabolista más antiguo de Europa.

Las primeras chabolas se remontan a principios del siglo XX, y las promesas de dotar de alojamientos dignos a sus habitantes han sido barridas por el viento, desde la dictadura hasta cada una de las corporaciones municipales que han gobernado o desgobernado la ciudad. Mucho viento desde entonces. Tan solo en los últimos años se ha realojado a algunas de las familias, pero allí permanecen muchas, de las cuales una buena parte sobrevive por medio de un estilo de vida delictivo. El panorama es desolador: casas prefabricadas de chapa metálica, restos de chabolas desaparecidas, bloques de hormigón para impedir que se levanten barracas encima de las ya demolidas y, sobre todo, muchos escombros, muchas infraviviendas destartadas, mucha inmundicia.

Unos metros por detrás de la zona más mísera hay una explanada donde la tierra es de color gris, consecuencia de las fogatas en las que se quema todo género de basura, incluidas las pruebas de delitos que hay que hacer desaparecer. Y entre ese maremágnum, no es raro encontrar un vehículo calcinado. El lugar ideal para prender fuego a una camioneta que ya cumplió su ilícita función y que hoy no es más que el esqueleto de lo que una vez fue.

El equipo de científica sabe que será difícil obtener indicios en esas circunstancias. Aun así, sus componentes se ponen manos a la obra sin pérdida de tiempo. Cercan el perímetro, lo cuadrulan y se dividen el trabajo. Zaplana da órdenes sin parar. Algunos levantan los planos y el croquis del lugar, otros toman fotografías y vídeos, un equipo rastrea el suelo perimetrado y otro se ocupa de los restos de la camioneta quemada en busca de vestigios. Cualquier objeto sospechoso se lleva de inmediato al Laboratorio de Actuaciones Especiales, el camión todoterreno de la Comisaría General de la Policía Científica con las últimas tecnologías incorporadas. Se ha trasladado desde Madrid sin pérdida de tiempo, y ahora se halla aparcado en mitad del erial. Asomarse a él es como asomarse a otra dimensión, a otro mundo donde las fuerzas de seguridad disponen de todas las herramientas y recursos necesarios para cumplir con su cometido. Nada más lejos del trabajo diario de un policía sevillano, en constante frustración por la carencia de medios, el laberinto burocrático y los resultados que siempre tardan demasiado en llegar.

Muchos curiosos merodean en la distancia, a duras penas contenidos por los agentes

uniformados que han bajado de varios coches patrulla. La contemplación de los técnicos con pinta de astronautas pululando en ese lugar inexistente para el resto de la civilización impacta tanto como una familia de pingüinos en el desierto de Tabernas. Y es que en esa zona nunca se ha visto un despliegue similar. Es lo más parecido que puedan imaginar al CSI de sus televisores, y están ávidos de conocer cómo funciona la policía científica en la vida real. Quién sabe si esa información podría librarles de la cárcel algún día, a ellos o a alguno de sus familiares.

Camino se ha trasladado hasta allí con Lupe, Evita y Ramón. Los cuatro merodean cerca del vehículo que hace las veces de laboratorio, vigilantes ante un posible hallazgo. Cada traza es procesada con los últimos medios ópticos disponibles. Fuentes de luz alternativas que detectan la presencia de vestigios inapreciables para el ojo humano y facilitan la vinculación del culpable con el escenario. En el descampado hay basura dispersa por doquier, y entre ella, muestras de todo lo imaginable: fluidos corporales, restos de drogas, pinturas, huellas de decenas de neumáticos y de pisadas... Nada provechoso, hasta el momento.

En cuanto a la camioneta, el resultado está siendo mejor de lo que prometía. A pesar de haberse convertido en poco más que un chasis medio calcinado, los operarios han utilizado el luminol por si hubiera alguna hendidura o resquicio donde la sangre se hubiera preservado del fuego. El líquido quimioluminiscente ha detectado algunas tonalidades azuladas que podrían ser minúsculas moléculas de sangre. Esperanzados, los técnicos realizan nuevas pruebas orientativas que confirman este extremo, de modo que las muestras se recogen y se transportan de inmediato al laboratorio, donde pasan a ser examinadas y cotejadas con las de las víctimas. La espera se hace interminable, a pesar de que no tiene nada que ver con los cauces ordinarios, donde habría que aguardar durante días en lugar de horas. Al fin, es el propio Zaplana quien sale del laboratorio para enfrentar la mirada nerviosa de Camino:

—Ya están los resultados de los restos hemáticos. Hemos encontrado coincidencias con el ADN de Federico Fuentes y con el de Gerardo Zamora. No hay duda: aquí fue donde transportó los cadáveres.

Camino no para de deambular en torno al laboratorio.

Constantemente llegan técnicos con muestras en frascos y bolsas de plástico. Cualquier materia susceptible de generar una evidencia es recolectada: fragmentos de uñas, clínex, colillas, ropa vieja abandonada, condones usados, mondadientes, latas de cerveza y una multitud variopinta de objetos pobladores del terreno baldío que hace las veces de escombrera e incineradora.

Un operario se acerca con una bolsa más voluminosa que el resto.

—¿Qué es?

—Parte de un libro. Ha aparecido en el límite del perímetro, pero está medio quemado. Quién sabe si pertenecía al que dejó aquí la camioneta.

Lupe va a decir que no le parece que allí pueda haber mucho lector, pero se acuerda del hombre del matadero y del comentario de Jacobo, así que se ahorra los prejuicios.

—Déjame ver —Camino se adelanta y estira el brazo con la palma hacia arriba.

El técnico de inspección ocular la mira con recelo. Sabe que eso rompería la cadena de custodia, lo que podría dar lugar a la invalidación de una posible prueba. Pero la inspectora lleva enfundados unos guantes y tiene los ojos en llamas.

—Me hago responsable. Soy la jefa de Homicidios y estoy a cargo de esta investigación.

Con un bufido, el hombre le hace entrega de la bolsa y se cruza de brazos en espera de que se la devuelva. A él le dan igual los títulos, solo quiere hacer bien su trabajo, y ello exige unas condiciones óptimas de esterilidad. Camino extrae el contenido con la punta de los dedos. No queda más que un par de cuartillas a medio consumir. Escoge un párrafo al azar y lee en voz alta:

¿Es posible, me pregunto, que todas estas personas con las que trato estén participando en un crimen de proporciones pasmosas? ¿Es acaso todo esto un mero producto de mi fantasía? ¡Debo de haberme vuelto loca! A pesar de todo, a diario veo las pruebas. Las personas mismas de las que sospecho terminan por mostrarme las pruebas, por exhibirlas, por ofrecérmelas. Cadáveres. Pedazos de cadáveres que han comprado con su dinero. Es como si fuese a visitar a unos amigos y fuera a hacer un comentario de cortesía sobre la lámpara que tienen en el cuarto de estar y ellos me contestaran: «Sí, ¿a que es bonita? Está hecha con piel de judío polaco, y hemos tenido la suerte de encontrar incluso la mejor, la piel de las jóvenes vírgenes judías de Polonia». Y luego voy al...

—Se corta aquí, el resto ha desaparecido.

Lupe mira a Evita y a Ramón en busca de sentido:

—¿Es lo que parece? ¿Está comparando los sacrificios de animales con el genocidio judío?

—Sí —afirma el abogado, que se imbuje de cierto aire académico para explicarlo. Le encanta esa parte—. Hay muchos escritores y filósofos de prestigio que lo sostienen. Desde el premio nobel Isaac Bashevis Singer, judío, por cierto, hasta Marguerite Yourcenar o, más recientemente, Franz-Olivier Giesbert o Charles Patterson, que publicó un libro titulado *Eternal Treblinka: Nuestro trato a los animales y el Holocausto*, en el que muestra el paralelismo entre la explotación y matanza de los animales en la actualidad y el Holocausto nazi.

—Este libro ha pertenecido al asesino. Hay que devolverlo para que levanten las huellas lofoscópicas —determina Camino, cansada de tanta erudición—. Necesitamos que extraigan la imagen latente y la cotejen en el SAID. Por fin contaremos con una impresión dactilar.

Evita le pide el texto antes de que se lo entregue al técnico. Él resopla sin disimulo. Resulta que sí que ha encontrado una prueba valiosa y al final se la van a contaminar. La inspectora le mira de reojo, pero intuye que su subalterna no se atrevería si algo muy concreto no le rondara la cabeza. Le ofrece unos guantes desechables, que ella se coloca tras secarse las manos sudorosas en el pantalón, y luego toma las páginas, hojeándolas con cuidado hacia atrás. El párrafo que ha leído Camino le ha evocado un recuerdo lejano. Hace mucho, cuando conoció a Ramón y quería entender mejor su mundo, leyó todo lo que caía en sus manos relacionado con el tema. Se detiene en otro fragmento que lee para sí:

Por consiguiente toda esta discusión sobre la consciencia, sobre si los animales la tienen o no, es una simple cortina de humo. En el fondo, protegemos a nuestros semejantes. Los niños pequeños se salvan, los corderos lechales están condenados. ¿No piensa como yo, señora Costello?

—¿Lo tengo! —exclama triunfante—. Es *Las vidas de los animales*.

Camino parece decepcionada.

—¿Eso es todo? ¿El título del libro?

—Sí. Habla del trato a los animales en la sociedad contemporánea, de la crueldad gratuita y del deber urgente de concederles unos derechos fundamentales.

—Premio a la mejor lectora. Buena memoria y buen comentario de texto. Venga, ahora devuelve la prueba —suelta Camino con una sorna áspera.

Evita se la entrega al operario conteniendo la irritación. Entre tanto, Lupe se ha quedado paralizada. Tarda todavía unos segundos en reaccionar.

—¿Costello? ¿Tiene que ver con *Elizabeth Costello*, de Coetzee?

—Justo. Este relato es anterior, pero el autor lo volcó en una novela junto al resto de conferencias de la protagonista.

—Yo he visto a alguien con ese libro hace poco.

—Es normal, constituye un referente para los antiespecistas —aclara Ramón, que no quiere reconocer que ese no lo ha leído—. Y afortunadamente, cada día somos más.

—No. He visto a alguien con él en el matadero.

—¿Cómo que en el matadero?

Lupe ha acaparado toda la atención de la inspectora.

—En el Austral, ayer, cuando fui a hablar con la dueña. Había un hombre que custodiaba la entrada, grande, con coleta. Y muy grosero.

—Sí. Cuando fuimos Evita y yo había en la entrada un tipejo con esas pintas —recuerda Camino.

—Eso es. Yo me fijé en el libro porque a Jacobo le encanta ese autor.

—Pero ¿qué hacía el vigilante de un matadero leyendo un libro que propugna el antiespecismo?

Evita está desorientada. Camino, en cambio, ha comprendido. El cabello largo, el hombre corpulento, el matadero. Lo ha tenido delante de sus ojos y no ha sabido verlo. Quiere explicarlo, pero no hay tiempo. Es Ramón quien contesta por ella:

—Aprender sobre nosotros. Eso es lo que hacía. Esa es la persona que estamos buscando.

La inspectora ya ha sacado el teléfono y se comunica con la Brigada.

—Molina, necesito de inmediato la dirección del vigilante del matadero Austral. Se llama Roberto. O Rogelio, algo así.

—Rodolfo —recuerda Lupe.

—¡Eso es! ¡Rodolfo! En cuanto la tengamos vamos para allá, que envíen refuerzos y esperen instrucciones. Coordínalo todo. Investigadle a fondo y me vais contando sobre la marcha. También necesitamos acceso al GPS, hay que tenerlo localizado. ¡Tramítalo por la vía de urgencia, tiene que estar ya!

Nadie se atreve a hablar.

Camino está en el asiento del conductor. Ha girado la llave de contacto en cuanto se ha subido y ahora permanece con el motor arrancado y el móvil en la mano derecha. Lo mira como si así pudiera hacerlo sonar. Y como si pudiera a la vez parar el tiempo. Han avanzado más en esta jornada que en toda la semana, pero las horas corren en contra de Paco y de Sara. El único consuelo es que en la calle San Isidoro la cosa sigue tranquila, y tampoco nadie ha notificado la aparición de un cadáver. Eso tiene que significar que ambos están resistiendo.

A su lado, Lupe piensa en lo que van a encontrar en el domicilio. Nunca ha participado de un operativo de esas características, y la desazón se apodera de ella. Está deseando tomar parte, pero al mismo tiempo no puede dejar de pensar en su hijo. ¿Y si hoy le ocurriera algo? ¿Y si no volviera a casa? ¿Qué recuerdo tendría Jonás de la última vez que vio a su madre? ¿Una mujer refunfuñona que le da un beso en la mejilla a toda prisa y sale escopetada hacia la puerta? ¿Que cuando llega está demasiado cansada para hacerle caso? Al menos Jacobo ha estado a la altura. Le prepara el desayuno, le ayuda con los deberes, lee con él hasta que se queda dormido. Ejerce de madre y padre por los dos. También intenta hacer de esposo, pero ella no se lo ha permitido. Hace mucho que no siente por él lo que se supone que debería sentir por aquel con quien comparte cama y techo. Mira de reojo hacia Evita y Ramón, que se acurrucan juntos en la parte de atrás del camuflado. Tienen las manos entrelazadas, y se miran a los ojos con un amor que le genera una envidia inesperada. Ojalá recuperara eso con Jacobo. Se promete, al menos, intentarlo. El teléfono de la inspectora suena y todos dan un respingo.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Inspector Toledo al habla.

—Toledo, tengo que dejar la línea libre. Estoy esperando una llamada urgente.

—Esto también lo es. Estoy con Molina, acaba de contarme lo de ese hombre.

—¿Y?

—Estábamos con la relación de matarifes en la provincia.

—Rodolfo solo es un vigilante.

—Desde el noventa y siete. Pero hasta entonces trabajó como matarife. Rodolfo Cazalla Cruz. Rosa Sierra, del matadero Austral, acaba de presentarse en la Brigada y nos lo ha contado todo.

—Entonces es él. No hay duda.

—Y otra cosa.

—¿Sí?

—Tiene antecedentes.

—¿De qué tipo?

—Le detuvieron en una manifestación en Barcelona hace algunos años.

—¿Por los derechos de los animales?

—Qué va. ¿Recuerdas la cumbre de jefes de Estado? ¿Las revueltas contra la globalización capitalista? Estaba con uno de los grupos más combativos. Lanzaron una bomba incendiaria contra un antidisturbios que casi pierde un ojo. Enjuiciaron a unos cuantos, pero él quedó impune.

Toledo se calla y Camino oye un murmullo de fondo. Es la voz ronca de Pascual:

—Vargas, ¿sigues ahí?

—Sí.

—Apunta. Ya tenemos la dirección.

Camino la introduce en el GPS. Va a colgar cuando oye de nuevo a Toledo:

—Vargas.

—Dime.

—Trae a Paco de vuelta.

Camino conduce como una kamikaze.

Hasta que no ha llegado al barrio de Heliópolis no ha reducido la velocidad. Ahora se introduce en la calle Berlín a fin de localizar el número que Toledo le ha dado por teléfono. Pasa de largo y gira a la izquierda en la siguiente bocacalle. Ha advertido la presencia de tres camuflados, todos estratégicamente dispuestos aguardando la señal. Aparca en una paralela y los cuatro salen del coche.

—Ramón, tú no.

—¿Ahora me va a dejar fuera?

—No puedo garantizar tu seguridad.

Ramón va a protestar, pero Evita le murmura algo al oído.

—De acuerdo —transige él.

Ella le da un beso que hace que deje de rezongar del todo. La mira con aprensión:

—Ten cuidado.

—Vamos, parejita, no tenemos todo el día —se burla Camino al tiempo que echa a andar hacia su objetivo.

El edificio es vetusto y humilde, como todos los de esa calle y ese barrio. Las ventanas de las viviendas inferiores están enrejadas para evitar los robos, demasiado habituales. En un lugar como ese la gente no está acostumbrada a ver a la policía hacer su trabajo. Se defienden solos. Eso significa también que no consideran que tengan por qué ayudarles. Llevan pagando impuestos toda la vida y todavía no han notado que a ellos les ayude nadie.

El portal del edificio también es de rejas, pero, como casi siempre, la cerradura falla y se queda abierto. Tanto barrote para que se cuele quien le dé la gana. Justo cuando van a atravesar la puerta, varios hombres salen de sus coches a un tiempo y pasan tras ellos. Son *sus* hombres. Aunque parecen obreros del barrio, si uno se fija bien verá lo abultado de su pecho bajo la camisa que esconde un chaleco antibalas y la forma de la pistola en el pantalón. El grupo avanza hasta la puerta cuya letra «B» sobre el marco la identifica como propiedad de Rodolfo Cazalla.

El ruido se oye desde hace unos minutos.

Han penetrado en la casa. Paco contiene la respiración. A medida que han transcurrido las horas, la incertidumbre le ha ido devorando. Ha pensado que quizá las cosas sucederían de otra manera. Ha ideado mil alternativas, mil hipótesis diferentes. Pero todo se está concretando según imaginaba. Cada vez el ruido llega con más claridad. Ahora bajan las escaleras. Son muchos, demasiados. Al fin, la puerta se abre y entran en tropel.

Es entonces cuando Paco comprende que, a veces, la incertidumbre es mejor que la evidencia.

Su captor contiene como puede el conjunto de correas. Los animales pasan a la estancia, gruñendo y olfateando a su alrededor. Van atados en corto y sujetos a unos arneses, pero aun así son ingobernables. Huelen las heridas en carne viva de la chica y se lanzan a por ella, mientras su secuestrador trata de dirigirlos hacia la nueva víctima. Ahora todo el cuarto está atestado de perros. Paco los cuenta mentalmente: hay ocho podencos de Paterna, cuatro sabuesos, dos mastines, dos presa canarios y dos alanos. Nueve colleras, o lo que es lo mismo, dieciocho perros de rastro y presa.

—Te traigo la sorpresa que te prometí.

El hombre le quita la mordaza de un tirón y le mira ansioso esperando una respuesta.

—Buena rehala.

Arenas ha contestado con un tono aséptico que no deja vislumbrar ni un ápice de temor.

—Y eso que no los he traído todos, falta el mejor.

Su secuestrador le lanza una mirada torva, pero Paco mantiene el rostro imperturbable. El otro parece molesto por no haber conseguido alterarle.

—Bueno, ¿qué? ¿No tienes ganas de jugar?

El viejo policía le mira a los ojos por primera vez:

—¿Qué pasará con la chica?

—Seguro que ella no tiene prisa. ¿Verdad, ratita?

Sara no da ninguna muestra de haberle oído.

—Tenemos tiempo para divertirnos mientras ese potingue acaba de hacerle efecto —el secuestrador tira de los perros hacia él—. ¡Darth! ¡Chino! Oledle bien, venga — los perros se

acercan a Paco con curiosidad—. Estos bichos son la hostia. Hasta que no le colocan al montero la presa a los pies no la dejan de acosar.

Paco asiente, silencioso. Ha visto muchas rehalas en su vida. Sabe cómo se las gastan.

—¿Cuáles son las reglas? —pregunta al fin.

Ahora sí, el hombre se permite una carcajada. Eso es justo lo que quería: el pánico colándose en su voz.

—Te las conoces muy bien. Salimos al amanecer.

Echa una última ojeada a la chica y tira de las correas hacia la puerta. En el último momento recuerda algo. Vuelve atrás, extrae una navaja del bolsillo y le arranca un trozo de camisa al inspector. Después, se la tira a los perros. Uno de los alanos la apresa al vuelo y los otros se abalanzan para quitársela. Con una nueva risotada, tironea de ellos hasta que los saca a todos y cierra con llave.

Camino le ha hecho hueco a uno de los hombres.

No es que ella esté flaca, pero ese policía tiene la complexión de un rinoceronte. Toma carrerilla y derriba la puerta con la misma facilidad que un tanque de guerra. Ahora todos penetran en el piso.

—¡Alto, policía! ¡Rodolfo, salga con las manos en alto! ¡Está rodeado!

Camino y Lupe entran en la cocina, pistola en mano y cubriéndose las espaldas la una a la otra. Hay restos de migas en la encimera y los platos sucios se amontonan en el fregadero. Evita va con el mastodonte. Confirman que no hay nadie tampoco en el salón. Está desangelado y no le vendría mal una limpieza, pero nada que roce la insalubridad. Más bien lo propio de un hombre soltero que no se preocupa de lo que le rodea. En una esquina de la mesa hay unos cuantos libros y una pila de apuntes tomados a mano.

El resto de hombres se interna en el pasillo. Van abriendo puerta por puerta. El piso está en completo silencio. Hasta que de la habitación del fondo del pasillo emerge un lamento de una intensidad tal que pone los pelos de punta a todos los que se encuentran allí.

La inspectora se abre paso entre el resto del equipo y se coloca la primera. Con el corazón encogido, pega la espalda al lado izquierdo de la pared, toma aire y lanza una patada a la puerta. Al abrirse, entra apuntando con la pistola al frente.

—¡Alto o disparo!

El lamento se repite.

Los ojos cadavéricos de la mujer la miran con espanto. Está tumbada en la cama con un camisón celeste, arropada a pesar del calor. Debe de tener unos noventa años, puede que más, y tiene un tubo nasal conectado a un respirador. La habitación se encuentra en penumbra, con las cortinas echadas y la luz de una farola que se filtra a través de la tela de visillo. La mesita de noche está atestada de santos y rosarios, y un Cristo cuelga estoicamente de los cuatro clavos de su cruz en la cabecera de la cama. A diferencia del resto de la casa, la estancia se encuentra limpia y ordenada, y la anciana huele a colonia de bebé y tiene colocado el pelo blanco a golpe de peine.

—¿Y usted quién es? —pregunta Camino, sin reponerse de la sorpresa.

La mujer no emite otro sonido que no sea el lamento horrísono alternado con una respiración sibilante, pero sus ojos parecen querer hacerle la misma pregunta.

Uno de los policías se adelanta:

—Almudena Cruz. La madre de Rodolfo. Tiene cáncer de pulmón en un estadio muy avanzado.

—¿Y por qué coño nadie me lo había dicho?

—Le diagnosticaron tres meses de vida el año pasado.

—¡Joder! ¡Casi le pego un tiro a la vieja!

Camino sale de la habitación y recorre de nuevo el resto del piso. Se sienta en el sofá desvencijado, que emite un crujido de protesta, y se lleva las manos a la cara. No es allí donde Rodolfo lleva a sus víctimas. En un edificio lleno de gente, con su madre agonizante al otro lado de la pared. Imposible. Tiene su guarida en otra parte. Y ellos han perdido un tiempo demasiado valioso.

Lupe entra en el salón.

—La vieja no habla, pero yo creo que algo entiende.

—Ni lo intentes. No hay tiempo.

La policía se queda de pie observando la estancia. Toma un fajo de folios de la mesa y lo hojea con interés.

—Son apuntes de Historia Medieval. De la Universidad de Sevilla.

—A quién le importa.

—Al juez. Podría probar sus conocimientos sobre los escenarios del crimen.

Camino asiente. Pero ahora no le interesa el juez, ni la condena de Rodolfo. Ahora solo le interesan las víctimas. Y la puñetera cuenta atrás.

—¿Dónde puede tenerlos? —su voz suena descorazonada.

—No lo sé. Pero vamos a registrar la casa palmo a palmo. Quizá encontremos alguna pista.

Camino se levanta y obedece, aliviada porque alguien tome el control. Ella no se siente capaz.

Sábado, 12 de octubre

Son las seis de la mañana y el grupo está reunido en la Brigada.

En el piso de Rodolfo no han encontrado nada que pueda llevarles hasta sus víctimas. Está claro que ese hombre ha sabido separar muy bien su faceta de asesino en serie de la de cuidador de una enferma terminal. Solo han hallado las escasas pertenencias de alguien habituado a vivir con lo justo, ajeno a todo tipo de materialismos. Únicamente los libros y apuntes denotan el interés de Rodolfo a lo largo de los años por las cuestiones de maltrato animal, la historia de la ciudad y algo que ha llamado la atención de Camino: toda una serie de manuales anticapitalistas y contra la globalización. Lo que completa el cuadro es un batiburrillo de medicamentos y artilugios necesarios para hacer más llevaderos los últimos días de su progenitora. En cuanto a esta, Lupe insistió en hablar con ella, pero no consiguió arrancarle nada más allá de sus miradas de angustia y algún que otro gruñido entre estertores.

El Grupo de Secuestros y un dispositivo de la científica han continuado buscando vestigios que vinculen la vivienda con las víctimas, pero hasta el momento no han hallado la más mínima evidencia. El cansancio hace mella y hay un ambiente de abatimiento generalizado. Afuera cae una tormenta que, lejos de refrescar la atmósfera, contribuye a nublar los ánimos. La inspectora tiene la frente apoyada en la ventana, dejándose hipnotizar por las gotas de lluvia que golpetean con fuerza.

Fito entra en la estancia como un torbellino. Está acalorado y habla de forma atropellada.

—Un rehalero. Eugenio, un viejo conocido.

Ella le mira sin entender.

—Le ha alquilado los perros a un rehalero —aclara él.

—No sé de qué me hablas.

—¿Recuerdas? La caza mayor, las rehalas. Se ha llevado dieciocho perros esta noche.

—¿Es así como se hace?

—No. Normalmente se contrata al perrero, que es quien los guía por el monte. Sin embargo, el hombre que lo hizo se empeñó en llevárselos él solo. Le ofreció un dineral por un solo día con los perros.

—¿Y el perrero aceptó? —tercia Ramón con una mueca indignada.

—Al principio no. Se pasa la vida adiestrándolos e intentó convencerle de que a él era a quien

más caso hacían, que no obedecerían igual a un desconocido —explica el subinspector—. Pero el tipo tenía un pico de oro: le contó no sé cuántas milongas y le aseguró que los trataría como si fueran sus propios hijos. Total, que se lo acabó camelando. Y la guita es la guita, a fin de cuentas.

Camino siente un frío repentino que le cala cada centímetro del cuerpo. Ahora sí comprende.

—Tiene ya a los perros. ¿Hasta cuándo?

—Se los devolverá al ponerse el sol.

—O sea, que lo va a hacer hoy.

—Sí.

—¿Dónde?

—No lo sé. Hay demasiados cotos en la provincia —Fito se deja caer en una silla.

—Habrá que delimitar los que no estén alquilados para monterías o competiciones.

Es la voz de Ramón nuevamente. Todos se giran hacia él.

—¿También sabes de caza?

Él se encoge de hombros.

—Soy animalista, no creeréis que me parece bien que maten a jabalíes y corzos por diversión

—luego mira a Fito—. ¿Puedes conseguir un mapa de los cotos?

—Claro.

—Los titulares están obligados a realizar una comunicación previa a la administración sobre las acciones cinegéticas que van a tener lugar en sus propiedades —explica Ramón en su modo más legalista—. Podríamos acceder al registro e ir marcando en el plano los terrenos en los que se vaya a celebrar alguna cacería hoy.

—Los puestos de la Guardia Civil de la demarcación también están informados —apunta Fito, agitado ante el nuevo giro de los acontecimientos.

—Pues manos a la obra —dice Camino, levantándose con un renovado brío. Agarra un vaso y abre el grifo del café. Un gesto inútil: hace horas que el tanque se vació.

Aún no ha despuntado el día cuando la puerta se abre.

—Espero que hayas descansado, tenemos por delante una buena jornada.

El tipo no ha olvidado detalle. Va vestido con las ropas tradicionales de montería. Botas de piel, pantalón de caza, zahones, camisa y chaleco, todo en tonos pardos y verdes. En la cabeza se ha calado una gorra campera. Colgado del hombro lleva un rifle de mira telescópica, calibre 30-06, y a la espalda, un zurrón que se descuelga y del que extrae un cuchillo de monte. Se lo enseña con su sonrisa aviesa.

—¿Te gusta? Lo he comprado especialmente para ti.

Paco le mira con repulsión. Para ese hombre esto es un juego.

—Si quedas malherido, con esto te remataré a conciencia. ¿No era eso lo que decías a tus colegas? «Mátalo bien, que no sufra.» Deberías mostrar agradecimiento, no todos tienen la misma suerte, ¿verdad?

Después lo saca del cajón en que lo tiene encerrado manipulándolo como si fuera un muñeco. A Paco no deja de asombrarle su fuerza. Podría cargárselo en un minuto si quisiera, le bastaría con apretarle el cuello con esas manazas. Pero no. Hay que seguir el ritual. Suspira. Quién sabe. Quizá tenga una oportunidad.

Tras un rato de intenso traqueteo, el vehículo se detiene.

Rodolfo baja y empuja fuera al inspector. Después suelta los grilletes de sus tobillos, el collar en torno a la garganta, la cinta que le pegaba los brazos a la espalda. Todo menos la sogá que apresa sus muñecas y la mordaza. Luego pulsa el reloj hasta dar con el cronómetro. Lo acciona y se asegura de que el segundero comienza a contar.

—Tienes diez minutos. Después, soltaré a los perros y me iré a mi puesto.

Paco le ve montarse en el coche. En el remolque, la rehala ladra enfervorecida, ávida por comenzar la cacería. En cuanto le ha liberado, el inspector se ha dejado caer al suelo como un fardo. Tiene el cuerpo y la mente agarrotados y tarda todavía unos instantes en reaccionar. Pero cuando la consciencia de lo que va a suceder penetra en su interior, una fuerza desconocida tira de él. Se pone en pie, trastabilla, cae de nuevo. Los músculos sin fuerzas tras dos días sin poder moverse, la pierna izquierda que aún no se maneja bien... No se encuentra en las mejores condiciones, pero no va a darse por muerto tan pronto. El suelo está húmedo, ha caído una de esas tormentas de verano que la tierra acoge con ansia desesperada. Se incorpora y da un paso vacilante, luego otro, y otro. Avista el exiguo alborear en el horizonte. Luego observa a su alrededor y solo acierta a ver un inmenso pastizal de una tonalidad pajiza y cobre, con manchas de matorrales agostados aquí y allá. Jaras, charnecas, escobones, tomillo y algún que otro madroño. Nada con lo que guarecerse. Tiene que alejarse lo máximo posible. Encontrar vida humana, pedir auxilio. Acelera el paso, renqueando, pero todavía hay muy poca claridad, no ve el suelo por donde va y tropieza con una rama que se le enreda en los pies, da de bruces contra el suelo y se maldice por su torpeza. Se ha lastimado el pie bueno y se ha arañado la cara con unos jaramagos marchitos. Arriba otra vez, empieza de nuevo. Poco a poco va ganando metros. El olor a tierra mojada y a bosque mediterráneo penetra con intensidad en sus fosas nasales, le recuerda los madrugones en los que era él quien estaba del otro lado de la montería. Siente nostalgia. Si muere, al menos será en uno de los lugares que más ha amado. En plena naturaleza, rodeado del canto de los pájaros al quebrar el alba y una brisa que hoy corre por vez primera tras muchos días de calma chicha. Los animales del monte se alimentarán con la carne de su cuerpo, que se irá descomponiendo, y el círculo se cerrará. Es el ciclo de la vida.

Los matorrales van aumentando en cantidad y densidad. Aparecen encinas, algún que otro

alcornoque, y siente el aroma intenso de un pinar en las cercanías. Eso le da ánimos para seguir. Con cada paso un dolor extremo le recorre la pierna izquierda pero no aminora el ritmo, pisa con fuerza aunque suponga un suplicio constante. Llega al pie de una encina y recuesta la espalda en su tronco rugoso. Presiona la soga contra él y sube y baja sin descanso. Lentamente nota cómo se va erosionando al contacto con la corteza agrietada y hace fuerza con los brazos, tratando de separarlos. Los minutos corren, él siente la energía escapándose de su cuerpo como el aire de un globo que se desinfla y la cuerda no acaba de ceder. Entonces, en la quietud del campo, mezclado con el chichipán de los carboneros y los trinos cortos de los herrerillos, escucha a Rodolfo instigar a los perros, que aúllan alborotados al quedar en libertad. El paréntesis de cortesía ha concluido.

Da un último tirón desesperado y al fin sus manos quedan libres. Se quita la mordaza y se frota las muñecas doloridas.

Sin más tiempo que perder, guía sus pasos hacia delante de forma instintiva, allá donde la vegetación se concentra. Con el dolor parcialmente anestesiado por el miedo, emprende la carrera. Primero al trote vacilante y, al cabo de unos metros y tras nuevos ladridos, tratando de galopar como si fuera un gamo. Hace tan solo unos minutos lo habría creído imposible, pero en momentos como ese no rigen las normas de lo común. Tan solo las de la supervivencia. Y ese es, a fin de cuentas, el papel que le ha tocado representar en este juego de la muerte.

111.

El aire le quema los pulmones.

Siente que se abrasa por dentro, no ha parado de correr pero los ladridos cada vez suenan más cerca, y cada vez son más. El perro que primero le ha rastreado ladra para marcar el camino al resto, y los demás le imitan cuando les llega el olor. Desesperado, sigue corriendo. No cobrará barato su pasaje a la otra vida. No ha pasado por tanto para esto. Tiene una bala alojada en el cráneo y una mujer a la que nunca ha dicho cuánto la ama.

Un disparo suena en la distancia, y luego otro. Paco siente un escalofrío. La última vez que se vio inmerso en un tiroteo, estuvo varios meses en coma. Ni los médicos entienden cómo logró sobrevivir. Pero a la muerte no le hace gracia que la burlen y parece empeñada en darle alcance.

Al menos esta vez los disparos resuenan lejos. Rodolfo solo le está recordando que está allí, en alguna parte. La adrenalina circula a todo gas por su cuerpo y cada latido del corazón parece que va a partirle el pecho en dos. Sin dejar de correr, cambia con un quiebro a la dirección contraria al origen de las detonaciones. Penetra en un pequeño valle sembrado de jaras y yerbas reverdecidas. A unos metros ve el suelo hozado por los jabalíes y, en la parte más profunda, las huellas de un arroyo seco, apenas humedecido por la tormenta nocturna. Le resulta familiar. ¿Acaso ha estado allí antes? Se obliga a hacer memoria mientras sus pies no dejan de avanzar, pero el recuerdo le esquiva como él esquiva a la muerte. Entonces oye nuevos disparos. Ahora provienen de un punto diferente. ¿A qué se está enfrentando? ¿Cuántas personas pretenden darle caza? Con un nuevo quiebro, cambia otra vez de dirección. Remonta el valle y sigue cuesta arriba bordeando el regato y alejándose en lo posible de quien aprieta el gatillo.

112.

Evita siente cemento en los párpados.

Cabecea de forma involuntaria y la pantalla del ordenador se desenfoca ante sus ojos; se ve obligada a hacer un alto para frotárselos. Lleva dos días sin comer ni dormir, y un cuerpo como el suyo se debilita enseguida. Pero si algo tiene claro es que no va a dar muestras de flaqueza. Va a seguir en la brecha hasta el final. Desea que Paco se salve tanto como los demás, y quiere estar presente cuando eso ocurra. El reloj de la parroquia vecina desgrana siete campanadas que resuenan en el silencio y la sacan de su aturdimiento.

La voz de Mora suena categórica.

—Tenemos que parar.

—Pero no sabemos el sitio —protesta Lupe.

—Ni lo sabremos —dice Fito—. Las monterías comienzan al despuntar el día. La comisaria tiene razón: no podemos demorarnos más.

—¿Y qué hacemos?

—Repartirnos entre los cotos seleccionados y rezar, quien sepa.

Camino asiente con gravedad.

—¿Cuántos?

—Una vez descartados aquellos en los que hoy se desarrolla una competición o cacería, veintidós —recuenta Pascual—. Los cuales hemos reducido a nueve por proximidad.

—Siguen siendo demasiados.

Camino pega un puñetazo en la mesa que no impresiona a nadie. Es un golpe desmayado, de abatimiento e impotencia.

—Hay otro criterio a tener en cuenta —se atreve a decir Ramón.

—¿Cuál?

—Los que lindan con aquellos en los que se celebrarán cacerías en el día de hoy.

—¿Por qué? —pregunta Lupe—. ¿No tendría lógica buscar el lugar más alejado?

—Estoy con Lupe. Eso entraña un riesgo extra para el asesino —secunda Pascual.

Fito niega con la cabeza. Lo que dice Ramón tiene mucho sentido. No sabe cómo no ha caído él en la cuenta.

—Las detonaciones. De esa forma nadie se alarmará. Darán por hecho que forman parte de la

misma cacería.

El silencio inunda la sala y todos dirigen su vista hacia el mapa extendido sobre la mesa. En él están tachados en rojo los terrenos reservados para la jornada de hoy y con un círculo verde los libres, numerados por proximidad con la capital. Camino empuña el rotulador azul y remarca sobre los verdes aquellos que lindan con los rojos. La lista se reduce a cinco.

Ángeles mira a Fito y a Ramón, que están inclinados sobre el mapa estudiando cada uno de ellos.

—¿Algún criterio más?

Ramón niega y vuelve a sentarse. Fito sigue escudriñando cada detalle del terreno plasmado en dos dimensiones. Finalmente, habla con un timbre angustiado:

—Ya estamos aventurando bastante. Cuanto más cribemos, más nos exponemos a equivocarnos.

—De acuerdo. Saldrá un operativo policial para cada uno de los cinco cotos. Vargas, tú dirigirás este —la comisaria señala uno al azar y escribe su apellido dentro—. Molina, tú este otro. Casas, tú este. Alcalá, tú este. Y... Quintana. Tú este de aquí. Yo lo coordinaré todo desde la base.

—Sin embargo...

Fito no había acabado. Pero a él la comisaria también le impone.

—¿Qué?

—Es una tontería, pero...

—Lo que sea, Alcalá. Dilo.

El subinspector pone el dedo sobre uno de los cinco terrenos marcados en azul.

—Conozco esta finca. Es el coto de caza mayor de Jaime de la Serna, un fulano de alta alcurnia. Nos invitó en una ocasión a cazar allí, hace años. Ahora lleva tiempo abandonada. La crisis inmobiliaria hundió sus negocios. Vendió todas las tierras que tenía en Andalucía excepto esa, pero le quitó la vigilancia.

—Una finca propia para la montería sin nadie que la guarde —dice Ramón.

—Exacto. Perfecta para entrar y salir con impunidad. En las otras habría tenido que pagar una renta y sería más difícil no dejar rastro. Pero en esa solo tiene que colarse.

Camino toma el rotulador de la mano de Ángeles, tacha el apellido de Pascual y pone el suyo en su lugar.

—A esa voy yo.

Se establece un duelo de miradas entre la comisaria y la inspectora. Acaba de desautorizarla, y eso no es algo tolerable en la jerarquía. Ángeles sopesa la situación en segundos, y decide que no es eso lo urgente. Ni lo importante.

—Está bien. Molina, tú a la otra.

La comisaria mira a Evita. Falta ella. Piensa durante un segundo qué función atribuirle y decide

que, después de todo lo ocurrido, merece formar parte de esto.

—Tú con Vargas.

La seriedad del rostro de la agente contrasta con la emoción en el brillo de sus ojos. Camino piensa que eso está bien. Sabe que a pesar de la responsabilidad y el desasosiego que siempre están presentes en un operativo, también es necesaria una dosis de arrojo que raye con la temeridad. Es lo que marca la diferencia entre una policía y una gran policía.

—Ramón, tú te quedas aquí.

—Ya lo suponía —dice el novio con resignación. A él, al contrario que a la inspectora, no le alegra comprobar ese brillo en los ojos de su chica. Le alegra verlo cuando contemplan juntos una puesta de sol frente al mar y él le dice cuánto la quiere, o cuando ella se implica en una de sus aventuras de rescate y la cosa sale bien, o cuando se achispa y le da por bailar de forma tontorróna y reír como una loca, aunque él ponga cara de culo y la llame borrachina, porque a veces es así de gruñón. Pero no le gusta ver ahora ese brillo, no cuando hay asesinos y armas de por medio. Y sin embargo, sabe que tiene que aceptarlo, igual que ella acepta que allanen propiedades privadas para dignificar las vidas de un puñado de animales.

La comisaria echa el enésimo vistazo al reloj. Se voltea para mirar por la ventana. El gesto es imitado por el resto de los policías, aunque no les hace falta para confirmar lo que ya saben: a pesar de las nubes plomizas que ensombrecen el cielo, la luz comienza a penetrar en la estancia. Mora marca un número y sale con el teléfono al oído, dispuesta a organizarlo todo. Antes de alejarse, mira a su gente por última vez.

—Poneos los equipos, saldréis de inmediato.

113.

Rodolfo aguarda en su puesto.

Desde lo alto de la loma divisa prácticamente toda la finca. Confía en que la rehala, adiestrada para ello, instigará al hombre y lo acabará conduciendo hacia él, hasta la distancia adecuada para un disparo certero. Pero si Rodolfo ha llegado hasta aquí con éxito, es porque siempre tiene un plan B. No va a dejarlo todo en manos de unos cuantos chuchos que se lo traigan. Cuando le dijo que faltaban un perro en la rehala, era verdad y no lo era. La que alquiló era la que llevó al sótano, lo único que ha hecho es añadir un animal más. Uno que ha sido entrenado para una misión diferente: convertirse en un arma letal.

Enfoca los prismáticos y barre el monte con ellos. Llevado por el ruido de la ladra, localiza a varios perros rastreando dispersos aquí y allá, pero no ve a Paco. ¿Dónde se ha escondido? Sigue apuntando de izquierda a derecha, paciente, recorriendo cada metro de campo, hasta que al fin lo divisa. Va monte arriba, trotando con una torpeza y una lentitud tortuosas, tambaleándose hacia los lados, cayendo cada poco y hollando el terreno a su paso. Aún está demasiado lejos para disparar. Siente la excitación propia de la caza. La disonancia entre la omnipotencia del depredador, avistándolo todo rifle en mano, y la inercia de la presa, que corre aturdida, azuzada por una jauría de perros que no van a darle tregua. Y comprende por qué tantos hombres son adeptos a ella.

Unos cientos de metros más abajo divisa al dogo asesino. Sería una lástima no usar ese rifle, un Weatherby Vanguard precioso. Lo acaricia y coloca el ojo izquierdo en la mira telescópica. El dogo ha recortado distancia, se acerca más y más al hombre. Sonríe. En el fondo también quiere comprobar esa otra arma. Veremos si es tan devastadora como dicen.

Ha conseguido despistar a unos cuantos.

Están habituados a la caza de otro tipo de presas y se han distraído siguiendo el rastro de algún jabalí. Sin embargo, hay un dogo argentino que merodea cerca. No recuerda haber visto esa raza entre la rehala que Rodolfo llevó al sótano, lo que augura aún más dificultades. ¿Cuántos perros andan tras él? Paco siente la desazón en su interior, pero no se permite darle permiso para crecer. Tiene que mantenerse lúcido. Si ahora es un gamo, ha de pensar como tal. Mira hacia atrás. La claridad ya ilumina el campo y ve moverse unos arbustos a unos cien metros de distancia. El cérvido sabría que el dogo le va a dar alcance, así que buscaría un lugar donde encamarse y se camuflaría lo mejor que pudiera. Otea el horizonte. Allá, un poco más adelante, vislumbra unas retamas algo más tupidas. Es su única oportunidad. Llega hasta ellas y se echa al suelo. Pero el dogo es buen venteador y no tiene ninguna intención de perderle la pista. Paco ve la mancha blanca acercándose entre el amarillo del campo seco. El gamo sabría que no tiene nada más que hacer. Necesita al hombre. Ahora es un humano. Es Francisco Arenas y no está dispuesto a dejarse amenazar por un perro de rehala. Escruta el suelo hasta que da con una rama seca lo suficientemente fuerte. La quiebra para conseguir una punta afilada. Si es necesario, tendrá que usarla.

El dogo lo ha encontrado. Se coloca en posición de ataque y a Paco lo invade un sentimiento de desesperanza al comprobar que no se conformará con hacerlo salir de su refugio. Le sostiene la mirada al perro con unos ojos que no permiten filtrar el pánico que lo está devorando. Pero un dogo como él no se achanta ante un rostro impenetrable. Es más, un dogo como él huele el miedo por mucho que se intente disimular, y eso azuza su instinto sanguinario. Se coloca sobre sus patas traseras y se lanza sobre el hombre, derribándolo. Vuelven a mirarse, pero ahora las patas delanteras del perro están sobre el pecho de Paco. Solo pesa cuarenta kilos, y sin embargo su poderosa musculatura hace que parezca que tiene encima un caballo. El dogo no titubea. Se lanza sobre su cuello con la mandíbula abierta. A Paco le cuesta unos segundos comprender: ese dogo no es un perro de rehala. No está educado para perseguir ni acosar. Está educado para atacar. Rodolfo le ha engañado. Va a dejarle morir bajo las fauces hambrientas de un perro asesino.

* * *

Ha esquivado el ataque a duras penas. Pero el dogo vuelve a arremeter contra él en busca de la zona más vulnerable. Sabe perfectamente dónde se localiza la carótida y es lo que quiere segar. Paco aferra con la mano derecha su única posibilidad: la punta afilada, que hincó con todas sus fuerzas en el vientre del animal al tiempo que este trata de cerrar la mandíbula en torno a su cuello. El perro se revuelve durante un segundo que aprovecha para hundir más el arma precaria que ha fabricado. La madera se parte en dos. Un fragmento ha atravesado la piel de la fiera. El otro, inservible, queda en su mano. Ya no hay arma que valga. Pero ahora es un animal herido que se lanza con más furia. Paco se protege el cuello con el brazo derecho y el perro se ensaña con él. Nota la mordida en tijera hundiéndose en la carne. Caninos superiores e incisivos se cierran para un mayor desgarrar. Es un dolor lacerante, pero su mente se concentra en destinar toda la atención a quitarse ese bicho de encima.

La sangre excita el deseo de venganza del perro. Paco observa su brazo destrozado por las dentelladas. La piel arrancada, la forma de la mordedura en un rojo intenso y la sangre que se derrama a borbotones. Comienza a marearse y siente que es hora de admitir la derrota. Sabe que el perro se prepara para atacar de nuevo y deja caer los párpados. Oye ladridos de fondo. No son del dogo, que no acaba de lanzarse sobre él. Los ladridos aumentan, y suenan ahora desde todos los ángulos. Abre los ojos para constatar que el resto de perros les han alcanzado. Acechan a unos metros de ellos, a través de la fronda de ramas secas. Hay un mastín que parece el líder. Les está ladrando a ellos. No, está ladrando al dogo, que ha tornado su atención hacia ese perro. Le observa por unos instantes y luego se gira de nuevo hacia su presa. Paco contiene el aliento, pero ahora no cierra los ojos.

Cuando el líder comprueba que ese perro desconocido se niega a obedecerle, se lanza sobre él. No va a permitir que se inmiscuya en su misión. Al sentir sus patas encima, el dogo se ve obligado a contraatacar. Los demás perros los rodean, llenos de excitación. Paco observa el cambio de rumbo de los acontecimientos. Ahora él es un espectador más, mientras que esos dos perros luchan a muerte.

Tras una pelea encarnizada, el líder ha conseguido quitarle a esa bestia de encima. Tiene una oreja desgarrada y le sangra el hocico, pero el dogo ha salido peor parado. Ahora el vencedor se vuelve hacia el hombre y le mira con unos ojos que Paco reconoce. Parpadea incrédulo y observa a la mastina que acaba de salvarle la vida. Sí, es ella. Siente cómo los ojos se le humedecen de lágrimas calientes.

—¡Caretá!

Cuántas monterías hizo con esa perra. Era su favorita, y también la del perrero que solía acompañarles en las monterías, quien siempre presumía de su buena nariz y de su carisma ante los demás canes. Ya está vieja, aunque sigue liderando al grupo. Querría acariciarla, pero Careta no

se dejaría. Sabe que solo le ha concedido una ligera ventaja. Sujetándose el brazo sangrante, aleja de su mente la idea de la deserción, se pone en pie y echa a correr de nuevo.

115.

—*Aquí es.*

Del coche salen Camino y Evita. Dos zetas aparcan apenas unos segundos después. Cuatro policías uniformados se bajan y esperan instrucciones. La inspectora hubiera preferido a alguien de paisano, le irrita que vayan dando el cante.

—Primero vamos a asegurarnos. Hay otros cotos que están siendo examinados por nuestros compañeros —les recuerda—. Quizá no encontremos a nadie, o quizá algún furtivo se haya colado en la finca. Eso ni nos va ni nos viene, ¿eh? No hemos venido a pedir papeles.

En ese momento suena una detonación que la hace estremecerse. Su cara debe de registrar lo que le pasa por la mente, porque Evita pone la mano sobre su hombro y le habla con tono tranquilizador:

—Seguro que es de la finca de al lado.

Normalmente Camino esquivaría esas muestras de afecto, incluso contestaría algo con sorna para mantener su pose invulnerable. Ahora, simplemente agacha la cabeza esperando que tenga razón. Luego traga saliva, se repone como puede e imprime un tono autoritario a sus palabras.

—Vosotros vais con Gallego por el ala este, vosotros conmigo por la oeste. Cualquier cosa, os comunicáis por el *pocket*. Pensad que podéis toparos con un cazador, que no tiene por qué ser el asesino. Habéis visto su foto, lo tenéis claro, ¿correcto? —la inspectora espera a que todos lo confirmen—. Y acordaos de que puede haber una persona desarmada. No disparéis a la mínima. Pase lo que pase, primero me informáis a mí.

—¿Y si el nota me va a disparar, también se lo tengo que contar primero?

El que habla se llama Elías. Es un hombre de mediana estatura, con una panza que recuerda que hace ya mucho que superó las pruebas para entrar en el cuerpo, los labios fruncidos en una mueca de autosuficiencia y una mirada pendenciera de las que sacan de quicio a Camino.

—Solo se dispara en caso de fuerza mayor —ella le atraviesa con ojos desafiantes antes de añadir—: Y sabemos lo bien que hay que argumentar la fuerza mayor para que no venga Asuntos Internos a joderle a uno. ¿Verdad?

Nadie contesta, pero todos tienen claro lo que significa. Incluido Elías.

—Quiero a ese tipo, y lo quiero con vida. Tiene a una mujer secuestrada en paradero desconocido. Si no le atrapamos, ella muere. ¿Entendido?

—Entendido —contestan al unísono.

Suena un nuevo disparo proveniente del mismo lugar. No hay más que decir. La inspectora arranca el paso seguida de dos de los policías. Evita y los otros la imitan en sentido contrario.

Eso sí que no se lo esperaba.

Desde que Rodolfo vio llegar los vehículos, ha perdido el temple. Le parece imposible que lo hayan encontrado. Ha sido concienzudo, no ha dejado una sola pista. Los observa a través de los prismáticos. Tres coches, uno normal y dos patrullas. El primer impulso es el de huir. Están lejos, podría escabullirse por el norte y colarse en el coto donde hay caza de perdiz roja. Con la indumentaria que lleva pasaría desapercibido. Pero ese inspector lo tiene identificado. Si lo deja vivo, se condenaría a sí mismo a huir para siempre. Primero ha de acabar con él. Luego volverá a casa, cogerá a su madre... Un momento, su madre. No pasa por casa desde anoche, cuando le dio la cena y las medicinas. ¿Y si esos policías han estado allí? Como le hayan tocado un solo pelo, los matará a todos con ese mismo rifle. ¿No le habrán contado nada? ¿Morirá sabiendo lo que ha hecho su único hijo, sin que pueda explicarle sus motivos? Esa posibilidad le revuelve las tripas. Nunca pensó en serio que pudieran dar con él. ¿Qué sería de ella entonces? No puede permitir que muera en un hospital rodeada de médicos a los que no les importa más que cualquier otro viejo. No. Va a morir agarrada a la mano de su hijo. Pero para ello ha de ponerse a salvo. Tiene que averiguar qué saben. Llamará al vecino del segundo y le pedirá que se pase a ver a su madre con alguna excusa. Si ha sucedido algo raro, ese chismoso se lo dirá nada más descolgar el teléfono. Primero, eso sí, hay que ocuparse de los cabos sueltos. Y Paco Arenas lo es. Mientras ve cómo los policías salen de los coches y se organizan entre ellos, revisa el lugar donde lo divisó por última vez. Parte de la rehala se mueve por la zona, pero no ve al hombre por ningún lado. Sigue peinando hacia arriba, hasta que una media sonrisa se le asoma a los labios. Ahí va, más oscilante que nunca y agarrándose un brazo herido. Empuña el arma y ajusta el aumento de la mira telescópica. Unos doscientos cincuenta metros, quizá más. El objetivo está más lejos de lo deseado, pero no hay otra opción. Es ahora o nunca. Se concentra y hace una pausa antes de exhalar. Entonces el proyectil sale propulsado hacia delante y un instante después ve al inspector caer sobre los matorrales. ¡Sí! Le ha abatido. Ojalá pudiera cobrar su pieza y montar la puesta en escena, pero por esta vez tendrá que conformarse. Desciende de su atalaya y comienza la huida campo a través. Solo ha recorrido unos trescientos metros cuando se encuentra de frente con el dogo asesino. En su rostro albo destaca el rojo de la sangre alrededor del hocico. Cojea de una pata y tiene una dentellada en el costado. Sus ojos están inyectados de furia. Su dueño le aseguró

que a él no le atacaría, pero Rodolfo no las tiene todas consigo. El perro se ha quedado inmóvil frente a él y le da la impresión de que está preparándose para embestirle. Se coloca el rifle y descerraja un tiro sin pestañear.

La bala impacta entre ojo y ojo. La violencia de la munición levanta al animal por los aires y le hace dar un par de cabriolas antes de caer sobre unas zarzas sarmentosas. Ahora la cabeza ha perdido el tono blanco, cubierta por entero de su propia sangre. Rodolfo reemprende la huida con esa imagen en la retina y un poso de tristeza. Era un perro de una belleza sin igual.

117.

Camino va comunicándose con la comisaria por el equipo de transmisión.

Los diferentes operativos ya han llegado a sus destinos y han iniciado el rastreo. Puede que Paco esté en uno de los otros cuatro cotos. O puede que no hayan acertado en sus conjeturas y ahora mismo esté siendo tiroteado en cualquiera de los diecisiete restantes, incluso en cualquier trozo de monte. Entonces ya no habrá posibilidad de que le salven. Divisa a los dos policías subiendo la cuesta a unos veinte metros de ella, uno por la izquierda y el otro por la derecha. La mancha no es muy extensa, si la baten de forma meticulosa tendrían que dar con él. Sigue avanzando con decisión, concentrada en el suelo que pisa. Del *pocket* le llega la voz de uno de los policías:

—Por aquí ha pasado alguien. Hay pisadas recientes sobre la tierra húmeda.

La inspectora reconoce la voz del policía de su derecha, Nicanor. Se lanza corriendo en su dirección. Llega sofocada y lo confirma con sus propios ojos. Unos metros más adelante las huellas desaparecen, pero hay matas pisoteadas. Ambos siguen el rastro en completo silencio. Cuando lo pierden, se separan unos metros hasta que uno de los dos vuelve a encontrarlo. Camino levanta los ojos al cielo, que sigue nublado. Da gracias a que ha llovido. De lo contrario, sería imposible detectar nada.

Una nueva voz sale de su equipo de transmisión. Es uno de los agentes que han ido con Evita por arriba.

—Hombre corriendo en dirección norte, hacia el coto limítrofe. Solicito autorización para disparar.

—¡No!

—Solicito autorización para disparar en zona no vital —repite el policía—. Va armado, es peligroso.

—Autorización denegada. Dadle el alto, que tire el arma.

—¿Y si no lo hace? —es Elías, el otro agente que se ha ido hacia el este con Evita.

—Le necesitamos vivo, no podemos correr el riesgo —insiste por el transmisor. Luego se vuelve hacia Nicanor—. Ve con los demás, hay que atraparle como sea. Yo seguiré el rastro.

En el momento en que el agente se aleja y Camino reemprende la pista, siente un peso en el pecho que le dificulta la respiración. Unos metros más adelante, la tierra está removida, hay ramas

rotas y decenas de pisadas de perros. Y lo peor de todo: un reguero de sangre que se pierde entre los matorrales.

Evita es la que más cerca está.

A pesar del cansancio acumulado, acorta distancia a buen ritmo. Cuando le tiene cerca, le da el alto. Rodolfo la ignora. Ella desenfunda el arma en la carrera y lo repite, esta vez más fuerte.

—¡Detente o disparo!

Él afloja el paso hasta pararse y se gira con parsimonia. Sabe que no tiene sentido seguir, está claro que ella le gana en rapidez. Lo que duda mucho es que le saque ventaja también en sangre fría. En ese momento suena un disparo a lo lejos. Evita se sobresalta y la inseguridad es patente en cada uno de sus gestos. Rodolfo sonrío.

—La pistola te queda grande, chiquilla. Me voy a ir y tú vas a dejarte de tonterías.

Se da la vuelta y comienza a andar de nuevo. Ella le mira con estupor. Siente que las fuerzas le fallan, pero tiene que aguantar un poco más. Solo un poco más. Ya casi es suyo.

—Te lo repito por última vez, alto o disparo.

Como sigue ignorándola con su altanería aplastante, Evita apunta al cielo y descarga el arma.

Rodolfo la ve con el brazo hacia arriba y sonrío con una mueca despectiva. En lugar de asustarlo, ha acabado de confirmar sus sospechas.

—Para ir de farol hay que saber.

Va a seguir caminando cuando ve que ella baja el arma hasta colocarla a su altura.

—No bromeo. Si sigues, te toca a ti —Evita aprieta el transmisor con la otra mano y baja la voz, aunque no lo suficiente para que no llegue a sus oídos—. Inspectora, tengo al sospechoso delante. Se niega a cooperar. Voy a tener que dispararle. Repito, voy a dispararle.

La seguridad de Rodolfo se tambalea. Si informa a su superior, es que está dispuesta a hacerlo. En sus labios se dibuja un mohín de fastidio a la vez que sus manos empuñan el rifle. Ambos se encañonan al mismo tiempo. Durante un segundo, cualquier síntoma de fatiga en Evita desaparece. Concentra toda la atención en ese trance y presiona el gatillo.

Un disparo resuena en todo el monte, y un segundo después, otras dos detonaciones, prácticamente simultáneas.

Durante unos instantes no se oye un solo ruido. Ni los ladridos de la rehala, ni el canto de los pájaros. Hasta la brisa parece haberse detenido en las copas de los árboles. Luego, unas pisadas

crujiendo sobre las hojas secas y el jadeo de un hombre exhausto. Con la pistola todavía humeante, es Elías quien se acerca.

Camino sigue el reguero de sangre.

Si la sangre es de Paco, y todo apunta a que sí, ha perdido mucha. A medida que avanza, oye los ladridos más cerca y el pánico se le infiltra hasta lo más hondo de su ser: va en dirección a ellos. Se queda paralizada sin poder remediarlo. Una parte de ella quiere seguir avanzando. La parte de la inspectora de policía, que no está dispuesta a dejarse vencer por las fobias forjadas en la infancia. La otra parte, la de la niña que sigue habitando en ella, quiere darse la vuelta y correr, huir muy lejos, donde su integridad esté a salvo y no haya perros que quieran atacarla. Cuál es más sensata, eso no lo sabe. Pero la mujer que es Camino hoy decide hacer caso a la policía y, reuniendo todo el coraje del que es capaz, da un paso hacia delante mientras gotas de un sudor frío le resbalan por la frente, y luego otro paso y otro y otro, y ya ve a los perros, y ya ve la presa a la que ladran. Ya ve a Paco, tumbado sobre una alfombra de hojarasca.

Los perros lo hostigan tratando de sacarlo de ahí. Quieren hacerle correr de nuevo, llevarlo hasta el puesto donde se supone que aguarda el cazador. Pero él no se mueve lo más mínimo. Tiene los ojos cerrados, y los empujones de los animales no parecen afectarle.

Camino dispara al aire y consigue que los perros se alejen de Paco. Después se agacha y le bambolea, gritando su nombre.

Él abre un ojo, luego el otro.

—Tú...

El hilo de voz que emerge de su garganta es más ronco que nunca.

—¿Qué te han hecho?

Ella le observa el brazo con espanto, la piel desgarrada en torno a la forma de la mordida, músculos y hueso al descubierto. El perro que haya hecho ese estrago se ha llevado parte de la carne entre las fauces. Apunta con la pistola hacia los podencos que merodean alrededor.

—¡No! —Paco saca fuerzas de flaqueza y Camino se queda sorprendida por su determinación.

—No han sido ellos —dice, mirando a Careta, que también permanece a unos metros de él—. Era un perro asesino, se ha ido.

Luego la mira a los ojos. Intuye lo difícil que debe de ser para ella estar ahí.

—Tranquila, no te harán daño. Te lo prometo.

A Camino le cuesta controlar las lágrimas. Es Paco quien está allí tirado, herido, y todavía le

ofrece consuelo a ella. Temblando, le obedece y guarda la pistola. Después se arranca un trozo de la camiseta.

—Hay que parar la hemorragia.

—No te preocupes por eso.

Ella le mira a los ojos sin comprender y Paco baja la vista hasta su estómago. Camino siente que el corazón se le para en ese mismo instante. Bajo los rayos fúlgidos del sol, la camisa de Paco se ve empapada en sangre y en su parte inferior hay un orificio de bala. El tiro que oyeron al llegar. El asesino ya le ha disparado.

Saca el teléfono con manos trémulas y comprueba que está sin batería. Con un juramento, aprieta el botón del *pocket* para conectar con la base, pero apenas hay señal. La voz de la comisaria suena entrecortada y no consigue hacerse entender. Está en una de las pocas zonas de sombra que no cubren los equipos de transmisión.

—¡No! ¡No puede ser! ¡Ahora no!

Sacude el *pocket* con frustración y entonces oye la voz de Paco en un murmullo apagado.

—El 091.

Eso es. Cambia el canal al de Seguridad Ciudadana, se identifica e informa sobre la situación. En cuestión de segundos han grabado todo y le confirman que una ambulancia sale para allá.

—Ya está, ya vienen —le susurra a Paco al oído.

—La chica... Tenéis que sacarla del sótano.

—¿La viste?

Paco asiente con muecas de dolor.

—A unos diez minutos en coche, no más. Tengo que llevaros hasta ella...

—Peinaremos la zona y la encontraremos. Además, estamos cercando al asesino —Camino lo mira con ansiedad—. Tú ocúpate de ponerte bien.

—La Parca se ha empeñado en perseguirme... Nadie puede ganarle la partida.

—No digas eso, tú te quedas conmigo —dice acariciándole el rostro—. ¿Me has oído? Te quedas conmigo.

Pero Paco no contesta. Camino tapona como puede el boquete por donde se le va la vida y le insufla aire en los pulmones. Quiere que se mantenga despierto como sea. Él no está hecho del material de los que se dan por vencidos, nunca lo ha estado. Tiene que aguantar, y sin embargo no lo está haciendo, languidece como los arbustos mustios que le rodean, hastiados del tiempo inclemente que les ha tocado vivir.

—No me dejes, Paco —una lágrima de impotencia resbala por la mejilla de Camino, pero nadie puede verla—. Vamos a estar juntos, tú y yo, ¿te queda claro? No vamos a separarnos nunca más.

Camino trata de hacerle regresar sin resultado. Lo zarandea, le comprueba el pulso que se va

apagando hasta hacerse apenas perceptible, se abraza a su cuerpo bañado de sangre y permanece así unos minutos angustiosos, sintiendo cómo el líquido caliente la empapa y la tiñe de rojo también a ella.

—Te quiero, ¿me oyes, cabezón? Te estoy diciendo que te quiero.

Ahora por su rostro hay dos ríos de lágrimas que no paran de fluir y en su mente se funden el dolor y la frustración. Nunca, jamás en su vida, se ha sentido tan huérfana, tan desvalida. Si la vida de Paco se apaga, una parte de la suya se apagará también sin remedio.

Tres nuevas detonaciones, casi simultáneas, la devuelven a la realidad. ¿Qué está pasando? ¿Por qué nadie la ha informado? ¿Dónde están todos?

«Mierda.» Cae en la cuenta de que no ha vuelto a sintonizar el canal de la operación. Cuando lo hace y da señal de escucha, oye el tono grave de Nicanor reportando las novedades. El *pocket* se le cae de la mano al escucharlas. Su cerebro queda petrificado, incapaz de pensar.

—¿Inspectora? Inspectora, ¿está ahí? Solicitamos instrucciones para proceder. ¿Inspectora?

La voz de Nicanor suena de fondo, muy lejana. Se mezcla con los ladridos de los perros y con la sirena de una ambulancia que se acerca.

Camino se halla en la sala de espera del hospital.

Ve a Flor aproximarse junto a Rafa, que camina sosteniéndola en un abrazo. Ya le saca más de una cabeza a su madre. Su cuerpo larguirucho, inclinado hacia delante, le recuerda al de las jirafas prisioneras del parque zoológico. ¿Qué pensarían Evita y Ramón sobre eso? ¿También las liberarían? ¿Y luego? ¿Se las llevarían al santuario con el chivo Pedrito y la perra Cova? Cosas absurdas en las que una piensa cuando todo se derrumba.

Flor se lanza hacia ella.

—¡Desgraciada! ¡Te has empeñado en quitarme a mi marido, de una forma o de otra!

—Tranquilízate, mamá —Rafa la sujeta con firmeza y su voz suena suave y conciliadora, pero la mirada que le dirige a Camino no lo es.

—Aún no ha terminado la operación —acierta ella a decir. Luego se queda mirando al suelo, esperando que el tiempo pase cuanto antes.

La mujer y el hijo de Paco se sientan en la otra punta de la sala. Los escucha susurrarse palabras de aliento el uno al otro y piensa que ella no tiene a nadie que venga a reconfortarla. Ella es la primera que no lo haría: ha cometido errores y otros han pagado las consecuencias. Su teléfono suena con un tono estridente que hace eco en la sala. Contesta de inmediato, aunque no lo suficiente para ahorrarse la censura en los ojos de Flor y Rafa. Se aleja unos metros hacia el pasillo.

—Dime, Molina.

—No se ha podido hacer nada.

—De acuerdo. Voy en cuanto sepa algo aquí.

Cuelga el teléfono. Pascual está en una de las salas contiguas, pero prefiere no moverse hasta que los médicos le den noticias de Paco. Lo de Rodolfo tenía mala pinta, Elías estaba demasiado cerca para errar el tiro. Va de vuelta a recuperar su asiento cuando la pantalla se ilumina y el tono comienza a sonar de nuevo. Apaga el móvil sintiéndose aún peor. Sabe por qué la llama Ramón. Y no se siente con fuerzas para enfrentarlo.

Los periodistas rodean a la comisaria Mora a su entrada en el hospital.

—¿Puede confirmar que han atrapado al Animalista?

Los flashes de las cámaras la ciegan, obligándola a pestañear varias veces. Ángeles respira hondo, se dirige hacia el cúmulo de micrófonos y habla con tono desenvuelto, acostumbrado a esas lides.

—Puedo confirmarlo. El hombre que ha tenido en vilo a Sevilla se llama Rodolfo Cazalla Cruz y ha sido abatido en un tiroteo.

Hay un bullicio generalizado, los periodistas se apretujan entre ellos estirando al máximo el brazo que sostiene el micrófono. Las cámaras también empujan. Quieren un primer plano de la comisaria dando la noticia.

—¿Entonces está muerto?

Ángeles mira al muchacho alfeñicado que la interpela. Se pregunta si los jóvenes ya no llegan ni a un nivel básico de entendimiento o si quiere que lo repita todavía más claro para que la cadena que lo contrata se regodee en esas palabras. Sea como sea, detesta la situación. Pero también forma parte de su trabajo:

—Así es. Los médicos han tratado de salvarlo pero no ha sido posible.

—¿Qué ha pasado con la mujer secuestrada? ¿Está viva?

—Tenemos una nueva pista sobre su paradero. Hay un dispositivo de búsqueda en marcha con medios terrestres y aéreos, y el Grupo de Secuestros está trabajando contrarreloj. Espero poder darles detalles en breve.

—¿Qué hay de los asesinatos en Italia y Estados Unidos?

—No hay nada que vincule esos crímenes con lo ocurrido en nuestra ciudad. Sería materialmente imposible que Rodolfo Cazalla se hubiera trasladado a esos países en el tiempo en que tuvieron lugar.

—Pero las recreaciones de muertes animales...

—Una *vendetta* de la mafia, probablemente. En cuanto a Nueva York, ni siquiera han identificado a la víctima. En todo caso, eso no nos corresponde.

La comisaria usa su tono más cortante. La pesadilla se ha acabado. No hay nada más que rascar.

—¿Puede confirmar que Rodolfo era un defensor de los animales? ¿Que mataba a personas que

les habían hecho daño para vengarse por ellos?

Otra pregunta morbosa. Ángeles resopla con mal humor y le fusila con los ojos.

—Sus motivaciones están siendo investigadas. Lo único que puedo decirles es que no consta que fuera miembro de ninguna asociación ecologista o similar.

—¿Cuál era la profesión de Rodolfo Cazalla?

—Vigilante de seguridad.

Mora se cuida mucho de darles más munición informando de su lugar de trabajo o de sus años como matarife. Ya se enterarán. Le da que este caso aún va a traer mucha cola. Desde el periodista más baqueteado al tertuliano neófito, todos opinarán, juzgarán y crucificarán sin sonrojo. Está a punto de retirarse cuando otra joven lanza al vuelo su pregunta.

—¿Ha habido más víctimas en el tiroteo?

La comisaria suspira con aire vencido. Esa sí es pertinente. Y es justo la que querría haber evitado. La que jamás querría responder en la forma en que lo hace.

—El inspector Francisco Arenas se encuentra en estado crítico, está siendo intervenido en estos momentos. Tenemos todas las esperanzas puestas en su recuperación. Sin embargo, ha habido otra baja que lamentamos enormemente.

—¿Uno de los policías que participó en la operación?

Con un nudo en la garganta, Ángeles Mora aprieta la mandíbula hasta hacerse daño. Luego mira a cámara y contesta con voz firme.

—Así es. La agente Eva Gallego ha fallecido en el ejercicio de su deber. Desde aquí envío mis más profundas condolencias a sus familiares, en mi nombre y en el de todos sus compañeros de la Policía Nacional.

122.

El helicóptero ha peinado el radio de acción.

Hay una casa abandonada que se corresponde con la distancia a la que se refirió Arenas antes de desvanecerse. Tres todoterrenos llegan uno tras otro, y de ellos sale una legión de hombres y mujeres de uniforme armados hasta los dientes.

Uno de ellos abate la puerta con un ariete y todo sucede en cuestión de segundos. Hay unas escaleras que descienden a un semisótano, al final de las cuales hallan una nueva puerta cerrada con llave, que es tumbada también en un instante. Los potentes haces de las linternas iluminan la estancia, de la que emerge un hedor nauseabundo. En el centro, atada a un sillón médico reclinable, se encuentra una mujer semidesnuda.

—¿Sara? ¿Sara Guerrero?

No hay respuesta. El hombre se acerca con cautela y la mira horrorizado. Tiene la piel de los brazos y el pecho en carne viva, pero lo peor no es eso. La cabeza está enclaustrada en una especie de jaula que le impide el movimiento y, sujetos por unas varillas que los mantienen abiertos, sus ojos se encuentran rodeados de un líquido purulento. En su interior es imposible diferenciar ninguna de las partes que los componen: pupila, iris, esclerótica, todo es una masa informe de color rojo. Conteniendo las náuseas, el policía se despoja del guante derecho y posa sus dedos índice y corazón sobre el cuello de la mujer, por el que ha resbalado parte del fluido viscoso. Tras unos segundos de tensión, mira a sus compañeros y cabecea en sentido positivo.

—Está viva.

123.

Liam va camino del metro medio dormido.

Consulta las noticias en el móvil mientras anda, como la mayoría de los madrugadores que van en dirección a Manhattan a esas horas. Pega un respingo cuando la pantalla se enciende y un número desconocido se muestra en él. Ni siquiera es de día aún. Va a colgarlo cuando repara en que la llamada procede del extranjero. Quizá de ahí la hora intempestiva, aunque desconoce a qué país corresponde el prefijo 0039.

—¿Eres Liam?

—¿Quién lo pregunta? —contesta con tono hosco.

—Rodolfo me dio este teléfono para usarlo solo en caso de emergencia.

A Liam se le disipa el sueño de golpe. Se pone en guardia. Negarlo todo, esa es la consigna.

—Creo que se ha equivocado.

—No me he equivocado.

El inglés de esa voz tiene un fuerte acento italiano, le recuerda a los dueños del Montebello, su pizzería favorita.

—Yo creo que sí —porfia él.

—Voy a enviarte un enlace. Es de un periódico español, puedes comprobarlo tú mismo. Rodolfo ha muerto, a partir de ahora ocupamos su lugar. Volveré a llamarte dentro de una hora.

La llamada se corta y unos segundos después una notificación suena en el teléfono de Liam. Ha llegado a la boca del metro. Memoriza el nombre del periódico, elimina el chat a través del que le ha llegado y sigue andando como un autómata mientras da con la noticia y lee todo lo que una comisaria sevillana ha contado a los medios a seis mil kilómetros de distancia.

Un médico ha salido de la sala de operaciones.

Ha preguntado por los familiares de Francisco Arenas y se ha llevado a un despacho a Flor y a Rafa. Camino se ha quedado en su butaca, mordiéndose los nudillos y conteniendo las ganas de subirse por las paredes. La espera se le hace eterna, aunque solo han transcurrido unos minutos. Ve llegar a Fito.

—¿Sabemos algo?

—El médico está con su familia.

El subinspector asiente con seriedad y se pone a deambular alrededor de la sala. Camino sigue su andar errático con la mirada. Toma aire y le dice lo que lleva horas pensando:

—Tenías razón, todo ha sido culpa mía. No debí implicarle en el caso.

Fito se acerca, se agacha hasta quedar a su altura y le levanta la cara con las dos manos, obligándola a alzar la vista.

—Me equivoqué al decirte algo así. Nadie tiene la culpa, ¿me oyes? Estoy seguro de que fue Paco quien te sonsacó y se empeñó en husmear por su cuenta.

Camino no dice nada. No quiere justificaciones, ella debió detenerle y en su lugar le animó a hacerlo. Pero Fito prosigue:

—Le conozco demasiado bien. Decía que no iba a volver al cuerpo, pero en el fondo no podía estarse quietecito.

—¿A ti también te lo dijo?

—¿Que no iba a volver? Pues claro. Pero no me lo tragaba.

—Pues yo creo que iba en serio —dice Camino con el tono más triste del mundo.

Fito se queda pensativo. La mira como si acabara de comprenderlo. Paco no iba a quedarse en casa con Flor un día tras otro. Si había tomado esa decisión, es porque algo pesaba todavía más que su vocación profesional.

—Puede ser. Quizá tuviera otros planes —admite mientras se levanta y se sienta a su lado.

Un torrente de lágrimas comienza a brotar de los ojos de Camino. Fito la observa desconcertado y se pregunta dónde ha quedado la mujer ruda y distante a la que nunca parece importarle nada. Y lo entiende: aquello no era más que una capa de protección. Camino es tan

humana como cualquier otro. Le pasa el brazo por encima del hombro. Ella se deja hacer, demasiado necesitada de un pilar sobre el que sostenerse.

Cuando unos minutos después Flor y Rafa vuelven, los encuentran llorando abrazados.

La mujer de Paco no puede evitar sentirse conmovida ante la imagen. Fito, el subinspector que su marido comenzó aleccionando y que se convirtió casi en otro hijo para él, y Camino, la mujer que le robó el corazón y a la que nunca dejó de amar. Si él la abraza es porque también ha comprendido. «Pero qué importa», se dice. A estas alturas, lo único que ella quería es que el padre de su hijo saliera de esta.

Los dos policías han acusado su presencia y han deshecho el abrazo. Ahora la miran con ansiedad esperando a que comparta con ellos el resultado de la operación. Va a hacerlo, pero Rafa se le adelanta.

—¡Se va a poner bien! Mi padre se va a poner bien.

Martes, 15 de octubre

125.

Trece grados a mitad de mañana.

En el cementerio de León circula un viento fresco que hace que más de uno se cierre la cazadora o se acurruque junto al más próximo. Los que han viajado desde Sevilla han sufrido un descenso de veinte grados de temperatura, de modo que ni la chaqueta ni los guantes del uniforme de gala les sobran en absoluto.

Un cura con sotana negra hasta los pies se ha deshecho en loas hacia la fallecida. Elogiar al que se despide del mundo de los vivos es parte de la función, pero todos los que la conocían saben que mujeres como ella lo merecen de verdad. Pronuncia sus últimas palabras y los operarios se disponen a bajar el ataúd a las profundidades en las que pasará las próximas décadas, hasta que el cuerpo que yace en su interior no sea más que un amasijo de huesos, el alquiler del terreno se extinga y algún familiar decida que es hora de trasladarlo a un osario común. Una mujer de unos sesenta años solloza quedamente. A su lado, una chica entrelaza su mano con fuerza. Camino la observa desolada. Es exactamente igual a Evita, el mismo cuerpecillo flaco, los mismos rasgos de exquisita pureza, solo que con el pelo largo y el rostro maquillado. Incluso en un día como hoy su coquetería se deja reconocer. No ha renunciado al carmín ni al rímel, que ahora forma unos churretes negros bajo sus ojos color avellana. Junto a las dos mujeres, un sobrio Ramón contempla el funeral en silencio. Lleva unos vaqueros y una camisa oscura a juego con las ojeras que le acompañan desde la muerte de su novia. En contra de lo esperado por la inspectora, no volvió a llamarla. Tampoco le ha dirigido la palabra cuando la ha visto aparecer en uniforme de gala. Hubiera preferido que le gritara a pleno pulmón, que la insultase y la culpase. Pero Ramón ha optado por una indiferencia atroz que corroe la herida que el fallecimiento de Evita ha supuesto para ella. Esa agente nunca debió morir en una situación así. Ella nunca debió vetar los disparos de forma tan drástica. Y nunca debió desentenderse del operativo como lo hizo. El hecho de que la bala entrara por la axila, una de las pocas zonas no protegidas por el chaleco, la lleva al colmo de la desolación. La herida en la región torácica produjo la muerte de forma irremediable. Nunca sabrá si fue una maldita casualidad o si el asesino sabía muy bien lo que hacía. Evita tiró a la rodilla y él le quitó la vida. Fue Elías quien disparó a matar al ver que la agente estaba en peligro. Pero la bala llegó tarde.

Las paladas de tierra caen sobre el ataúd y la concurrencia va dando por concluido el acto,

alejándose tras tratar de infundir aliento a la familia a través de fórmulas gastadas. Sus compañeros y ella aguardan para presentar los respetos a la joven agente que dio la vida por la causa. Camino es la última en acercarse. Ofrece su mano enguantada de blanco a la madre, que la aprieta con una mueca severa en los labios.

—Le concederán la medalla de oro al mérito policial —dice, aunque no espera que ello alivie en algo la pérdida de una hija.

Encogido sobre sí mismo, el cuerpo entero de esa madre está arrasado por el dolor. Los ojos son dos pozos en los que naufraga una tristeza sin asidero posible.

—Pero a mí nadie me devolverá a mi niña.

—Nadie —admite la inspectora. Luego baja la cabeza en señal de respeto y se aleja hacia el coche. Tiene por delante seis horas de carretera hasta volver a Sevilla, donde las banderas ondean a media asta en todos los centros policiales en señal de duelo.

Epílogo

Tres semanas después.

Hoy es Camino la que llega tarde. Paco ya tiene un par de cervezas frías encima de la mesa. Ella se deja caer a su lado.

—¿Qué tal estás?

—Bien, los calmantes hacen su función. ¿Cómo ha ido el día?

—Ya sabes, las exigencias de la vida administrativa. Es lo que toca ahora.

Paco asiente. Se conoce bien el papeleo interminable que sigue a las investigaciones. Ella da un trago a su bebida y mira los periódicos amontonados encima de la mesa.

—¿Has visto la prensa? No se cansan.

—Ni se cansarán. La madre de Sara ha ido hoy a *El programa de Ana Rosa*. Os culpa de no haber llegado antes.

—Y mañana estará en *Espejo Público*. ¿Qué es lo que quiere? Salvamos a su hija, una de las nuestras murió en el empeño.

Camino se siente indignada. No es que espere ningún reconocimiento, pero al menos podían dejarles en paz.

—Los médicos ven difícil que recupere la visión. También los han entrevistado, a ellos y a la propia Sara.

—Otra que tendrá que empezar de cero —se lamenta ella.

Él la mira fijamente.

—Al menos está viva.

—Nunca me has contado cómo lo supiste —le suelta Camino de repente.

Parece que él va a cambiar de tema una vez más, pero finalmente no lo hace.

—Fue un golpe de suerte. Cuando me contaste que habíais identificado a la primera víctima me quedé pensando. El nombre me sonaba demasiado. Accedí a la base de datos de la federación y lo confirmé. Federico Fuentes era socio.

—¿Cazabais juntos?

—Sí y no. Coincidimos en alguna cacería, hace muchos años, pero no nos podíamos ni ver. Contaba sus hazañas en el matadero con un orgullo que a mí me parecía enfermizo.

—¿Os enfrentasteis alguna vez?

—Un día vino con ganas de liarla. Disparó a mala leche al perro de un cazador que le había levantado una pieza. Lo mató, ¿sabes? El otro se le tiró encima hecho una fiera, tuvimos que separarlos entre varios. Al terminar la cacería, se emborrachó y acabó contando que lo habían despedido. Por lo visto uno fue a por él después de alguna de sus salvajadas y a poco lo mata. Al recordar la historia, tuve una corazonada, tiré del hilo y di con la dirección de Rodolfo. Fui a su casa para hablar con él y lo abordé en su portal cuando volvía de tirar la basura. La calle estaba desierta y, al verse descubierto, no tuvo reparos en quitarme de la circulación. Fue una temeridad por mi parte. Ya sabes que no estoy en forma, me dejé atrapar como un bobo —recuerda con rabia.

Camino se queda en silencio, encajando la información.

—Lo que nunca entendí es por qué Rodolfo se hizo pasar por animalista —continúa Paco unos segundos después.

—Esa no era su intención. Al menos, al principio. Como tantos otros que trabajan en la industria, llegó un punto en el que no soportaba lo que hacía. O te haces un sádico, o acabas pasándolo mal.

Camino se entristece al recordar las palabras de Ramón. Si no fuera por él y por Evita, nunca habrían dado con el asesino.

—Eso puedo entenderlo. Yo mismo me fui apartando de la caza con los años. Había cosas que llevaba cada vez peor.

—Rodolfo estaba harto. Lo de la vaca preñada le superó. Durante años mató a miles de animales, hasta que un día se dio cuenta de que la explotación del sistema le tocaba también a él. Hacía el trabajo más duro y tenía uno de los empleos peor pagados. Comprendió que las víctimas eran tanto los humanos que trabajaban allí como los propios animales. Unos precarizados, otros torturados y sacrificados, estaban en el mismo bando, el de los oprimidos. Empezó a ver a los seres que mataba de otra forma. Y decidió iniciar la lucha contra el otro bando: el de los opresores.

—Por eso comenzó a ir a manifestaciones anticapitalistas —dice Paco.

—Primero lo intentó por las buenas. Se hizo sindicalista, luego activista, pero nada funcionó. Su enemigo era demasiado poderoso. Así que decidió reventar el sistema por las bravas.

—Dejando al descubierto las tropelías que se hacen con los animales.

—Exacto. Solo para que los poderosos se vuelvan todavía más ricos. Quería que la sociedad lo viera y se rebelara contra tanta injusticia.

—Es un planteamiento algo ingenuo, ¿no te parece?

—Quizá. Se hartó de la vía pacífica, inútil ante la obstinada deriva de la civilización. Quería poner su parte, pero no un granito de arena, sino la montaña entera. Aunque eso conllevara consecuencias dramáticas.

—Supongo que en su imaginación, la gente despertaría y se uniría a su causa. Y a los poderosos no les quedaría más remedio que cambiar las normas del juego.

—Los humanos estamos instalados en una insatisfacción perpetua. Nuestras grandes conquistas vienen precisamente de la rebeldía contra las fuentes de contradicción en las que nos han abrevado.

—Qué metafísica te pones.

Camino alza la comisura del labio en una sonrisa triste.

—Y Rodolfo esperaba lograr todo eso solo, ¿no? —sigue Arenas.

—Eso parece.

Paco escruta el rostro de Camino.

—¿Crees que tuvo algo que ver con los asesinatos extranjeros? ¿O era alguien que decidió ir por libre en este mundo de borregos teledirigidos?

—Quién sabe —ella se encoge de hombros. Se acuerda de Álex y de su sermón sobre el vocabulario especista y, sin saber por qué, le invade un sentimiento de nostalgia.

—Venga, mójate —Paco la trae de vuelta al presente.

—Hay muchos que han llegado a la misma conclusión que Rodolfo. Se dan cuenta de que lo que hacen es brutal, y que a cambio solo reciben un mal sueldo y malas palabras. Comemos carne gracias a ellos y sin embargo son tratados como la escoria de la sociedad. Si lo piensas, no es tan raro que se hayan rebelado. Aquí o en Japón.

—La comisaria que vino de Italia creía que se trataba de una organización criminal, ¿no?

—Bah, esa estaba demasiado influida por la Camorra.

Paco fuerza un amago de sonrisa. Se apostaría el cuello a que es eso lo que a Camino le roba el sueño cada noche. Pero ella quiere cambiar de tema, y recuerda una buena noticia.

—Oye, ha aparecido Justo Mejías.

—¿Quién?

—El abuelito con alzhéimer.

—¿De verdad?

—Sí. Y no te lo pierdas. Estaba en el piso de estudiante de su nieto, en un cuartucho que tenían de sobra.

—¿Por qué el nieto no avisó?

—Dice que su padre pasaba del abuelo y que el cuidador le trataba como si fuera tonto. El señor estaba harto y se colocó en la casa de su nieto, que le acogió.

—¿Y qué van a hacer?

—Pues de momento, seguir como están. El hijo de Justo ha retirado la denuncia y él va a seguir con el nieto —Camino baja la voz hasta un tono cómplice—. Parece que los compañeros de piso le dan porros para combatir el insomnio, y el señor está tan feliz.

Paco suelta una carcajada.

—A mí también me vienen bien los tuyos para el dolor. Aunque prefiero no preguntarte de dónde los has sacado.

—Eso, no preguntes.

Camino sonríe para sí recordando a los suecos del piso de la plaza de la Alfalfa. Ya habrán terminado la ruta fiestera por España y estarán de vuelta a sus vidas de estudiantes responsables. El viaje por el país del sol y la sangría será recordado como un sueño lejano. Da el último sorbo a su bebida y se queda mirando la lata vacía.

—¿Otra?

—Vale, pero voy yo.

Paco se levanta con pesadez.

—Anda, déjame a mí. Entre una cosa y otra, estás para el arrastre.

—No me trates como Flor o me iré de aquí también.

—Eso no te lo crees ni tú.

Camino le ve alejarse cojeando y alcanza un plátano del frutero, que vuelve a estar bien surtido. Lo pela y lo parte en pedacitos que deja en la superficie del terrario. La granja se ve en plena forma, se nota que hay alguien más pendiente de ella. Lo corrobora Paco, que vuelve con las dos latas.

—Hoy ya les eché de comer dos veces.

—Me las vas a malcriar.

Él le da una de las latas y ambos se sientan en el sofá de nuevo, ahora más juntos. Pasa el brazo por encima del hombro de ella y la besa. Ella se acurruca a su lado. Camino nunca se imaginó que fuera así de fácil. Le daba pánico perder sus espacios propios, condenarse a la estrechez doméstica junto a otra persona, y sin embargo se ha acostumbrado a su presencia de una forma tan natural que no deja de asombrarse. Y de asustarse. Porque si ahora le perdiera, no sabría qué hacer.

—Ya se han acabado los sustos, ¿verdad? —dice buscando sus ojos.

—Y las tonterías.

Ella le mira con ternura.

—Por cierto, se ha reactivado lo de la despedida de Teresa. ¿Recuerdas la barbacoa?

—Sí.

—Pues será el próximo sábado.

—No creo que nadie esté para mucha fiesta. Ni siquiera se ha ocupado aún el puesto de Evita, ¿no?

—Precisamente por eso. La barbacoa será vegana. Habrá brochetas de verduras, *crudités*, tofu

asado con chimichurri, hamburguesas de legumbres y no sé cuántas cosas más. Teresa se lo está currando un montón.

—Qué maravilla de mujer. Y eso que apenas la vio.

—No, pero se siente fatal. Dice que si hubiera seguido un par de semanas más, esto no habría pasado.

—Eso es ridículo. Ni que pudiera elegir cuándo cumple los años. Además, en ese caso es probable que Sara y yo estuviéramos muertos, y quién sabe cuántos más. El papel de esa chica fue clave.

—Sí que lo fue —dice apenada.

Permanece en silencio por unos instantes, en los que Paco la abraza de nuevo. Sabe que se sigue sintiendo culpable y que nada de lo que diga él le hará cambiar de idea. Solo puede esperar a que acepte por sí misma que a veces la vida es así de puñetera.

Al poco, ella misma cambia el rumbo de la conversación.

—¿Has podido hablar con Rafa?

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Frío. Pero ha accedido a pasar el puente conmigo en el campo.

—¿No iréis a cazar?

—A anillar. Quiere sacarse el título de anillador de pájaros.

—¿Eso qué es? ¿No les hará daño?

—Sirve para identificarlos y contar con más información. Por ejemplo, para proteger especies amenazadas.

—Vamos, que te ha salido un ecologista.

—Eso me temo.

Los dos ríen con ganas. En el fondo, Paco está contento de que Rafa haya aceptado que lo acompañe. Presiente que las cosas se irán colocando.

—¿Y cómo está Flor?

Camino lanza la pregunta que antes los separaba. Pero la situación ha cambiado mucho desde que la propia Flor diera un paso al lado y les soltara que ya era hora de asumir la realidad. Literalmente, lo echó de casa.

—La veo bastante bien. Ha estado de fin de semana en Chipiona con su mejor amiga, que se acaba de divorciar. Y dice que en cuanto Rafa se vaya a estudiar la carrera, ella se va a pegar un viaje sabático para conocer mundo. Resulta que siempre quiso hacerlo.

—Nunca lo hubiera dicho.

—Ni yo. Creía que la hacía feliz el rollo de cuidadora, y por lo visto estaba hasta el moño.

—Pues me alegro por ella —lo dice con sinceridad. Quién iba a pensar que lo que tanto miedo

les daba iba a ser la mejor solución para todos. Camino deja escapar un suspiro—: Habrá que cenar algo, me muero de hambre.

—Y tenemos que rematar la partida —dice Paco, señalando con la vista el tablero de ajedrez que hay sobre la mesa.

Camino lo mira frunciendo el ceño. Le toca mover a él, y por su expresión seguro que cuenta con una buena jugada. Paco ha tenido todo el día para pensar mientras que ella se ha dedicado a redactar informes en la Brigada. Pero al menos con él no le caducan las partidas como en la aplicación *online*.

—Primero comemos. Hoy toca chino.

Mientras ella marca el teléfono del restaurante, él enciende el televisor. Está pidiendo los rollitos de primavera cuando se queda bloqueada ante el titular. Mira a Paco, desconcertado ante las imágenes. En la parte inferior de la pantalla se resume la noticia en letras blancas sobre fondo azul:

Cadáveres en Italia. ¿Ha vuelto el Carnicero?

Camino le arrebató el mando y sube el volumen. La presentadora lee el teleprónter con voz mecánica:

Los cuerpos despellejados de dos hombres han aparecido en una antigua granja de visones de Lombardía, a cincuenta kilómetros de Milán. Tras el hallazgo en Florencia de los cuatro hombres que trabajaban en un matadero, estos cadáveres encontrados en el que fue el mayor criadero de la industria peletera disparan las alarmas sobre el asesino en serie más despiadado de los últimos tiempos.

Agradecimientos

Desde que una nueva idea comienza a germinar en la cabeza de esta insensata hasta que la novela llega a las librerías hay un largo trayecto, y soy muy afortunada por haber transitado parte de él con muchas personas. Sirvan estas líneas para agradecer especialmente a algunas de ellas:

A Justyna y María. Agente y editora, un tándem perfecto que contagia su entusiasmo y confianza. Una sabe que, de su mano, esto va a salir bien.

A Ilaria, José Luis y Marcos por el cariño y generosidad con que han tratado esta edición. Es un lujo poder contar con vosotros.

A las responsables de comunicación, María, Blanca y Melca, que se vuelcan a diario para lograr que nuestras historias vuelen lo más alto posible, y a todas las personas que componen el equipo de Alfaguara. Sois los mejores aliados que una escritora puede tener.

A Lucía y Alejandra, del santuario La Candela. Los días que pasé con ellas y el resto de sus compañeros animales fueron esenciales para esta historia. A diferencia del refugio de la novela, ellas sí tienen todos los permisos para la labor extraordinaria y llena de amor a la que han consagrado sus vidas. Sudor y lágrimas les han costado.

A Manuel, que me adiestra con paciencia y exhaustividad en sus muchos campos de conocimiento, y a Isabel, de quien he heredado su creatividad e imaginación.

A Paco, que me enseñó cómo trinan los herrerillos y chichipanean los carboneros, y que me aguanta muchos cafés.

A Máximo. Resolvió con generosidad mis dudas en el apasionante mundo de la investigación criminalística que realiza el Cuerpo Nacional de Policía en España.

A Sebastián, quien se prestó a informarme con profusión de detalles sobre el mundo de los rehaleros.

A Montaña, que solventó mis dudas sobre farmacología psiquiátrica.

A ese puñadito de amigas, pequeño y maravilloso, que se alegra de corazón con los éxitos y que me acompaña en los fracasos. Es difícil hallar lo uno o lo otro. Es un milagro encontrar ambas cosas juntas.

A Juan, mi policía de cabecera. Qué haría yo sin ti.

A David, siempre dispuesto a sacar un hueco en esta vida exigente para prestarme su apoyo.

A Antonio. Seguimos aprendiendo juntos.

Va un agradecimiento general para todas las personas que he pillado por banda en mi proceso

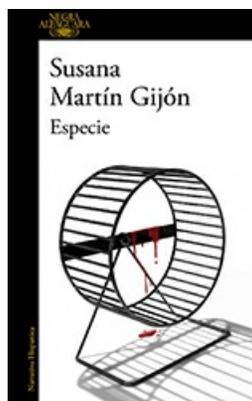
de documentación, porque soy una pesada que siempre anda a la caza de fuentes en mi obsesión de turno. Gracias por soportar los mails, los audios de WhatsApp a deshoras, los interrogatorios con la excusa de tomar unas cervezas.

Y otro para todos los que me han abierto las puertas del antiespecismo con sus obras valientes. Como Camino, yo también realicé un intenso viaje para comprender mejor el mundo en el que vivo. Franz-Olivier Gisbert, Mary Temple Grandin, Javier Morales, Jonathan Safran Foer, John Maxwell Coetzee, Peter Singer. Gracias por mostrar la realidad sin trampas.

Me falta lo esencial: un aplauso gigante para las lectoras y lectores que habéis acompañado a Camino Vargas y a su equipo en este último año. Que me habéis escrito para decirme cuánto os ha gustado, habéis puntuado la novela en plataformas, publicado reseñas, fotografiado párrafos, realizado verdaderas creaciones artísticas con el patito en Instagram, Facebook, Twitter. Habéis hecho dos cosas impagables: contribuir a hacerla visible y ser mi motor para seguir creando historias. Es culpa vuestra que esta segunda novela esté hoy aquí.

«Un *thriller* impactante. Toda una revelación.»

Carmen Mola



Es verano en Sevilla. La inspectora Camino Vargas sigue de jefa de Homicidios. Paco Arenas, su mentor y amor secreto, está de baja y ella no tiene ganas de liderar a su equipo y menos aún de formar a la joven agente Evita Gallego. Cuando los cuerpos de un hombre desollado, de otro molido a palos y de otro inflado de comida hasta reventar aparecen abandonados en lugares emblemáticos de la ciudad, los indicios apuntan a un misterioso asesino en serie. Solo Gallego sabrá leer en los cadáveres el macabro mensaje y acompañar a Camino en una nueva bajada a los infiernos.

«A Martín Gijón podríamos emparentarla con los autores de la novela negra mediterránea, los Camilleri, Márkaris, Andreu Martín, Eugenio Fuentes; con el eco aún cercano de Vázquez Montalbán. Posa su mirada en las zonas de sombra de nuestra sociedad y nos alerta.»

Javier Morales, *Público*

«Una de las más grandes autoras españolas dentro del género de la novela negra. [...] Una lectura de calidad, atractiva, entretenida, profunda y objetiva.»

Mayte Expósito, *Negra y mortal*

«El lector va a caer subyugado ante unos personajes que piden más novelas, y una prosa que [...] ofrece mucho más de lo habitual en una novela negra.»

Antonio Parra, *Cartagena Negra*

SOBRE *PROGENIE*:

«¡Magnífica! [...] Una novela policíaca repleta de luces. A todo color. Fácil de leer. Bien construida (y pulida). Repleta de intriga pero, y al mismo tiempo, coquetamente adornada de comedia. [...] Una obra memorable.»

Fernando Valbuena, *El Periódico*

«Una lectura perfecta para estos días. [...] Una novela policíaca amena que, no obstante, contiene una carga de denuncia social, con una dimensión de género poco habitual en este tipo de libros, muy bien integrada en la trama.»

Aixa de la Cruz, *Babelia*

«*Progenie* reafirma a Susana Martín Gijón en la cúspide de la novela negra.»

Pedro Tejada, director de Castelló Negro

«Un excelente *thriller* policial con un novedoso, arriesgado y controvertido tema de fondo.»

Ricardo Bosque, director de Villanoir

«Un brutal retrato del mal que dinamita los obstáculos de una literatura empoderada y te coloca frente al espejo de la realidad.»

Javier Hernández, director de Tenerife Noir

«Alegato feminista, sin duda, además de una novela de indudable proyección literaria.»

Manuel Pecellín, *Hoy Extremadura*

«Uno de los bombazos del año.»

Sergio Vera, Cadena Ser

Susana Martín Gijón (Sevilla, 1981) es autora de la serie policiaca *Más que cuerpos* compuesta hasta la fecha por dos trilogías. Su novela *Expediente Medellín* (2017) fue ganadora del Premio Cubelles Noir 2018 a la mejor novela publicada en castellano. Su novela *Náufragos* fue finalista de varios premios y sus derechos fueron vendidos para una adaptación audiovisual. Licenciada en Derecho, fue directora general del Instituto de la Juventud de Extremadura y presidenta del Comité contra el Racismo, la Xenofobia y la Intolerancia. *Con Progenie* (2020), novela finalista del Premio Valencia Negra, Alfaguara Negra dio inicio a la publicación de su obra, que continúa ahora con *Especie*



Edición en formato digital: enero de 2021

© 2021, Susana Martín Gijón

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary & Film, Agency, Barcelona, España

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Miquel Tejedo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-204-5485-6

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: AlfaguaraES

Twitter: @AlfaguaraES

Instagram: @AlfaguaraES

Youtube: PenguinLibros

Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En [Penguinlibros.club](https://penguinlibros.club) encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



[Penguinlibros.club](https://penguinlibros.club)



   [Penguinlibros](#)

Índice

Primera parte

Domingo, 6 de octubre

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Lunes, 7 de octubre

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Martes, 8 de octubre

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Segunda parte

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Miércoles, 9 de octubre

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Tercera parte

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Jueves, 10 de octubre

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

Cuarta parte

Capítulo 91

Capítulo 92

Viernes, 11 de octubre

Capítulo 93

Capítulo 94

Capítulo 95

Capítulo 96

Capítulo 97

Capítulo 98

Capítulo 99

Capítulo 100

Capítulo 101

Capítulo 102

Capítulo 103

Capítulo 104

Capítulo 105

Capítulo 106

Capítulo 107

Sábado, 12 de octubre

Capítulo 108

Capítulo 109

Capítulo 110

Capítulo 111

Capítulo 112

Capítulo 113

Capítulo 114

Capítulo 115

Capítulo 116

Capítulo 117

Capítulo 118

Capítulo 119

Capítulo 120

Capítulo 121

Capítulo 122

Capítulo 123

Capítulo 124

Martes, 15 de octubre

Capítulo 125

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Josefina Aldecoa

Créditos